



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Tesis para optar al Título de Magister en Psicología Clínica

“¡Ay, va a venir una epidemia de silencio!”: un estudio histórico-discursivo de los modelos topológicos en la clínica psicoanalítica en el Uruguay (1956-1983)

Autor: Gonzalo Delgado Pombo

Director de Tesis y Director Académico: Dr. J. Guillermo Milán Ramos

Montevideo, Uruguay

2020

*Y es aquí que los que se engañan, los que erran,
los que se adentran muy lejos y perseveran en su error,
terminan convirtiéndose para nosotros
en un objeto de demostración.*

Lacan. Problemas cruciales para el psicoanálisis.

*Desde pequeño aprendí a vivir de imposibilidades.
Será por eso que me interesa tanto la topología.*

Anónimo.

Resumen

La presente investigación busca describir, desde un enfoque histórico-discursivo, los principales modelos topológicos empleados por los psicoanalistas uruguayos –principalmente de formación freudiana y kleiniana– entre 1956 y 1983, y cómo dichos modelos se vieron modificados a partir de la recepción inicial de las conceptualizaciones topológicas lacanianas, hacia fines de los años sesenta y principios de los setenta.

Para dicho fin, es empleado un método de análisis discursivo constituido por dos momentos que se alternan mutuamente: un momento de descripción y comentario de textos, tomando conceptualizaciones de la tradición francesa de análisis de discurso (Pêcheux, Courtine, entre otros); y un momento de interpretación estructural, tomando aportes de la topología lacaniana, del *método estructural* propuesto por Goldschmidt, de la teoría matemática de *modelos* descrita por Badiou, entre otros.

Los materiales discursivos que componen el corpus de esta investigación provienen exclusivamente de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP), puesto que la misma presenta la particularidad de funcionar como si de una obra se tratara, es decir, como un cuerpo cerrado con cierta homogeneidad entre los diferentes textos que la componen, por su adhesión a perspectivas particulares en psicoanálisis, permitiendo mostrar cómo una serie de recurrencias terminológicas y temáticas van variando, desapareciendo y surgiendo nuevas categorías, a lo largo de los años.

Abstract

This research aims to describe, from a historical-discursive approach, the main topological models used by Uruguayan psychoanalysts –mostly Freudians and Kleinians– from 1956 to 1983, and how these models were modified from the initial reception of the Lacanian topological conceptualizations, towards the end of the 1960s and early 1970s.

For this purpose, a method of discursive analysis is used consisting of two mutually alternating moments: a moment of description and comment on texts, by using conceptualizations from the French tradition of discourse analysis (Pêcheux, Courtine, among others); and a moment of structural interpretation, by using contributions from Lacanian topology, the structural method proposed by Goldschmidt, the mathematical theory of models described by Badiou, among others.

The discursive materials that make up the corpus of this research come exclusively from the Uruguayan Journal of Psychoanalysis (RUP), because it presents the particularity of working as if it were a closed body of texts with certain homogeneity among them, due to their adherence to particular perspectives in psychoanalysis, allowing us to show how a series of terminological and thematic recurrences vary, disappear and new categories emerge over the years.

Índice

Agradecimientos.....	p.6
Capítulo 1: Introducción.....	p.7
1.1 Presentación del problema de investigación.....	p.13
1.2 Fundamentación.....	p.16
1.3 Objetivos y enfoque metodológico.....	p.17
1.4 Antecedentes.....	p.18
1.5 Descripción de la estructura de la tesis.....	p.30
Capítulo 2: Fundamentos teórico-metodológicos.....	p.32
2.1 Psicoanálisis, matemática y ciencia.....	p.32
2.2 El <i>concepto</i> (matemático) de modelo y su posible empleo en psicoanálisis.....	p. 44
2.3 El significante y sus relaciones con la teoría de conjuntos.....	p.50
2.4 Significante y conjunto: operaciones elementales.....	p.56
2.5 De la topología al discurso y del análisis de discurso a la topología: diseño metodológico.....	p.66
2.5.1 Formaciones discursivas, interdiscurso, intradiscurso y repetición.....	p.71
2.5.2 Los dos funcionamientos del (inter)discurso.....	p. 75
2.5.3 Heterogeneidades enunciativas: la función del <i>semblante</i>	p.77
2.5.4 El análisis de discurso como método estructural.....	p. 80
Capítulo 3: Del modelo de <i>campo bipersonal</i> al modelo de <i>campo de lenguaje</i>	p. 84
3.1 La situación analítica como <i>campo bipersonal</i>	p. 84
3.1.1 Sobre la definición de <i>campo bipersonal</i> y su relación con la metapsicología: comentarios preliminares.....	p.84
3.1.2 El modelo de <i>campo bipersonal</i> y los elementos que lo conforman.....	p. 87
3.1.3 El <i>campo bipersonal</i> en sus relaciones con el estructuralismo, la teoría de campo de Lewin y la Gestalt.....	p. 97
3.2 El <i>campo de lenguaje</i> : la inclusión explícita del <i>tercero</i>	p. 101
3.2.1 Sopena y el lugar del <i>tercero</i> como mediación.....	p.101
3.2.2 Nieto Grove y el predominio de la palabra del analista.....	p.106
3.2.3 Sopena y la reafirmación del tercero como discurso del Otro.....	p. 108
3.2.4 Szpilka, el tiempo de la <i>torsión</i> y la elección <i>mitológica</i> : el Otro como más allá de la “actualidad empírica”.....	p. 110
3.2.5 Paciuk y su renovada forma de interpretar la terceridad en relación a la <i>falta</i>	p. 114
3.2.6 Willy Baranger y una revisión tardía del concepto de <i>campo bipersonal</i>	p. 124
3.3 ¿El concepto de <i>campo</i> constituye un modelo?	p. 124
3.3.1 El <i>campo bipersonal</i>	p. 124
3.3.2 El <i>campo de lenguaje</i>	p. 128
Capítulo 4: El mundo interno, el cuerpo y la fantasía inconsciente en sus relaciones topológicas.....	p. 129
4.1 El cuerpo como efecto y soporte de la fantasía inconsciente.....	p. 129
4.2 El <i>quiste hipocondríaco</i> y la <i>experiencia del agorafóbico</i> como modalidades de defensa contra el <i>núcleo confusional</i>	p. 136
4.2.1 El <i>quiste hipocondríaco</i>	p. 137
4.2.2 El manejo geográfico del <i>adentro</i> y del <i>afuera</i> en la agorafobia.....	p. 142
4.3 Paciuk y la crítica del <i>modelo</i> freudiano del inconsciente como reservorio y sus críticos.....	p. 146
4.3.1 El planteo de Paciuk.....	p. 146
4.3.2 Las respuestas de sus críticos.....	p. 149
Capítulo 5: Lacan en Uruguay. La visita de Octave y Maud Mannoni, y de Serge Leclaire a la APU.....	p. 154
5.1 La visita de Octave y Maud Mannoni.....	p. 154

5.1.1 Enseñanza del psicoanálisis.....	p. 155
5.1.2 Ideología y Psicoanálisis.....	p. 156
5.1.3 Pensamiento de Lacan.....	p. 159
5.1.4 Notas sobre los estadios anteriores al estadio del espejo.....	p. 161
5.1.5 Sobre el orden simbólico.....	p. 165
5.2 La visita de Serge Leclaire.....	p. 167
5.2.1 El problema de la relación con la castración.....	p. 168
5.2.2 Caso I: la transferencia y la espacialidad.....	p. 171
5.2.3 El fantasma.....	p. 175
5.2.4 Representación del cuerpo.....	p. 179
5.2.5 El sujeto del inconsciente.....	p. 190
Conclusiones.....	p. 194
6.1 El campo <i>bipersonal</i> y la fantasía inconsciente: el modelo y su lógica.	p. 194
6.2 “¡Ay, va a venir una epidemia de silencio!”.....	p.200
6.3 Consideraciones finales.	p. 203
Apéndice: Subsidios para un análisis topológico de discurso.....	p. 208
7.1 El primer período de AD.....	p. 209
7.2 El segundo período de AD.....	p. 212
7.3 El tercer período de AD.....	p. 214
Referencias bibliográficas.....	p. 218
Fuentes que componen el corpus de datos.....	p. 226

Agradecimientos

A Guillermo Milán, por permitirme la soledad de la escritura y por estar presente en los momentos decisivos; también por su generosidad y por la motivación constante.

A Gonzalo Grau, Marcelo Gambini, Mariana Márquez y, a través de ellos, a todos/as los/as compañeros/as del grupo de investigación FCPU, por la motivación y por haber oficiado como interlocutores en todas las etapas del trabajo.

A Paulo Rona y a Christian Dunker, quienes, sin saberlo, me allanaron el camino.

A mis padres y a mi hermano, por el apoyo incondicional y por enseñarme a no renunciar.

A mis amigos/as, especialmente a Paula y Hernán, por su amistad y constante presencia.

A Juliana, Cuca, Viviana y, por intermedio de ellas, a todas mis compañeras del Servicio de Género en Salud, por permitirme formar parte del equipo de trabajo; también por el apoyo y la paciencia constantes.

Capítulo 1: Introducción

La presente tesis es un intento de describir, desde un punto de vista histórico-discursivo, los principales modelos topológicos utilizados por los psicoanalistas uruguayos entre los años 1956 y 1983, y cómo éstos se vieron modificados a partir de la recepción inicial de las ideas de Lacan, a fines de los 60 y principios de los 70, particularmente con la importación de sus elaboraciones topológicas.

"¡Ay, va a venir una epidemia de silencio!", la frase de nuestro título alude a un enunciado proferido por un precandidato para ingresar a la APU, a partir del relato de M. Viñar sobre la "polémica visita" de Serge Leclair en 1972. Dicha expresión parece "condensar", de cierta manera, una de las repercusiones que el lacanismo habría comenzado a producir en el pensamiento psicoanalítico uruguayo de fines de los sesenta, el cual se encontraba, hasta entonces, fuertemente marcado por una influencia kleiniana y freudiana. La "epidemia de silencio" constituiría el "vaticinio oracular" (Viñar, citado en APU, 1972/2012, p. 19) de una transformación en la forma de concebir e interpretar los fenómenos analíticos como consecuencia de un creciente interés por nuevas teorizaciones del psicoanálisis: "en lo sucesivo fuimos más lerdos en interpretar y menos proclives a otorgar exclusividad al ´aquí, ahora, conmigo´ de la sesión" (ídem). De acuerdo con el pensamiento lacaniano, la interpretación analítica no requiere de una concepción lineal del tiempo, sino de una temporalidad lógica que puede igualmente desplegarse en sentido inverso, por anticipación y retroacción, caracterizando al inconsciente mediante un movimiento temporal de apertura y cierre, que no se corresponde con ninguna cronología.

La llegada de los modelos lacanianos habría marcado un contraste entre "dos teleologías no congruentes entre sí" (ídem), es decir, dos teorías de las cuales parecían desprenderse, cuanto menos, dos modalidades muy diversas de practicar el psicoanálisis: (i) los analistas kleinianos uruguayos –al menos desde 1955, año de fundación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), hasta fines de los 60–, fuertemente influenciados por ciertos modelos espaciales que oficiaban de "anclaje" en una práctica analítica cuyo carácter "concreto", esto es, accesible inmediatamente a la "intuición" o "percepción" del analista, se volvía autoevidente; y (ii) el lacanismo, que parecía recurrir a diversos modelos provenientes de las matemáticas y la lógica, en su articulación con los conceptos psicoanalíticos, buscando mantener un rigor formal, con la finalidad de producir un saber integralmente transmisible sobre el psicoanálisis.

Podemos ejemplificar tal contraste a partir de dos modelos topológicos que, al ser articulados con determinados conceptos psicoanalíticos, darían lugar a dos concepciones radicalmente opuestas del inconsciente y de la práctica analítica: el modelo de la *esfera* y el modelo de la *banda de Moebius*, superficies habitualmente atribuidas al kleinismo y al lacanismo

respectivamente.¹ Tanto Freud como Klein parecerían concebir al inconsciente —al menos a partir de la segunda tópica freudiana— como una especie de espacio contenido en una “bolsa” o esfera, del cual salen o hacia el cual entran “cosas” o representaciones (modelo del *reservorio*),² es decir, que el inconsciente es entendido como un espacio tridimensional separado del exterior por una frontera, la cual es figurada por la superficie del cuerpo (la piel). Con todo, parece ser Klein y sus seguidores quienes habrían llevado hasta las últimas consecuencias esta concepción esférica del inconsciente, haciendo que buena parte de su teoría girase en torno de binarismos en constante oposición y constantes intentos por reunir tales oposiciones bajo una totalidad que los subsuma. Nos referimos a disyunciones tales como:

- *mundo interno/ mundo externo;*
- *realidad psíquica/ realidad material (externa);*
- *objeto interno/ objeto externo;*
- *objeto parcial/ objeto total;*
- *mecanismos de proyección/ introyección;*
- *identificación proyectiva/ identificación introyectiva;*
- *fantasía/ realidad;*
- *placer/ realidad;*
- *transferencia/ contratransferencia;*
- *sueño/ vigilia.*

Lacan utiliza la topología moebiana como la escritura que le correspondería a su noción del inconsciente, y del sujeto que le es correlativo, como corte de superficie, esto es, como un espacio de dos dimensiones, sin profundidad ni espesor, que se constituye aplicándole a un rectángulo una semitorsión y una costura entre sus extremos. De esta forma, se constituye una superficie que no posee derecho ni revés, sino una sola cara en la que anverso y reverso se encuentran en solución de continuidad. Si bien podemos hacernos una imagen intuitiva, asible, de dicha superficie, la misma no se correspondería con ningún objeto tridimensional, haciendo de la noción lacaniana de inconsciente algo imposible de alojar dentro de, por ejemplo, un individuo o un cuerpo (Eidelsztein, 2006).

A partir de estas dos formas de concebir al inconsciente y sus fenómenos se desprenderían dos modalidades diferentes y casi inconciliables entre sí de concebir los fenómenos inconscientes y su forma de interpretarlos. Para el dispositivo kleiniano la interpretación siempre estaría dada en términos de una *relación bipersonal*, esto es, que todo fenómeno que suceda en el espacio analítico deberá ser interpretado en términos de “aquí y ahora, conmigo en la sesión”. En otras palabras, la interpretación carecería de límites en tanto que todo lo que allí ocurre sería un efecto del interjuego entre transferencia y contratransferencia, haciendo de cada gesto, conducta o dicho un acto significativo por sí mismo. Según Viñar (APU, 1972/2012), esta arbitrariedad en la interpretación estaría basada en una *ilusión de transparencia*

¹ La oposición entre ambos modelos será abordada en el *capítulo 5* (5.2.4) a propósito de la visita de Serge Leclaire en 1972 a la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

² Modelo que abordaremos en el *capítulo 4* (4.3) a partir de un texto de Paciuk (1975).

y *precisión*, bajo la creencia de que existiría una interpretación “adecuada”. Ello sería inmanente a un criterio positivista de la ciencia, a saber, que el hallazgo se correspondería con lo real (ibíd.). Por el contrario, para el dispositivo analítico lacaniano se trataría no tanto de arribar a un pretendido sentido último de los síntomas (y de los fenómenos inconscientes en general), sino de evidenciar su materialidad lingüística y su carácter literal, es decir, que éstos se resolverían mediante un juego de palabras capaz de revelar el real que la estructura contorna, a saber, el sujeto.

Al principio señalamos que en esta tesis se tratará de evidenciar y describir, desde un punto de vista histórico-discursivo, los principales modelos topológicos presentes en los abordajes de diferentes psicoanalistas uruguayos entre 1956 y 1983. En este punto es preciso, por una parte, preguntarnos por la relación que puede existir entre el discurso, la topología y el psicoanálisis, y, por la otra, explicitar qué entendemos por *modelo*, así como las razones que volverían necesario su empleo como operador de lectura. Para responder a la primera interrogante, tomaremos prestados algunos aportes de Rona (2012) que se volverán, para nuestros fines, en importantes hipótesis de trabajo. A partir de nuestra lectura de Lacan, postulamos que (i) la topología es dependiente de su inscripción en un discurso y que (ii) “*una topología se realiza en todo discurso*”³ (ibíd., p. 329). En otras palabras, que en todo acto discursivo una topología es producida o, mejor dicho, que la puesta en acto del discurso funcionaría topológicamente, en tanto que definible como conjunto de enunciados (encadenamientos significantes) dependientes de un mismo sistema de formación (Foucault, 1970). A partir de la anterior puede inferirse una nueva tesis: (iii) si la topología se presenta en el discurso, y si no lo hace en un sentido metafórico, debe ser porque entre la materialidad lingüístico-discursiva y los objetos que conforman una topología cualquiera existe una yuxtaposición, a saber, que entre el significante y el número existiría un parentesco (Rona, 2012). Por último, la tesis de que una topología se realiza en todo discurso nos habilitaría a (iv) rebasar su dominio interpretativo más allá de ámbitos lacanianos, y emplearla para interpretar, entre otras cosas, el pensamiento teórico psicoanalítico en general y el kleiniano en particular. Ello sería posible en la medida en que, en los textos en los que están plasmados, los conceptos psicoanalíticos tienden a articularse construyendo espacios abstractos en los cuales tienen lugar rupturas, contradicciones, identificaciones, soluciones de compromiso, continuidades, vecindades, etc., que apuntarían, en última instancia, a mantenerse más o menos estables, exentos de toda irrupción que amenace con dismantelar su consistencia.

Un claro ejemplo de ello puede ser observado en cómo es concebido el desarrollo psíquico por el kleinismo. Partiendo de un único espacio indiferenciado para el infante, el desarrollo iniciaría mediante una primera diferenciación entre dos espacios: un mundo de las fantasías (realidad psíquica o mundo interno), constituido por la agrupación de todos aquellos

³ Las itálicas son nuestras.

objetos “buenos” que fueron introyectados; y otro radicalmente ajeno al primero, un mundo material (objetivo) conformado por los objetos “malos” que fueron proyectados, los cuales deben mantenerse alejados del mundo interno para evitar que se produzca en el yo un estado de confusión. A esta primera división entre dos conjuntos disyuntos le seguiría una serie de transformaciones dialécticas⁴ que apuntarían a establecer organizaciones más complejas, las cuales tenderían, idealmente, a sintetizar los pares de opuestos en una totalidad que los subsuma.⁵ Más precisamente, el mundo de las fantasías quedaría subsumido por el mundo exterior, estableciendo un primado de la conciencia y de la intersubjetividad sobre los aspectos irracionales del ser humano. Sin embargo, los autores kleinianos tienden a remarcar que la síntesis operada por la *posición depresiva* no es una etapa que sería alcanzada de forma definitiva, sino que se encontraría constantemente asediada por la posibilidad de que sea desmantelada su consistencia, esto es, una vuelta a la *posición esquizoide*.⁶ El psicoanálisis kleiniano se erigiría como un método capaz de lidiar con estas potenciales desorganizaciones ocasionadas por fallas en el desarrollo, para restablecer la unidad del mundo o del espacio,⁷ o para producirla en aquellos casos en que no hubiera sido alcanzada.

En cuanto a nuestra segunda cuestión, el *concepto* matemático de *modelo* será un término central para nuestra investigación en tanto que servirá de operador de lectura capaz de acotar el alcance de nuestra investigación. ¿Por qué? Pues, porque coloca a la noción lacaniana de significante (y sus operaciones metonímicas y metafóricas) en una relación de homología respecto de la noción matemática de conjunto (y sus operaciones de conjunción, disyunción, pertenencia, no pertenencia, etc.), lo cual nos habilitará a interpretar fenómenos de lenguaje y

⁴ Ya sea nuevas asociaciones entre fantasías inconscientes que darían lugar a objetos que podrían ser proyectados y, entonces, percibidos y constituidos como tales. Luego podrían volverse perseguidores y ser introyectados por el yo, generando un estado confusional, una escisión en el mundo interno que haga posible la coexistencia entre dos representaciones inconciliables o bien alojándose en una parte del cuerpo.

⁵ Los diferentes autores que han planteado articulaciones teóricas para explicar cómo esta unidad es alcanzada parecen coincidir en que los opuestos se articulan a partir de una terceridad que sirve de mediación: el concepto de espacio transicional, la función de la piel como “membrana” que sirve a la vez de frontera y punto de contacto, los mecanismos introyectivos y proyectivos, el lenguaje y la interpretación, etc., funcionarían todos ellos como un tercero a partir del cual se explicaría cómo se produce dicha síntesis.

⁶ Según Klein, la *posición esquizo-paranoide* corresponde a una modalidad de relación de objeto propia de los primeros cuatro meses de vida infantil y que puede ser reencontrada durante la infancia y la adultez, principalmente en los estados esquizofrénicos y paranoicos. “Se caracteriza por los siguientes rasgos: las pulsiones agresivas coexisten desde un principio con las pulsiones libidinales y son singularmente intensas; el objeto es parcial (principalmente el pecho materno) y se halla escindido en dos, el objeto ‘bueno’ y el ‘malo’; los procesos psíquicos que predominan son la introyección y la proyección; la angustia, intensa, es de naturaleza persecutoria (destrucción del objeto ‘malo’)” (Laplanche y Pontalis, 1967/2004, p. 278). La *posición depresiva* designa una forma de relación de objeto consecutiva de la posición esquizo-paranoide, cuyo inicio ocurriría en torno del cuarto mes de vida y sería superado a lo largo del primer año; también puede tener lugar a lo largo de la infancia y de la adultez, especialmente en los estados depresivos y en el duelo. “Se caracteriza por los siguientes rasgos: el niño es, en lo sucesivo, capaz de aprehender la madre como objeto total; se atenúa la escisión entre objeto ‘bueno’ y ‘malo’, las pulsiones libidinales y hostiles tienden a relacionarse con el mismo objeto; la angustia llamada depresiva se refiere al peligro fantaseado de destruir y perder a la madre a consecuencia del sadismo del sujeto; esta angustia es combatida mediante diversos modos de defensa (...) y se supera cuando el objeto amado es introyectado en forma estable y aseguradora” (ibíd., p. 276).

⁷ Utilizamos aquí la palabra “restablecimiento” en el sentido referido por Dunker (2011) a propósito de la finalidad buscada por el psicoanálisis concebido como una psicoterapia, esto es, como vuelta a un estado anterior, a un momento en el que el sujeto supuestamente habría estado perfectamente adaptado.

de discurso en términos de espacios topológicos. Pero, al mismo tiempo, nos prevendrá de caer en un análisis topológico del discurso,⁸ dado que cualquier forma de textualidad (ya sea un texto poético, un discurso político, un texto filosófico, etc.) podría ser interpretada topológicamente, esto es, evidenciar en ella un funcionamiento geométrico, espacial de sus enunciados y de las formaciones discursivas cuya articulación los tornarían posibles. Evitaremos proceder por dicha vía, en tanto que en ella las relaciones entre topología y psicoanálisis carecerían de especificidad, y recordemos que nuestra mirada estará dirigida a la *explicitación y descripción de los modelos topológicos que el propio pensamiento teórico psicoanalítico produce a nivel de sus enunciados*.

En este sentido, nuestra investigación podría ser considerada, de derecho, como *una modalidad particular de análisis de discurso* en tanto que, partiendo de la propia materialidad lingüístico-discursiva de textos psicoanalíticos, nos abocaremos a la descripción de los diferentes espacios abstractos que las articulaciones conceptuales en psicoanálisis producen, sus particularidades, los significantes que ordenan su campo, las disyunciones, las fallas, las contradicciones, las inconsistencias, los compromisos que deben asumir y las soluciones de continuidad que deben establecerse entre elementos diversos para salvaguardar la coherencia de su doctrina o sistema, etc. Para ello seguiremos un procedimiento en el que realizaremos una descripción y comentario de secuencias discursivas, alternando con un análisis estructural, es decir, una interpretación tendiente a explicitar los modelos topológicos subyacentes, sus fallas y contradicciones.

Si utilizamos el concepto de modelo como operador conceptual de análisis de discurso para abordar modelos topológicos como objeto de estudio, y si admitimos la hipótesis de Dunker, Paulon y Milán-Ramos (2016) de que *“existe una práctica de análisis del discurso ya contenida en el método psicoanalítico”*⁹ (p. 7)¹⁰ nos encontraremos con una especie de superposición o redoblamiento entre nuestra metodología y objeto de estudio, a saber, que *la articulación entre psicoanálisis y topología se nos presenta, al mismo tiempo, como objeto de investigación y como método de investigación*. Dicho redoblamiento no resultaría un obstáculo para esta investigación, sino que, por el contrario, muestra que objeto y método se reclaman mutuamente, es decir, que *en la propia construcción del objeto se establece su forma particular de tratamiento, con sus alcances y limitaciones*. Este intrincamiento entre objeto y método nos previene de tomar al psicoanálisis o a la topología como una especie de soberano respecto de los objetos sobre los cuales puedan aplicarse. Lejos de eso, se trataría de tomar en cuenta que cualquier

⁸ Al final de la tesis propondremos algunos aportes para un posible análisis topológico de discurso (ver *Apéndice*).

⁹ Las itálicas pertenecen a los autores.

¹⁰ Los autores sugieren apartar por un instante la expresión “análisis del discurso” de aquellas modalidades consagradas a tal disciplina. A continuación proponen que la palabra “análisis” debe ser considerada en su presencia común en los términos “análisis del discurso” y “psicoanálisis”. “La ambigüedad así formada sugiere que el psicoanálisis puede ser considerado como una forma de *análisis del discurso* y que *el análisis del discurso* puede ser un psicoanálisis de la ideología en la lengua” (Dunker, Paulon y Milán-Ramos, 2016, p. 7; las itálicas pertenecen a los autores). El método de investigación freudiano constituiría una forma de análisis discursivo en tanto que en él se encontraría “la composición de un trabajo sobre la materialidad lingüística apuntalado en esquemas conceptuales o literales, *orientado* por una ética transformativa (ibíd., pp. 10-11; las itálicas pertenecen a los autores).

“composición” entre psicoanálisis y otra práctica, disciplina o saber, debe ser erigida en un nivel *local*, bajo un examen de cada concepto o procedimiento de uno en uno, evitando caer en la tentación de la deducción generalizada de argumentos (ibíd.). Siguiendo esta vía, la presente investigación propone construir su método de análisis discursivo de forma tal que

eleve su objeto a la dignidad de cosa, conforme a la definición lacaniana de *sublimación*; o sea, que él subordine sus medios a la experiencia que pretende investigar, dejándola hablar y reconociendo su recorrido de verdad. Ese modo de proceder tiene un efecto de rebajamiento, desestratificante y desjerarquizante sobre la composición de métodos y conceptos, en general, y sobre la relación entre método y objeto discursivo, en particular (ibíd., pp. 32-33).¹¹

Una investigación discursiva así entendida no sólo supone un constante *rebajamiento de la posición metalingüística*, sino que también pone de manifiesto la dimensión de la *transferencia* y, en consecuencia, la del sujeto, implicada en ella. Ello quiere decir que aquel que describe los discursos no debería desconocer su participación en un discurso. En otras palabras: el sujeto, en tanto que sujeto de deseo, se encuentra indisolublemente implicado en aquello que estudia, y la propia ilación, actos, hipótesis y transformaciones operadas sobre el objeto estudiado forman parte de dicho objeto y, por consiguiente, los efectos del método inciden sobre sus principios.

Para culminar esta breve introducción, retomemos la idea de que nuestra investigación merecería ser considerada como *una modalidad particular de análisis discursivo*. El adjetivo “particular” remite, en primer lugar, al hecho de que a nuestro objeto de investigación le será aplicada una comprensión *teórica* cuyo campo es circunscrito por él. En otras palabras: el investigador estará guiado por una determinada articulación entre un grupo de teorías (topología, psicoanálisis lacaniano, psicoanálisis kleiniano, psicoanálisis freudiano, teoría de conjuntos, un tipo particular de lógica, etc.) que resultarán inseparables del fenómeno a estudiar. En este sentido, “nuestra tarea es volver lo que es implícito en lo que es explícito, y desarrollar una teoría que sea útil para nuestros propósitos en la investigación” (Parker, 2015, p.3). En segundo lugar, y sumado a lo anterior, se encuentra el hecho de que el objeto de investigación debe ser considerado desde un principio como “*históricamente* constituido”, o sea que, incluso antes comenzar el análisis, debemos estar orientados a advertir cómo dicho fenómeno se volvió tal y cómo se transforma (ibíd.). En tercer lugar, tal como señalamos previamente, se trataría de introducir la dimensión de la *subjetividad* en el proceso de investigación, esto es, el hecho de que cada uno de nosotros percibe y describe el mundo en función de posiciones particulares, y la posición del investigador merece ser especificada en algún momento bajo la forma de un análisis reflexivo, de forma tal que aquello que es expuesto sea más fácilmente evaluable por el lector de la investigación (ibíd.). En suma:

Una vez que la historia, la teoría y la subjetividad son colocadas en un lugar central en la investigación, podemos apreciar cómo la innovación se vuelve más importante que la disciplina para una buena investigación. Cada nueva investigación que localiza lo que estudia

¹¹ Las itálicas pertenecen a los autores.

en la historia, que aplica la teoría sobre la forma en que es conceptualizada y que incluye la subjetividad del investigador, debe *inventar* su metodología de nuevo (ibíd., p. 4).¹²

1.1 Presentación del problema de investigación

La topología probablemente es la rama más joven de las matemáticas (Macho Stadler, 2002). Al contrario del álgebra, la teoría de los números y la geometría, cuyos orígenes datan de la antigüedad, la topología surgió en el siglo XVII, bajo el nombre *analysis situs*, expresión atribuida a Leibniz [1646-1716], que recién comenzaría a ser denominada *topología* en el siglo XIX gracias a Listing [1808-1882]. Leibniz fue el primero en ocuparse del estudio de una geometría no orientada por las cantidades y su cálculo, sino de una “geometría de la posición” y de aquellas propiedades de ella derivadas. En este sentido, la topología se convirtió en una rama de las matemáticas que apuntaba a estudiar aquellas propiedades invariantes de ciertas figuras abstractas, esto es, que cuando son estiradas, contraídas, plegadas o deformadas, no hacen surgir nuevos puntos ni se hacen coincidir puntos diferentes. Dicho de otra forma, tales superficies pueden transformarse en otras únicamente siguiendo determinadas propiedades: la *biunvocidad* y la *bicontinuidad*. A cada punto de la superficie original debe corresponderle uno y sólo uno de la superficie transformada, y dados dos puntos próximos de la superficie original, los mismos deben permanecer en una relación de proximidad en la superficie transformada, respectivamente. Según la autora (ibíd.), a lo largo de la evolución histórica de la topología pueden encontrarse principalmente tres teorías topológicas: la *teoría de grafos*, la *teoría de nudos* y la *teoría de superficies*.¹³

La topología ha tenido diversas aplicaciones, principalmente para tratar diferentes desafíos puramente matemáticos, aunque también como recurso para encontrar solución a cuestiones de orden práctico como, por ejemplo, el famoso problema de los siete puentes de Königsberg resuelto por Euler [1707-1783] en 1736 recurriendo a la teoría de grafos, también empleada en física para representar circuitos eléctricos; o en investigación operativa teniendo una importancia económica directa. La teoría de nudos ha encontrado diversos ámbitos de aplicación, desde la biología molecular hasta la física teórica (ibíd.). La teoría de superficies no sólo ha servido de herramienta en estricta articulación con el Análisis Funcional, sino que de ella se han derivado “dos enfoques de una teoría general de la dinámica de las discontinuidades” (Fernández Díaz, 2017, p. 7): la Teoría de Catástrofes y las Matemáticas del Caos (ibíd.). Incluso ha aportado al estudio de la Física, desde la mecánica cuántica hasta los sistemas complejos – tales como las estructuras disipativas o los sistemas autoorganizados descritos por Prigogine.

La interpretación del psicoanálisis a la luz de la topología emprendida por Lacan no constituye la primera aplicación de esta teoría matemática a una ciencia de lo psíquico. De hecho, antes que Lacan, Kurt Lewin había propuesto una descripción topológica de los fenómenos

¹² Las itálicas pertenecen al autor.

¹³ En esta última nos centraremos a lo largo de la presente tesis.

psíquicos y de la personalidad en términos de interacciones y fuerzas, tomando prestado de la física el concepto de *campo*. Antes que estos autores, en Freud ya estaría presente la idea de que, en la metapsicología, se trataría de topologías, de espacios, de conjuntos. Ello sería observable a través de una serie de referencias más o menos explícitas, presentes desde el *Proyecto*¹⁴ (Freud, 1950[1895]/2008) hasta *El yo y el ello* (Freud, 1920/1992), pasando por *La interpretación de los sueños* (Freud, (1900/1991; 1900-01/1991) hasta *Más allá del principio de placer*¹⁵ (Freud, 1920/1992). En este contexto, “aunque las incursiones topológicas de Freud sean más propiamente metafóricas, su espíritu norteador es plenamente capaz de orientarnos en la dirección de lo que se podría justificadamente denominar estructura del psiquismo humano” (ibíd., p. 244).

Con todo, Lacan habría sido el primer autor en recurrir al *estructuralismo* como el punto de convergencia entre el discurso psicoanalítico y el discurso científico, teniendo el lenguaje matemático el estatuto de una escritura común a ambos. Al mismo tiempo que adopta al estructuralismo como doctrinal de la ciencia, lo subvierte introduciendo la categoría de *sujeto*, la falla inherente al funcionamiento de todo sistema. A partir de allí, la estructura de la que se ocupa el psicoanálisis sería, para Lacan, la estructura del lenguaje habitada por el sujeto cuyo funcionamiento sería matemático y, más precisamente, topológico. A la estructura del lenguaje le correspondería entonces un doble funcionamiento: una *topología del significante* (Darmon, 2008) que se correspondería con una *lógica del significante* que le serviría de soporte. Esta correspondencia entre dos órdenes es la que justificaría el recurso al *concepto* de modelo como aquel capaz de definir la función de la topología para el psicoanálisis lacaniano, esto es, como una estructura capaz de interpretar a una colección de significantes agrupados bajo ciertos principios lógicos (Rona, 2012). Más que de *una* topología, deberíamos hablar de diferentes topologías cuya aplicación tendría un alcance *local*, limitando su articulación a *una* o varias conexiones conceptuales puntuales.

Ahora bien, si adherimos a la existencia de “un realismo de la topología en su sustentación material en el significante” (ibíd., p. 248), ella debería ser localizable en otras organizaciones

¹⁴ Según Rona (2012), en el uso que hace Freud del término *complejo* (como un sistema cuyos elementos serían los neuronios de percepción, neuronios de memoria y neuronios de conciencia) se confirmaría su tesis de que “se trata de reuniones de cosas que, en sí, ya no son simples, en el sentido de que no son elementales, y que tales reuniones se conforman según reglas de vecindad: topologías. Son conjuntos, en sentido matemático, lo que se presenta en el *Proyecto* de Freud” (pp. 252-253).

¹⁵ Según Da Silva Junior (1995), la topología estaría presente en Freud como una espacialidad relativa a las cuestiones de lo externo y de lo interno, las cuales figuran de varias maneras en la metapsicología y en el proceso de constitución subjetiva. “Alteridad y espacialidad presentarían su jerarquía invertida en la metapsicología freudiana a partir de la segunda tópica pulsional, pues, si hasta entonces, la alteridad, como objeto de deseo, sólo aparecía inserto en un espacio tenido como preexistente, la pulsión de muerte inaugura la idea de la alteridad como *condición necesaria* de la proyección de la pulsión de muerte, dictando entonces que deberá ser la espacialidad la que se funda sobre la alteridad.

Sin embargo, si el espacio es originalmente la proyección de la pulsión de muerte, esto es, si todo espacio es esencialmente exterior, toda interioridad sólo puede ser pensada como derivada de transformaciones de este exterior originario, ‘pues no podemos llamar de ‘interioridad’ al tiempo anterior al desdoblamiento del espacio’” (Rona, 2012, p. 247).

significantes ajenas al pensamiento psicoanalítico lacaniano como, por ejemplo, en el pensamiento teórico psicoanalítico kleiniano y freudiano. Esta hipótesis¹⁶ nos permitiría preguntarnos cuáles habrían sido los modelos topológicos privilegiados por los psicoanalistas uruguayos –desde mediados de los años cincuenta, cuando se institucionaliza la práctica psicoanalítica con la fundación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), hasta principios de los ochenta, momento en el que el lacanismo ya habría logrado producir ciertos efectos sobre la matriz kleiniana inicial.

La recepción “oficial” a nivel institucional del pensamiento de Lacan tuvo lugar en 1972, año en el que Octave y Maud Mannoni y, posteriormente, Serge Leclaire visitan la APU con la finalidad de impartir una serie de seminarios y conferencias. La llegada del nuevo pensamiento psicoanalítico francés supuso, en muchos aspectos, una contraposición a las conceptualizaciones psicoanalíticas preexistentes en Uruguay. Tal oposición parecería haber estado relacionada a los modelos teóricos privilegiados por el kleinismo y el lacanismo. Los autores kleinianos uruguayos, al menos entre 1955 y 1967, parecían estar fuertemente influenciados por la fenomenología y el existencialismo, sumado a ciertas conceptualizaciones tomadas de la psicoterapia de la Gestalt y de la teoría de campo, haciendo del psicoanálisis una práctica científica cuya validación debería ser encontrada en la situación analítica misma (fundamento experimental), siendo sus modelos teóricos una “traducción” de lo observado en términos conceptuales o metapsicológicos. El lacanismo, por su parte, parecía recurrir a diversos modelos provenientes de las matemáticas y la lógica, en su articulación con los conceptos psicoanalíticos, buscando mantener un rigor lógico-formal e intentando transmitir integralmente un saber sobre el psicoanálisis.

A partir de dicha oposición se desprenderían al menos dos formas diferentes de practicar el psicoanálisis: para el kleinismo, el análisis debía centrarse en la relación actual (*hic et nunc*) entre analista y analizado, apoyada en el binomio transferencia-contratransferencia, privilegiando muchas veces al segundo término. Se trata de una práctica en la que

subyace la creencia de que hay una buena interpretación, correcta y oportuna, que no está distante de revelar la fantasía inconsciente. En la interpretación, el analista sabe algo de la realidad psíquica del paciente, e interpretar consiste en comunicar y explicar ese conocimiento. Esta *ilusión de precisión y transparencia* inherente a un criterio positivista de la ciencia (donde el *hallazgo se corresponde a lo real*) fue el pan cotidiano de nuestra tarea clínica y se fortalecía con la supervisión. *La utopía subyacente era la de una correspondencia o coalescencia entre clínica y teoría, y un inconsciente accesible, si no transparente*” (Viñar citado en APU, 2012, p. 19).¹⁷

¹⁶ Dicha hipótesis es la que habilitaría a Rona (2012) a proponer que las formulaciones metapsicológicas freudianas constituirían topologías, o a Leclaire a contraponer la *banda de Moebius*, como la topología correspondiente a la concepción lacaniana del inconsciente, a la *esfera*, como aquella que respondería a la concepción kleiniana del inconsciente –cuestión que abordaremos con mayor detenimiento en el capítulo 5 (apartado 5.2.4).

¹⁷ Las itálicas nos pertenecen.

Mientras que para el kleinismo una meta esencial era ampliar la fortaleza y el campo de lo consciente, para el lacanismo, al ser el inconsciente un sistema radicalmente heterogéneo al pensamiento consciente, toda aproximación a él sería efímera, parcial y fugaz (ibíd.). El contacto con el pensamiento lacaniano, particularmente a partir de la “polémica discusión” que generó el discurso de Leclaire, habría producido una suerte de “epidemia de silencio”: “en lo sucesivo fuimos más lerdos en interpretar y menos proclives a otorgar exclusividad al ‘aquí, ahora, conmigo’ de la sesión” (idem), propio del dispositivo kleiniano, dando un mayor lugar a la incertidumbre, a la incompreensión, a la historia infantil y a las situaciones extra transferenciales.

En este contexto, en las publicaciones psicoanalíticas uruguayas comienzan a multiplicarse las referencias a la topología lacaniana, sobre todo a la *banda de Moebius*, lo cual no significa, tal como señalamos previamente, que no habrían existido otras topologías previas al contacto con el pensamiento lacaniano. Probablemente se trate del pasaje de una o más topologías a otras, de una coexistencia entre diferentes formalizaciones, o bien de una síntesis o solución de compromiso entre (algunas de) ellas. A partir de aquí se desprende nuestro objeto de investigación, que consistiría en describir algunos de los principales modelos topológicos empleados por los psicoanalistas uruguayos entre 1955 y 1983, y, en particular, su afectación a partir de la llegada del pensamiento lacaniano.

1.2 Fundamentación

Explorar la relación del psicoanálisis con la topología como un dispositivo formal y/o científico de transmisión resulta relevante por varias razones: en primer lugar, desde fines del 60, el lacanismo comenzó a tener un incontrovertible impacto en la clínica psicoanalítica, poniendo en cuestión muchos de los fundamentos que hasta entonces sustentaban su práctica, permitiendo así una redefinición de la matriz que la sustentaba. Al mismo tiempo, las ideas lacanianas han tenido gran influencia en el devenir de otras prácticas psicológicas y psicoterapéuticas a nivel mundial, pero con incidencias particulares en el Río de la Plata. En segundo lugar, si bien la transmisión de la clínica psicoanalítica mediante el empleo de modelos topológicos representa un punto de debate en el psicoanálisis contemporáneo –tanto a nivel universitario como de las instituciones psicoanalíticas– no se ha constituido aún como temática de investigación universitaria en Uruguay, a diferencia de otras universidades de la región como, por ejemplo, en Brasil (Rona, 2012; Dunker, 2002; 2011; 2017) o en Argentina (Bonoris, 2015; Eidelsztein, 1995; 2005; 2006). No se cuenta con ningún estudio que haya abordado de forma sistemática el lugar que ha asumido la topología, en tanto recurso formal, en la investigación clínica en Uruguay, ni tampoco un trabajo definido que la vincule a la transmisión del psicoanálisis. La tercera razón apunta a la necesidad de investigar la relación entre el sujeto de la clínica y los recursos formales que pueden transmitir y/o desarrollar teóricamente tal sujeto, tema estrechamente relacionado a los modos de relacionamiento actuales entre el discurso

científico y el psicoanálisis –momento en el cual el psicoanálisis atravesaría un problema de legitimación frente a otros discursos catalogados de científicos.

El presente proyecto de investigación –enmarcado en el grupo de investigación *Formación de la clínica psicoanalítica en el Uruguay* (FCPU, Facultad de Psicología, UdelaR)– constituye un subsidio para pensar cómo se ha formado desde el punto de vista histórico-discursivo la teorización y transmisión de la práctica psicoanalítica en Uruguay, desde su implantación hasta la fecha actual. En este sentido, supondría un aporte capaz de contribuir a la comprensión de los modos en los que el psicoanálisis es transmitido, qué formas particulares de ejercerlo se derivan de sus modos de transmisión y qué nuevas formas de practicarlo podrían inferirse y producirse a partir de una deconstrucción de sus fundamentos.

1.3 Objetivos y enfoque metodológico

El *objetivo principal* de nuestra investigación es el estudio de los usos y efectos de algunos de los principales modelos topológicos en la investigación clínica psicoanalítica en el Uruguay entre los años 1956 y 1983, partiendo de una matriz kleiniana hasta la incidencia de las ideas lacanianas. Los *objetivos específicos* apuntarían, en primer lugar, a describir los modelos topológicos –implícitos o explícitos– presentes en la práctica clínica y en la teoría de los principales psicoanalistas uruguayos entre 1956 y fines de los años 60; en segundo lugar, a describir aquellos modelos topológicos de la teoría de Lacan recibidos por los analistas uruguayos entre la década del 60 hasta 1983; y, por último, a explorar aquellos modos en que los modelos topológicos fueron articulados en la práctica clínica psicoanalítica, en Uruguay, particularmente a partir de las visitas de Serge Leclair en 1972 y 1975, y de Octave y Maud Mannoni en 1972 a la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU).

Para alcanzar estos objetivos realizamos una exhaustiva revisión de todos los textos presente en la revista oficial de la APU, la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP), entre 1955 y 1983 –período transcurrido desde la institucionalización de la práctica psicoanalítica en Uruguay hasta la fundación de la primera institución lacaniana, la *Escuela Freudiana de Montevideo* (EFM)–,¹⁸ a fin de seleccionar los textos con referencias explícitas e implícitas a la topología, en los términos antes descritos. El corpus fue construido a partir de textos publicados en la RUP (principalmente textos teórico-doctrinales y casos clínicos), sin recurrir a otras publicaciones de la época. En total, fueron revisados más de doscientos textos. La RUP presenta la particularidad de funcionar como si de una obra se tratara, es decir, como un cuerpo cerrado con cierta homogeneidad entre los diferentes textos, por su adhesión a perspectivas particulares

¹⁸ De hecho, la EFM se funda en setiembre de 1982, no obstante, decidimos extender el período de la investigación hasta 1983, en tanto que en dicho año son publicados dos textos (Paciuk, 1983; Hoffnung, Maggi de Macedo, Mieres de Pizzolanti y Plosa, 1983) que serán relevantes para nuestros fines.

en psicoanálisis, mostrando cómo una serie de recurrencias terminológicas y temáticas van variando, desapareciendo y surgiendo nuevas categorías, a lo largo de los años.

Para abordar nuestro objeto de estudio recurriremos a una modalidad de análisis de discurso compuesta de dos momentos que se alternan el uno con el otro: por un lado, realizaremos una práctica de descripción y comentario de textos intentando explicitar los modelos topológicos allí presentes, siendo nuestra principal referencia teórica las conceptualizaciones sobre el discurso de Michel Pêcheux (1978; 1979; 1983/2002; 1984/2015; 1975/2016), articuladas con la perspectiva lacaniana de análisis discursivo propuesta por Dunker, Paulon y Milán Ramos (2016); por el otro, realizaremos una especie de interpretación estructural muy próxima de las teorizaciones de Goldschmidt (1947), esto es, una lectura "coherentista" de los modelos previamente explicitados, intentando evidenciar el funcionamiento intrínseco de los mismos, sus fallas y los intentos de sutura.

La utilización del *concepto* matemático de modelo¹⁹ como operador conceptual de análisis de discurso para el abordaje de modelos topológicos implicaría que la topología constituye, al mismo tiempo, el *objeto* de investigación y el *método* para abordarlo. Ello significa que, para el análisis de discurso, la construcción del objeto de investigación resulta indisociable de la forma particular en que accedemos a él (incluyendo sus limitaciones y alcances). Dicho redoblamiento significaría, por una parte, un rebajamiento de la posición metalingüística que evitaría considerar a la topología como un soberano respecto de los objetos sobre los cuales se aplicaría, y, por otra, la inclusión de la dimensión del sujeto implicada en toda investigación discursiva.

1.4 Antecedentes

Si bien pueden indicarse varios psicoanalistas que, de algún modo, han hecho empleo de objetos topológicos, lo cierto es que principalmente han sido los lacanianos quienes la han abordado de forma más extendida, aunque muchas veces de un modo meramente metafórico o alegórico. Ello suele observarse por la ausencia o por la omisión de justificación teórico-metodológica que fundamente su uso. Como es sabido, no existe consenso general entre lacanianos en cuanto al uso de la topología. Algunos la defienden de formas más estrictas y otros de manera más laxa, pero todos apoyándose supuestamente en Lacan: están aquellos que la conciben como una nueva forma, casi metafórica, de abordar los conceptos, o que creen que la topología, en Lacan, posee una función meramente analógica; por otro lado, están aquellos que emplean la topología como un soporte descriptivo, cuando no explicativo, de los principales ejes teóricos lacanianos y de sus vinculaciones; o también otros que extienden la topología al punto de volverla parte esencial de todo proyecto de formalización del psicoanálisis; mientras que otros

¹⁹ El recurso al *concepto* matemático de modelo, que tomamos prestado de Badiou (2009), se justifica por la inscripción del psicoanálisis en el campo de la ciencia, permitiendo postular una formalización que se apartaría de la objeción del vaciamiento semántico que el recurso a ella supuestamente promovería.

tantos defienden una relación intrincada entre las superficies topológicas y el sujeto del psicoanálisis.

Dentro de este espectro de posiciones, Dor (1987) considera que las superficies topológicas no funcionarían en la argumentación de Lacan a modo de objetos matemáticos, sino como *sustratum* de una ilustración metafórica de sus conceptos. Constituirían más precisamente una modalidad representativa capaz de *mostrar* algo en la dinámica misma de manipulación de dichos objetos, pero sin ninguna intención *demostrativa*. Para justificar su posición en cuanto a la no existencia de un plan de matematización del psicoanálisis por parte de Lacan, Dor (ibid.) intenta exponer su argumentación a través de ejercicios dialécticos muy complejos. Considera que la formalización de un objeto supone la tentativa de construir modelos abstractos a partir de los fenómenos observados, intentando evidenciar, siempre, las estructuras que en ellos operan. Este autor considera que dicho aspecto estaría ausente en la propuesta de Lacan, dado que éste buscaría meramente favorecer la imaginarización de las propiedades de un objeto mediante el recurso a la topología, pero sin considerarlo un objeto matemático en sentido estricto. En este sentido, Dor asevera que los objetos topológicos funcionarían en la enseñanza de Lacan por fuera del contexto matemático, interviniendo como un sustrato fantasmático, metafórico, capaz de imaginarizar las relaciones entre deseo y demanda, el funcionamiento del deseo, las relaciones entre lo interior y lo exterior, etc.

Granon-Lafont (1990) parece ocupar una posición híbrida. Partiendo del psicoanálisis y de los avances de Lacan en dicho dominio, propone estudiar las principales estructuras topológicas, con lo cual hace expresa su clave de lectura: interpretar la topología a partir del psicoanálisis. Ese punto de partida le obliga a preguntarse cuál sería la naturaleza de la relación entre topología y psicoanálisis: ¿la misma es del orden de la metáfora o se trata de un soporte intuitivo? La autora explícitamente rechaza la hipótesis metafórica, quedando entonces como alternativa el soporte intuitivo. No obstante, reconoce que las relaciones que pueden establecerse entre experiencia analítica y topología no serían definidas en esos términos. De cualquier modo, Granon-Lafont (ibíd.) no puede deshacerse de la intuición, en tanto que, al colocar en escena la estructura del sujeto mediante la topología, no lograría aportar otros fundamentos que no sean la pura intuición. De este modo dejaría en evidencia su posición respecto de la exploración de la topología en Lacan.

Nasio (1988) es un psicoanalista con una posición muy próxima a la de Granon-Lafont. Según este autor, el abordaje topológico no excluiría la intuición en pos de un pretendido formalismo topológico; por el contrario, supondría su intervención, aunque modificada, permitiendo aprehender lo real mediante recursos imaginarios o fantasmáticos. Señala que su abordaje topológico se relacionaría más con el dibujo que con el cálculo, con la mostración más que con la demostración, posición que contrariaría a la creencia de ciertos psicoanalistas de que hacer topología es hacer ciencia (ibíd.). Para separarse del abordaje puramente matemático,

Nasio propone llamar al suyo “*topologería*” (ibíd.). De acuerdo con Nasio, la *banda de Moebius*, como un caso particular de esta topología gráfica, no sería una forma de ilustrar el concepto de sujeto, sino que, al mostrar la banda y cortarla por la mitad, se dirá éste es el sujeto. En este punto, el autor señala que “en una fórmula general, diríamos que el ser de lo psíquico, el estatuto ontológico del psiquismo, es la *topologería psicoanalítica*” (ibíd., p. 22).

Este estatuto ontológico del psiquismo presupondría la existencia de lo psíquico más allá de su carácter de hipótesis operativa. Esto resultaría así en tanto que Nasio, mostrándose consciente de que la topología con la que el psicoanálisis trabaja, de acuerdo con Lacan, no existiría por fuera de su inmersión en las tres dimensiones cartesianas, lo obligaría a proponer que su topología no sería puramente matemática, sino que dependería del papel y de las tijeras; no obstante, actualizaría algo imposible de representar. Para Nasio, el cuerpo ocuparía el lugar de aquello imposible de representar cuando se trabaja con los constructos topológicos. Se trata del cuerpo como lugar parcial de goce y no como extensión o imagen. “Practicar la topología significa tratar con el cuerpo la representación y, en ese mismo acto, inscribir esa práctica en el conjunto de nuestras producciones fantasmáticas” (ibíd., p. 22). Con todo, a pesar de las advertencias de Nasio, éste termina superponiendo lo imaginario –aunque sea “nuevo”, es un imaginario al fin– a lo real, a fin de, “si no a percibir, al menos a imaginar hasta cierto punto un espacio otro, más próximo a la representación topológica de lo real psíquico” (ibíd. p.23). Con todo, esta forma de representar lo real psíquico no tendría por qué darse en detrimento de un fundamento material, ni que la topología sea reductible a ese imaginario. No obstante, la perspectiva de Nasio merece ser destacada en tanto que la topología debería interpretar al psicoanálisis, y no a la inversa.

Miller (1987) afirma que la topología es inherente a la enseñanza de Lacan y que no puede ser aislada de ella, aunque fuese bajo el pretexto de su excesiva complejidad. Si se quiere estudiar debidamente a Lacan, según Miller, debe leérselo desde un punto de vista topológico, dado que la topología lo habría acompañado a lo largo de su obra desde su inicio mismo. Miller (ibíd.) asevera que en *Función y campo* de 1953 se encontrarían, de forma discreta, las primeras alusiones a la topología, al referirse a la función primordial de la muerte en su relación con el surgimiento del orden simbólico. Al señalar que el sujeto hablante es mortificado por el significante, puntualiza que la muerte no constituiría simplemente un más allá de la vida, sino que se trataría de una función que residiría en el centro mismo de la “experiencia de palabra” y que, por consiguiente, mantendría una relación estricta con el sentido. Un sentido que sería, al mismo tiempo, exterior al lenguaje y central en el empleo de la palabra. En este punto, según Miller (ibíd.), aparecería la primera referencia a “su” topología: “*Decir que este sentido mortal revela en la palabra un centro exterior al lenguaje es más que una metáfora y revela una estructura*”²⁰ (Lacan citado en Miller, 1987, p. 80). Asimismo, en esta frase estarían ya presentes

²⁰ Las itálicas pertenecen al autor.

todos los problemas de la topología de Lacan: por un lado, el empleo de la noción de estructura estaría justificado por la puesta en juego de un centro que es, a la vez, central y exterior, lo cual constituiría una paradoja;²¹ y, por otro lado, Lacan no se habría contentado con dicha metáfora y habría dado un paso más al instalar en ella la estructura que constituiría dicha disposición espacial (ibíd.). Casi veinte años después, en *L'etourdit* (1972/2012), seguiría presente en Lacan esta tentativa referente a la espacialización: recusar la metáfora, implicar la estructura que la sostiene, y proponer que esta última se relacionaría con un “real”, imposible, puesto allí en juego.

Afirmar que, para Lacan, la topología no es una metáfora sino la estructura misma, que constituiría el real que opera en la experiencia analítica, se justificaría, según Miller (1987), en el hecho de que la topología de Lacan sería completamente reductible a una *combinatoria*,²² sustentada en el carácter bidimensional del significante –el eje vertical metafórico y el eje horizontal metonímico–, que nada tendría que ver con el espacio de la intuición. La suposición de Miller de que la topología, sustentada en el significante, sólo requeriría de dos dimensiones para operar parecería no tener cabida, puesto que sería erróneo suponer que la topología se sostiene exclusivamente en dos dimensiones, cuando es sabido que la topología misma “abre la posibilidad de [un trabajo con] espacios multidimensionales (Rona, 2012, p. 37). En este punto, si bien Miller (1987) advierte que no todo en la experiencia analítica es matematizable, considera que el esfuerzo de Lacan es obtener un mínimo de experiencia que sea pasible de matematización; se trata de “desprender las relaciones en juego entre los términos presentes en la experiencia analítica” (ibíd., p. 83). Sin embargo, considerar que todos los matemas lacanianos formarían parte de un mismo capítulo del recorrido topológico de Lacan, o incluso suponer que todos ellos podrían ser reducidos a un único conjunto de asertivas relativas al significante, resultaría una afirmación demasiado amplia cuya aceptación general restaría ser fundamentada.

Darmon (2008) también considera esencial a la topología en la obra de Lacan. No obstante, parece diferir de la postura de Miller en lo que respecta a la homogeneidad y coherencia de su presencia en Lacan. Sus ensayos sobre topología lacaniana abordan diversas estructuras formales, modelos y dispositivos topológicos que, en ningún caso, constituyen un sistema. Por el contrario, este autor resalta la intención de Lacan de hacer de su propuesta una capaz de renovarse constantemente, admitiendo en su seno las contradicciones que se le vayan presentando. Aunque Darmon insista en evitar hacer de los diferentes empleos matemáticos de Lacan una doctrina o sistema, su texto constituye un compendio que reúne una serie de ensayos

²¹ Al intentar construir la topología del goce, Lacan retomaría esta estructura de exclusión interna, llamándola “extimidad”, dejando patente la paradoja que condensa, en una expresión, a la “intimidad” con la “exterioridad” (Miller, 1988).

²² Althusser señala que se ha confundido la *combinatoria* con la *combinación*. La primera supone que los elementos del sistema están definidos por adelantado, y para siempre, de forma tal que las posibles combinaciones pueden ser previstas. Por el contrario, la combinación, concibe que el orden general es resultado del encuentro entre los elementos, cuya existencia previa está enmarcada en ordenamientos anteriores, pero que se ven transformados al formar parte de un nuevo orden (Karczmarczyk en Pêcheux, 1975/2016).

sobre el significante concebido como conjunto, reunido, según el autor, por un hilo, constituido por la estructura topológica en Lacan.

En este autor pueden observarse dos vertientes de la topología lacaniana: una metafórica y otra no metafórica. El capítulo sobre *Topología del significante* es prueba de un abordaje no metafórico de la topología, en la medida en que retoma las dos caras del signo saussureano en su presentación como una hoja de papel, en la cual el significante es el anverso y el significado su reverso, mostrando el carácter solidario de ambos términos. No obstante, en otras partes del libro, aparece un sinfín de referencias metafóricas a la topología que coexisten con aquellas otras no metafóricas. En cuanto a esta coexistencia, Darmon (ibíd.) denuncia la falta de justificación clínica de la topología de Lacan. En su lugar aparecería el significante como el punto de vista que forzosamente justificaría su recurso, lo cual haría recaer en el impasse anterior a la introducción de la topología: el del sentido y la significación. Y ello sería contradictorio con concebir a la topología como aquella capaz de descifrar un orden ligado a una geometría totalmente ajena a los efectos del lenguaje corriente. Con todo, si el soporte material de un tratamiento analítico se encuentra en el significante, se impone la conclusión de que es éste el que garantizaría la hipótesis topológica en Lacan. Sin embargo, quedaría en entredicho las razones por las cuales la articulación significante constituiría el soporte de la topología.

Eidelsztein (2006), bajo una posición inversa a la de Granon-Lafont y Nasio, dado que su punto de partida es una crítica a la falsa noción de *intuición espacial* que concibe al espacio como un *a priori*, y más próxima a la de Miller, propone abordar la topología como la disciplina matemática capaz de estudiar la estructura del espacio en la que los seres hablantes se desenvuelven. Dicha estructura es definida por el autor como “real”, por naturaleza, inaccesible, puesto que el ser humano sería frecuentemente asediado por una sensación de ajenidad producto de su incapacidad para captar las propiedades del espacio. La argumentación de Eidelsztein (ibíd.) de por qué los psicoanalistas deberían estudiar topología se fundaría en una tautología: si la estructura del espacio es topológica, y si queremos acceder a lo real de dicha estructura, una vez que admitimos que la topología es la ciencia que estudia el espacio, se vuelve obligatorio estudiar topología. El argumento es circular y carecería de fundamento en cuanto al interés del psicoanálisis por estudiar la topología, cuál es el nexo que puede trazarse entre los dos, etc. Eidelsztein se sorprende de que hayamos desperdiciado tanto tiempo en comenzar a estudiar la estructura del espacio en que nos movemos, suponiendo que dicho espacio tuviese algo que ver con el psicoanálisis, por su relación con nuestra referencia a la realidad, lo cual no resultaría en absoluto una razón suficiente para emparentar el psicoanálisis con la topología.

Con todo, no podemos afirmar que el fundamento topológico se encuentre completamente ausente en este autor. Para intentar establecer el argumento del sujeto del inconsciente como bidimensional, Eidelsztein (ibíd.) cae nuevamente en una tautología, puesto que para definirlo se apoya en una estructura en red del significante (la metáfora como vertical y

la metonimia como horizontal), siendo ésta bidimensional. Al mismo tiempo, sostiene que el soporte espacial a través del cual piensa concebirlo es la topología, dado que ella operaría con superficies bidimensionales, las cuales pueden ser deformadas o cortadas (ibíd.). Quedaría en suspenso saber por qué la bidimensionalidad de la que se encargaría la topología sería aquella de los ejes metafórico y metonímico. El autor no desarrolla el fundamento de dicha aseveración, quizá por resultarle evidente o a causa del ritmo acelerado con el que plantea su exposición.

La posición de Korman (2004) se aproxima a la de Miller en lo referente a que “hay una dimensión topológica en la enseñanza de Lacan que está inextricablemente unida al resto de su teoría” (p. 13), aspecto que un estudio de su obra no podría soslayar. Tal afirmación es justificada a partir de tres puntos: (i) por la temprana introducción de los tres registros (simbólico, imaginario y real) que mantienen entre sí una relación topológica; (ii) Lacan fue reelaborando progresivamente las ideas derivadas de dicha introducción, mediante el empleo de una serie de esquemas, grafos, superficies y nudos borromeos; y (iii) por el tratamiento topológico de las categorías psicoanalíticas freudianas y de las suyas. Sin embargo, en cuanto al modo de abordaje de la topología, Korman (ibíd.) parece más próximo a Darmon, no sólo por considerar esencial a la topología en la obra de Lacan, sino también porque su texto no constituiría un “mini manual de topología” (p.49), es decir, mantiene también una actitud anti-sistema. Explicita ciertos elementos básicos de topología para la comprensión de la propuesta de Lacan, privilegiando aquellos que destaquen las correspondencias posibles entre dicha disciplina y la concepción lacaniana del sujeto, dejando por fuera toda consideración topológica ajena a dicho fin.

Korman insiste en privilegiar aquellos aspectos de la topología lacaniana “que mejor *ilustran*²³ la estructura(ción) de éste” (ibíd., p. 49). Con todo, considerar que la topología “ilustra” la estructura o el proceso de estructuración subjetiva, implicaría concebirla como metáfora y no como la estructura misma, como sostiene Lacan. En este sentido, el abordaje de Korman resulta muy próximo al de Nasio²⁴ en tanto que ambos, bajo la intención de sustentar la homología entre estructura del sujeto y topología, terminarían haciendo de la topología una mera figuración o imaginarización del sujeto. Tal crítica se apoyaría, además, en el hecho de que tanto Korman como Nasio insistirían en diferenciar la topología, como rama de las matemáticas, de la topología abordada por el psicoanálisis de Lacan, con lo cual no quedaría claro por qué la topología constituiría una buena vía para evidenciar la estructura subjetiva.

En una vía radicalmente diferente a las anteriores, Krutzen (2018) se ha encargado de mostrar que “lo espacial” ha sido un problema que ha ocupado al psicoanálisis desde sus inicios y hasta la actualidad. En base al concepto de *paradigma*, el autor propone que históricamente han existido tres grandes modalidades de tratamiento de la espacialidad en psicoanálisis: una que privilegiaría una visión intrapsíquica de la mente humana; una segunda, surgida

²³ Las itálicas son nuestras.

²⁴ Cabe señalar que ambos trabajaron juntos durante muchos años.

cronológicamente después, a partir de Ferenczi, cuyo énfasis estaría centrado en el medio ambiente y en la teoría de la comunicación, en el retorno de la dimensión social forcluida por la primera; y una tercera, que iniciaría en la década del ochenta, basada en el paradigma relacional. Del primer paradigma, los principales impulsores habrían sido Freud, Klein, Lacan, entre otros; del segundo, sus principales defensores serían Fromm [1900-1980], Horney [1885-1952] y Sullivan [1892-1949], en EEUU, y Winnicott [1896-1971], Fairbairn [1889-1964], Balint [1896-1970] y Guntrip [1901-1975], en Inglaterra –aunque orientados en otra vía que los norteamericanos, por centrarse en la noción de relación de objeto–; mientras que del tercer paradigma sus principales pensadores serían Capra [1939], Maturana [1928], Varela [1946-2001], Bertalanffy [1901-1972], Prigogine [1917-2003], entre otros.

Si bien ubica a Freud y a Lacan dentro de la primera modalidad de abordar lo espacial, destaca que en absoluto ambos emplearían el mismo paradigma. Por el contrario, habiéndose formado en medicina y neurología en el siglo XIX, Freud se mantiene fiel, en muchos aspectos, al espíritu mecanicista de su época, en el que la máquina a vapor concretizaba a la perfección los principios científicos. Dicho paradigma concibe al mundo al modo newtoniano, como una máquina, cuyo modelo más perfecto es el del reloj. La máquina admite ser descompuesta en sus partes constitutivas y ser vuelta a montar posteriormente; cada parte posee su lugar y función específica dentro de un engranaje. Al concebir al mundo de forma mecánica, necesariamente el hombre debe ser pensado del mismo modo. Siguiendo los principios de la termodinámica, Freud entiende al psiquismo del hombre como una máquina muy compleja, cuyo funcionamiento requiere de energía. Tal es su hipótesis de base. Y dicha energía no puede destruirse, sino que atravesaría diversas transformaciones, mutaciones o pérdidas de acuerdo con determinadas leyes de funcionamiento, que implicarían una causalidad y una etiología ligadas al destino de esa energía. Tanto la represión, fijación, sublimación, desplazamiento o la regresión serían imágenes del bloqueo energético, con la posibilidad de retorno al punto problemático para organizar la falla en el funcionamiento.

Lacan, por su parte, pertenece a una época posterior que, habiendo sido afectada por la segunda guerra mundial –la que obligó a la creación de mensajes secretos que requerían de una decodificación para su comprensión, a generar informaciones falsas, generando acciones destinadas al fracaso, el desarrollo de nuevas técnicas relacionadas a los avances de la electrónica en los armamentos, etc.–, se convirtió en una nueva forma de entender el mundo, uno basado en la comunicación, información y el lenguaje (ibíd.) En este contexto surge la cibernética, como una nueva ciencia que, desinteresada por los destinos energéticos y sus mutaciones, se ocupó de describir cómo la información circula dentro de un circuito, independientemente de su significado o veracidad. El modelo sería aquí la computadora: se pasaría de concebir al hombre como máquina en su carácter de cuerpo con músculos y huesos, a un hombre entendido como un circuito de información cuyo sustrato es el sistema nervioso. En

este sentido, si bien Lacan, en los años cincuenta, hace uso de circuitos propios de la cibernética para sus primeros desarrollos en lo que respecta al registro simbólico, critica la noción de comunicación, particularmente a los conceptos de receptor y transmisor, proponiendo que el mensaje es recibido del Otro por el sujeto de forma invertida. No obstante, la noción de circulación necesaria y de circuito va a seguir siendo importante a lo largo de toda su obra, aunque incorporados a su abordaje topológico en el grafo del deseo, en la teoría de los cuatro discursos o en las superficies topológicas elementales. Sin embargo, esta inclusión “a medias” de Lacan en el campo de la comunicación e información lleva a Krutzen (ibíd.) a aseverar que Lacan no pertenecería a este segundo grupo, puesto que la causalidad que establece sería la misma que la de Freud (en lo intrapsíquico), difiriendo del paradigma comunicacional, puesto que en él el énfasis estaría colocado en lo ambiental (en lo familiar o más allá).

Si examinamos detenidamente, vemos una especie de contrasentido en la argumentación del autor, dado que, si la crítica de Lacan a la teoría de la comunicación implicaría, de primera mano, la presencia del Otro en la emisión de todo mensaje, entonces, ¿cómo es posible que Krutzen sostenga, al mismo tiempo, que Lacan se limitaría a un abordaje de lo intrapsíquico? ¿No es justamente Lacan uno de los primeros psicoanalistas en ocuparse de las paradojas subyacentes a la distinción entre lo interno y lo externo? ¿Acaso no es la banda de Moebius, una superficie que rompería con la idea de intrapsíquico, o el toro, un espacio cuya constitución sería iniciada por la demanda del Otro?

Volviendo a Freud, Krutzen (ibíd.) señala que éste, desde sus comienzos, intentó diseñar, bosquejar o representar gráficamente aquello que se le presentaba como un espacio psíquico. Así puede verse en el *Proyecto de Psicología* (Freud, 1950[1895]/1985), en el cual “ofrece una primera construcción del aparato psíquico, a partir de consideraciones neurológicas, a veces llevadas hasta una dimensión metafórica, con hipótesis osadas sobre el funcionamiento psíquico” (ibíd., p. 80). O en el *esquema del peine* (Freud, 1900-01/1991) que constituye la primera tópica freudiana del aparato psíquico y consiste en un modelo direccional que funciona como una secuencia de inscripciones sucesivas, comenzando con la percepción y arribando a la conciencia.²⁵ O también en el esquema del “huevo” (Freud 1923/1992), modelo que corresponde a la segunda tópica del aparato psíquico.

Si bien Krutzen intenta trazar una separación entre los paradigmas de Freud y Lacan, en varias oportunidades termina homologando la metapsicología freudiana a una topología, como cuando asevera que los esquemas freudianos y su pensamiento sobre el aparato psíquico, en la dimensión tópica, han servido a Lacan de materia “*para repensar esos datos espaciales y*

²⁵ Es un modelo que Lacan criticó fuertemente en su segundo seminario, dado que para Freud se trata del sistema Percepción-conciencia, es decir, ambos términos forman un solo sistema; pero en su esquema, Freud los coloca en los extremos. Entonces, o bien los extremos se unen formando un círculo o bien queda patente un impasse en su primer modelo del aparato psíquico.

reintegrarlos en una topología más contemporánea, resolviendo así algunas de las aporías de la obra freudiana”²⁶ (ibíd., p. 88). Sostiene una concepción similar cuando afirma que varios de los capítulos de su libro contribuyen proponiendo “hipótesis para una nueva metapsicología o topología” (ibíd., p. 102). Esto sucede, de acuerdo con el autor, porque en el fondo todas las teorías psicoanalíticas tomarían al espacio como punto de referencia, ya sea como modelo o metáfora. Con todo, Kruzten señala que el abordaje de Lacan –teniendo a su servicio nociones geométricas, matemáticas, remitiéndose a la topología y a la lógica, y teniendo a la obra freudiana a sus espaldas– permitió diseñar un método topológico en psicoanálisis, mientras que Freud apenas alcanzó a abordar el espacio de un modo novedoso, aunque limitado a aquello que la estética trascendental le habría permitido.

Ahora bien, en lo que respecta específicamente al paradigma comunicacional, podemos afirmar que en él las referencias explícitas a la topología son prácticamente inexistentes. No obstante, en la medida en que el foco aquí se desplaza de lo intrapsíquico para enfatizar en la dimensión del vínculo entre el cuidador y el niño, puede evidenciarse otra clase de espacialidad. Krutzen (2018) toma a Winnicott como principal pensador de dicha orientación. El mismo afirma que el niño, sumado a los cuidados maternos, constituye una unidad. En el abordaje de esta unidad, Winnicott va a construir nuevos conceptos, entre los que se encuentran dos de especial importancia para nuestros fines: el de *objeto y espacio transicional*. El objeto transicional es aquél que no se encontraría en lo intrapsíquico ni a nivel de la realidad exterior, sino que ocuparía un espacio intermedio entre ambos. La definición de estos conceptos inaugura y desarrolla un pensamiento que procede por paradojas, esto es, situaciones en las que una dicotomía no debe ser resuelta, sino mantenida. De este modo, el objeto transicional es, encontrado por el niño pequeño, como un elemento de la realidad, y al mismo tiempo, creado, como evento psíquico íntimo y singular. Es decir, adquiere un estatuto de indeterminación, que debe ser mantenido para poder ocupar este espacio “entre-dos”, pero también como primera posesión no-yo. La crítica de Krutzen a Winnicott es que, aunque su teoría pertenezca al paradigma comunicacional, nunca dejó de atribuir a la madre un estatuto puramente objetal. Ella puede ser factor de privación, deprivación, suficientemente buena, pero no puede adquirir el carácter de sujeto. En este sentido, Winnicott mantiene fidelidad a una cierta tradición kleiniana y propone una versión no mutua del tratamiento analítico –como sí ocurriría en el abordaje de Ferenczi.

El tercer paradigma al que refiere el autor es el modelo relacional, el cual, basándose en la necesidad de nuevos puntos de referencia, orientaría a nuevas vertientes de una topología que hoy día tienen otros nombres tales como *auto-organización*, *estructuras disipativas*, *autopoeisis*, *sistema dinámico*, *propiedad emergente*, *no linealidad*, *punto de bifurcación*, *fractales*, *parámetros de orden y control*, entre otros. Estos conceptos, de acuerdo con Krutzen (ibíd.), se presentan cada vez más necesarios para enfrentar los cambios en la cultura, en la

²⁶ Las itálicas nos pertenecen.

sociedad y en los pacientes, tal como se presentan hoy día. Tomaremos sólo dos ejemplos allí expuestos con fines ilustrativos. Por ejemplo, el concepto de *red* se presenta como paradigmático en tanto que funcionaría sin la noción de concepto fundamental que jerarquice a los demás, sino que se trataría de una circulación y revocabilidad permanentes.

La cuestión no es más saber cuáles son las ideas fundamentales sino cuál es la circulación posible y como un sistema puede recordar los movimientos y los desplazamientos por su propia auto-organización. Por ejemplo, la noción de objeto cambia de lugar para volverse nexo de relaciones. No existe más un mundo con una colección de objetos, sino “los propios objetos son redes de relaciones” (Krutzen, 2018, pp. 196-197).

Otro de los principales modelos relacionales, emparentado con el anterior, es la *auto-organización*, cuya noción central proviene de la cibernética, a saber, la retroalimentación (*feedback*). Sin embargo, no se orienta más por la concepción del sistema nervioso central en analogía con la computadora, sino que considera a la mente humana como el sustrato por medio del cual se crean las ideas que, su vez, constituyen la información, y no a la inversa. Lo principal de la auto-organización es que se trata de un conjunto de relaciones necesarias entre elementos de un cierto sistema, las cuales determinan sus características principales. Por ejemplo, los seres vivos funcionarían organizados como una red; no existe organismo vivo por fuera de una red de relaciones que determinaría, a su vez, patrones de organización.

Desde otra óptica, aunque concordando con Krutzen en ciertos puntos, Porge (2007) traza una radical separación entre la concepción topológica de Lacan y la concepción esquemática de Freud del aparato psíquico, cuyo origen estaría dado en el tipo de relación que cada uno mantiene con la escritura. Mientras que en Freud, la noción de aparato psíquico, correlativa de la realidad psíquica, sería una representación tributaria del esquematismo kantiano, siendo ésta una construcción auxiliar que representaría imaginariamente una idea del inconsciente, por definición inaccesible. Lacan, por su lado, habría sustituido la noción de realidad psíquica – incluyendo las dos tópicas– por la topología, como una escritura cuya pretensión no sería establecer una realidad como si fuera un lugar teórico, ideal, sino que ella constituye, por sí misma, una realidad operatoria que no tiene por qué ser adjetivada de “psíquica”. Según este autor, estos objetos topológicos que actualizan lo irrepresentable, reemplazarían a los modelos freudianos, “y sería un contrasentido pensar que la topología es otra representación de la realidad psíquica, en continuidad con los esquemas de Freud, pues ésta sigue siendo recargada con las representaciones que Freud da de ella” (ibíd., p. 135). En cambio, la topología no supondría una distancia entre la representación y la realidad. Porge expone como ejemplo la *banda de Moebius*, definida como corte de superficie; no es una imagen del sujeto dividido, o un esquema, sino que es el sujeto dividido como tal, falta y escritura al mismo tiempo (ibíd.).

En un texto posterior, en el cual intenta establecer los fundamentos del psicoanálisis, Porge (2014) señala que ellos son básicamente dos: uno es la operación de “*retorno a Freud*” iniciada por Lacan; se trataría de un retorno en sentido topológico. Específicamente se trataría de un

“retorno moebiano” consistente en dar una nueva vuelta [*tour*] que se cerraría alrededor de aquello que hay de fundador en él. El segundo valor fundamental está en la noción de “*corte*”. Según el autor, dicho término no es apenas metafórico, ilustrativo o analógico, sino que se vincularía, con la topología, a lo real, definido como lo imposible de decir. Ello significa, en cierto nivel, que no existiría saber del/sobre el corte, sino que es a partir del corte que se derivaría un saber que, retroactivamente, podría incluir –en exclusión interna– al corte que lo originó. La noción de corte empleada por Porge es entonces un corte que se cierra sobre sí mismo, que se recorta, que define al espacio-saber y que se muestra solidaria de la operación de retorno. A partir de esto, puede entenderse por qué Porge concibe a la topología como el método mismo y el fundamento del abordaje lacaniano.

A partir de la delimitación de la clínica psicoanalítica con esos dos valores fundamentales, Porge (ibíd.) concluye que se torna necesaria una transformación de su vocabulario, en función del vínculo de ellos con la topología. En este sentido, este psicoanalista nos previene de todo intento de invalidar los términos derivados de la tradición analítica, erróneamente llamados conceptos. En cambio,

se trata, por un lado, de retomarlos en función de la referencia topológica que les es propia y les da consistencia en lo real. Esa referencia desplaza la significación y el uso de los términos tradicionales. La pulsión, por ejemplo, ofrece nuevos recorridos cuando es referida a la escritura de la fórmula “sujeto corte de demanda” (Porge, 2014, p.16).

Pero también se trata de añadir a la terminología tradicional una serie de términos que se adapten a un nuevo abordaje de la clínica –nueva por acercarse a los fundamentos.

La finalidad del trabajo de este autor es aquí contribuir a disipar los espejismos de aquello que es llamado “nuevas clínicas”, que no serían más que “tentativas desesperadas de salvar del naufragio a la clínica psiquiátrica” (ibíd., p. 17). Las mismas se inscriben en una concepción normativa de la clínica que supone la existencia de un individuo promedio, cuando en realidad la práctica de “charlatanería” [*bavardage*]²⁷ constituiría una práctica que tendría a la inclusión de la excepción como principio. Por ello, Porge puede aseverar que el psicoanálisis no se sostendría sobre un aparato teórico sistemático, sino sobre un habitar la lengua y sus intersticios capaces de “abrir” al inconsciente.

Por último, haremos referencia a la propuesta de Dunker (2012), precisamente a su método que llama *topología histórica*. Se trata de un método bífido empleado con la finalidad de establecer las condiciones de posibilidad para que exista hoy día la práctica psicoanalítica y, al mismo tiempo, mostrar que “esta oposición relativa entre la lógica de un procedimiento y el origen histórico de sus elementos no es externa al problema tratado” (ibíd., p.52). La elección del autor se debe principalmente a dos razones y se remite a dos fuentes. La primera es inmanente al psicoanálisis y tiene que ver con el profuso empleo hecho por Lacan de la topología como

²⁷ Término usado por Lacan para designar al psicoanálisis.

herramienta de reflexión en torno a la clínica psicoanalítica, y no meramente como un medio de formalización de sus conceptos. La segunda razón es ajena al psicoanálisis y se relaciona con la recomendación por parte de la reconstrucción histórica de mantener cierta distancia respecto de las descripciones y teorías que tomamos como marco referencial para la tarea.

Este método gira en torno a tres conceptos u operadores principales, los cuales son: *constitución*, *formación* y *construcción*, que, a su vez, se articulan con tres categorías topológicas llamadas *lugar*, *espacio* y *posición*. El concepto de *constitución* se relaciona con la discontinuidad inherente a toda práctica respecto de aquellas que le anteceden y la volvieron posible. Este concepto está directamente relacionado con el de *corte*, en la medida en que supone una ruptura radical y una pérdida que no puede ser dialécticamente incorporada. De ahí que Dunker (ibíd.) aproxime la constitución a la geometría de un punto fuera de una recta, o como una recta fuera de un plano. En este sentido, su primera tesis es señalar que el psicoanálisis se constituye como una subversión de la clínica médica clásica, surgida a fines del siglo XVIII. Una subversión que tendría como su correlato la emergencia de una nueva concepción de sujeto, pero que, en absoluto, sería independiente del contexto que le dio lugar; sólo después podría verse ajeno a las condiciones que lo tornaron posible.

Por su parte, el concepto de *formación* se relaciona con la serie de compromisos con los que una práctica ha de lidiar, los cuales encubren contradicciones, es decir, negaciones que mantienen o eliden exigencias y aspiraciones. Tales movimientos dialécticos son *representados* mediante la figura topológica de la *torsión*. Se entiende por torsión a la inversión de la orientación de una superficie o recta. Dicho concepto, utilizado para designar este proceso, trae consigo las ideas de compromiso y conflicto. A partir de lo dicho se desprende la segunda tesis de Dunker, que señala que el psicoanálisis no constituiría un espacio homogéneo. Por el contrario, los discursos que lo configuran (psicoterapia, cura y clínica) “no forman un espacio simple, sino un paisaje de contradicciones y de soluciones múltiples que instituyen la diversidad y la riqueza del psicoanálisis como síntoma de la modernidad” (ibíd., p.46).

Por último, el concepto de *construcción* se relaciona con el proceso de autoperfeccionamiento interno inmanente a toda práctica. Se perfecciona mediante el añadido en su continuidad de experiencias de fracaso y éxito, de eficacia y excelencia. La topología que el autor asocia al proceso de construcción es la recta proyectiva. Toda práctica instituida tiende a prolongarse hasta que sea intersectada, interrumpida o delimitada por otro plano (práctica) que le resiste. Métodos basados en la (re)construcción o desconstrucción han sido utilizados en la historia del psicoanálisis, para restablecer la serie de ideas o presupuestos de diversa índole en los que se fundarían los diferentes conceptos analíticos.

Como puede verse, estos términos constituyen nociones centrales en diversas concepciones historiográficas, pero también son conceptos de gran importancia en la teoría

psicoanalítica: se habla de *formación* de síntomas, de *construcción* de fantasía y *constitución* del sujeto (Dunker, 2002). En este sentido y en relación a las tres nociones que dejamos de lado previamente, Dunker afirma que

La construcción de un saber sexual es al mismo tiempo una experiencia del cuerpo. Por otro lado, tomar posición, como sujeto, exige una especie de interpretación del funcionamiento, en una determinada red de lugares. Lugares que son, sobre todo, formaciones simbólicas. Con todo, tales lugares sólo pueden ser definidos en relación a un determinado espacio, y es en este espacio que se puede hablar en la constitución de sujetos, saberes y prácticas. Posición, lugar y espacio son así nuestras tres categorías topológicas que se asocian con las actividades de construcción, formación y constitución" (ibíd., p. 47).

1.5 Descripción de la estructura de la tesis

Para simplificar y orientar la lectura de la tesis, describiremos a continuación los contenidos de cada capítulo y sus diferentes apartados:

El siguiente capítulo, titulado *Fundamentos teórico-metodológicos*, está dividido en cinco apartados: en el primero de ellos nos abocamos a describir algunas de las formas en que ha sido planteada la relación entre psicoanálisis y ciencia, y pasamos revista a algunas críticas tendientes a apartar al psicoanálisis del campo de la ciencia. Como respuesta a dichas objeciones, exponemos la relación de tensión que Lacan propone entre psicoanálisis y ciencia, como dos discursos que tendrían a la matemática como lenguaje común. En el segundo apartado presentamos el *concepto* matemático de modelo, diferenciándolo de la *noción* (ideológica) de modelo, y su contribución a la comprensión de la función que la topología tendría para el psicoanálisis. En el tercero proponemos, a partir del concepto de modelo, una relación de homología entre el significante y el conjunto, homología que resultará necesaria para sostener que *las operaciones significantes constituyen el espacio topológico como tal*. Siguiendo esta homología, aproximamos la noción lacaniana de *sujeto* a la noción de *conjunto vacío*, exponiendo cómo su irrupción podría afectar la consistencia de un sistema o conjunto. En el cuarto apartado exploramos dicha homología a partir de una relación biunívoca entre las operaciones elementales de conjuntos (conjunción, disyunción, etc.) y las operaciones de lenguaje empleadas por Lacan en su concepción del inconsciente (metáfora y metonimia). Son esbozadas algunas relaciones entre lenguaje, topología y discurso, las cuales son profundizadas en el quinto apartado, en el cual exponemos el método de *análisis discursivo* empleado a lo largo de la investigación, que se constituye como consecuencia inmediata de dicha articulación, aludiendo a nociones como *interdiscurso*, *formación discursiva*, *heterogeneidad constitutiva*, *enunciado dividido*, *metáfora*, *incrustación del preconstruido*, entre otras.

El tercer capítulo, titulado *Del modelo de campo bipersonal al modelo de campo de lenguaje*, inicia análisis del corpus de datos. El mismo consta de tres apartados: en el primero describimos y analizamos el concepto de *campo bipersonal* tal como es empleado por los psicoanalistas uruguayos, los elementos que lo constituyen, su relación con la metapsicología freudiana, con el estructuralismo, con la teoría de campo de Lewin y con la Gestalt. En el segundo

apartado abordamos algunas críticas al concepto de campo bipersonal y cómo progresivamente sería sustituido por el concepto de *campo de lenguaje*. Describimos diferentes formas en que dicho concepto es empleado por los autores uruguayos –articulado a nociones como el *tercero*, el *Otro*, la *verdad*, la *falta*–, así como ciertas contradicciones observables a partir de tales matices. El capítulo culmina con una serie de consideraciones tendientes a interrogar si ambas acepciones del concepto de campo constituirían modelos.

El cuarto capítulo, cuyo título es *El mundo interno, el cuerpo y la fantasía inconsciente en sus relaciones topológicas*, se compone de tres apartados: en el primero abordamos el concepto kleiniano de *cuerpo*, en su estrecha relación con la *fantasía inconsciente*, proponiendo que su funcionamiento tendría un sustrato topológico. El segundo apartado consiste en la descripción de dos fenómenos clínicos referidos por algunos autores uruguayos: el *quiste hipocondríaco* y la *experiencia del agorafóbico*, y ciertas consideraciones teóricas a partir de las cuales podrían explicitarse diferentes funcionamientos topológicos del cuerpo. El capítulo culmina con la exposición de un debate entre autores uruguayos relativo al *modelo freudiano del inconsciente como reservorio*.

En el quinto capítulo, titulado *Lacan en Uruguay. La visita de Octave y Maud Mannoni, y de Serge Leclaire a la APU*, abordamos algunos de los seminarios que estos psicoanalistas impartieron en dicha institución en 1972, en el caso de los dos primeros, y en 1972 y 1975, en el caso del último. En el primer apartado describiremos ciertas referencias topológicas, implícitas y explícitas, descritas por O. y M. Mannoni a lo largo de cinco seminarios, mientras que en el segundo nos encargaremos de describir una serie de debates entre los analistas uruguayos y Leclaire a propósito de la *representación del cuerpo*, el *sujeto del inconsciente*, la *fórmula del fantasma*, la *psicología bipersonal*, entre otros, en los cuales es empleada insistentemente la topología de la *banda de Moebius* (en contraposición a la topología de la esfera).

Las *conclusiones* se dividen en tres apartados: en el primero retomamos el concepto de fantasía inconsciente y el de campo bipersonal, a fin de proponer que el segundo sería el modelo que interpretaría el funcionamiento del primero en la situación analítica específicamente. En el segundo apartado exponemos algunos de los efectos y resonancias inmediatas de las visitas de los Mannoni, y de Leclaire sobre algunos autores uruguayos, particularmente sobre Koolhaas quien realiza un viraje al lacanismo. En el tercer apartado exponemos algunas consideraciones finales relativas a la relación entre el psicoanálisis uruguayo y el discurso científico.

La tesis culmina con un apéndice en el cual presentamos, a partir de una articulación con conceptos de análisis de discurso como *formación discursiva*, *interdiscurso*, *enunciado*, entre otros, algunos subsidios que nos permitan mostrar que el método de análisis de discurso propuesto por Pêcheux procedería de un modo topológico.

Capítulo 2: Fundamentos teórico-metodológicos

2.1 Psicoanálisis, matemática y ciencia

El problema de las relaciones entre psicoanálisis y ciencia ha sido planteado de diversas formas, tanto por epistemólogos como por los propios psicoanalistas. Freud (1933[1932]/1991) fue el primero en definir a su disciplina como “ciencia especial”, perteneciente a la psicología (“de lo profundo”, “de lo inconsciente”), aunque incapaz de constituir una cosmovisión²⁸ propia. Se vería obligado, por tanto, a asumir la cosmovisión perteneciente a la ciencia. Tal elección epistemológica lo llevó a privilegiar como modelo el ideal de la ciencia, a saber, la física moderna: ya sea la dinámica, entendida como juego de fuerzas, o bien la termodinámica, como flujos de energía. “Y no es porque no vemos a Freud emplear expresiones y fórmulas para expresar sus premisas y conceptos que no tenemos expresa su intención de participar de aquel ideal” (Rona, 2012, p.86). Precisamente su adhesión al ideal de la ciencia estriba, principalmente, en su incansable búsqueda de una referencia externa (sexual, universal, moral) que le permitiese garantizar la cientificidad de su doctrina y, al mismo tiempo, apartarse de la arbitrariedad de la reconstrucción realizada por el analista (Gabbi Jr., 1994). No obstante, rescatamos la consideración freudiana del psicoanálisis como “ciencia especial”, en tanto que Freud, en sus relatos clínicos, principalmente, no sólo se rige por un criterio de aceptación que apunta a una *correspondencia referencial*, sino también por la búsqueda de una *coherencia interna* del relato.

Si bien Freud coloca al psicoanálisis dentro del discurso de la ciencia, se diferencia de este último en tanto que reconoce que el alcance del psicoanálisis se limita a aquello que puede ser indagado en el aquí y ahora, desautorizando a determinados elementos que resulten ajenos a dicha instancia. No existiría, además, otra fuente de conocimiento para el psicoanálisis que no sea la elaboración intelectual (investigación) a partir de observaciones cuidadosamente comprobadas (Freud, 1933[1932]/1991). La concepción de ciencia manejada por Freud sería observacional o experimental. Freud destaca que el psicoanálisis constituye una contribución original a la ciencia, en la medida en que, hasta entonces, la ciencia había excluido de su investigación al ámbito anímico, añadiendo que permanecería incompleta si no acogiese en su dominio “la exploración de las funciones intelectuales y emocionales del ser humano” (ibídem, p. 147). Ello no redundaría –de acuerdo con Freud– en ninguna alteración en la actitud general de la ciencia, ni en sus fuentes y métodos de investigación.

Es la propia ciencia y sus críticos la que muestra que los criterios de demarcación no son unívocos, lo cual hace imposible concebir a la ciencia como unidad.²⁹ En tal sentido, según Rona (2012), corrientes como el racionalismo crítico, la fenomenología, la hermenéutica (crítica), el

²⁸ Entiéndase por cosmovisión a “una construcción intelectual que soluciona de manera unitaria todos los problemas de nuestra existencia a partir de una hipótesis suprema” (Freud, 1933[1932]/1991, p.146).

²⁹ Cuestión que es abordada en mayor extensión en el apartado 2 del presente capítulo.

inductivismo, etc., serían *versiones* de lo que podría ser definido como ciencia. Dichas versiones son reconocidas por sus iguales, pero se apartan de la ilusión de la ciencia única. Según este autor, esta postura trae consigo como desventaja que, si el psicoanálisis se viera obligado a recurrir a alguna de ellas para garantizar su estatuto científico, entonces su epistemología permanecería bajo crítica.

Una posición opuesta a la de Freud es aquella producida por la crítica de ciertos epistemólogos al psicoanálisis iniciada hace aproximadamente medio siglo. En aquel período, según Fernández (1999), la relación del psicoanálisis con la filosofía de la ciencia era tensa, puesto que de los freudianos se esperaba una demostración en base a criterios epistemológicos y lógicos precisos que asegurasen al psicoanálisis su estatuto de ciencia. En 1958, Ernst Nagel [1901-1985] afirmaba que una ciencia debe poder ser no solamente confirmada, sino también *refutada*. “A la epistemología verificacionista se impone el correlativo del método crítico popperiano de la refutación o falsación” (ibíd., p.65). Su crítica puede resumirse en cuatro argumentos que demarcan los límites entre lo científico y lo no científico: (i) *ausencia de validación empírica*; (ii) *refutabilidad*; (iii) *crítica a la invalidación del crítico*; y (iv) *la reificación del inconsciente*.

Con respecto a (i), si el psicoanálisis constituye una teoría en sentido estricto –o sea, si se compone de un conjunto de proposiciones que permiten sistematizar, explicar y predecir determinados fenómenos observables–, necesariamente debe satisfacer los mismos criterios lógicos que aquellas que corresponden a las ciencias sociales y naturales. El psicoanálisis, para ser empíricamente validado, debería lograr deducir de sus proposiciones determinadas consecuencias que adjudiquen a la teoría un contenido específico. Según el autor, muchas de las nociones freudianas pueden entenderse como nociones “sugestivas” y “metafóricas”, y, por tanto, no susceptibles de validación empírica, dado que podrían atribuirse idénticos efectos a causas variadas, sin perder la validez de la explicación. En cuanto a su principal método, la interpretación, resultaría *indecidible* saber cuáles son sus condiciones de validez ¿Se trata de una interpretación cuya coherencia lógica podemos evidenciar o bien de los efectos transformativos que puede generar en el paciente? Los analistas destacan el carácter subjetivo de la interpretación –por ser producida bajo una relación transferencial–, dado que, para ser objetivada, sería necesario una serie de investigaciones independientes que pudiesen alcanzar consecuencias similares a partir de mediciones controladas. No obstante, ninguno de estos requisitos se cumpliría, dado que el psicoanálisis aborda una situación singular, marcada por la transferencia, carece de procedimientos objetivos como los mencionados más arriba, procedimientos que, por ejemplo, deberían proporcionar criterios objetivos para elegir una interpretación por encima de las demás, introduciendo a la interpretación en el terreno de las predicciones verificables.

Con respecto al punto (ii), la *refutabilidad*, criterio popperiano para diferenciar una ciencia de lo que no lo es, estaría dado por la posibilidad de falsación de la/s teoría/s que la componen (Popper, 1959). El criterio de falsación corresponde a establecer mediante qué condiciones puede no ser verdadera una teoría considerada científica. Para ello, el científico debe intentar establecer aquellas instancias o casos en los que sus hipótesis centrales no resulten aplicables; una hipótesis científica auténtica es aquella cuyo alcance no es universal, es decir, han de existir siempre excepciones a la ley general –*anomalías*, en la terminología de Kuhn– que vuelven verosímil a una teoría. Para este autor, dicho criterio resulta inaplicable al psicoanálisis, puesto que, por ejemplo:

Las potenciales instancias refutadoras de la hipótesis de la omnipresencia del deseo sexual latente son descartadas sistemáticamente por explicaciones reduccionistas que ven en los casos excepcionales, por ejemplo, en la castidad, como opción en las decisiones no relacionadas explícitamente con el sexo y en las negativas a seguir con la terapia, síntomas de mecanismos de defensa inconscientes. En resumen, en ningún caso la hipótesis del pansexualismo es falsa, por lo tanto, el psicoanálisis y el analista siempre tienen la razón, lo que convierte a la teoría en inexpugnable, cerrada, no susceptible de crítica y por consiguiente fuera del territorio demarcado por la ciencia (Fernández, 1999, p.65).

El punto (iii), la *crítica a la invalidación del crítico* refiere a que toda crítica al psicoanálisis puede ser contestada con un argumento *ad hominem*, es decir, atacando o descalificando a su contrincante, en vez de responder a los argumentos de éste. De esta forma se aparenta probar lo opuesto de lo que es criticado en primer lugar. Popper se complace lanzando críticas a las argumentaciones del psicoanálisis vulgar: por ejemplo, es habitual intentar refutar cualquier argumento del paciente o del crítico mediante alguna explicación de corte psicogenética en torno al por qué o al cómo el contrincante llegó a sostener tal idea, explicación que por lo general no favorece en nada al desaventurado crítico. Otro ejemplo que da Fernández (ibíd.) refiere a un periodista que había intentado demostrar que Freud habría elaborado toda su teoría de la histeria bajo los efectos sobreestimulantes de la cocaína, y que, bajo tal condición de adicto, su percepción de la realidad se habría visto distorsionada. Como puede verse, desde un punto de vista lógico, no existe relación alguna entre el hecho de que Freud efectivamente haya experimentado con el clorhidrato de cocaína –o sea su condición personal– con la fuerza lógica de sus conceptualizaciones teóricas.

Por último, el punto (iv) apunta a proponer que el psicoanálisis sostendría la existencia del yo, ello y superyó a modo de entidades desencarnadas en el interior del psiquismo, cuyo carácter resultaría incontestable. En este sentido, el inconsciente, tomado como cosa, constituiría una reificación irrefutable que se contradice con los resultados de la investigación neurobiológica. Según ésta última, el psiquismo psicoanalítico se dividiría entre un sistema consciente, junto a un sistema preconscious evocable en cualquier momento por la conciencia, siendo el preconscious aquello accesible y comunicable. Contrario al anterior sistema se encontraría el inconsciente, cuyo carácter sería sustraerse a la comunicación pública. Tal forma de concebir el aparato psíquico hizo que muchos de los críticos del freudismo creyeran que Freud atribuía a

sus instancias psíquicas un carácter de homúnculos existentes de forma independiente –tal como sucede con el fantasma en la máquina de Ryle (ibíd.).

Como podrá apreciarse, hasta fines de los años 50, la crítica al psicoanálisis proveniente del neopositivismo apunta tanto a cuestiones relativas al método, como también a lo esencial del descubrimiento freudiano: la “existencia” misma de lo inconsciente. Entre fines de los años 60 y principios de los 70, el psicoanálisis asiste a una revalorización de su propuesta, a partir de un retorno a Marx, Nietzsche y Freud, para fundamentar una teoría crítica de la sociedad cuyo centro está dado por un diagnóstico terminante sobre las patologías de la modernidad (Adorno, Marcuse y Horkheimer). Al mismo tiempo, Ricoeur (1965), tomando la mencionada tríada de “maestros de la sospecha”, apunta a reinterpretar el psicoanálisis concibiéndolo como “una arqueología del sujeto y una semántica del deseo”. En este contexto, el psicoanálisis se ve menos afectado por las exigencias de defenderse de las críticas sobre su cientificidad; todos estos autores lo toman como un nuevo método para producir conocimientos de los que la filosofía puede beneficiarse. Ricoeur (ibíd.) concibe al psicoanálisis como una disciplina hermenéutica, es decir, puramente interpretativa, muy semejante a la historia, separando de forma radical al psicoanálisis de las ciencias de la observación o experimentales. No obstante, si bien tanto Ricoeur como Freud se ocupan principalmente de la interpretación del sueño, el énfasis hecho por uno y otro es diferente, en tanto que el primero lo concibe como un texto, fijo, a ser traducido, mientras que Freud considera a la interpretación como una fuente de nuevos e impredecibles descubrimientos.

Habermas (1968/1982), interesado por el lugar del psicoanálisis entre las ciencias de la cultura, se topa con una paradoja central del conocimiento psicoanalítico que resulta de la distinción producida por el positivismo entre ciencias culturales e históricas, por un lado, y ciencias naturales, por el otro. Mientras que las observaciones históricas serían irrepetibles por esencia, dado que se trataría de acontecimientos singulares, las observaciones realizadas por las ciencias naturales serían impersonales y replicables. La paradoja consiste en entender al psicoanálisis como una rama de las ciencias humanas, a la que se imputa un cientificismo de la metapsicología, que terminaría aspirando a descubrir regularidades nomotéticas³⁰. La crítica de Habermas a Freud apunta a que éste último tomaría prestada la epistemología positivista de las ciencias físicas y la aplicaría a un campo que no es homogéneo a aquellas, es decir, articularía una hermenéutica y una teoría del lenguaje específicas a una epistemología que privilegiaría otra clase de objetos y otra concepción de lenguaje. Según Habermas (ibíd.), la metapsicología quedaría condenada a una pseudocomprensión cientificista y la explicación analítica se volvería una pseudo explicación causal, dado que es formulada de manera hipotética a modo de una serie de proposiciones cuya comprensión es solamente hermenéutica.

³⁰ Adjetivo relativo a las proposiciones con carácter de ley (universal), en oposición a aquellas ipsativas o idiotéticas, cuyo alcance es singular, como en un estudio de caso.

Un tercer abordaje estaría dado por la sustitución de la pregunta por la (no) cientificidad del psicoanálisis y proponer en su lugar que la praxis analítica es una ética de la curación. Se trataría de una pragmática que rechazaría de manera radical todo principio moral, en el entendido de que ninguno de ellos es realizable en sí mismo, o bien porque no poseen un carácter racional, o bien porque ningún orden moral es objetivamente deseable. Se trataría entonces de una praxis cuya ética nada tendría que ver con la empatía o la compasión y que nos obligaría a deponer todo intento de identificación con el otro —es decir, con lo imaginario, en la terminología de Lacan—, en pos de sostener y llevar hasta las últimas consecuencias la alteridad del Otro desde la cual el sujeto es hablado, sujeto que no puede proferir “yo” sin desdoblarse por efecto de su propia enunciación. El no saber de aquel que habla obligaría necesariamente a postergar todo intento de articular *epistemología* y *psicoanálisis*, ubicando a la *ética* en lugar del primer término. A una conclusión similar parece llegar Wittgenstein al sostener que “lo ético no se puede enseñar. Si para explicar a otro la esencia de lo ético necesitara una teoría, entonces lo ético no tendría valor (...). Para mí la teoría carece de valor. Una teoría no me da nada” (Wittgenstein, 1929-1930/1997, pp. 49-50).

Un cuarto abordaje posible,³¹ propuesto inicialmente por Lacan y habitual entre lacanianos, consiste en mostrar una *irresoluble tensión ente ciencia moderna y psicoanálisis* (Glynos, 2002). En este caso la pregunta por el carácter científico del psicoanálisis es sustituida por otra que intenta establecer cuáles son las condiciones de posibilidad para que el psicoanálisis participe o pertenezca al *campo de la ciencia*, o, eventualmente, cómo deberíamos definir a la ciencia para que el psicoanálisis forme parte de ella. Según este punto de vista, el psicoanálisis establecería su pertenencia al campo de la ciencia de un modo peculiar, propio: si bien recurre a un dispositivo matemático de escritura capaz de *literalizar* su objeto y volverlo enteramente transmisible, intenta hacerlo *sin suturar al sujeto*. La sutura del sujeto es el constante esfuerzo que la ciencia moderna debe realizar para mantener su pretensión universalizante (Lacan 1965-66b/2003), en cambio, el psicoanálisis no solamente se esfuerza por llevar en cuenta la posición subjetiva de aquel que investiga, sino que intenta establecer las condiciones de *ex-sistencia* del sujeto en el objeto.

Más allá de las condiciones o límites que impone la literalización del objeto, la relación de conocimiento característica de la ciencia moderna tiene su propia contrapartida, digamos así, *imaginaria*: un esquema básico en el que sujeto y objeto establecen una *relación* en función de la oposición interior-exterior. Según Milán-Ramos (2007), dicho esquema, fuertemente pregnante, se fundamentaría en lo que Derrida (1967/1986) llamó de *metafísica de la presencia*:³² la interioridad del sujeto es definida en función de la exterioridad que el objeto

³¹ En el cual nos centraremos en lo sucesivo.

³² Expresión de origen teológico-religioso utilizada por Derrida para definir uno de los trazos fundamentales del pensamiento occidental, el cual consistiría en una representación pregnante de una continuidad fundamental entre el *logos* (pensamiento) y la voz (el habla), respecto de los cuales la escritura se presentaría como una representación o

representa para él, pero dicha oposición se encuentra constantemente abierta al juego de *acceso* de uno al otro: “*presencia* del objeto para el sujeto, *continuidad* inmediata entre sujeto y objeto, *experiencia* del sujeto con el objeto, sucesivas *aproximaciones* del sujeto al objeto, *mediación* entre el sujeto y el objeto...” (ibíd., p. 58); el autor adjetiva este esquema de relación sujeto-objeto como “intimidad separada” (ibíd.). Por el contrario, en psicoanálisis –y de un modo muy marcado en el pensamiento lacaniano– la *hipótesis del inconsciente* vuelve imposible que el pensamiento y la teorización se aparten de dicha instancia, sino que, más aún, reconocen en ella su condición de posibilidad. Por esa razón “Lacan forjará los lineamientos de esa lógica [del significante] con un estilo y un lenguaje tales que no se presentan como exteriores al objeto del que hablan” (Doumit, 1993/1996, p. 297). Se figura aquí una nueva forma de entender la relación entre interioridad y exterioridad: *ex-sistencia*, *ex-timidad*, *exclusión interna*, “para incluir el sujeto, el estilo y el lenguaje lacanianos se incluyen en el objeto del cual hablan” (Milán-Ramos, 2007, p. 71).

Es en esos términos que Lacan retoma a Descartes para fundamentar la actitud de Freud frente a los impasses de su trabajo, y el método cartesiano de la ciencia para su posible solución, proponiendo que la ciencia moderna es condición para el psicoanálisis, por un lado, pero que Freud, a contramano de aquella, reinsertó al sujeto rechazado en el camino del filósofo (Rona, 2012, p. 53).

Además, si el psicoanálisis es, al mismo tiempo, un *método de investigación*, un *método de tratamiento*, un *discurso*, una *práctica* y una *teoría* (Dunker, Paulon y Milán-Ramos, 2016), tal reunión ocurriría bajo el amparo de no excluir la subjetividad del analizante, pero también, y lo que sería definitorio del psicoanálisis, “bajo la posición de aquel que lo practica como analista, o sea, bajo transferencia, involucrando definitivamente una posición práctica-ética del practicante/investigador” (Rona, 2012, p. 53). Es a partir de allí que Lacan sostiene que “el sujeto sobre el que operamos en psicoanálisis no puede ser sino el sujeto de la ciencia” (Lacan, 1965-66b/2003, p. 837).

De acuerdo con Milner (1996), aseverar la existencia de un sujeto moderno, diferente de otro, que le antecede lógicamente y cronológicamente, y que la fundación de la ciencia moderna sería la causante del corte que separa a ambos sujetos, es, a la misma vez, postular que el sujeto de

reflejo imperfecto, secundario y degradado del habla –del mismo modo que ocurre con el cuerpo respecto del alma (Milán-Ramos, 2007). Derrida denomina sistema del “oírse-hablar” a la representación común que un sujeto hablante puede tener a partir de escuchar su propio habla, al cual vivencia “como una realidad apenas separada del pensamiento interno, apenas externalizada, inmediatamente oída, en una relación privilegiada, fiel e inmediata con los significados internos. El habla ‘envuelve’ al sujeto con su propio pensamiento. En el occidente, las nociones dominantes en relación al lenguaje y las cosas, a las significaciones y el mundo, se sustentan en esa evidencia fundamental” (ibíd., pp. 58-59). La *presencia ante sí*, vivenciada en la experiencia de oírse-hablar, es extensible a la relación entre sujeto y objeto, estableciendo un *continuum* entre dos polos: “(i) en un extremo, la esencia y los atributos de una subjetividad-interioridad (los sentidos del *logos*, o pensamiento); (ii) en el otro extremo, la contundencia y la certeza de la presencia del objeto-referente-exterioridad-realidad; y (iii) entre ellos, en la cualidad de mediador, la transparencia y el carácter inmediato del *habla* y/o la opacidad y la distancia de la *escritura alfabética* (representación ilegítima, infiel, del habla). Es la imagen también de un sujeto activo y de un objeto pasivo” (ibíd., p. 59). “[D]e esa imagen de comunión y transparencia (entre sujeto y objeto, objeto y sus mediadores) se deriva también una idea sobre la verdad y la referencia, que en la modernidad son comandadas por un jurado supremo e inapelable: la ‘*realidad*’” (ídem)

la modernidad no es sino un efecto del discurso fundado por la modernidad, es decir, por la operación cartesiana. No obstante, según Milner (1996), la operación de corte presupone la existencia de realidades que resultarían inmunes a la misma. Y si la lengua es una de las realidades exenta a los cortes que fundan la historia, sería en la condición de la lengua como forma que ella permanecería ajena a los cortes. Aquí es donde podemos introducir la matemática.

Si bien la ciencia ha sido objeto de cortes significativos, no puede aseverarse lo mismo respecto de la matemática. Según Milner (ibíd.), no habría existido una ruptura total ente la matemática griega y las matemáticas cantoriana o cartesiana. De hecho, hay diferencias, pero ninguna comparable a las diferencias entre la física pre y post galileana. De este modo, podríamos concebir a la matemática como “referente exterior a las transformaciones verificadas en la ciencia, lo que permitiría medir el alcance y funcionar como baliza de cada corte” (Rona, 2012, p. 54). De ahí que Milner asevere que “la matemática tiene estrictamente el estatuto de una lengua” (1996, p.91). Esta diferencia en cuanto a su temporalidad obligaría a *diferenciar ciencia de matemática*, a la vez que la instrumentación de la segunda por la primera impediría la reducción de una a la otra. Es más, “la separación que organiza ciencia y matemática es aquella que igualmente separa un discurso de un lenguaje” (ibídem, p.54).

Como definición operatoria, podemos asumir que a un lenguaje corresponde la definición de algunos símbolos primitivos, conectores y operadores juntamente con reglas de formación que establecen la manera de construirse enunciados. A un discurso, a su vez, corresponde el dominio de empleo de ese lenguaje (Rona, 2012, pp. 60-61).

Entonces, aquello que separa a la ciencia de la matemática sería homólogo a lo que diferencia psicoanálisis de matemática, en la perspectiva de Lacan: ambas disciplinas poseen la propiedad de ser discursos que se sirven de la matemática como lenguaje para su transmisión.

La matemática opera de esta forma en tanto que tiene la capacidad, no de reducir los fenómenos que aborda al número como signo de perfección, sino en la medida en que es capaz de *literalizar* su objeto (ibídem). Es bajo esta óptica que Lacan se habría interesado por el lenguaje, en una clara adhesión a la *ciencia*, adoptando el estructuralismo como matriz o modelo para pensar el objeto y, al mismo tiempo, subvirtiéndolo mediante la introducción de la categoría de *sujeto* –categoría imposible de alojar en dicha perspectiva epistemológica. Sin embargo, teniendo al hombre como su objeto, el estructuralismo proponía la reducción de las cualidades sensibles, contribuyendo, por tanto, al objetivo de reintroducir al sujeto (cartesiano) en el seno de la ciencia, puesto que la destitución de lo cualitativo es su condición de posibilidad.³³ En

³³ Este punto será abordado con mayor detenimiento en 2.3 No obstante, podemos adelantar que el estructuralismo considera a la noción de *estructura* en un sentido matemático, esto es, como un conjunto de elementos, los cuales se definen mediante una única cualidad: su pertenencia (o no) a un conjunto. En otras palabras, los elementos de la estructura no poseen un valor en sí mismos, sino que lo adquieren por su relación recíproca con los restantes elementos del sistema. En este contexto, el conjunto vacío –que Lacan asociará al sujeto de la ciencia– constituye el conjunto carente de cualidades por antonomasia y la condición de posibilidad de todos los conjuntos sucesivos al vacío.

adición a lo anterior, de acuerdo con Rona (2012), Lacan extraía una segunda ventaja del estructuralismo: la matematización, la cual, considerada de una forma precisa, parecía satisfacer las necesidades para incluir al psicoanálisis en el campo de la ciencia moderna. Como señalamos previamente, la matematización, tanto en el psicoanálisis de Lacan como en el estructuralismo, no tiene que ver con la cuantificación o la medición, sino con la posibilidad de *reducir fenómenos heterogéneos a relaciones lógicas y matemáticas entre letras (álgebra)* con todo el rigor que ello supone. En este punto, Rona (ibídem) advierte que no existiría un proyecto de formalización del psicoanálisis en Lacan, como si psicoanálisis y formalización transcurrieran por vías distintas; por el contrario, “psicoanálisis y ciencia se encuentran por el estructuralismo, teniendo a la matemática como suelo común” (ibídem, p.56).

Ahora bien, considerando la existencia de un proyecto de formalización del psicoanálisis llevado a cabo por Lacan, y a pesar de la cuestionable separación entre ciencias humanas y ciencias naturales, la necesidad, o incluso la posibilidad misma de una formalización por parte de las primeras, ha sido cuestionada con mucha frecuencia, tanto por científicos adscritos a un grupo u otro. Según Granger (1960), las críticas existentes hacia este proyecto de formalización se basarían principalmente en dos puntos: el argumento de la *cualidad* y el argumento del *sentido*, entendidos como aspectos que caracterizarían la experiencia propiamente humana. El primero, considerado, según este autor, la principal objeción para una formalización de lo humano, se apoyaría en la clásica oposición entre *cantidad*, término predominante en ciencias naturales, y *cualidad*, considerado como fundamental de los hechos humanos. Esta objeción se funda en el temor de que un conocimiento formalizado sería incapaz de aprehender lo que, en el ser humano y sus obras, podría ser lo más significativo, específico o menos reductible a cualquier tipo de esquematización. Por tanto, pueden extraerse dos suposiciones iniciales de esta forma de concebir las ciencias del hombre: en primer lugar, subyace la creencia de que la *esencia* misma del fenómeno humano sería de orden cualitativo; segundo, y como consecuencia de la anterior, el fenómeno humano es concebido como refractario a la formalización lógica y/o matemática, lo cual implicaría la presuposición de que la formalización es un aspecto puramente cuantitativo (ídem).

Esta dificultad particular residiría en dos cuestiones: primero, en el hecho de que los fenómenos humanos poseerían un *sentido*, que no estaría presente en los fenómenos de la naturaleza, al menos desde el surgimiento de la ciencia moderna, y que, por dicha razón, formarían parte de un universo diferente, relativo a las acciones en un mundo basado en orientaciones y valores, sea a nivel de un funcionamiento colectivo o individual. La segunda dificultad, en continuidad con la anterior, se apoya en concebir al hecho humano como inmanente a la dimensión de lo *vivido*, que se presentaría como imposible de reducir a la cuantificación, en tanto que siempre estaría mediado por la significación, algo de carácter exclusivamente individual –o singular– y relacionado a las prácticas sociales. Por tanto, en la referida perspectiva, el

fenómeno de lo vivido no sería posible de ser abordado por la ciencia moderna. De acuerdo con Granger (ibíd.), la doble tentación que asecha al hombre de ciencia consistiría en:

atenerse simplemente a los eventos vividos, o entonces, en un esfuerzo mal adaptado, para alcanzar la positividad de las ciencias naturales, de liquidar con toda la significación para reducir el hecho humano al modelo de los fenómenos físicos. El problema constitutivo de las ciencias del hombre puede ser desde entonces descrito como transmutación de las significaciones vividas en un universo de significaciones objetivas (ibídem, p. 66).

Sin embargo, Rona (2012) destaca que el argumento más contundente contra la aplicación de algún formalismo matemático a los fenómenos humanos, más específicamente a la subjetividad de la que el psicoanálisis se ocupa, consiste en afirmar que la radical singularidad de aquel que se somete a un tratamiento psicoanalítico se produce por la conjunción de las dimensiones de lo “cualitativo esencial”, “del sentido constituyente” y de lo “vivido particular” (p.60). Por tanto, si la ciencia formalizada aspira a un conocimiento de pretensión universal, el psicoanálisis no se prestaría a tales fines. No obstante, Politzer (1928/1998) sostiene que la práctica analítica lidiaría de forma concreta con lo vivido; ella cumpliría con el ideal de abordar científicamente un fenómeno humano, con lo cual, si nos atenemos al planteo de Granger (1960), nos vemos obligados a suponer que lo vivido de lo que se ocupa el psicoanálisis (la subjetividad), para ser abordado como objeto científico, debe necesariamente hacer aparecer a la matemática, dado que ella parecería ser la *característica común* de toda forma científica de conocimiento, por su relación con el lenguaje. Dicho de otro modo, el lenguaje (matemático) sería el medio que permitiría trasponer el hiato entre la vivencia y el conocimiento científico, en la medida en que “la forma del objeto científico no concierne directamente al contenido sensible, sino a un *lenguaje*. (...) la ciencia aprehende los objetos construyendo sistemas de formas en *un lenguaje*, y no directamente sobre los datos sensibles” (ibíd., pp. 12-13).³⁴ Vemos nuevamente el modo en el que la matemática trabajaría para la ciencia: como un lenguaje.

Centrándonos en este particular tipo de lenguaje, éste funcionaría como andamiaje para producir y transmitir un conocimiento científico fructífero (del que se desprendería un discurso coherente) solamente en la medida en que es formulado como un lenguaje cuya sintaxis intente captar las relaciones objetivas de los fenómenos. No se trata, como señala Rona (2012), de una representación de las cosas originadas por el lenguaje, bajo la premisa de intentar imitar de forma verosímil la estructura inmanente a los objetos en cuestión, puesto que sin lenguaje no podría hablarse ni de estructura siquiera. La idea misma de estructura articulada es propiamente lingüística. Tampoco podría recurrirse a un puro nominalismo que le adjudicase una existencia objetiva, independiente del lenguaje, puesto que “una estructura objetiva es incluso el mundo, más el lenguaje” (Granger, 1960, p. 38).

Proponer que la ciencia consiste en un discurso bien construido podría derivarnos en una concepción netamente gramatical de la ciencia, de acuerdo con la cual su objeto no sería otro

³⁴ Las cursivas pertenecen al autor.

que el resultado de una actividad sintáctica pura. Sin embargo, si bien la dimensión sintáctica es esencial para el discurso científico, no podemos olvidar que, a nivel de un discurso, no es posible apartar de él una dimensión semántica concreta que le es inherente.³⁵

En la perspectiva de la ciencia, eso implica que sus enunciados, mismo literales, formalizados tan extremadamente cuanto sea posible, y completamente ilegibles bajo la óptica del lenguaje corriente, remitan, aun así y necesariamente, a objetos mundanos; no hay como desvincular el discurso científico de su dimensión de vehículo (ibíd., p.63).

Con todo, la matemática presenta ciertas particularidades que es preciso subrayar. Si bien ella, en sus variadas incidencias como discurso, puede hacer referencia a objetos mundanos, *no parece suceder así si se la toma como un lenguaje*, puesto que da la impresión de presentar la propiedad de ser excesivamente autorreferente. Es decir, se presenta como un código que prioriza al extremo la dimensión puramente sintáctica de un lenguaje vaciado de toda referencia semántica. Dicho de otra manera, las escrituras matemáticas no remitirían a ningún objeto del mundo empírico, sino a las leyes de su propia estructura (ibíd.), de ahí el clásico dilema sufrido por las matemáticas entre invención y descubrimiento: si ellas *descubren* estructuras que se corresponden con objetos del mundo, o bien si *crean* objetos meramente abstractos, a la espera de hallarles un referente.

Como podemos notar, hasta aquí hemos esbozado algunos argumentos que permitirían delimitar el empleo de la matemática por la ciencia moderna, y otros que apuntarían a apartarla de manera tajante de cualquier ciencia humana, y del psicoanálisis en particular, pero también algunos argumentos en favor de dicha articulación. Rona (2012) intenta esbozar una respuesta a algunas de las objeciones planteadas por Granger, a fin de proponer una modalidad de formalización matemática aplicable al psicoanálisis, que le permita incluirse dentro del campo de la ciencia moderna. Los argumentos esgrimidos por el autor girarán en torno a la oposición de lo cualitativo y lo cuantitativo, así como sus efectos a nivel de la dimensión semántica, pero también en torno a la concepción del psicoanálisis en estrecha relación con el carácter singular de lo vivido y del sentido, lo cual bloquearía taxativamente todo intento de formalización.

Rona (ibíd.) señala que hay allí un equívoco consistente en suponer que la matemática se encargaría de lo puramente cuantitativo –basado en lo mensurable y en el cálculo–, perpetuando el preconcepto de asociar cantidad al fenómeno natural y cualidad, al fenómeno humano. En efecto, ese parece ser el empleo de las matemáticas por muchas de las ciencias del hombre, estableciendo estructuras o patrones matemáticamente descriptibles, traducibles en valores numéricos, que promoverían una especie de reflejo a nivel cualitativo. La estadística y el cálculo probabilístico ocupan allí lugares destacables, en tanto que contornean el aspecto contingencial del fenómeno humano. Evidentemente, no es ésta la vía por la cual Rona realiza

³⁵ La referencia al nudo borromeo, tal como es propuesto por Lacan, resulta aquí pertinente en tanto que muestra que la dimensión simbólica (sintaxis) de la ciencia necesariamente se encontraría anudada a una dimensión imaginaria (semántica), a la vez que enlazada con una dimensión real, relativa a los imposibles lógicos propios del sistema considerado.

la aproximación de la matemática. Por el contrario, toma la *vía filosófica* que sigue Granger (1960), la cual permitiría llegar a la conclusión de que se accede a la cualidad como *limitación*, o, mejor dicho, como *diferencia*. Por una vía diferente a la anterior, Lacan habría arribado a una conclusión similar, en tanto que propone a su concepción del inconsciente como un *pensamiento sin cualidades*, pensamiento en el cual subyace una concepción de diferencia marcada por la oposición significante, irreducible a toda atribución cualitativa.

La crisis de los fundamentos de la matemática, entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, habría abierto la vía para que se llegara a concebir esa dialéctica no cuantitativa de la cualidad, mediante la creación de la noción de *conjunto*, atribuida a Cantor [1845-1918]. Aunque nos abocaremos posteriormente con más detenimiento a esta noción, podemos adelantar que un conjunto puede entenderse como *una colección en un todo de objetos que difieren de nuestro pensamiento o intuición*. Como podemos notar, el fundamento mismo de esta definición parece apoyarse en la noción de *diferencia*. *En la teoría de conjuntos la diferencia y la similitud se producen recíprocamente mediante la única operación esencial: la pertenencia, erigiéndose aquellos como la dupla constitutiva del concepto de cualidad*. Lo que podemos subrayar es que, en cualquier caso, se trata de relaciones *cualitativas*, pero que, al mismo tiempo, pueden expresarse de un modo puramente formal, con lo cual la teoría de conjuntos vendría a resolver, al menos parcialmente, la sesgada creencia de reducir formalización al número y al cálculo.

Si desde Cantor, la teoría de conjuntos es capaz de manejar cualidades, una vez que se muestre que el significante presenta, en el contexto del psicoanálisis, una estructura tal cual aquella promovida por la teoría de conjuntos, argumento que Lacan resaltó repetidamente, se aparta la objeción de la cualidad, aceptando al mismo tiempo la posibilidad de una formalización que no necesita mínimamente de un retorno cuantitativo (Rona, 2012, p.67).

Es cierto que los fenómenos humanos detentan la peculiaridad de poseer un *sentido* (o varios) y Freud mismo se encargó de adjudicar un estatuto semántico a una serie de fenómenos de relevancia clínica (sueños, lapsus, chistes, síntomas, actos fallidos, etc.) no considerados desde esa óptica hasta entonces, y es a ese título que adquirirían la calificación de fenómenos humanos. Como es sabido, Freud, en *La interpretación de los sueños* (1900/1991; 1900-01/1991), arriba a la conclusión de que los sueños poseen un sentido de carácter infantil, sexual y reprimido, que se efectúa mediante una lógica revelada por una serie de operaciones fundamentales (*condensación, desplazamiento, miramiento por la figurabilidad*)³⁶ cuyo material son los elementos del sueño.

Dicho lo anterior, puede aseverarse que “decir que un fenómeno humano tiene sentido corresponde (...) a decir que él sigue una lógica, lo que, naturalmente, no hace equivaler lógica y sentido” (Rona, 2012, p.67). La concepción habitual de lógica³⁷, al menos en lo que a lógica

³⁶Las dos primeras operaciones son las mismas que rigen la lógica (del) significante propuesta por Lacan, aunque homologadas a las operaciones lingüísticas: metáfora y metonimia, respectivamente.

³⁷ El empleo del término en singular resulta impropio, puesto que, en la lógica moderna, existen una infinidad de subdivisiones regidas por axiomáticas específicas.

contemporánea se refiere, supone que ella trabajaría exclusivamente con escrituras *sintácticas*, desprovistas de todo componente semántico. Sin embargo, el esfuerzo más actual de fundamentación de la matemática, en la que estaría incluida la lógica, ha permitido identificar un carácter semántico inherente a toda lógica. Dicho esfuerzo ha tenido como origen la intención de producir una axiomática de las disciplinas matemáticas, lo cual es un proceso de orden lógico. De ahí que se hable de lógica matemática, aunque sería más preciso hablar de lógica matematizada o matemática logicizada (según sea el énfasis elegido). En cualquier caso, se trata de la introducción de la lógica en el campo matemático con el fin de establecer los principios lógicos por los que debe regirse para mantener su consistencia y coherencia. Así ha sucedido tanto con la axiomatización de la aritmética, de la geometría euclidiana, del álgebra y particularmente con la teoría de conjuntos. Precisamente, la axiomatización de la teoría de conjuntos ha sido central, puesto que, más que una rama de las matemáticas, ella es concebida como el suelo mismo sobre el cual todo el árbol se enraíza, produciendo que el esfuerzo mismo de su axiomatización se vuelva el método de descubrimiento (ibíd.).

La introducción de la lógica en el seno de la matemática consiste, básicamente, en introducir la cuestión de la *verdad*, la cual resultaría indiferente para la matemática misma, en tanto que sus demostraciones no requerirían de ningún componente semántico para operar. Es lo que Tarski (1936/2007) denomina *concepción semántica de la verdad*. Lo principal de esta concepción es que, *dado un sistema o lenguaje formal (sintaxis), no es posible a partir del mismo establecer un criterio de verdad para las proposiciones o aseveraciones realizadas en dicho lenguaje*. O lo que es lo mismo: partiendo de una teoría deductiva dada, siempre es posible determinar conceptos que son imposibles de definir en esa teoría (ibíd.). Por ello, *es menester establecer un criterio semántico* que, resumidamente, implica poner en relación un lenguaje con otro de orden superior, que lo abarque, es decir, un metalenguaje. Este segundo lenguaje permitiría adjudicar un contenido semántico a aquellos conceptos que el primero, por sus propios límites constitutivos, no puede establecer. De lo antedicho podemos concluir que toda teoría formal o sistema lógico requiere necesariamente correlacionarse con un sistema semántico que *interpreta* la teoría subyacente, otorgándole un valor semántico (Rona, 2012). De este aspecto nos encargaremos detenidamente en el siguiente apartado, pero antes resulta relevante advertir que la concepción de la verdad empleada por Tarski es una concepción referencialista, que no tenemos por qué admitir. En su lugar, podemos admitir una concepción coherentista de la verdad, en la cual importa más la coherencia entre las proposiciones de un sistema que la búsqueda de correspondencia con los objetos del mundo. Lo que sí destacarse es la irrupción abrupta de la dimensión semántica en un dominio que aparentaba carecer de una cualidad tal.

2.2 El *concepto* (matemático) de modelo y su posible empleo en psicoanálisis

En el presente apartado nos serviremos del *concepto* (matemático) de modelo, tal como lo emplea Badiou (2009),³⁸ en su diferenciación respecto de la *noción* (ideológica) de modelo. Cada uno de estos términos constituye una instancia epistemológica de la palabra modelo: mientras que la segunda es “una noción descriptiva de la actividad científica”, la primera es “un concepto de la lógica matemática” (ibídem, p.46). Badiou indica que la *noción* de modelo es pasible de una interpretación empirista, como una imagen abstracta o un diagrama del dato empírico, o incluso idealista, vinculada a un platonismo vulgar, en el cual el modelo es la “Idea pura” y el dato empírico correspondiente es una mera copia o realización de la primera. Ambas interpretaciones (empirista e idealista) forman parte de una descripción ideológica particular, que concibe la ciencia a partir de una diferencia presupuesta: la diferencia entre la forma teórica y la realidad empírica. “Esta diferencia impone una imagen de la ciencia definida, en líneas generales, como una representación formal de su objeto dado” (ibíd., p.39). En dicha figuración, si el elemento dominante es la presencia concreta del objeto, estamos ante una concepción empirista de la ciencia; mientras que, si la preponderancia es atribuida a aquello constitutivo de los dispositivos formales, a saber, el código matemático en el cual el objeto presente está representado, nos encontramos ante una concepción formalista de la ciencia.

Formalismo y empirismo tienen por función ser los términos de la pareja que constituyen. El positivismo lógico los usó inicialmente en su diferencia para luego establecer una correlación, a fin de postular una unidad de la ciencia. Según Badiou, “la inestabilidad de esta diferencia, su constante renacimiento-negado, representan la obligación del engaño acerca de discursos ideológicos y, por consiguiente, desprovistos de todo acceso a su propia causa” (2009, p. 42). Se trataría de una “*agitación discursiva*”³⁹ (ídem) que desliza al infinito el lugar radicalmente vacío en el que debería indicarse el carácter esencialmente impracticable de la Ciencia de la ciencia. Resulta importante indicar que aquello que distingue un discurso ideológico de otro no poseería la misma naturaleza que aquello que separa la ciencia de la ideología –por tratarse de un corte epistemológico– o una ciencia respecto de otra, dado que la regla de tal separación sería, a la vez, la forma constitutiva de la *unidad* de ambos discursos. Dicha regla de separación es asemejable a la comparación de *variaciones* musicales sobre un tema: se trata de diferencias que remiten unas a otras, a modo de variaciones *del mismo tema*. El sistema infinito establecido de diferencias entre variaciones sería el puro efecto de una única diferencia entre el tema y aquello que podría llamarse el espacio variacional. “Sólo es variación aquello que llega a ese espacio, que ninguna variación justifica, puesto que es el lugar donde, anulándose en la unidad, resultan las diferencias” (ibídem, p.42). Por esta razón, Badiou asevera que hablar de *la* ciencia

³⁸ No haremos uso, en cambio, de su método, en tanto que el autor se esfuerza en abordar la filosofía mediante el mismo recurso a la matemática.

³⁹ Las *itálicas* pertenecen al autor

se consideraría un síntoma ideológico, del mismo modo que lo sería hablar de *la* ideología en singular, puesto que la maniobra ideológica se sostendría en posponer el cuestionamiento de la unidad de los términos de la pareja considerada, ocultando que “la cuestión de esta unidad es pura y simple repetición (...) [y que] la regla de esta repetición es no ser percibida por quien la opera” (ibídem, p. 43). Por esta vía parece operar la *filosofía*, según el autor, en tanto que ella *realizaría un recubrimiento ideológico de la ciencia*, haciendo del concepto de modelo una categoría, en tanto que referiría “a objetos ‘inexistentes’ donde se combinan el trabajo del concepto y la repetición de nociones” (ibídem, p. 45). No obstante, las ciencias y las ideologías, en plural, estarían constituidas por multiplicidades de diferente tipo: mientras que “las ciencias constituyen un sistema discreto de diferencias articuladas; las ideologías, una combinación continua de variaciones” (ídem).

En este contexto el término modelo no constituye propiamente lo que Badiou denomina *concepto* (científico) de modelo, sino meramente la *notión* (ideológica) de modelo. Para ejemplificar esta diferencia, Badiou (2009) recurre a la *Antropología estructural* de Lévi-Strauss (1958/1995). Allí el dualismo empirismo/formalismo se presenta como la oposición entre la observación neutral de los fenómenos y la producción activa de un modelo. En otras palabras, la ciencia es concebida allí como un método que se enfrenta a un “objeto real” que debe ser investigado (etnografía), y ante un “objeto artificial” cuya finalidad es reproducir o imitar, “en la ley de sus efectos”, al objeto real (etnología). Según Lévi-Strauss, el modelo, en tanto objeto artificial construido, resultaría controlable, es decir, podría preverse su comportamiento si se modifica uno de sus elementos. “Esta previsión, en la que reside la *transparencia* teórica del modelo, está evidentemente ligada al hecho de que está íntegramente montado (...) de manera tal que la opacidad atribuible a lo real está ausente”⁴⁰ (Badiou, 2009, p. 47). En este sentido, el modelo no produce una transformación práctica de lo real, sino que es puramente una invención dotada de una “irrealidad” formal.

En el pensamiento de Lévi-Strauss la invención de modelos es la actividad científica misma y ellos se construyen “según” la realidad empírica y deben ser contruidos de tal forma que su funcionamiento sea capaz de dar cuenta de todos los hechos observados. Hablar en términos de “dar cuenta” –seguido inmediatamente después de términos como “describir” y “explicar”– soporta por sí solo la carga epistemológica. Esta primera forma de considerar al modelo, en tanto que *notión* ideológica, funcionaría a modo de “operador de una *variante* del empirismo vulgar. La dualidad del ‘hecho’ y de la ley es reproducida por la realidad y el modelo. La cuestión de la unidad de esa dualidad toma la forma de la reproducción, de la simulación funcional” (ibídem, p. 58). Dicha variante tiene como *objetivo* inadvertido –aunque en el mismo se evidenciaría la significación política de un discurso tal– elidir la realidad de la ciencia en tanto

⁴⁰ Las *itálicas* pertenecen al autor.

proceso de producción de conocimientos, lo cual haría que se la confunda con una *regulación* técnica de un proceso concreto (por ej., los modelos económicos).

El autor divide a los modelos en dos grupos: al primer grupo los llama modelos “abstractos”, conformado por los objetos escriturales, es decir, los modelos propiamente matemáticos o teóricos. Los define como *haz de hipótesis*, pretendidamente completos respecto al dominio considerado, estando, por tanto, asegurada su coherencia y ulterior desarrollo deductivo por un lenguaje generalmente matemático. Al otro grupo de modelos los llama “montajes materiales”, cuya finalidad puede ser de tres tipos:

- a) modelos que presentan espacialmente, de modo sintético, procesos no espaciales, tales como grafos, diagramas, etc.;
- b) modelos buscan efectuar estructuras formales, o sea, “transferir la materialidad escritural a otra ‘región’ de inscripción experimental” (Badiou, 2009, p. 50);
- c) modelos que apuntan a reproducir comportamientos: se trata del gran dominio de los autómatas.

En este segundo grupo, especialmente en los ítems a) y b), podrían localizarse las diversas tentativas de formalización (grafos, esquemas, topología, etc.) formuladas por Lacan a lo largo de su obra.

El *concepto propiamente matemático de modelo* proviene de una rama de la lógica matemática llamada *teoría de modelos*, en la que se inscriben enunciados teóricos carentes de ambigüedad, una vez transitados procesos de alto rigor formal, tales como el Teorema de Gödel/Henkin que consiste en afirmar que una teoría es coherente si y sólo si posee un modelo. En este contexto, dado un sistema formal, constituido por una serie de axiomas o enunciados de base, de los que se deducen teoremas según ciertas reglas deductivas explícitas –se trata del aspecto *sintáctico* de un sistema formal–, se llamará *modelo* a la interpretación *semántica* de dicho sistema; posee también el nombre de *estructura*. Para determinar que una estructura sirva de modelo a un sistema formal es necesario construir reglas de correspondencia semántica, es decir, que “a todo enunciado *derivable* del sistema (a todo teorema) se vincule un enunciado *verdadero* en el dominio de la interpretación” (ibídem, p. 62).⁴¹ Por “verdadero” debe entenderse a la clase de enunciados científicos que se separan de aquellos *falsos*, separación que resulta del *trabajo* de los conceptos; los verdaderos son aquellos enunciados demostrados, probados u otra forma científica de evaluación, mientras que los falsos son su contraparte. La semántica tiende a afirmar que dicha división puede organizarse de manera retrospectiva mediante procesos meramente mecánicos y totalmente controlables, puestos a funcionar en un sistema formal. Ella es un *protocolo experimental*, no en el sentido de que los sistemas serían lo “formal” cuyas realizaciones concretas se representan en modelos, sino que, por el contrario, *los sistemas constituyen el tiempo experimental o encadenamiento material de la prueba, posterior a aquél*,

⁴¹Las itálicas pertenecen al autor.

de carácter conceptual, de las demostraciones. En resumen, si a todo enunciado derivable se puede hacer corresponder un enunciado “verdadero”, se dirá que el dominio interpretativo es un *modelo* para dicho sistema formal. Inversamente, si todo enunciado verdadero del modelo puede ponerse en correspondencia con una fórmula derivable del sistema, se afirmará que el sistema es *completo* para dicho modelo.

Esta perspectiva respecto al término modelo se diferencia de la *noción* empleada por Lévi-Strauss, en la medida en que invierte la concepción de este último: mientras que, para Lévi-Strauss, lo formal, lo montado, es modelo en relación a un dominio empírico considerado, Badiou (2009), tomando una tesis de la semántica neopositivista, considera que *el modelo consiste en la interpretación de un sistema formal*. En consecuencia, lo empírico ya constituye en sí mismo uno o más modelos de la construcción sintáctica. Resulta, de este modo, una especie de *reversibilidad* del término modelo. Pero también recurre a una tesis del positivismo lógico, que se sustenta expresamente en una ciencia: la lógica matemática, en la cual la distinción entre sintaxis y semántica resulta clave y opera conceptualmente.

Retomando un punto anterior, decíamos que la *noción* de modelo implicaba que éste debía “dar cuenta” de la totalidad de los hechos, aserción que no haría más que redoblar o introducir una *variación* en la dupla fundamental de la epistemología vulgar. Diferente es el caso del *concepto de modelo* dentro de la teoría de modelos, puesto que allí, si se refiere a la completud de un sistema formal, se estaría designando una propiedad que podría ser eventualmente refutada o demostrada. La finalidad de uno de los conocidos *teoremas* de Gödel es justamente demostrar la incompletud del sistema formal de la aritmética –se trata de un sistema formal que admite como *modelo* la aritmética recursiva (clásica). Los criterios sintácticos para establecer la pertinencia en relación a un modelo constituyen propiedades teóricas y no un mero juego de analogías.

Como indicamos previamente, el concepto de modelo constituye una *interpretación semántica* del sistema sintáctico considerado, es decir, consiste en, primeramente,

fijar el dominio de objetos donde fundar la correspondencia con las marcas del sistema. Sólo que nada es más indistinto, y más empirista, que la noción de una colección de objetos, al punto que, de atenderse a él, la semántica no tendría ninguna posibilidad de articularse científicamente: *únicamente en la medida en que dispone del concepto matemático de conjunto y transforma por su efecto la noción de multiplicidad dominial, la teoría de las interpretaciones de un sistema formal escapa a esa impotencia*⁴² (Badiou, 2009, p.81).

A partir de allí puede decirse que una interpretación de un sistema lógico formal es, por tanto, una colección de conjuntos cuya relación consistiría en hacer equivaler a cada teorema deducible del sistema formal una proposición presente en la estructura interpretativa (Rona, 2012). Si nos atenemos a la teoría de conjuntos, diremos que un “objeto” forma parte de la estructura si pertenece –pertenencia, $\in$, es el signo fundamental de dicha teoría– a dicho conjunto. Asimismo,

⁴² Las itálicas pertenecen al autor.

tal objeto ya es en sí mismo un conjunto (o subconjunto del conjunto al que pertenece) que opera en relación a otro/s bajo relaciones no sólo de pertenencia (entre conjuntos), sino también mediante otros operadores lógicos como la intersección ($\cap$), la reunión ($\cup$), la disyunción ($\vee$), la proyección y la no-pertenencia ($\notin$) (de conjuntos). Badiou (2009) aclara que la semántica es una ciencia y el modelo un concepto sólo en la medida en que se ubican dentro del grupo de las matemáticas, de tal forma que la ley que rige las interpretaciones de un sistema formal ya estaría inscrita en la matemática propiamente dicha (no-formal). El filósofo añade que no se trata ni de un círculo ni de un saber absoluto, en tanto que el objeto que se hace pertenecer a un conjunto es simplemente un tipo de inscripción *diferente* de aquellas que constituyen el dispositivo sintáctico, porque “la experimentación matemática no tiene otro lugar material más que aquello en lo cual se revela la diferencia de las marcas” (ibídem., p.82).

Ahora bien, Badiou (ibíd.) nos advierte de la enorme tentación que supondría exportar el concepto de modelo a la epistemología general, lo cual entraría en conflicto con la posibilidad de emplearlo para “interpretar” la teoría psicoanalítica. Tomando elaboraciones de Kreisel y Krivine, el autor asevera que el único soporte posible para pensar la diferencia entre sintaxis (escritura formal) y semántica (modelo) es la relación *intra-matemática* entre una escritura de base lógica y una escritura de base conjuntista. En este sentido, en tanto que el concepto de modelo sirve de articulador de esta diferencia, sus resultados teóricos deben concebirse como propiamente lógico-matemáticos, no permitiendo ninguna exportación. Ello sería así no sólo porque sus resultados provienen de la experimentación matemática, sino también porque los principios que regulan las demostraciones en las que el término modelo figura remiten exclusivamente a los sistemas conceptuales de las matemáticas. Por esa razón, Badiou considera que la teoría de modelos, lejos de indicar una exterioridad del pensamiento formal (*metalenguaje*),⁴³ regularía una dimensión de la *inmanencia práctica* de las ciencias, que aseguraría no solamente la producción de conocimientos⁴⁴, sino además la reproducción de las condiciones de producción. De ahí la aseveración de que “toda exportación fuera del dominio propio de la experimentación matemática es ilegítima, si se pretende al menos conservar el rigor de las propiedades del concepto y no degradarlo en variantes de una noción ideológica” (Badiou, 2009, p.110). Por tanto, frente a este *impasse* existen dos soluciones posibles: una de ellas sería abandonar el concepto de modelo y buscar otros que se articulen mejor al campo del psicoanálisis (como, por ejemplo, el concepto de *paradigma* de Kuhn), o bien arriesgar a formular que el psicoanálisis –o más bien

⁴³ Incluso, el autor llega a definir, en este contexto, al metalenguaje como “todo aquello que se requiere del lenguaje corriente (no formalizado), incluida la matemática ‘intuitiva’, para que las operaciones sintácticas y semánticas puedan ser racionalmente explicadas y practicadas” (Badiou, 2009, p. 107).

⁴⁴ En matemáticas, el dispositivo formal es aquel a través del cual una región matemática resulta *transformada*, examinada y experimentada en relación a su rigor formal o alcance. La transformación consiste en que *aquello que de entrada se presenta como matemático es semánticamente determinado como pasible de ser articulado con el sistema formal (sintáctico)*. Es en tanto teoría materializada (resultado matemático), que el sistema formal puede formar parte del proceso de producción de los conocimientos matemáticos. Allí, el concepto de modelo no designa un “exterior” a ser formalizado, sino un *material matemático a la espera de ser experimentado* (Ibídem).

las diversas teorías y modelos que caen bajo el adjetivo de “psicoanalítica/o”– se sostendría sobre un fundamento lógico y/o matemático –lo cual implicaría proponer uno o más dominios interpretativos con los cuales establecer una correspondencia–, so riesgo de caer en posibles degradaciones ideológicas del término. Exploraremos esta segunda opción.

¿El psicoanálisis se sostiene sobre un fundamento lógico-matemático? En la obra de Lacan, la posibilidad de explorar esta cuestión se apoya en su insistente intento de establecer una rigurosa interpretación del psicoanálisis, empleando diferentes modelos lógicos y matemáticos a lo largo de toda su obra. Se trata de los llamados *matemas*, ya sea el uso de grafos (*grafo del deseo, teoría de los cuatro discursos*), esquemas (*Lambda, Z, R, I*), topología algebraica (*compacidad*), topología de superficies (*toro, cross-cap o plano proyectivo, botella de Klein, banda de Moebius, esfera, etc.*) y nodal (*nudo borromeo*), entre otros. No obstante, el recurso a estos dispositivos formales por parte de Lacan diferiría en ciertos aspectos del abordaje puramente lógico matemático. Por un lado, en psicoanálisis, estaría en juego el alcance de aplicación de cada dispositivo formal: la topología de Lacan –al igual que los restantes matemas– podría considerarse compuesta de modelos cuyo alcance es *local*, es decir, que cada superficie topológica empleada sería articulable a *una* o a varias conexiones conceptuales puntuales. Se limitarían a ciertos regímenes de paradojalidad: no se trataría de axiomas y teoremas uniformes que posibilitarían inferir una formalización de todos los conceptos analíticos de una axiomática general y única (Rona, 2012). Es en este sentido que Milner (1996) propone que la teoría del matema toma todo del paradigma matemático *excepto la deductividad*, en tanto que su carácter de escritura estrictamente *local* impediría extraer de un matema otros matemas; “un matema lacaniano, en tanto que literal, funciona idealmente como una matriz de producción de proposiciones empíricas” (ibíd., p. 138). En suma, el matema retiene de la matemática exclusivamente su literalidad, dejando en suspenso el encadenamiento de las razones.

No es necesario que todas las nociones, prácticas, éticas, clínicas y teóricas sean reconducidas a un mismo núcleo de asertivas para que postulemos un grado de cientificidad del psicoanálisis. Basta que exista coherencia en las localidades y que exista comensurabilidad entre elementos, además que se procure localizar o indicar cuales serían las paradojas necesarias para indicar la incompletud o inconsistencia del sistema (Rona, 2012, pp. 92-93).

Allí radicaría la diferencia capital con lógica matematizada –o, mejor dicho, un conjunto de lógicas regidas por axiomáticas particulares– que, por ser una escritura idealmente vaciada de contenido, debería posibilitar la inscripción/escritura de cualquier objeto que se ciña a sus principios. Por ese motivo, Sous (2009) indica que el matema no opera como prueba o verificación, sino que, más precisamente, escribiría la incompletud de la formalización, el punto de *impasse* de todo intento de totalización, es decir, lo que escapa al cálculo: el sujeto de la ciencia. Es en este sentido que puede ser comprendida la afirmación de que *el psicoanálisis constituye una ciencia habitada por el sujeto*. Tampoco se trataría en psicoanálisis de “un montaje de tesis universitarias encadenándose una en la otra sin contradicción. Lacan pasa

incesantemente de una elaboración formal a la otra, libre para volver atrás” (Darmon 2008, p.8). En resumen: una de las diferencias principales entre la ciencia y la lógica respecto del psicoanálisis estribaría en que, mientras que la ciencia y la lógica buscarían resolver las paradojas con las que su propio desarrollo teórico se encuentra, el psicoanálisis apuntaría a admitirlas y “explotarlas”, no con el fin de disolverlas, sino en tanto que su puesta en funcionamiento le habilitaría a proseguir en su teorización. Por otro lado, los principios lógicos sobre los que se sostiene la lógica del significante, que funda una clase de topología específica, difieren de algunos de aquellos empleados por la teoría formalizada de conjuntos, como, por ejemplo, la teoría de Zermelo-Fraenkel. Mientras que la primera, por ejemplo, se funda en un principio de no identidad, es decir, admite la contradicción ($A \neq A$), en tanto que cada significante tiene la propiedad de ser lo que los demás no son, la segunda únicamente admite la contradicción como condición productiva de los conjuntos sucesivos al conjunto vacío⁴⁵ ($\emptyset$), haciendo que cada uno de ellos resulte idéntico a sí mismo, como condición necesaria para determinar su pertenencia o no a otros conjuntos.

2.3 El significante y sus relaciones con la teoría de conjuntos

De acuerdo a lo que fue establecido en el apartado anterior, el concepto de modelo consistiría en una teoría de conjuntos regida por una axiomática específica y, para que funcione como tal, debe establecer una relación de correspondencia semántica entre cada uno de sus enunciados verdaderos con cada uno de los teoremas del sistema formal considerado. Igualmente, la condición necesaria para que el *concepto de modelo* fuese aplicable al psicoanálisis era que dicha teoría, o al menos parte de ella, debería ser considerada como un sistema formal que sigue cierta lógica, al que debe hacerse corresponder uno o más dominios interpretativos. Así podrían funcionar, según Rona (2012), por ejemplo, los casos clínicos freudianos, el complejo de Edipo –en tanto colección de significantes organizada (Nombre-del-padre, yo ideal, Ideal del yo, significante fálico, etc.) que constituiría en sí una interpretación de la teoría y la lógica del complejo–, el fantasma como interpretación de la lógica de la no-relación sexual, o las diferentes instancias en las que se recurre a la topología de superficies, entre otros. Como ya señalamos, no se trataría en ningún caso de modelos articulables a todas las conceptualizaciones psicoanalíticas, sino solamente a ciertas conexiones conceptuales *locales*. El punto de partida esencial es que el discurso matemático queda aquí reducido al lenguaje de la teoría de conjuntos sumado a algún sistema deductivo de inferencias. Considerando a partir de allí, por ejemplo, el concepto de estructura matemática (Bourbaki), se obtiene la topología como una especie de estructura, es decir, como una fórmula de la teoría de conjuntos cuyos

⁴⁵ El *axioma del conjunto vacío* precisamente postula la existencia de un conjunto al cual no pertenece ningún elemento, y que, por lo tanto, no procede de ningún otro conjunto dado. Su definición es radicalmente negativa. De ahí que Lacan pueda plantearlo como homólogo a su definición del sujeto del inconsciente, en la medida en que no puede asociarse a él ningún contenido semántico. Pero, aun así, se encuentra presente como subconjunto de todo conjunto, y se encuentra en la base de la génesis de los conjuntos sucesivos, en tanto que también cuenta-por-uno, aunque no contenga nada dentro de sí.

modelos son estructuras topológicas usuales que satisfacen dicha fórmula. Dicho de otro modo, los significantes y sus operaciones se podrían localizar al nivel de una sintaxis, mientras que las superficies topológicas, tomadas como conjuntos articulados por diversas operaciones, se localizarían a nivel de una semántica que interpretaría a los primeros. El expediente a una interpretación que se ciña a ciertas reglas definidas, es decir, el empleo de modelos, buscaría apartarse de la objeción del vaciamiento semántico que supuestamente promovería el recurso a la formalización, al mismo tiempo que buscaría justificar las razones de recurrir a ellos por parte de Lacan.

La hipótesis de Rona (ibíd.) es que el concepto de conjunto *interpreta*, en el sentido estrictamente matemático del término, a aquél del significante, estableciendo una relación de correspondencia entre ambos órdenes que podemos llamar *isomorfismo*. Según Sánchez (2016), se define *isomorfismo* a la operación que puede aplicarse a dos realizaciones –dos elementos o dos conjuntos de elementos– que cumplen con dos condiciones: primero, es necesario que exista una correspondencia biyectiva, es decir, que a cada elemento de una de las realizaciones le corresponda uno y solamente un término de la otra; y segundo, debe ser mantenida la estructura entre ambas realizaciones. En suma, para que exista isomorfismo entre el significante y el conjunto debe establecerse no sólo una correspondencia, asociando a cada significante un conjunto, y viceversa, sino que también debe existir una correspondencia operacional a nivel de las realizaciones, o sea, que aquello que es verdadero para el significante debe necesariamente verificarse también en los conjuntos.

La teoría de conjuntos posibilitaría la construcción de los números ordinales:⁴⁶ dados dos números ordinales, su intersección nunca es vacía (la intersección siempre corresponde al elemento menor de los dos). De este modo, el conjunto de los números ordinales se caracteriza por poseer una cierta noción de *conexidad* entre sus elementos y es dicha noción la que puede ser abordada en el interior de la teoría de las superficies topológicas. Es en tanto que Rona (ibíd.) aborda los espacios de significatividad a modo de superficies topológicas conexas que puede aproximar las relaciones de significación (de habla) con aquellas entre constructos topológicos. Que los conjuntos establezcan espacios topológicos y que el conjunto sea isomorfo al significante nos obliga a plantear que el inconsciente también plantearía problemas topológicos y que el significante constituiría el único medio para resolverlos. Hablar de significante nos llevaría necesariamente a remitirnos a la lingüística saussureana y también a la maniobra de Lacan para hacer del lenguaje la condición y estructura del inconsciente.

El hecho de recurrir a la lingüística parece tanto más justificado cuanto que Saussure mostró que la lengua sólo se sostiene a partir de un juego de lugares y puras diferencias –que no toman su valor sino de los lugares que ocupan–. Resulta así que es lo Simbólico mismo lo que introduce una topología (Darmon, 2008, p. 37).

⁴⁶ Se trata de aquellos números que se emplean para contar, como 1, 2, 3, 4...

Este juego de puras diferencias puede definirse como el principio de *no-identidad consigo mismo del significante* (Allouch, 1984). Se suma un segundo principio enunciado por Saussure, el *carácter lineal del significante* (Saussure, 1961), que resulta esencial para nuestra comprensión topológica del significante, en tanto que éste se extendería en una sola dimensión: una línea orientada que refiere al despliegue temporal de la cadena significativa. Lacan, en cambio, opta por referirse a múltiples cadenas significantes que funcionarían como si de un pentagrama se tratase, con la finalidad de dar cuenta de la naturaleza polifónica del discurso (Darmon, 2008). En relación a los dos principios expuestos, Darmon (ibídem) asevera que, según Saussure, resulta sumamente difícil establecer unidades concretas en la lengua –duda, incluso, que existan tales unidades–, dado que ésta se asemeja a un juego de ajedrez, cuyas piezas únicamente poseen una función y valor de acuerdo a las relaciones que establecen con las otras piezas, y según el lugar que ocupan en el tablero. De ahí que Lacan afirme que el Uno localizado en la lengua (*rasgo unario*) resulta algo indefinido entre palabra, frase, fonema e incluso todo pensamiento (1972-1973), pero también que sea la operación de significación realizada por el *punto de capitón* del grafo del deseo (Lacan, 1957-58/2016) la que permita, retroactivamente, establecer unidades discretas. Dicho de otro modo, el significante determina al significado, pero el primero sólo puede establecerse como tal mediante la significación,⁴⁷ no preexistiendo a ella.

Con todo, Darmon (2008) se percata de que constantemente se suele oponer, como una contradicción, el hecho de que, por un lado la topología se ocuparía del continuo y, por el otro, los significantes conformarían un espacio discreto, discontinuo, constituido por puntos separados. Según el autor, se trataría de una crítica apresurada, puesto que no permitiría concebir las particularidades de los significantes, a saber, que no podrían asimilarse de forma taxativa a puntos separados, y también porque a la topología no le interesaría exclusivamente el dominio de lo continuo. Dada la definición de los significantes como puras diferencias⁴⁸ puede concluirse que entre dos puntos (significantes) siempre habrá infinitos puntos.

Siendo diferente de sí mismo, el significante implica un espacio de diferencia que no puede ser colmado; y el más simple de los significantes, cerrándose sobre sí mismo, no puede sino desdoblarse entre sí mismo y el otro que él es para sí mismo (ibíd., p. 156).

Ese juego de puntos-significantes, entre los cuales siempre se alojarán infinitos puntos, permite afirmar que ellos fundan, no una línea como planteaba Saussure, sino un espacio topológico. Ello resulta así en la medida en que la topología trabaja con superficies, sin preocuparse por el

⁴⁷ Saussure (en Darmon, 2008) toma como ejemplos las expresiones “si je le prends” (si yo la tomo [de la mano]) y “si je l’apprends” (si yo lo aprendo [de memoria]) para señalar que es necesario referirse al sentido y a la escritura, para establecer el corte de las unidades de la cadena, ya sea entre “l” y “a” o entre “a” y “p”. Pero el corte sólo se establece luego de finalizada la frase.

⁴⁸ Es decir, lo que diferencia a un significante de otro no es su significado, sino necesariamente un tercer significante, pero a ese tercer significante se opondrá no sólo un cuarto, sino también los dos primeros, e incluso él mismo, y así sucesivamente. Realizar un paralelo con la escritura puede resultar esclarecedor, en la medida en que las letras son arbitrarias y su valor es meramente negativo y diferencial. Saussure (1961) toma el ejemplo de la letra “T” para decir que ella no mantiene ninguna relación con el sonido que designa y que puede escribirse con múltiples variaciones, siendo lo único relevante que dicho signo no se confunda con otras letras.

carácter cuantitativo o métrico, desde un punto de vista puramente cualitativo, estudiando la relación entre diversos puntos cuyas relaciones pueden ser de *vecindad*, de *continuidad*, de *conexidad* o, por lo contrario, de *separación*, de *frontera*, de *borde* –nociones que se imponen de modo necesario desde que se aborda el lenguaje (ibídem).

Pues bien, retomando la idea de isomorfismo entre *significante* y *conjunto*, de acuerdo con Lacan, si el *significante* es el que produce al *significado* –junto al cual establece de forma puntual y efímera, un signo–, entonces éste, tanto como la forma en que es producido, debe tener un correlato a nivel de la noción de *conjunto* y de sus operaciones. De otro modo, no podría establecerse la correspondencia biyectiva ni instaurarse un mismo tipo de realización entre ambos dominios, y entonces no podríamos hablar de isomorfismo ni de modelo. Para justificar este punto, puede recurrirse a Badiou (1988). Este autor considera que un *conjunto* intuitivamente se define como una reunión de elementos bajo una idea y que puede construirse conjuntos a partir de cualquier cosa. Un *conjunto* sería el efecto de dicha reunión; se trata de un efecto *unificante* en torno a sus elementos. Saussure concibe al *significante* como ese *contar-por-uno*⁴⁹ que reuniría a una multiplicidad material, mientras que el hecho de que se presente reunida como si fuera un *conjunto* pretendidamente consistente, representaría al *significado*.

Debemos recordar que, en cierto momento del *Curso* (1961), Saussure realiza una correspondencia entre *significante* e *imagen acústica*, por un lado, y, *significado* y *concepto*, por otro. Rona (2012) toma aquí el concepto saussureano de *concepto* y lo hace corresponder con aquél de la *Begriffsschrift* fregueana. La *Conceptografía* de Frege habría constituido un intento fallido de proporcionar un rigor lógico matemático a la noción cantoriana de *conjunto*, mediante la construcción de un lenguaje completamente formalizable que fuese capaz de escribir cualquier concepto sin ambigüedad alguna.⁵⁰ En dicha teorización el *conjunto* queda definido a partir de la noción de *función*, directamente emparentada con la de *concepto*: “un concepto es una función cuyo valor es siempre un valor de verdad” (Frege, 1891/1998, p.65), mientras que la extensión de un concepto, es decir, todos los objetos que caen bajo su dominio, constituyen el recorrido de valores de esa función. Para Frege, un *conjunto* es entonces una reunión de objetos, los cuales satisfacen una función cuyo valor es siempre un valor de verdad.

Un concepto, por tanto, reúne elementos u objetos y esa *relación* entre lo que constituiría un *conjunto* por el establecimiento de un concepto bien podría evocar la noción de signo, tal como define Saussure. Se hace, entonces, corresponder el *significante* al *conjunto* en cuestión (la extensión del concepto). El concepto, función que efectivamente reúne los objetos

⁴⁹ De acuerdo a la expresión de Badiou.

⁵⁰ La ruina de la tentativa fregueana es iniciada por la paradoja introducida por Russell [1872-1970] que demuestra la incapacidad del lenguaje de designar de manera unívoca a un conjunto. Y, por tanto, este último no podría ser definido en tanto que sus elementos también deberán ser, siempre, conjuntos, volviendo a la definición de conjunto un término primitivo. El isomorfismo con el *significante* obliga a definirlo también como un término primitivo, en la medida en que su definición se realiza mediante su remisión a otros *significantes*, volviéndose imposible dar una definición que no resulte circular.

en el conjunto, o que los cuenta-por-uno, correspondería al significado, en los términos de la lingüística (Rona, 2012, p. 101).⁵¹

En resumen, vemos aquí una materialidad de elementos que se reúnen bajo una relación de significación, tanto en la definición saussureana como en la fregueana.

Rona (ibídem) se interroga si resultaría primera la función que reuniría la dispersión de elementos preexistentes, tornándolos un conjunto bajo el concepto correspondiente, o, por el contrario, si la reunión de elementos en un conjunto antecedería al establecimiento de su correspondencia univoca respecto a una función o un concepto. La respuesta debe encontrarse nuevamente a nivel del significante: si Lacan establece una primacía del significante, entonces la reunión en conjunto necesariamente debe preceder⁵² al conjunto como aquél que lo reúne en su pretendida consistencia. De acuerdo con Badiou, el contar-por-uno, en tanto que operación fundamental, antecede a la unidad, que sólo aparecerá como efecto: “lo que es necesario enunciar, es que el uno, que no es, existe tan solamente como *operación*. O incluso: no hay uno, no hay sino el contar-por-uno. O uno, por ser operación, no es nunca una presentación” (Badiou, 1988, p.32).⁵³ Por tanto, todo lo que se presenta a nivel del conjunto (significante) es del orden de la multiplicidad, pero “suturada” bajo la pretendida consistencia que hace de ella una unión de los elementos que la constituyen. Ese intento de sutura de la multiplicidad no es un juego gratuito. Por el contrario, lo hace al precio de tratar de excluir del Todo al elemento que podría amenazar con dismantelar la consistencia del conjunto. No obstante, es precisamente la imposibilidad de incorporarlo a la totalidad definida la que muestra que, en realidad, todo conjunto o sistema poseería un “núcleo” de inconsistencia.

Traducido al lenguaje lacaniano: al Otro, en tanto lugar del significante, le falta, al menos, un elemento que designa el lugar donde no existe respuesta posible a la demanda del sujeto. Dicho de otra manera, el Otro tampoco puede dar respuesta a todo, está barrado. Sin embargo, según Lacan, la consistencia del sistema es necesaria, al menos a nivel imaginario, de modo tal que las significaciones y los sentidos puedan consistir. Por otro lado, nada impediría que pueda hablarse de totalidades relativas a un conjunto, siendo eso suficiente para hablar de coherencia. Pero si nos mantenemos a nivel matemático y si aceptamos que el significante es un conjunto en el sentido estricto en que la teoría lo define, es decir, compuesto por conjuntos, entonces el conjunto de todos los conjuntos, a saber, el Otro del Otro, resulta inconsistente (Rona, 2012). Es más, para que un sistema funcione de manera coherente, como condición *sine qua non* para adjetivarlo de científico, no es necesaria la consistencia. Es decir, la coherencia del conjunto en cuestión no depende de su completud o, al menos, del alcance de los elementos que caen bajo su dominio, sino, más bien, lo que importa sería el crecimiento del conjunto en la misma medida en que sus elementos presentan mayores relaciones entre sí (Dancy, 1990). Es lo que los lógicos

⁵¹Las itálicas pertenecen al autor.

⁵² La anterioridad aquí poseería una temporalidad puramente lógica, no funcionando de acuerdo a una cronología.

⁵³Las itálicas pertenecen al autor.

del coherentismo clásico nombraban con la noción de *implicación lógica* –p implica q ($p \rightarrow q$) si, y sólo si, dado p, q debe ser verdadero–, colocando el énfasis en que, en un sistema totalmente coherente, no existe proposición alguna que sea arbitraria. Por el contrario, existe allí un interjuego de implicaciones mutuas entre proposiciones, siendo justamente esa interrelación la que mantendría la coherencia del conjunto. Precisamente,

la necesidad de una relación de implicación mutua completa parece carecer completamente de sentido, lo que permite el abandono del criterio de completud, que podría ser simplemente sustituido por una búsqueda, por el conjunto, de esa *mutualidad implicativa*. Por otro lado, esa última exigencia hace que también se pueda prescindir del criterio de consistencia, al menos en su carácter absoluto (Rona, 2012, p. 91).⁵⁴

Volviendo a este elemento en más o en menos, que marca la inconsistencia del sistema del Otro, podemos decir que el mismo es, justamente, el sujeto en tanto homólogo al conjunto vacío ($\emptyset$). Pero se trata de un conjunto al cual no podría hacerse corresponder un significante, puesto que no poseería extensión semántica. En consecuencia, ningún objeto podría caer bajo su dominio. Es entonces “in-diferente”⁵⁵ (ídem), puesto que a él no puede aplicarse el principio de diferencia. Por lo tanto, sería imposible postular la existencia de dos conjuntos vacíos (o dos sujetos) y compararlos con el fin de ver si son iguales o diferentes, dado que para eso debería asignárseles una extensión a ambos. Al no poseer extensión, no existe concepto positivo con el cual establecer la correspondencia; pero, dado su carácter de conjunto, debe atribuírsele necesariamente un concepto, puesto que, de este modo, está concebido el conjunto significativo. El concepto que se le suele atribuir es el de *la Nada*, que señala su radical inconsistencia.

Hay, no obstante, que resaltar que la inconsistencia es el estricto revés del significante como conjunto, pues si la operación del conjunto es el contar-por-uno, teniendo como efecto el significado, la inconsistencia es la inexistencia de esa unidad.⁵⁶ No habiendo ni al menos uno, hay lo vacío (Ibídem, p. 123).

La inconsistencia sería la causante de deshacer la operación de conjunto, dado que el contar-por-uno es aquello que suscita la consistencia que domina en todo conjunto. En consecuencia, la inconsistencia no puede presentarse en sí misma, sino que en su lugar adviene una representación suya: “La Nada”, el “vacío”, entre otros términos similares, son los significantes habitualmente empleados para designar al conjunto vacío. Pero se trata de un tipo de significante particular, en la medida en que su concepción depende de su participación de un *nombre propio*. Aquello que lo especifica, según Lacan (1961-62), no es su nominación vocálica sino la *función de la letra*, es decir, la escritura.

En el Seminario *Problemas cruciales para el psicoanálisis* (Lacan 1964-65, Lacan afirma:

⁵⁴ Las itálicas son nuestras.

⁵⁵ Juego homofónico que condensa en una misma expresión el carácter de ajenidad del conjunto vacío en relación a toda diferencia cualitativa, pero también porque su particularidad se debe a su carácter de “entre” (“in”) diferencias, es decir, entre significantes.

⁵⁶ “Hay que diferenciar la unidad constituida por un conjunto, como su efecto, o aún como extensión de un concepto, del uno como identidad, en el sentido de la identidad personal de un número, su nombre propio. (...) Enfatizo que la operación de nominación, más que promover la unidad, compromete el objeto con su propia unicidad” (Rona, 2012.p. 154).

(...) el “particular”⁵⁷ es denominado con un nombre propio: es en el sentido de que es irremplazable, es decir, que puede faltar, que sugiere el nivel de la falta, el nivel del agujero, y que no es en tanto que individuo que yo me llamo Jacques Lacan, sino en tanto que algo que puede faltar, mediante lo cual este nombre irá ¿hacia qué? A recubrir otra falta. El nombre propio es una función volante, si podemos decir, como se dice que hay una parte de lo personal, de lo personal de la lengua en este caso, que es volante: está hecho para ir a colmar los agujeros, para darles su obturación, para darles su cierre, para darles una falsa apariencia de sutura (Lacan 1964-65, p. 25).

Lacan define entonces al nombre propio no sólo en su carácter identificatorio, sino también como una función de “falsa apariencia de sutura”, como una especie de “tapa-agujeros”, que siempre está a punto de “descoserse”. Designa, al mismo tiempo, un intento de elidir una falta y a la falta misma. Un claro ejemplo es cuando a alguien se le pregunta: ¿quién eres? y éste responde: “yo me llamo...”, “mi nombre es...”, “soy una mujer”, etc. Es decir, contesta una pregunta que apuntaría a su ser mediante la identificación a un nombre propio, a un género, etc., produciendo así una obturación de la falta que la pregunta evoca. La falta de la que se trataría es la que constituye al sujeto como tal. Parafraseando a Lacan en *El objeto del psicoanálisis* (1965-66), puede afirmarse que cada vez que se hace referencia al sujeto, se está haciendo *uno* de él.⁵⁸ Específicamente, el nombre del sujeto es justamente la falta de *uno* que lo designe. De allí que este psicoanalista identifique al sujeto con la *banda de Moebius*, en tanto que ella es el corte mismo, mostrando así el carácter de entre-dos del sujeto. Este aspecto constitutivo del sistema simbólico y, por tanto, de toda operación de conjuntos será abordado en el apartado siguiente, a partir de la articulación entre significante y conjunto en relación a sus respectivas operaciones elementales que deberemos plantear como homólogas.

2.4 Significante y conjunto: operaciones elementales

Si bien en el apartado anterior se hizo referencia, aunque no directamente, a uno de los axiomas de la teoría de conjuntos que tomamos como modelo –nos referimos al *axioma del conjunto vacío* en la teoría de Zermelo-Fraenkel–, no nos proponemos realizar un abordaje exhaustivo de los restantes axiomas,⁵⁹ los que necesariamente deben tener una correlación uno a uno con los principios de la lógica (del) significante para mantener la correspondencia lógica. Nos limitaremos a realizar algunas indicaciones relativas a algunos de ellos (a veces de forma implícita), puesto que nuestra finalidad no será realizar un abordaje lógico-matemático de los datos seleccionados, sino, más bien, tomar de dicha disciplina los elementos que nos permitan realizar un análisis discursivo de los mismos, sin desconocer la especificidad de las conceptualizaciones necesarias para pensar una interpretación topológica del pensamiento teórico psicoanalítico, y así evidenciar los modelos topológicos allí operantes.

⁵⁷ “[A] word for particular” es la definición que da Russell del nombre propio y que Lacan, en el mencionado seminario, critica como insuficiente.

⁵⁸ De ahí que, al menos a partir de la modernidad, se haya tendido a confundir al sujeto con el individuo.

⁵⁹ Entre ellos se encuentran el *axioma del par*, *axioma de los subconjuntos*, *axioma de separación*, *axioma de extensionalidad*, *axioma de unión*, entre otros.

Ahora bien, a modo de recordatorio al lector, siguiendo los planteos de Rona (2012), se afirmaba que la inconsistencia sería la responsable de deshacer la operación de conjunto, provocando que los elementos se dispersen, pero también señalábamos que la inconsistencia jamás se presentaría por sí sola, sino mediante un nombre (“el vacío”, “la nada”, etc.) que sería su representante. La irrupción de este elemento singular amenazaría entonces con destruir la consistencia del sistema en el que está incluido,⁶⁰ evidenciando así que el sistema presentaría fisuras, agujeros, fallas. Y esto sucede porque un significante siempre se compone de otro u otros (*axioma de los subconjuntos*), de acuerdo a las reglas de formación definidas por los restantes axiomas, lo cual determinaría que la secuencia no tenga límite. Allí interviene el *axioma de fundación*, que determina un límite al infinito. Dicho axioma puede entenderse del siguiente modo: dado un conjunto inicial, existe al menos un elemento de un conjunto que presenta una disyunción radical respecto del conjunto de partida. Esa disyunción es el mismo conjunto vacío. De ahí que Badiou (1988) sostenga que al concepto de disyunción le corresponde el de alteridad. Por tanto,

(...) si el *axioma de extensionalidad* proponía que un significante era otro de un otro, con la condición de que *algún* elemento significativo componente difiera, el *axioma de fundación*, al introducir la disyunción, plantea una relación más radical, puesto que asevera que *ningún* elemento de uno pertenece a otro, exponiendo, de este modo, al *Otro*. Es otra forma de aseverar la “exclusión interna”, una vez que la alteridad radical del significante, aquello que de él se excluye por estar absolutamente disyunto, le reside internamente (Rona, 2012, p.128).⁶¹

Si la irrupción de la alteridad o de un elemento singular podría poner en riesgo a la consistencia de un modelo –en su relación con un sistema lógico dado–, es justamente su mantenimiento como singular, como independiente, lo que garantizaría el mantenimiento de la *conexidad* del conjunto. Pero a la vez, es la presencia de algún elemento singular lo que aseguraría la *conexidad* del espacio. De la misma forma puede pensarse lo reprimido en Freud: no sólo se trata de una representación puesta fuera de circulación, sino que su exclusión asegura que las restantes representaciones-palabra (preconscientes) mantengan su consistencia, o al menos se mantengan conexas. De esta forma, la represión se convierte en la operación esencial que aseguraría la *conexidad* del conjunto de las representaciones psíquicas, a la vez que muestra que la *conexidad* se vuelve una propiedad topológica exigida para el funcionamiento del aparato psíquico freudiano (o para el aparato significativo lacaniano). Empero, no hemos precisado a que nos referimos exactamente cuando hablamos de *conexidad*. El término *conexidad* es coextensivo con una definición específica del espacio topológico. Una definición matemática básica de conexidad sería la siguiente: partiendo de un espacio topológico, constituido por una reunión de conjuntos no vacíos, diremos que un espacio es conexo si y sólo si no puede ser separado en dos partes tales que su reunión restablecería el espacio inicial. Es

⁶⁰ El constante esfuerzo de forcluir dicha excepción es el precio que debe pagar la ciencia moderna para mantener su pretensión universalizante (Lacan 1965-66b/2003) tal como indicábamos en el apartado 2.1 del presente capítulo.

⁶¹ Las itálicas pertenecen al autor.

decir, se trata de un espacio que no puede ser separado, de lo contrario hablaríamos de un espacio topológico *inconexo* (Munkres, 2000). Ejemplos de espacios conexos son el segmento de recta y el plano, en tanto que los conjuntos que los constituyen simplemente no pueden dividirse. Si consideramos un segmento $[a,b]$ y si c es un número mayor que a , pero menor que b , entonces no podemos dividir $[a,b]$ sin que c quede “adherido”, ya sea al segmento $[a,c]$ o $[c,b]$, o a ambos. En este último caso, ambos conjuntos se ven disminuidos y en el medio permanece c como un punto perdido, que constituye el *corte* (Darmon, 2008).

Como puede apreciarse, la noción de *corte* resulta ser la contraparte de la noción de conexidad. Pero aquí el corte no constituye una operación que tendría lugar en un espacio concebido como preexistente, sino que es una operación que constituye al espacio como tal. Por esa razón, a contrapelo de la intuición corriente que parte de la superficie para examinar el corte, Lacan asevera que es necesario tomar el corte como punto de partida, dado que es éste el que organiza la superficie y le da origen. Por ello, “Lacan insiste para decir que el corte debe considerarse intrínsecamente como la estructura del significante antes de toda referencia a una superficie” (ibíd., p.160). Retomando el *carácter lineal del significante*, propuesto por Saussure, pero ahora en una perspectiva topológica, puede considerarse que todo enunciado como tal es un corte, no habiendo allí, en su estructura mínima, elementos aislables, sino diferencias, o sea, puros cortes.

Con todo, existen otras definiciones del espacio topológico como, por ejemplo, aquella apoyada en el concepto de *vecindad* o *entorno* (Neira, 2011). El mismo es equivalente al abierto de un espacio, en la definición de conexidad, y que, por ello, tiene que ver con conjuntos en su constitución material, aunque se diferencia de aquél por enfatizar, en su nomenclatura, la “proximidad”, tal como es detallada por nociones como compacidad o conectividad.

Lo que se sugiere, por tanto, es que *los significantes, conjuntos*, en su organización, *tienden a formar vecindades, o sea, espacios topológicos*. Nótese, así, que *ser una topología no es propiedad intrínseca al significante, sino de alguna organización de ellos, y que diversas topologías (...) responderían a ese requisito*⁶² (Rona, 2012, p. 163).

Ello nos advierte del posible abuso de realizar interpretaciones topológicas sobre organizaciones significantes cuyo correlato semántico no conforme por sí mismo una topología. Es decir, *no todo modelo puede asemejarse a una topología*, y esto resultará esencial en nuestro trabajo a fin de no generar confusiones, no sólo entre modelos que operarían de manera diversa a una topología, sino también para diferenciar un modelo de aquello que no lo es –por ejemplo, un caso en el que la *noción* de modelo sea aplicable, o como un mero esquema o figura.

Si la noción de corte se presenta como operación fundamental para balizar la emergencia del sujeto –llámesele alteridad, la “nada”, el vacío, el *evento* (Badiou), el acontecimiento, etc.–, necesariamente deben existir otras operaciones que tiendan a “reparar” el hiato producido por

⁶² Las itálicas son nuestras.

dicha emergencia, a fin de restablecer la conexidad y la consistencia del conjunto. Al final del apartado anterior indicábamos que las operaciones a las que haríamos referencia entre conjuntos necesariamente deben tener su correspondiente a nivel de las operaciones significantes, porque, de lo contrario, el isomorfismo no se mantendría. Examinemos entonces las operaciones conjuntistas elementales, tal como las define Badiou (2006), en su correlación con las operaciones significantes básicas, tal como son definidas por el estructuralismo lingüístico. Para ello resultará esencial introducir previamente un concepto que es central tanto para el funcionamiento de una lengua como para el de una lógica: el concepto de *valor*. El fundamento que relaciona al significante con una lógica es precisamente la noción de *valor* (lingüístico) –ocurre así tanto en el examen lacaniano, como en su origen saussureano. Saussure (1961) define a la lengua como un sistema de valores en el que sus elementos se diferencian por su oposición recíproca –esto sucede de este modo tanto a nivel del significante como del significado. En ella, los valores son siempre constituidos: “1º por una cosa *desemejante* susceptible de ser *trocada* por otra cuyo valor está por determinar; 2º por cosas *similares* que se pueden *comparar* con aquella cuyo valor está por ver”⁶³ (ibíd., p.139). Por tanto, para el establecimiento de un valor es necesaria la posibilidad de realizar una comparación entre los valores atribuidos a los significantes en las relaciones en que aquél aparece. Y esta posibilidad se vuelve el requisito mínimo para hablar de *equivalencia* entre significantes, entendiendo por equivalencia a una función (al estilo de Frege) que, partiendo de dos o más elementos dados, pueda determinar su grado de identidad, es decir su relación de valor (Rona, 2012). Detengámonos un momento para aclarar este punto. La noción de equivalencia suele ser intuitivamente clara: existe una equivalencia entre dos elementos cuando ellos, por cuenta de sus valores, pueden sustituirse el uno por el otro, o sea, poseen el mismo valor.

En sentido matemático estricto, una relación de *equivalencia* es aquella que, entre dos elementos de un conjunto, responde a las propiedades de *simetría*, *transitividad* y *reflexividad* (Munkres, 2000). La simetría (si $p \sim q$, entonces $q \sim p$) indica que entre dos valores existe equivalencia sólo cuando el primero equivale al segundo, pero también a la inversa. La transitividad (si $p \sim q$, e $q \sim r$, entonces $p \sim r$) trasciende la relación del par, estableciendo relaciones con otros elementos diferentes, pero cuyo valor puede ser comparado. Mientras que la reflexividad ($p \sim p$) implica que p sea equivalente a p , siendo p el valor de la relación de comparación entre los dos significantes considerados. Sin embargo, como nos previene Rona (2012), en una relación de comparación que presuponga grados menores o mayores, es decir, un orden, la relación no tiene por qué suponer la simetría –puesto que, si p es mayor que q , no es válido aseverar lo inverso, o sea que q sea mayor que p ; en su lugar podemos hablar de *comparabilidad*. La reflexividad tampoco es una propiedad presupuesta en una relación de orden

⁶³ Por ejemplo, para determinar el valor de un billete de \$100 es necesario saber que se lo puede cambiar ya sea por 3lt de leche (1º); o bien (2º) se lo puede comparar con una moneda del mismo sistema (un billete de \$50) o bien con un valor de otro sistema (20 dólares).

estricta, dado que ningún significativo puede tener un valor superior que si mismo. En resumen, en una relación de orden estricta son válidas las propiedades de transitividad, de no reflexividad y de comparabilidad (Munkres, 2000). En caso de que los valores puestos en comparación fuesen diferentes, no podría decirse que uno fuese mayor o menor que el otro; lo mismo ocurre en caso de que ambos fuesen idénticos. Sin embargo, dado que lo buscado no requiere que las relaciones entre los significantes sean todas diferentes, o sea, que pueden ser iguales o más o menos iguales, las propiedades atribuibles a tal relación la vuelven un orden *parcial*, en el cual ni siquiera la comparabilidad es asegurada para todos los valores. Ello significa “que puede ser el caso de no tener sentido la comparación entre dos valores obtenidos de la función que avala el valor relativo entre significantes” (Rona, 2012, p.198).

Todo esto para indicar, como primera operación elemental entre valores de una configuración significativa, a aquella que puede llamarse *disyunción* en lógica proposicional (que se nota $\vee$) y que corresponde a establecer el mínimo de relación, también llamado valor *cero* (Badiou, 2006).⁶⁴ No se refiere a que alguno de los elementos tenga un valor nulo, sino más bien que el valor de la relación diferencial entre dos significantes es el mínimo posible dentro de ese conjunto. Sirve para mostrar que un elemento presenta una radical alteridad respecto al otro, o, lo que es lo mismo, que su conjunción (o intersección)⁶⁵ es nula. Si consideramos matemáticamente la función de comparación como orden, veremos que en un extremo está el valor mínimo de relación, mientras que en el otro se encuentra el valor máximo de comparación que indica, según Badiou (ibíd.), el valor máximo de semejanza y, para el significativo, la mayor cercanía de valor relativo. Dicho de otro modo, puede hablarse de valor de identidad máximo. En resumen, en este nivel se encuentra la dialéctica entre identidad y diferencia, y a partir de ella se generan las sucesivas operaciones posibles. Un claro ejemplo podría encontrarse en el significativo fálico. Siguiendo el abordaje lacaniano, no sería extraño aseverar que todos los elementos (significantes) adquieren su valor o son medidos en función de él. Más exactamente, adquieren en esa medida su significación (fálica). Cuanto mayor sea el grado de identidad de un significativo respecto al significativo fálico, mayor será su importancia en el funcionamiento de una cadena.

En este nivel podemos localizar la conmensurabilidad, es decir, una relación racional –en sentido matemático– entre dos significantes, o bien una relación de inconmensurabilidad, en la medida en que no pueda establecerse una común medida entre ellos. En este punto podemos señalar que existe una falta de proporción entre los significantes, en tanto que, por su definición misma, si consideramos un par significativo como dos puntos de un segmento, entre ellos, como

⁶⁴ Dejamos de lado las referencias al *trascendental* y a la *multiplicidad* en relación a la función del aparecer y a la lógica de un mundo, de las que depende la articulación de Badiou (1988), y nos limitaremos a referir a las operaciones elementales entre conjuntos (significantes), en tanto que nuestra finalidad no es lógica sino discursiva.

⁶⁵ Si bien la noción de *conjunción* y de *intersección* pertenecen a campos disciplinares diferentes –el primero es un conector lógico, mientras que el segundo es una operación conjuntista–, ambas constituyen operaciones equivalentes. Por consiguiente, y con fines prácticos, se empleará en adelante el término conjunción.

sucedría entre dos números racionales,⁶⁶ siempre podemos encontrar infinitos puntos-significantes. O lo que es lo mismo, nos topamos con un número irracional, y, solamente encontrando tal número que reúna aquellos, se puede tornar conexo el segmento, es decir, recuperar la conmensurabilidad. Inversamente, la unión de dos puntos o segmentos formando otro sólo puede realizarse porque entre ellos existe un número irracional que opera como corte de una secuencia racional (Rona, 2012). Sería ésta una buena forma de comprender por qué Lacan señala que el significante es, él mismo, el corte. En este sentido, Badiou (2006) nos advierte que, si en una serie, que se pretende racional, irrumpe un significante irracional, ocurre una subversión de la lógica de dicha serie. Lo que allí puede tener lugar, en los términos de este autor, al menos potencialmente, es la ocurrencia de un *evento*. Por tal razón, podemos concebir al corte, en el sentido de la interrupción de una cadena significativa en una sesión, potencialmente infinita, como la irrupción de un significante racional que establece un cierre de la demanda o, por lo menos, la presentificación de su valor irracional, pero que habilita a la reunión de dos significantes disyuntos. Podemos decir entonces que la irracionalidad es la principal característica de un evento, o de algo que podría llegar a serlo.

La segunda operación definida por Badiou (ibíd.) es la *conjunción*. Es una operación que consiste en determinar, dados dos conjuntos, aquello que poseen en común –léase como lo que hay de común entre sus valores o bien como elementos en común, que en teoría de conjuntos se indica con el término *intersección*, $\cap$. Es lo que en matemática combinatoria se conoce como *inclusión*, en tanto que el valor relativo existente entre dos significantes es idéntico al valor relativo de uno de ellos. Desde el punto de vista lingüístico hablaríamos aquí de *sinécdoque*. Si a partir de la relación de valor entre dos significantes puede establecerse una relación con un tercero, el cual se presenta como más representativo de lo que tienen en común los dos primeros, entonces pasaríamos a hablar de *metonimia*. Y si entre dos significantes no puede hallarse identificación alguna de rasgo en común, hablaríamos entonces de *catacrexis* o metáfora lexicalizada, por tanto, no advertida como tal.

Si bien estas diferenciaciones resultan evidentes y necesarias para el lingüista o el gramático, para Lacan, la primera y la tercera no son sino casos particulares de *metonimia*. Concebimos entonces la conjunción (entre conjuntos) como una operación homóloga a aquella planteada por Jakobson [1896-1982] en su fonología estructural, la metonimia. Por *metonimia* puede entenderse a una operación que posibilita transferir de denominación, es decir, designar algo mediante una palabra distinta de la que suele emplearse; se trata de una conexión palabra a palabra. Ella se inscribe en el orden de relaciones de vecindad o contigüidad, de alineamiento, de coordinación sintáctica entre significantes, ya sea a nivel de las relaciones entre continente y

⁶⁶ En matemáticas se entiende por número racional a aquellos indicadores que posibilitan conocer el cociente entre dos números enteros. Los números racionales se componen de los enteros, cuyo cociente puede expresarse: $4 = 4/1$ o $25 = 25/1$; y por los números fraccionarios, es decir, números racionales no enteros: $1/3$, $9/12$, etc.

contenido (“tomar un vaso de vino” en lugar de “tomar el vino contenido en un vaso”), refiriendo a la parte en lugar del todo o a la inversa (“cien cabezas de ganado” o “lavar el auto”, en vez de “cien vacas” o “lavar la carrocería del auto”, respectivamente), tomando el efecto en lugar de la causa (tal como sucede con términos como “producción” y “cosecha” que indican, al mismo tiempo, un acto y su resultado), e inversamente, tomando la causa por el efecto (“poder llevar el pan a la mesa”, o sea, tener trabajo) o bien tomar la materia en lugar del objeto (“un lienzo” en vez de decir “un cuadro” o “tener un fierro” en vez de “tener un auto”), entre otras formas (Delgado, 2014). La metonimia puede entenderse entonces como una sustitución de un significante por otro con el cual mantiene una relación de proximidad, que Saussure denomina conexión *in praesentia*, es decir, que el acceso al significante sustituido parecería ser intuitivamente inmediato.

Dado que la estabilidad de un conjunto o sistema no estaría asegurada de antemano, y que, por tanto, la disyunción sería algo a ser evitado, necesariamente debe existir alguna operación que, por sí misma, garantice la consistencia de aquél. Ello ocurre mediante algún elemento del conjunto que sea capaz de subsumir o sintetizar bajo su dominio cualquier parte de dicho sistema. Ésta es la tercera operación elemental entre conjuntos que Badiou (2006) denomina *envoltura*. De forma intuitiva, puede entenderse por envoltura al mínimo valor posible capaz de dominar a todos los valores de un sistema o parte de él. La existencia semántica de la envoltura nos obliga a suponer que puede existir un orden trascendental dominado por algún elemento cuyo valor sea superior a otros dentro de una colección de valores y que sería el menor en poseer dicha propiedad. La noción lacaniana de *semblante* puede encontrar aquí su lugar, en la medida en que ella se emplea para explicar el efecto ideológico que sustenta la unidad de los discursos y su gramática de poder. El semblante se postula, así, como un elemento que se pretende representativo del resto y que los comanda, como apariencia capaz de producir falsas unidades y falsos universales (Dunker, Paulon y Milán-Ramos, 2016).

Rona (2012) señala que la envoltura de un significante sobre otros no tiene que ver con su significación, sino con el hecho de que él baliza, como si fuese un elemento exterior al conjunto sobre el que opera, circunscribiendo el límite de los valores relativos en cuestión o, dicho en clave freudiana, los *condensa*. De ahí que podamos aproximar esta operación conjuntista a la *metáfora* como operación de lenguaje, que funciona teniendo como su condición de posibilidad a la metonimia –y, por tanto, la envoltura tiene a la conjunción como su condición de posibilidad.⁶⁷ Por *metáfora* puede entenderse a la operación mediante la cual un significante es sustituido por otro con el cual mantiene una relación de similitud, de analogía. A diferencia de la metonimia donde el significante no atraviesa la barra resistente a la significación, por tratarse de una remisión de uno a otro en una relación diacrónica, la metáfora, por consistir en una sustitución

⁶⁷ Es lo que Milner (1996) denomina el *minimalismo del método estructural (conjetura hiperestructural)* en lingüística, tesis adoptada por Lacan.

que opera a nivel sincrónico,⁶⁸ franquea la barra generando como efecto la producción de un nuevo sentido, y, por consiguiente, la emergencia de un nuevo significante. De ahí el signo + escrito entre () en la fórmula de Lacan, el cual puede leerse como un más, un plus, que permite saltar la barra.

En este sentido, Lacan enfatiza que

La chispa creadora de la metáfora no brota por poner en presencia dos imágenes, es decir dos significantes igualmente actualizados. Brota entre dos significantes de los cuales uno se ha sustituido al otro tomando su lugar en la cadena signifiante, mientras el signifiante oculto sigue presente por su conexión (metonímica) con el resto de la cadena (Lacan, 1957/2003, p.487).

Por tal razón puede aseverarse que la metáfora es un proceso que amplía el léxico, tal como lo evidencian buena parte de los “sentidos figurados” que no son sino antiguas metáforas (Dor, 1994). Incluso no habría metáfora posible sino en la medida en que toda conexión lexical (preestablecida) es disuelta. Dicho de otra manera, “el uso de la lengua es susceptible de significación sólo a partir del momento (...) en que la significación arranca el signifiante de sus conexiones lexicales” (Lacan, 1955-56/2012).

Con todo, el problema que Rona (2012) encuentra al intentar trazar esta biyección entre envoltura y metáfora es que el valor de una metáfora consiste en un nuevo significante cuyo valor ningún otro podría igualar. En caso de que otro significante ocupase dicho lugar, permanecería un resto en cuanto al valor. No obstante, acabamos de señalar que la metáfora posee una función creativa en tanto que expandiría el horizonte de los sentidos posibles, pero, al mismo tiempo, tal ensanchamiento es el que garantizaría la estabilidad del conjunto en cuestión. En términos psicoanalíticos, puede postularse a la metáfora como operación capaz tanto de actuar y deshacer una represión, pero también puede relanzarla, llevándonos a indagar sus motivaciones.

Como puede verse, la metáfora es productiva en sentido performativo,⁶⁹ pero, en un segundo tiempo (lógico), tiende a estabilizar el campo de otros valores implicados. Puede decirse entonces que el funcionamiento de la metáfora es, en este sentido, dialéctico. Desde el punto de vista conjuntista, la envoltura cumple exactamente el mismo papel: establece un límite de un conjunto, asegurando su consistencia, pero en el momento en que se produce, tiende a ampliar al conjunto de partida, en tanto que permite reunir en él elementos que hasta entonces permanecían disyuntos; pero también se trata de un mecanismo por el cual algún elemento puede llegar a adquirir esa característica de disyunción con aquél. O sea que la envoltura

⁶⁸ Siguiendo a Lacan, no debemos concebir a la “sincronía” como un sinónimo de “simultaneidad”, puesto que el segundo término refiere a dos sucesos cuya ocurrencia es cronológicamente en el mismo instante, mientras que la sincronía constituye una abstracción que refiere a la estructura signifiante, la cual se encuentra allí desde siempre (*ex nihilo*), completa, incluyendo en ella incluso aquello que le falta y le resulta imposible de simbolizar; constituye un tiempo que no se puede cronologizar ni fechar (Eidelsztein, 2012).

⁶⁹ En el mismo sentido en que Austin (1971) lo emplea.

necesariamente incluye elementos antes disyuntos, pero, al mismo tiempo produce nuevas exclusiones.

La particularidad de la metáfora-envoltura, consistente en incluir elementos formando un nuevo conjunto, a la vez que excluye otros, obliga a señalar que –dado que el punto de partida es la pura diferencia signifiicante– no habría forma de deshacerla una vez producida. En términos conjuntistas, es imposible restablecer el conjunto de partida, y, aunque ello fuera posible, necesariamente al menos un elemento debería permanecer disyunto a él, para establecer su alcance (Miller, 1988). Nos encontramos nuevamente aquí con la pura diferencia signifiicante, y a través de ella, con la incompletud del sistema simbólico (Otro) y, por ende, de todo conjunto. Así, pues, o bien el sistema asume su impotencia para establecer el Todo, o bien instauro su universalidad al precio de excluir de ella aquello que no puede incorporar dialécticamente.

Los significantes involucrados (...) sólo son significantes porque su material ya se reúne bajo algún denominador, un trazo, tal como un conjunto sólo se vuelve conjunto por la operación de contar-por-uno. Sin eso, la multiplicidad es inconsistente y no es conjunto de nada. Sin embargo, si tomamos en cuenta la posibilidad de una operación metafórica que deje un resto, porque no establece la medida justa de la envoltura, una pura multiplicidad inconsistente, porque no haría conjunto, signifiicante, no dejaría de aparecer (Rona, 2012, p. 210).

A partir de lo expuesto podemos concluir que, *tanto metonimia y conjunción, como metáfora y envoltura, serían operaciones isomorfas, en la misma medida en que también lo sean el signifiicante y el conjunto*. Pero también se nos impone una segunda conclusión: al considerar las cosas de este modo, por la vía de la lógica y de la teoría de conjuntos, en tanto que ambas disciplinas pueden describir las operaciones significantes, nos encontraríamos específicamente dentro del campo de la teoría lacaniana. Y aun un tercer corolario es que *estas operaciones lógicas son aquellas que permitirían el establecimiento de proximidades o vecindades, manteniendo las diferencias, pero procurando una cohesión del conjunto considerado. En términos topológicos, las operaciones significantes constituirían el espacio (topológico) como tal*.

En cuanto a este último punto, psicoanalistas como Eidelsztejn (2006) o Rona (2012), han criticado a autores como Nasio (1988), Miller (1987) o Korman (2004), dado que estos últimos habrían considerado, de manera resumida, a la topología como “un nuevo imaginario” (Nasio), o como una herramienta que “ilustraría” de mejor forma la estructura subjetiva (Miller, Korman), es decir, como meras metáforas o sentidos figurados. Mientras que Lacan la habría concebido, originalmente, en una vía diferente: como la ciencia que estudia la estructura real del espacio en la que el sujeto hablante se desenvuelve (Eidelsztejn, 2006). Ahora bien, *L’etourdit* (Lacan, 1972/2012) constituye un texto central para nuestro abordaje, en tanto que, dada la forma en que se encuentra escrito, *permitiría desembarazarnos de la supuesta oposición entre metáfora y topología*. Allí Lacan no sólo hace referencia explícita a superficies como el *toro* o la *banda de Moebius*, sino que también, y esto es lo que resulta más interesante para nuestro abordaje, *realiza una topología mediante su acto enunciativo*. Precisamente,

sería en el propio modo de exposición a través del cual Lacan conduce a su lector, en los juegos de palabras, en las frases elípticas, o hiperbólicas, o en la naturaleza gramatical, de una lógica sorprendente, que la topología se explicitaría más directamente, lo que vuelve el texto naturalmente de muy difícil acompañamiento (Rona, 2012, p.328).

Si bien Lacan no hace un empleo metafórico de la topología –recuérdese que, en el mencionado texto, el recurso a figuras o representaciones está totalmente ausente–, podemos afirmar que la metáfora constituye una de las operaciones centrales por las cuales un acto de habla, o de escritura, construye una topología. En resumen, la metáfora está al servicio de la topología, es una de sus condiciones de posibilidad, pero también resulta imposible desligar completamente a la topología de sus efectos metafóricos,⁷⁰ en tanto que éstos intentan aproximarnos a una comprensión de aquella, no quedando limitados al campo de lo vivido o de la poesía (Pêcheux, 2015).

En este sentido, Darmon (2008) señala que la lengua es enteramente dependiente de una “textura” (*étouffe*) que le es inherente. Ella no es más que su gramática y el tejido de sus significantes, producido mediante las operaciones metonímicas y metafóricas llevadas a cabo por las sucesivas generaciones que han habitado esa lengua. La textura constituye la materia misma de las superficies topológicas, mientras que su representación espacial⁷¹ no sería más que una metáfora que enmascara su verdadero carácter de escritura algebraica⁷². Lacan (1972/2012) señala que esta *estofa* es justamente la del discurso analítico, en el cual su exposición topológica se encuentra, irremediabilmente, inmersa.

No hay otra estofa a darle sino ese lenguaje de puro matema, por ello entiendo lo único que puede enseñarse: y esto sin recurrir a ninguna experiencia, que, por estar siempre fundada, pese a todo, en un discurso, permite las locuciones que sólo apuntan en última instancia, a este discurso, a establecerlo (Ibíd., p. 496).

En consecuencia, y sin ocuparnos de las particularidades del discurso analítico, podemos concluir que el significante “teje” la estofa misma que consideramos topología, pero, al mismo tiempo, ésta remite a una inscripción discursiva que la torna posible. El círculo vicioso es evidente y no es posible sustraerse a él: no puede hablarse de discurso analítico siendo analistas, ni de discurso, incluso de discurso neurótico, siendo neuróticos, como si fuese posible hacerlo desde una posición de exterioridad. Por ello, Lacan afirma:

con eso, “realizando la topología”, no escapo de la fantasía, mismo al explicarla, pero, recogiendo en flor de la matemática esa topología (...) confirmo que es a partir del discurso

⁷⁰ Si bien no es posible desligar totalmente a la topología de sus efectos metafóricos y que la metáfora estaría, en la lógica significante, al servicio de la topología, no por ello todos los empleos que hagamos de la noción de *metáfora* a lo largo de la tesis serán en términos topológicos. De hecho, no toda metáfora conformaría una topología, del mismo modo que sólo ciertas organizaciones significantes establecerían un espacio topológico. En muchas oportunidades, a lo largo de los capítulos de análisis, la noción de metáfora figurará simplemente en su acepción de *alegoría*, de *analogía*, de *figura retórica*, de *ilustración*, de *representación*, etc.

⁷¹ Lacan (2012) afirma que, si bien su referencia es en absoluto metafórica, durante su enseñanza se vio obligado a caer en ella, a haber hecho imagen a lo largo de su exposición topológica, para hacerse comprender por su auditorio. Sin embargo, “sébase que podía hacerse con una pura álgebra literal, recurriendo a los vectores con que por lo general se desarrolla de cabo a rabo esta topología” (ibíd., p.496).

⁷² Algo similar sucede con la “res extensa” cartesiana que suele ser tomada por una tridimensionalidad a la que se accede de manera intuitiva, cuando en realidad se trata de un espacio matemáticamente concebido.

en que se funda la realidad de la fantasía que aquello que hay de real en esa realidad se haya inscripto (Lacan citado en Rona, 2012, p. 329).

En base a lo expuesto hasta el momento, pueden proponerse las siguientes tesis que guiarán nuestro abordaje: en primer lugar, y de acuerdo con nuestra lectura de Lacan, podemos postular que la topología depende de su inscripción en un discurso; en segundo lugar, de acuerdo con el abordaje realizado por Rona, podemos decir que, en cuanto se habla, o se escribe, “*una topología se realiza en todo discurso*”⁷³ (ibíd., p. 329); en tercer lugar, y en relación a la tesis anterior, es lícito proponer:

si la topología se presenta en el discurso, y si eso tiene algún respaldo no metafórico, debe ser porque entre el material discursivo y los objetos que forman una topología cualquiera existe una superposición, esto es, que el número y el significante son, de alguna forma, parientes. Y, con eso, en los propios decires de Lacan, veo confirmada mi propia hipótesis de que, en el significante, materia discursiva, se inscribe algo del número,⁷⁴ y en la medida también en que de ambos lo real, mismo inaprehensible, participa (ídem.).

Propondremos una cuarta tesis que se deduce de lo previamente dicho, a partir de la cual nuestro abordaje se diferenciará de la perspectiva de tipo logicista de Rona y Badiou, optando por una *vía discursiva*: postulamos que la hipótesis de que una topología se realiza en todo discurso nos habilitaría a traspasar su dominio interpretativo más allá de ámbitos lacanianos –la topología no se reduce, como el lector habrá podido constatar, a emplear tres o cuatro superficies fundamentales–, lo cual nos permitirá, eventualmente, interpretar topológicamente aspectos de otras teorías psicoanalíticas que no sean expresamente expuestas en esos términos –como, por ejemplo, la teoría kleiniana, o freudiana–, en la medida en que allí podamos localizar conexidades, vecindades, cortes, etc. Sin embargo, y como forma de circunscribir claramente nuestro objeto de estudio, no podemos olvidar que nuestra finalidad no será mostrar que una topología funciona a nivel de todo discurso –ello no presentaría mayores dificultades–, sino, particularmente, evidenciar y describir, desde un punto de vista discursivo, cuáles han sido los *modelos topológicos* con los cuales la teoría y práctica de los psicoanalistas uruguayos ha operado, durante el período considerado, y cómo pudieron haber incidido los *modelos topológicos* lacanianos sobre aquellos que, no obstante, también restará determinar si constituyen una topología particular.

2.5 De la topología al discurso y del análisis de discurso a la topología: Diseño metodológico

Hemos definido a la topología como modelo (o como una serie de modelos) en tanto que capaz de *interpretar* un sistema formal dado (o varios), de acuerdo con ciertas reglas de correspondencia. Esta puesta en correspondencia implica que el encadenamiento sintáctico de los enunciados no podría subsumir al orden semántico, e inversamente, ni tampoco ser deducido

⁷³ Las itálicas son nuestras.

⁷⁴ Número, en el mismo sentido en que hablábamos previamente del carácter irracional, no proporcional, del significante.

el uno del otro. Se trata precisamente de una puesta en relación entre dos formas diferentes de escritura, en la que ninguna se posicionaría en un orden superior al otro, sino que se requerirían mutuamente para la construcción de un saber transmisible. Sin embargo, si tanto los modelos como los sistemas formales dependen de su inscripción discursiva –aunque ambos niveles hayan sido concebidos en términos conceptuales, lógicos o gramaticales diferentes y a pesar de estar constituidos por materialidades diversas–, es en ese mismo nivel en el que ambas dimensiones se producen y relacionan. Dicho de otro modo, es al discurso, o, más precisamente, al lenguaje, como materialidad que le sirve de móvil, que ambos niveles quedarían reducidos.

Como consecuencia inmediata de lo anterior, la topología sería abordable mediante un método de *análisis del discurso*. Dadas las diversas formas en las que el discurso ha sido teorizado, resultaría imposible proponer *una* definición capaz de unificar el campo. Con todo, podría decirse que la mayoría de las teorías sobre el discurso parecen coincidir en definirlo como un *lazo social* irreducible a la suma de sus hablas individuales, es decir, como una especie de condición de posibilidad para una serie de enunciados posibles (Dunker, Paulon y Milán-Ramos, 2016). Este intento de definición, mediante el empleo de la noción de enunciado, tendría la ventaja de mostrar que, si bien la noción de discurso adquiere cierta especificidad, alcance y modos de incidencia particulares, dentro de ciertas disciplinas, es un término que trasciende y transversaliza las disciplinas y campos de saber, dado que se presenta de forma coextensiva al fenómeno lenguaje.

Dado que nuestro objeto de estudio consiste en abordar discursivamente un constructo teórico que forma parte del campo psicoanalítico, nos vemos obligados a realizar una elección teórico-metodológica, la cual implicaría tomar la teoría del lenguaje como modelo para la epistemologización del discurso y del psicoanálisis, volviéndose aquella un suelo común entre ambos. Es precisamente esta decisión la que le permitió a Lacan realizar una interpretación de Freud a partir de la lingüística y la antropología estructural, y proponer al psicoanálisis como un discurso, pero también como un método de investigación que no diferiría, desde el punto de vista de sus procedimientos, de un tipo de *análisis de discurso* que se apoya en la materialidad del lenguaje. De hecho, ya en Freud puede encontrarse un tipo de trabajo en torno de la materialidad lingüística apuntalado en esquemas literales y conceptuales, cuya orientación estaría dada por una ética transformativa (ibíd.). Considerar al psicoanálisis como una modalidad de análisis de discurso supondría un abordaje de las *determinaciones (materiales) que producen efectos sobre un material lingüístico*, en el entendido de que dicho material sería el soporte de un *acontecimiento, proceso o experiencia transformativa* (ya sea a nivel subjetivo, histórico o conceptual), comportando, al menos virtualmente, la emergencia del sujeto (ibíd.). En suma, una tarea central para una práctica de análisis discursivo sería “examinar los fundamentos y mecanismos lingüístico-discursivos de un acontecimiento o experiencia transformativos” (ibíd., p. 23).

La presencia aquí de las nociones de *proceso*, *acontecimiento* y *experiencia transformativa* introducirían la problemática de la historicidad en el seno de lo discursivo. Se observa la persistencia de dos condiciones para una definición de la noción de discurso: su ligazón con el tiempo y su carácter de precedencia sobre los registros de la experiencia (ibíd.). La clásica oposición entre estructura y acontecimiento se ve aquí disuelta en una concepción materialista del lenguaje que se vuelve condición necesaria –mas no suficiente– para el establecimiento de materialidades discursivas, las cuales poseerían una existencia socio-histórica, pero también producirían la historia, la cual, concomitantemente, estaría compuesta de material discursivo-lenguajero. Por esa razón, Dunker, Paulon y Milán-Ramos (2016) afirman que, mientras que el significante opera en una especie de sincronía temporal y el significado se postula como su efecto inmediato, el discurso constituye, por sí mismo, la temporalidad del lenguaje: “es fundamentalmente verdadero que no hay discurso sin un orden temporal, y, consecuentemente, sin una sucesión concreta, mismo si ella es virtual” (Lacan, 1954/1988, p.66). Precisamente, por esta vía Pêcheux intentó dar solución a la dicotomía estructura/acontecimiento mediante la consideración del discurso como estructura y acontecimiento (2002).⁷⁵

Dicho problema no ha tenido fácil resolución, en tanto que la tesis fundamental del estructuralismo lingüístico, a la cual Pêcheux (1975/2016) adhiere, refiere que la lengua, entendida como sistema, como estructura, se vuelve el objeto teórico de la lingüística en la misma medida en que aparta de ella a la historia, entendida análogamente como un residuo inexplicable que se opone a la lengua como lo explicable. Esta oposición entre *base lingüística* y *proceso discursivo*⁷⁶ se apoya en la idea de que, para la lingüística, todo sistema lingüístico posee, ideal y modélicamente, una *autonomía absoluta* que se afirma como un conjunto de leyes internas que constituyen, justamente, el objeto de la lingüística (ibíd.). Según Pêcheux, “si la lingüística se ha constituido como ciencia (...), fue precisamente en un constante debate sobre la cuestión del sentido, sobre los mejores medios de *expulsar de sus fronteras la pregunta por el sentido*”⁷⁷ (ibíd., p.88). Al (re)introducir el problema del sentido, Pêcheux logra producir un desplazamiento desde el terreno lingüístico a la teoría del discurso: para este autor, el sistema de la lengua constituye la base común y la condición de posibilidad de todo discurso. De esta forma, la oposición antes mencionada podría ser disuelta: la teoría del discurso concibe a la autonomía absoluta de la lengua como una *autonomía relativa*: al mismo tiempo que se afirma que el sistema de la lengua posee una legalidad interna, autónoma, se encontraría en conexión con alguna exterioridad: la

⁷⁵ Según Eco (2011), el método serial (histórico) se presenta como la contracara dialéctica del método estructural, permaneciendo en una constante relación el polo del devenir y el polo de la permanencia. Lo que propone el autor, en el campo de sus investigaciones semióticas, es una “tentativa para insertar el desarrollo diacrónico en una consideración sincrónica de las convenciones comunicativas. En este caso, la serie ya no será la negación de la estructura, sino la estructura que duda de sí misma y se reconoce como histórica (ibíd., p.426).

⁷⁶ Debemos entender por *proceso discursivo* al “sistema de las relaciones de sustitución, paráfrasis, sinonimia, etc., que funcionan entre los elementos lingüísticos –los ‘significantes’– en una formación discursiva dada” (Pêcheux, 1975/2016, p. 143).

⁷⁷ Las itálicas pertenecen al autor.

lengua no es ajena a la ideología, a la historia, etc.; el discurso se inscribe de modo sutil en las formas de la lengua, etc. Ello permitiría al estructuralismo recuperar la historia a través del “habla” y de los “sujetos hablantes”, esto es, mediante la reintroducción de aquel resto inasimilable que la lingüística moderna debió apartar como solución de principio para constituir su objeto.

Con todo, Pêcheux nos advierte:

La oposición concreto/ abstracto no podría superponerse a la oposición discurso/ lengua: *la discursividad no es el habla*, es decir, una manera individual “concreta” de habitar la “abstracción” de la lengua (...). Muy por el contrario, la expresión *proceso discursivo* apunta explícitamente a poner en su lugar (idealista) a la noción de habla y el antropologismo psicologista que ella vehicula (ibíd., pp. 90-91).⁷⁸

A partir de aquí surge una tercera posición, que no es la lengua ni el habla, sino, más bien, una especie de híbrido entre habla y lengua, que se apoya en el concepto de *formaciones discursivas*,⁷⁹ tomado de Foucault. La teorización saussureana de la *lengua* se vuelve, entonces, una de las condiciones de posibilidad para hablar de formaciones discursivas y de una teoría materialista del discurso. Ello resulta así en tanto que la lengua es concebida por Pêcheux como una materialidad y forma específica, mostrándose a favor de la participación de la lingüística en la producción de conocimientos científicos.

Ahora bien, si el discurso constituye la temporalidad del lenguaje y si la topología encuentra su fundamento en la articulación significativa, en la topología estaría implicado un despliegue temporal, observable en las transformaciones topológicas de una superficie a otra, ya sea de forma continua o mediante cortes. Podríamos decir que a la distinción entre *lengua* y *discurso* se le superpondría otra diferenciación en términos de topología: la sincronía temporal de la estructura de la lengua correspondería a una primera topología, la cual preexistiría, al menos virtualmente, a su despliegue diacrónico, es decir, que ella funcionaría como un espacio conexo (*topología del lenguaje*). Esta primera topología virtual sería la condición de posibilidad, mediante su despliegue discursivo, de una segunda forma de topología que podríamos denominar *topología en el discurso*,⁸⁰ siendo ésta la que abordaremos en los siguientes capítulos.

Para ello, partiendo de diferentes secuencias textuales, procederemos intentando mostrar allí un nivel *sintáctico*, esto es, una articulación lógica de los conceptos inscritos en tales enunciados, y establecer su correspondencia con un nivel *semántico*, es decir, un funcionamiento conjuntista, asociable a un modelo. En otras palabras: trataremos de localizar, a nivel del

⁷⁸ Las itálicas pertenecen al autor.

⁷⁹ Noción que será definida en el siguiente apartado.

⁸⁰ Hemos preferido emplear la expresión *topología en el discurso* en vez de hablar de *topología del discurso*, dado que nuestro objeto de estudio consistirá en explicitar los modelos topológicos presentes en la articulación conceptual (lógica) del psicoanálisis en el Uruguay, sin ocuparnos de describir la topología *del* texto (o de la articulación intertextual). Con todo, a partir de esta segunda alternativa podrían desprenderse modalidades de análisis de discurso que apuntarían a describir la geometría del espacio discursivo. De hecho, tal perspectiva estaría ya presente, aunque no formulada explícitamente, en los abordajes franceses de análisis de discurso, ya sea de extracción literaria (Maingueneau, 1993/1995), sea propiamente discursiva (Pêcheux, 2016/1975) o epistemológica (Foucault 1970), con lo cual resultaría lícito hablar de *análisis topológico del discurso* (ver *apéndice*).

discurso, agrupaciones significantes que conformarían, eventualmente, modelos (topológicos) y cómo éstos interactúan con la(s) teoría(s) psicoanalítica(s), es decir, con una o más lógicas puestas en juego al interior de los textos escogidos. Con todo, nuestro foco no se limitará a trazar estas relaciones, sino también, y sobre todo, buscaremos explicitar las fallas lógicas (contradicciones) intrínsecas al funcionamiento de los modelos allí presentes, las heterogeneidades discursivas que convergen en ellos y los determinan, las diversas modalidades de encubrir dichas inconsistencias,⁸¹ los puntos de no-traductibilidad y de no conmensurabilidad entre las diferentes dimensiones y niveles, es decir, momentos en lo que tendría lugar la emergencia del sujeto y la producción del acontecimiento.

No se tratará simplemente de señalar estos puntos de inconmensurabilidad, de falla. En cambio, nos ocuparemos de abordar a partir de allí la producción de sentido por la vía de su negatividad, es decir, por las estrategias y zonas de producción de “no sentido”: aquel evocado por las operaciones lógicas de indeterminación, indecidibilidad, contradicción o indiscernibilidad del texto, a saber, el no sentido presente en las variaciones del enunciado frente a la pretendida unidad y constancia de la enunciación. (Dunker, Paulon, y Milán-Ramos, 2016). Asimismo, también el no sentido que puede producirse al intentar articular ordenes o niveles diferentes sin seguir determinadas reglas de correspondencia. En este punto, es preciso seguir la tesis de Lacan de que, en la lectura de un texto, debemos colocar “algo de nosotros mismos”, que no debe ser entendido como una remisión absoluta al psicologismo, sino como

la afirmación metodológica de que, después de la disciplina de comentario –que tiene por objetivo localizar los diferentes sentidos de un texto, las contrariedades entre sus nociones, o la contradicción entre sus conceptos–, podemos entonces introducir el momento de la interpretación. O sea, el comentario reconoce el conflicto en el sentido, la interpretación surge para tratar ese conflicto (ibíd., p. 108).

Precisamente, la interpretación surgiría del hecho de que la estructura de verdad de un texto exhibe lagunas, esto es, que no es completa. Por esa razón se requeriría de la propia interpretación como un abordaje adicional.

En suma, nuestro método de investigación estará compuesto por la alternancia de dos momentos: (i) un procedimiento de descripción y comentario del texto recurriendo a los conceptos de *formación discursiva*, *interdiscurso* e *intradiscurso*, *incrustación del preconstruido* y *articulación o efecto de sostén*, *heterogeneidad constitutiva* y *heterogeneidad mostrada*, propuestos por autores de la tradición francesa de análisis de discurso como Pêcheux, Foucault, Courtine, Marandine, entre otros; y (ii) un procedimiento de análisis estructural, a partir de ciertos planteos de Goldschmidt (1947/1963), que nos permitirán concebir al corpus de datos como una estructura (una obra), siendo los textos que lo componen sus elementos y, a los modelos

⁸¹ La inconsistencia puede ser “salvada”, por ejemplo, mediante un elemento proveniente de otro nivel, el cual adquiere un estatuto particular que le permitiría suturar la falla producida en la teoría.

topológicos como estructuras comprendidas dentro de la estructura de la obra. Realizaremos a continuación, en diferentes apartados, una descripción de dichos conceptos.

2.5.1 Formaciones discursivas, interdiscurso, intradiscurso y repetición

Por *formación discursiva* debe entenderse, según Foucault (1970), a la posibilidad de describir, entre una diversidad de enunciados, un sistema de dispersión capaz de definir un conjunto de regularidades (de orden, transformaciones, posiciones, correlaciones, etc.), de acuerdo a determinadas reglas de formación a las que estarían sometidos los elementos de dicha agrupación (ya sea conceptos, objetos, modalidades enunciativas, etc.).⁸² Para Foucault, todo reposa sobre un juego de palabras: se trata del insignificante pasaje entre *regular* y *regla*, esto es, aquello que es regular sirve de regla (a seguir); la regularidad, a causa de su propia eficacia, se impone como ley (a la que subordinarse) (Courtine y Marandine, 2016). Dicha regularidad-ley es aquella que permitiría afirmar que un texto y sus enunciados forman parte de un discurso, no obstante, no todo en el discurso es texto. “Es por eso que podríamos decir que el texto encuentra sus condiciones de producción en formaciones discursivas y que las *formaciones discursivas* imponen reglas de reconocimiento a los conceptos que preservan la heterogeneidad del sentido del que se trata” (Dunker, Paulon y Milán-Ramos, 2016, p. 115).⁸³ Por ese motivo podemos afirmar que la noción de formación discursiva constituiría una *ficción metodológica e ideológica* necesaria para nuestro abordaje discursivo, dado que, de otro modo, resultaría imposible agrupar enunciados, establecer series, y, a partir de allí, trazar las diferencias presentes en las relaciones de paráfrasis, antítesis y sinonimia que se producen no sólo al interior de una formación discursiva dada, sino también entre diferentes formaciones discursivas. Por esa razón, el concepto de formación discursiva se encuentra estrechamente emparentado al de *interdiscurso*.

El concepto de *interdiscurso* es esencial para la comprensión de los procesos y funcionamientos discursivos: designa la instancia en la que se constituyen los enunciados, los sentidos y las relaciones de sentido, así como los objetos de saber que son inscritos y reinscritos en lo que “el sujeto enuncia”, de forma independiente a su voluntad, como si una alteridad hablase en su lugar. Por tanto, los efectos del interdiscurso obligarían a realizar constantemente la pregunta de *quién habla* (Pêcheux, 1975/2016). No obstante, una de las propiedades de toda formación discursiva es intentar disimular, a través de la pretendida transparencia del sentido que en ella se produce, el carácter contradictorio inherente al interdiscurso, su heterogeneidad constitutiva que anida en el hecho de que “eso habla” desde otro lugar y de forma independiente. En segundo lugar, y relacionado al punto anterior, el concepto de interdiscurso es esencial porque denuncia la existencia de “una totalidad compleja de formaciones discursivas que

⁸² Foucault (1970) decide emplear el término “formación discursiva” en lugar de otros como “ciencia”, “ideología”, “dominio de objetividad” o “teoría”, dado que se trataría de términos demasiado cargados de condiciones y consecuencias.

⁸³ Las itálicas pertenecen a los autores.

determina lo que puede y debe ser dicho desde ciertas posiciones estructurales (relacionales), en un momento caracterizado por ciertas correlaciones de fuerzas” (Glozman citado en Pêcheux, 1975/2016, p. 16). En este punto se ve reafirmada la diferencia entre discurso y habla, en tanto que un entrelazamiento de diversas formaciones discursivas crearía las condiciones de posibilidad para que un sujeto hablante pueda decir o deba callar algo en su ejercicio de habla “concreta”, en un momento y lugar determinados.

El interdiscurso, entendido como un “todo complejo con dominante” de las formaciones discursivas no constituye una especie de meta-formación discursiva que incluiría a todas las demás, sino que estaría también sujeto a la ley de desigualdad-contradicción-subordinación que define al conjunto de las formaciones discursivas: “los efectos del interdiscurso no se resuelven en un punto de integración, sino que se desarrollan en contradicciones” (Pêcheux, 2015, p.157). Las formas discursivas bajo las cuales se presentan los “objetos” están siempre determinadas coyunturalmente en cuanto objetos ideológicos. Tales objetos poseerían la propiedad de ser idénticos y diferentes a sí mismos al mismo tiempo, es decir, existirían como una unidad dividida, capaz de inscribirse en una formación discursiva u otra.

Esto supondría que no hay, de inicio, una estructura sémica del objeto, e inmediatamente aplicaciones variadas de esa estructura en esta o en aquella situación, sino que la referencia discursiva del objeto ya está construida en formaciones discursivas (técnicas, morales, políticas...) que combinan sus efectos en efectos de interdiscurso. No habría así naturalidad (...) que sería *inmediatamente* objeto de metáforas literarias o políticas; la producción discursiva de esos objetos “circularía” entre diferentes regiones discursivas, de las cuales ninguna puede ser considerada originaria (ibíd., p. 158).⁸⁴

Bajo este punto de vista, el *interdiscurso* se volvería entonces el principio de funcionamiento de la discursividad. Es, precisamente, porque los elementos de una secuencia textual dada, operando en una formación discursiva determinada, pueden ser trasladados (metaforizados) a otra secuencia textual que forma parte de otra formación discursiva, que toda referencia discursiva puede producirse y desplazarse históricamente (ibíd.). Si una misma palabra, enunciado o proposición puede adquirir diversos sentidos, según remitan a una u otra formación discursiva, ello se debe a que ninguno de esos términos posee *un* sentido “propio” en tanto que ligado a su literalidad. Por el contrario, su sentido se produce en las relaciones que cada proposición, enunciado o palabra establece con otras palabras, proposiciones o enunciados pertenecientes a una o más formaciones discursivas. El sentido es producido paradójicamente mediante relaciones de fuerza desiguales (figurados como fenómenos de frontera, de límite o de contradicción) entre una formación discursiva y el conjunto de las formaciones discursivas cuyos elementos continuamente “invaden” y determinan a una formación discursiva, haciendo que el sentido de una palabra, enunciado o proposición pierda su referencia *unívoca* o, incluso, que se vuelva indecible (Pêcheux, 1983).

⁸⁴ Las itálicas pertenecen al autor.

La originalidad de la teoría materialista de Pêcheux no se limitaría a afirmar que la determinación del sentido implicaría exclusivamente al *interdiscurso* como principio de funcionamiento de la discursividad, sino también al *intradiscurso*. Mientras que el interdiscurso “constituiría la dimensión de la cual proceden las representaciones que el sujeto ‘porta’” (Milán-Ramos, 2018, p.5), el *intradiscurso*, concebido como la instancia en las que los significantes funcionarían de manera lineal, bajo “relaciones de ‘co-referencia’ que garantizan la cohesión y coherencia del ‘hilo del discurso’” (Pêcheux citado en Milán-Ramos, 2018, p. 5), constituiría el lugar en el cual el sujeto se percibe como pensante, consciente de sus actos y origen de sus representaciones (ibíd.).

Debemos igualmente referir a la noción de *repetición* como condición de posibilidad para un análisis del discurso, puesto que sólo resulta posible a condición de que, a nivel del hilo del discurso (intradiscurso), se *repitan* las marcas formales. No solamente es condición de posibilidad sino también una de sus formas de existencia: la repetición, en sí misma, materialidad discursiva que se repite y que esta disciplina analiza mediante las figuras de la interpretación y el comentario, siendo ambos sus puntos de fuga y marcas de peso arqueológico que le dan existencia y forma (Courtine y Marandin, 2016). Sólo puede haber análisis de discurso en tanto que los enunciados se repiten; existen repeticiones que *constituyen* discursos, con lo cual quedaría destacado el carácter performativo de la propia repetición. No obstante, el hecho de que los discursos sean repetidos no supone que sean retomados “término a término” o “al pie de la letra” de un modo genérico, común, como si se tratara de un mensaje emitido o recibido por un “locutor colectivo” –lo cual terminaría por reducir la realidad social de los discursos a una existencia homogénea, de sujetos plenos de sus discursos (intersubjetividad). Ahí radicaría, precisamente, la eficacia ideológica de todo discurso. Por el contrario, los discursos son repetidos en el sinfín de hablas “concretas” que, a su vez, los diseminan en enunciados que, por tratarse de *repeticiones*, no son recreaciones al azar ni reformulaciones literales. “No hay una identidad de un discurso o de una formación discursiva que venga a reinscribirse de forma anónima en las tomas de palabras individuales; hay tomas de palabras individuales que, por fuerza de divergir, convergen” (ibíd., p. 46).

Sería preciso contraponer la *repetición* así entendida a la construcción de “clases de equivalencia distribucional, interpretadas como clases de paráfrasis discursiva” (ibíd., p. 35) propuesta en modalidades clásicas de análisis de discurso. En estas últimas, las paráfrasis discursivas se consideran habitualmente como una serie de marcas formales –tales como palabras, formulaciones, enunciados, etc.– que se presentan de manera recurrente en el conjunto de secuencias discursivas de un *corpus* de datos, denominadas bajo el término de *invariantes*. También pueden presentarse como *clases de conmutación* de otros elementos, como ocurre con el “cambio lexical” que puede ocurrir en una paráfrasis discursiva. En este contexto, las paráfrasis son concebidas como formas idénticas y estables de invariancia que

conformarían el contexto distribucional. Para resumir, se trataría de una variación que se encontraría regulada en el orden de la identidad y la repetición, o sea, en el orden del preconstruido como repetición de lo idéntico que se desarrolla en un espacio en el que repetición y retomada se mezclan (ibíd.).

De acuerdo con Courtine y Marandin (ibíd.), constituir clases de paráfrasis discursivas significaría reducir una multiplicidad, que incluye alianzas, contradicciones, compromisos, etc., a una serie de homogeneizaciones artificiales cuya finalidad es hacer entrar al discurso en la categoría de lo idéntico. Mediante esta vía de reducciones instrumentales puede ser construido *un corpus discursivo*, entendido “como dispositivo de agrupamiento y de organización de secuencias discursivas regulado por la noción de ‘condiciones de producción de discurso’” (ibíd., p. 36). Sin embargo, debemos tener la precaución de evitar operar el cierre del espacio discursivo, y la sutura de las fallas inherentes a todo discurso, dado que todo gesto consistente en incorporar una secuencia discursiva a un corpus podría correr el riesgo de continuamente reabsorber el acontecimiento de esa secuencia en la estructura de la serie, en tanto que ésta tiende a operar como trascendental histórico o red interpretativa que anticipa y sobredetermina toda posibilidad de lectura (Pêcheux, 1983/2002).

Para ello debemos evitar caer en el nivel de lo idéntico, y orientar la lectura hacia la identificación de trazos heterogéneos que nos reenvíen a diferentes registros de discurso, y que evidencian la problemática relación entre *lo mismo* y *lo otro*, junto al efecto de extrañeza que suele acompañarle (ibíd.). Sólo a partir de allí podremos producir diferentes *operaciones de extracción y segmentación* de diferentes series de paráfrasis alrededor de los significantes que nos interesa abordar, sin desconocer la *heterogeneidad* que les es constitutiva. Dicha heterogeneidad no es otra que aquella que caracteriza la relación de una formación discursiva consigo misma:

el cierre de una FD es fundamentalmente inestable, no consiste en un límite trazado de una vez por todas que separa un interior y un exterior, sino que se inscribe entre diversas FD como una *frontera que se desplaza* en función de las cuestiones de la lucha ideológica (Courtine y Marandin, 2016, p. 39).

Tanto en el trabajo teórico del concepto de formación discursiva, como en los procedimientos descriptivos que lo organizan, el asunto se vuelve entonces el de definir una formación discursiva en relación al interdiscurso que la torna posible.

A partir de lo antedicho, podemos aseverar que el interdiscurso de una formación discursiva determinada constituye un proceso de constante reconfiguración de sus límites –de acuerdo a las posiciones ideológicas que dicha formación discursiva ocupe en un momento dado–, los cuales varían en función de la incorporación de elementos “exteriores” a ella, provocando su redefinición, pero también la organización de su repetición, sus olvidos o denegaciones (ibíd.). Como puede apreciarse, la inestabilidad de una formación discursiva no es sino el efecto del

interdiscurso, entendido como su “exterior” específico, operando en su “interior” mismo, representada mediante clases de paráfrasis discursivas que constituyen el sistema de equivalencias, sinonimias, sustituciones, etc., entre los elementos que conforman un proceso discursivo (ibid.). La inestabilidad de toda formación discursiva puede entenderse, siguiendo a Deleuze (1968/2002), como una clase de repetición específica, llamada *repetición vertical*, que no es la repetición que opera a nivel del enunciado. En cambio, tiene que ver con un no sabido, con algo no reconocido que se desplaza a nivel del enunciado, y que determina, a su vez, la *repetición de elementos en extensión*: “es el interdiscurso como determinación externa en el interior de la formación discursiva (FD) y de la reformulación [de un enunciado]” (Courtine y Marandin, 2016, p. 47). Se trataría de una clase de repetición que nada tendría que ver con un no dicho original, anterior a las palabras, ni con un no dicho que conformaría un discurso oculto, sino que se encontraría ligada a la “causa” de toda repetición⁸⁵ (como retorno de lo mismo) y reformulación de un enunciado y estaría relacionada, según Deleuze (1968/2002), con una “falla” o pérdida irremediable; no existiría, por tanto, un texto o acontecimiento originario que se repetiría.⁸⁶

2.5.2 Los dos funcionamientos del (inter)discurso

En el punto anterior señalábamos que la lengua y sus mecanismos constituirían la base material a partir de/sobre la cual se producirían los procesos discursivos, es decir, las relaciones entre formaciones discursivas que definimos como interdiscurso. Ahora añadamos que existen, de acuerdo con Pêcheux (1975/2016), dos funcionamientos del interdiscurso: la *incrustación* del *preconstruido* y la *articulación* que produce un *efecto de sostén*.

El término *preconstruido* es utilizado por P. Henry para designar un efecto ideológico-discursivo por el cual algo se presenta al modo de una construcción material anterior, exterior, es decir, de forma independiente al sujeto, y que se opone a aquello que es “construido” por/en el enunciado. Se trata, por tanto, de un efecto discursivo relativo a la incrustación sintáctica. Su principal característica es la separación esencial entre el pensamiento y el objeto de pensamiento –proporcionando a este último un carácter preexistente–, la cual está signada por un desfase entre dos dominios de pensamiento, de forma tal que uno de ellos se presenta ante el sujeto como algo impensado, que le preexiste necesariamente y que lo tornaría posible. Por ese motivo, Pêcheux (ibíd.) afirma que la incrustación del preconstruido permitiría pensar el *llamado a la existencia del sujeto*, esto es, su constitución a partir del “no-sujeto”, que, al ser interpelado por la ideología, adviene como siendo anterior a dicha interpelación, como si fuera la causa de sí

⁸⁵ “Un no sabido, un no reconocido que todo discurso repite ocultándolo, o mejor, porque lo oculta, y él lo oculta necesariamente para hacerse repetir” (Courtine y Marandin, 2016, p. 48).

⁸⁶ Pêcheux (1979), inspirándose en Lacan, afirma: “solo hay causa de aquello que falla” (p. 300), y lo que falla es el inconsciente como la causa faltante que determinaría al sujeto justamente donde el efecto de interpelación lo captura. Esta causa ausente se haría presente bajo una infinidad de subrogados (acto fallido, sueño, lapsus, etc.) en el lugar del sujeto (ibíd.).

mismo. Este efecto es patente en cualquier afirmación, en tanto que en ella existe siempre una presuposición “evidente” de que los nombres (propios o de objetos) allí referidos poseen un referente, esto es, una existencia independiente a la propia afirmación (ibid.).

Por su lado, la *articulación* entre enunciados permite que uno sea parafraseado por otro, el cual pasa a oficiar de soporte del pensamiento de aquél mediante una relación de implicación lógica entre dos propiedades (“lo que es *a* es *b*”). En oposición al funcionamiento del efecto de preconstruido, cuyo objeto es dado al pensamiento mediante la modalidad de la exterioridad y preexistencia, la *articulación* entre enunciados, apoyada en el *proceso de sostén*, conformaría un tipo de *retorno del saber en el pensamiento* (ibid.), que se presenta como un “ya sabido”, como si no añadiese nada nuevo. Por esa razón, el autor puede aproximar la articulación a la *metonimia* (ibid.), en tanto que efectúa la sintagmatización (o linearización) del discurso transversal en el eje del *intradiscurso*, entendiendo por éste último al funcionamiento del discurso respecto de sí mismo:

lo que digo ahora en relación con lo que dije *antes* y con lo que diré *después*, por ende el conjunto de los fenómenos de ‘co-referencia’ que aseguran aquello que podemos llamar el ‘hilo del discurso’, en tanto que discurso de un sujeto (ibid., p. 147).⁸⁷

“En ese sentido, podemos decir que el intradiscurso, en tanto que ‘hilo del discurso’ del sujeto, es estrictamente un efecto del interdiscurso sobre sí mismo, una ‘interioridad’ enteramente determinada como tal ‘desde el exterior’” (ibid., p. 148). Lo que el interdiscurso tomado como discurso transversal evidencia, en tanto que el mismo atraviesa y encadena elementos discursivos conformados por el interdiscurso en tanto preconstruido, es que a nivel de todo discurso puede establecerse una relación de implicación ($a \rightarrow b$, *a* implica *b* o *a* conlleva *b*) entre lo que es dicho en el enunciado, y aquello cuya evocación se presenta de forma lateral, proveniente de otro lugar (ibid.). La presencia del discurso transversal suele darse bajo modalidades como: “resulta evidente que...”, “es sabido por todo el mundo...”, etc.

En resumen, mientras que la *incrustación del preconstruido* tiene que ver con aquello que le preexiste al sujeto enunciativo, y que opera con efectos de “evidencia”, produciendo los objetos de los que éste se sirve en toda formulación enunciativa, esto es, como condición de posibilidad para lo enunciable (Courtin y Marandin, 2016); la articulación funda al *sujeto en su relación con el sentido*, de modo que ella representa a nivel del interdiscurso aquello que determina la dominación de ese sujeto que se pretende libre, autónomo e idéntico a sí mismo (definido por Althusser como *forma-sujeto*). Sea como fuere, ambos comparten una relación muy similar con aquello que viene definido del exterior, con anterioridad, ya sea como un objeto “preconstruido”, sea como una evocación lateral que impone una relación de implicación. En los dos casos algo

⁸⁷ En este punto, Pêcheux (2016) señala que si bien esta articulación funciona a nivel *consciente* mediante las variadas formas de coherencia lógica (“lazo social”, “concesión”, “causalidad”, etc.) no puede ser reducida a ellas. Precisamente, la incidencia de ciertos incisos o aposiciones puede señalar la irrupción, en el hilo del discurso, de un proceso *inconsciente*, tal como Freud lo había indicado a propósito de la *negación*.

se “activaría” sin que el sujeto tenga control sobre ello, que determinaría e impondría efectos de significación “ilusorios”

2.5.3 Heterogeneidades enunciativas: la función del *semblante*

Si previamente sosteníamos que una de las características principales de toda formación discursiva es su inconsistencia, su heterogeneidad respecto de sí misma, ello nos obliga a sostener que la posición enunciativa de un sujeto no puede sino seguir el mismo principio: para que nuestra pretendida unidad de sujetos pragmáticos –nuestro carácter de “simples particulares”– se sostenga, resulta necesario mantener una homogeneidad lógica mediante una serie de evidencias lógico-prácticas⁸⁸ que mantengan alejada, a una distancia prudente y regulada, la *heterogeneidad constitutiva* del sujeto y de su discurso. Según Authier-Revuz (1990) existen principalmente dos vías por las cuales puede examinarse este problema: una de ellas se apoya en los trabajos que consideran al discurso como producto de interdiscursos –algo que, en cierta medida, hemos desarrollado previamente– y la segunda vía se apoya en el abordaje de la relación del sujeto con el lenguaje y el inconsciente a partir de Freud, y de su relectura emprendida por Lacan.

Examinemos la segunda vía en sus entrecruzamientos con la primera. La concepción psicoanalítica del inconsciente, que descansa sobre la interpretación que Lacan realiza a partir de la teoría de Saussure, funda la concepción de un sujeto dividido y de un habla radicalmente heterogénea. Tal concepción del discurso afectado por el inconsciente está directamente emparentada a la concepción de un sujeto que no constituiría una instancia homogénea ajena al lenguaje, como si del ego se tratara. Se trata de un sujeto dividido, barrado, un efecto del lenguaje. Sus características principales serían el descentramiento respecto de la conciencia y la división. No obstante, tal división y descentramiento pueden ser denegados mediante un trabajo de restauración de la unidad de la persona que mantendría el carácter estructural constitutivo de la división del sujeto en segundo plano (ibid.). En este sentido, la teoría lacaniana de los discursos se aproxima de la *heterogeneidad constitutiva* a través de la noción de *semblante*, en tanto que ésta trae consigo la alteridad que habla por y a través de la posición de enunciador. Se trata del otro que se muestra y oculta mediante apariencias. Según Dunker, Paulon y Milán-Ramos (2016), el semblante es

una especie de dispositivo, o sea, reunión de significantes dichos, letras y signos que se presentan como una unidad, una falsa unidad que expresaría el individuo hablante en su autonomía y libertad en el uso del lenguaje. El semblante se rompe cuando mi posición de autoría es interrumpida por la emergencia de voces, citas y enigmas que se presentan involuntariamente, o son mostradas en acto, en el decir. Es en este rompimiento que surge la heterogeneidad constitutiva del decir: el rompimiento del semblante por la emergencia de otro,

⁸⁸ Según Pêcheux (2002) éstas serían, principalmente, tres: un objeto X no puede localizarse al mismo tiempo en dos espacios diferentes; un objeto X no puede tener al mismo tiempo una propiedad determinada y su negación; y un acontecimiento X no puede suceder y al mismo tiempo no suceder. Como podrá apreciarse, esta homogeneidad buscada se apoya en el *principio de no-contradicción* de Aristóteles (1994).

otras voces y otros discursos, abre la posibilidad para la ocurrencia de giros discursivos (pp. 181-182).

Con todo, si la heterogeneidad constitutiva tiende a ser disimulada mediante semblantes, ello se debe a que existe un conjunto de formas discursivas tendientes a reducir el “eso habla” a la “evidencia” de un yo que dice saber cómo y desde dónde enuncia. A esto Authier-Revuz (1990) llama *heterogeneidad mostrada*. Las formas en las que ésta puede describirse son aquellas mediante las cuales se altera la unicidad aparente del hilo del discurso, dado que las mismas inscriben allí al “otro”, ya sea mediante marcas univocas de anclaje o no. Dicha heterogeneidad sirve para explicar la introducción explícita del discurso de otros en el propio discurso (Morán, 2012; Authier-Revuz, 1990).

Existen principalmente dos formas bajo las cuales la heterogeneidad mostrada suele presentarse: *la autonimia simple* y *la connotación autonímica*. En el caso de la primera, la heterogeneidad se constituye de un fragmento mencionado entre elementos lingüísticos, acompañado de una ruptura sintáctica. El fragmento citado dentro de un discurso relatado directo o introducido mediante un término metalingüístico –ya sea la expresión, fórmula, o palabra X–, claramente definido en la cadena discursiva, se presenta como objeto que es extraído del hilo enunciativo normal y remitido a un afuera, esto es, a otro acto enunciativo –Z dice: “X”, según la expresión de Z, “X”...– o a otro gesto metalingüístico. Hay mención de la cita (ibid.). En el caso de la connotación autonímica, el fragmento mencionado es, a la vez, un fragmento empleado, es decir, hay tanto mención como uso. Se trata del caso del elemento que es puesto entre comillas en *itálico* o *aclarado*, a veces, mediante una incisión. A diferencia del primero, el fragmento designado como otro se integra en la secuencia discursiva sin ruptura sintáctica (ibid.).

Las formas de heterogeneidad mostrada operan una doble designación: aquella de *un lugar* que ocupa un fragmento de diferente estatuto en el hilo del discurso y la de *una alteridad* a la que remite dicho fragmento. No obstante, según Authier-Revuz (ibid.), la naturaleza de dicha alteridad puede o no ser especificada en el contexto del fragmento aludido. En las formas de autonimia simple, la alteridad se especifica de forma explícita, remitiendo ya sea a otro acto enunciativo o a la lengua como externa al discurso que es enunciado. Mientras que en las formas de connotación autonímica toda interpretación o comprensión de dichas marcas se da mediante una especificación de la alteridad a la que remiten, de acuerdo a su contexto discursivo –ya sea otra lengua, un discurso diferente, uno opuesto, etc.

En todos los casos, la alteridad incide sobre el hilo del discurso en enunciación, designada como “exterior”, bajo la forma de un *punto de heterogeneidad* que puede visualizarse de diversos modos: mediante un cambio de lengua; otro registro discursivo (irónico, agresivo, adolescente, etc.); una modalidad diferente de consideración del sentido de una palabra (remitiendo a otro discurso especificado o al carácter polisémico de la lengua, metáfora, homonimia, etc.); otra palabra, explícita o potencial en las figuras de reserva (X, si así se puede decir; de todos modos,

admitimos...), de rectificación y de hesitación (X, o más precisamente Y; X, quiero decir...; X, o casi diría Y) y de confirmación (se trata de X y es justamente X lo que pretendo afirmar; lo que debe ser dicho es X); un otro, el interlocutor, diferente del locutor y por ello susceptible de no entender o no admitir (si el lector comprende lo que quiero decir; si me es permitida la expresión; si ustedes así lo quieren), consideradas operaciones que son admitidas implícitamente como si se dirigieran de sí hacia fuera del discurso, por parte del interlocutor –como un elemento más del funcionamiento normal de la comunicación (ibid.).

Según esta autora, localizar un punto de heterogeneidad a nivel de la cadena discursiva supone circunscribir dicho punto, es decir, colocarlo en oposición por diferencia del resto de la cadena, a la unicidad o homogeneidad de la lengua, del sentido, del discurso, etc. A modo de un cuerpo extraño delimitado, el fragmento marcado adquiere claramente un carácter de particularidad accidental, de falla local. A la vez, remite a un lugar exterior, ya sea claramente especificado o a determinar, que establece, por oposición, un interior, aquel de la secuencia discursiva. “La designación de un exterior específico es, a través de cada marca de distancia, una operación de constitución de identidad para el discurso” (ibid., p. 31). Asimismo, se construye también una zona de “contacto” entre “interior” y “exterior(es)” que indica las marcas de distancia en un discurso, que revelan los puntos elegidos para determinar explícitamente sus límites, fronteras, alcances, pero también el tipo de relación que establece con otro/s –o sea, de qué otro es oportuno defenderse, pero también a qué otros es preciso recurrir para constituirse, respectivamente–, que define los criterios de transformación. Dicho de otra forma: localizamos, delimitamos, a un discurso a partir de un recorte producto de las relaciones de disyunción, oposición y conjunción con otros, pero también por su intromisión con otros (Dunker, Paulon y Milán-Ramos, 2016).

A modo de resumen, la heterogeneidad constitutiva y la heterogeneidad mostrada en el discurso constituyen dos órdenes de realidad distintos: son dos procesos mediante los cuales se constituye un discurso y, al mismo tiempo, dos vías por las cuales puede representarse la constitución de un discurso. Esta autora nos previene de todo intento de reducir una a la otra o de imaginar una relación simple, de correspondencia directa, de traducción o proyección de una en otra, en tanto una relación de esta clase haría suponer una transparencia en el decir en sus condiciones reales de existencia. Por el contrario,

A una heterogeneidad radical, exterioridad interna al sujeto y al discurso, *no localizable y no representable* en el discurso que constituye, aquella del *Otro del discurso* –donde están en juego el interdiscurso y el inconsciente–, se opone a la *representación*, en el discurso, las diferenciaciones, disyunciones, fronteras interior/exterior por las cuales *uno* –sujeto, discurso– *se delimita en la pluralidad de los otros*, y al mismo tiempo afirma la figura de un enunciador exterior a su discurso (Authier-Revuz, 1990., p. 32).⁸⁹

⁸⁹ Las itálicas pertenecen a la autora.

Ambos ordenes de realidad no son solamente opuestos e irreductibles entre sí, sino también articulables e, incluso, solidarios. No obstante, las formas marcadas de heterogeneidad mostrada⁹⁰ –no del mismo modo las formas no marcadas–⁹¹ representan una forma de negociación con las fuerzas de desagregación de la heterogeneidad constitutiva, en tanto que tienden a construir un desconocimiento (denegación) de esta última mediante una representación de la enunciación que, por ser ilusoria, oficia de protección necesaria para la mantención de un discurso, pero también da cuerpo y sostén al sujeto enunciadador.

2.5.4 El análisis de discurso como método estructural

Como señalamos previamente, el método de análisis discursivo para el abordaje de nuestro objeto de estudio estaría compuesto de dos procedimientos: un procedimiento de descripción y comentario de textos recurriendo a algunas conceptualizaciones de la tradición francesa de análisis de discurso, y un procedimiento de “análisis estructural”. ¿Por qué resultaría necesario este segundo procedimiento para el abordaje de modelos topológicos? En primer lugar, como señalamos al final del apartado 2.5, el primer procedimiento permitiría localizar los diferentes sentidos de un texto y las contradicciones que podría suscitarse a partir de ellos, mientras que el procedimiento de análisis estructural constituiría un abordaje interpretativo adicional capaz de lidiar con dicho conflicto. En segundo lugar, el análisis discursivo propuesto por Pêcheux podría ser considerado, de cierta forma, una descripción de los espacios abstractos (topológicos) que la articulación de enunciados, formaciones discursivas, etc. producirían. Recordemos que no sería ése el objetivo de esta investigación, sino, más bien, la descripción de los modelos topológicos presentes en el pensamiento teórico del psicoanálisis en Uruguay. Es esencial realizar esta distinción entre un análisis topológico de discurso y un análisis de discurso cuyo objeto sería la explicitación de modelos topológicos, dado que se trataría de dos topologías diferentes: una topología del texto y un modelo topológico (o más) presentes en el/los texto/s.

En tercer lugar, a contrapelo de aquellas perspectivas que concebirían el sentido del texto fuera del texto, priorizando ora la recepción o el autor, ora el contexto, ora los códigos, la *perspectiva estructuralista* puede ser entendida como un *retorno al texto*, es decir, que “el sentido del texto debe ser procurado en el propio texto, al que debe considerarse como dotado de una materialidad específica” (Dunker, Paulon, Milán-Ramos, 2016, p. 56). El abordaje estructural, en sus diferentes versiones, concibe al lenguaje como un sistema constituido por relaciones lógicas o propiedades puramente simbólicas, que prioriza el punto de vista de una totalidad en la que sus elementos no podrían ser analizados sin referencia a ella, y a “la escritura como soporte material del objeto que se busca estructurar” (ibíd., p. 57); ambas exigencias se encontrarían

⁹⁰ Las formas marcadas establecen el lugar del “otro” mediante marcas unívocas, como ocurre en el discurso directo e indirecto, las citas, o los términos o frases entrecomillados o en *itálicas*.

⁹¹ Las formas no marcadas, si bien no se encuentran resaltadas, dado que carecen de una marca unívoca, son reconocibles por sus efectos polifónicos, tal como ocurre en el discurso indirecto libre, las paráfrasis, referencias intertextuales, ironía, paráfrasis, etc.

presentes en la definición freudiana del inconsciente (ibid.). En este sentido, la interpretación debe ser entendida como una lectura de aquellos procesos transformativos que operan al nivel del lenguaje, incluyendo sus diversas incidencias.

El método estructural propuesto por Víctor Goldschmidt (1947/1963) resulta particularmente útil si se emplea para la lectura de sistemas de textos más o menos cerrados en forma de obra, tal como ocurre en ciertas obras filosóficas como la de Platón o, en nuestro caso, con la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP) cuyos textos, como señalamos previamente, también funcionarían, de cierta forma, *como si de una obra se tratara*. Sin embargo,

(...) la doctrina psicoanalítica no es propiamente una doctrina, o sea, un sistema cerrado de aserciones que se remiten mutuamente y cuyo criterio de verdad es la consistencia interna entre ellas. (...) Una singularidad de la teoría psicoanalítica, en cuanto teoría, es que ella se asemeja, a veces, a un sistema filosófico –aunque no cerrado como la metafísica–; pero, en otros aspectos, se comporta como una teoría de la ciencia (ibid., p. 108).

Sea como fuere, si se considera el conjunto de textos que constituyen el corpus de esta investigación de forma análoga a una obra filosófica, notaremos que ella se compondría de una serie de movimientos sucesivos, en los cuales ciertas tesis adquieren mayor relevancia respecto a otras con las cuales se encuentran ligadas. A esto Goldschmidt (1947/1963) lo denomina *orden de las razones* de un determinado texto u obra. Lo que resulta central, en el método del autor, es comprender cómo se pasaría de una tesis principal a las subsiguientes. Para ello, es necesario acompañar los sucesivos movimientos que se producen a la interna de un texto u obra:

la progresión (método) de esos movimientos da a la obra escrita su estructura y se efectúa en un tiempo lógico. La interpretación consistirá en reaprender, conforme a la intención del autor, ese orden de las razones, y en jamás separar las tesis de los movimientos que las producirán (ibid., p. 140).

El método estructural, en su progresión, constituye y aborda su objeto de estudio (la obra) como una estructura, es decir, como un sistema de relaciones internas a conjuntos de elementos (textos, enunciados, etc.). Afirmar que las tesis resultarían inseparables de los movimientos que las producirán es otra forma de decir, tal como señalamos en el *capítulo 1*, que método y objeto de investigación resultarían inseparables, esto es, que la construcción del objeto se produce al mismo tiempo que se establece su forma particular de abordaje. De ahí que Goldschmidt afirme que la estructura de la obra son las “articulaciones del método en acto” (ibid., p. 143).

En el pasaje antes citado, Goldschmidt afirmaba que la progresión del método proporciona a la obra el carácter de estructura, la cual se lleva a cabo en el tiempo lógico. Se trata entonces, no de un tiempo cronológico, sino de un tiempo estrictamente metodológico, es decir, inmanente a la reconstrucción del orden de las razones llevada a cabo por el método estructural (Dunker, Paulon y Milán-Ramos, 2016).⁹² Este procedimiento se compone de dos movimientos sucesivos:

⁹² Según Dunker, Paulon y Milán-Ramos (2016), Goldschmidt concordaría con el planteo de Bachelard de que el pensamiento funcionaría en un tiempo lógico y no cronológico, es decir, que se trataría de una temporalidad contenida sincrónicamente en la estructura de la obra, tal como ocurre con el tiempo musical en una partitura.

primero, debe disociarse el orden de los temas o de las materias que conforman una obra; segundo, esos temas deben ser reordenados en función del orden de las razones, esto es, de acuerdo a la jerarquía de argumentos lógicamente condicionados unos a otros (ibíd.).

De esa manera, un tema abordado en el fin cronológico de una obra puede ser reconocido como lógicamente inicial o primero, al paso que ciertos temas que aparecen en el inicio de una investigación se pueden revelar, lógicamente, últimos, según el orden de las razones (ibíd., p. 106).

La preeminencia del tiempo lógico sobre el tiempo cronológico plantea de forma implícita una crítica a la supuesta preexistencia de la doctrina respecto de su exposición (ibíd.).

Con todo, a diferencia de Goldschmidt (1947/1963), no atribuimos un carácter central a la *intencionalidad* del autor de la obra,⁹³ dado que nuestro interés no es filosófico sino discursivo, es decir, no se trataría de reconstruir la estructura de una obra como si un sujeto consciente fuese su fundamento. Por el contrario, la estructura de la “obra” que abordaremos merecería ser concebida como un encadenamiento de tesis, las cuales, muchas veces, entrarían en contradicción entre sí, revelando que ella, lejos de ser atribuible a uno o varios sujetos como sus “autores”, sería el efecto de una articulación entre diversas formaciones discursivas, revelando así la heterogeneidad que le sería constitutiva. De hecho, “la palabra ‘obra’, y la unidad que designa son, probablemente, tan problemáticas como la individualidad del autor” (Foucault, 1969/1984, p. 6). Si bien la obra que estudiaremos funcionaría como una escritura que merece ser analizada “en su estructura, en su arquitectura, en su forma intrínseca y en el juego de sus relaciones internas” (ídem), como un conjunto de reglas que harían posible que una cierta cantidad de conceptos o conjuntos teóricos puedan ser encontrados en sus textos, su despliegue inevitablemente excedería tales reglas, subvirtiendo sus propios límites (ibíd.), incluyendo en su seno a las fallas que le son propias. Por tal razón, Goldschmidt (1947/1963) afirma:

(...) la misión interpretativa de una causalidad estructural encontrará (...) su contenido privilegiado en fallas y discontinuidades dentro de la obra y, en último análisis, en la concepción del antiguo concepto de ‘obra de arte’ como siendo un texto heterogéneo y (para usar la denominación más dramática y reciente) un texto esquizofrénico (p. 50).

Ahora bien, esta lectura estructural de la RUP en la que buscaremos evidenciar estructuras o modelos topológicos, nos llevaría a reencontrarnos con aquello aludido en los párrafos precedentes, a saber, con un redoblamiento o superposición entre nuestra metodología y objeto

⁹³ De acuerdo con Santos Alexandre (2018), el método estructural propuesto por Goldschmidt se compone de la mezcla de dos métodos: un *método dogmático* y un *método genético*. El método dogmático sería eminentemente filosófico, en tanto que aborda una doctrina de acuerdo a la intención de su autor y conserva, hasta el fin, en un primer plano, el problema de la verdad; si dicho problema termina en crítica y es refutado, es posible preguntarse si se mantiene, hasta el final, la exigencia de comprensión. El método genético sería un método científico en tanto que abocado a la búsqueda de las causas del conjunto de tesis presentadas por el texto (*dogmata*) y, por ello, se arriesgaría a intentar explicar la obra más allá o por encima de la intención de su autor. El método estructural se aparta del primer método en cuanto a su carácter dogmático y retiene del método genético la búsqueda de las causas; sin embargo, el acento estaría puesto en la búsqueda de las causas específicamente *intencionales*. “Goldschmidt empleará la forma causal y científica del método genético (...) en el contenido que realmente le interesa: en lo que es del orden lógico-filosófico, objeto del método que venía llamando de dogmático (de lo que es eminentemente intencional, una arquitectura de la razón humana en crear lo nuevo, transformar y refundar la tradición” (ibíd., p.970).

de investigación, manifiesto aquí en un doble empleo de la noción de estructura: la estructura constituida por la serie de textos que conforman el corpus, y las estructuras topológicas que se encontrarían implícitas o explícitas en los textos, es decir, en el pensamiento teórico del psicoanálisis en el Uruguay. Nada nos impediría postular a la estructura de la RUP como topológica, en tanto que conjunto ordenado de textos (también conjuntos) entre los cuales se producirían conjunciones, rupturas o disyunciones, nuevas continuidades, etc. Este redoblamiento entre objeto y método nos prevendría de tomar a la topología o a la noción de estructura como una especie de metalenguaje, es decir, como un soberano que dominaría a los objetos sobre los cuales puedan emplearse.

Capítulo 3: Del modelo de *campo bipersonal* al modelo de *campo de lenguaje*

En este primer capítulo de análisis hemos optado por abordar el concepto de *campo bipersonal* en tanto que parecería constituir uno de los principales *modelos* bajo el cual los psicoanalistas kleinianos en el Uruguay habrían conceptualizado los fenómenos clínicos y su forma de interpretarlos, al menos durante las décadas del 50 y 60. Asimismo, porque, particularmente a fines de los años 60 y principios de los 70, tal modelo habría sido gradualmente influido por las conceptualizaciones lacanianas sobre el lenguaje y el sujeto, haciendo que el *campo bipersonal* deviniese progresivamente en *campo de lenguaje*, trayendo consigo toda una hibridación conceptual, una novedad teórica, cuyos efectos en la práctica analítica de la época podemos localizar. Para ello, analizaremos por separado ambas concepciones del campo analítico, así como las modificaciones que la segunda concepción introduce sobre la primera – incluyendo allí ciertos matices conceptuales que diferencian a algunos autores uruguayos respecto de otros–, y, finalmente, propondremos algunas hipótesis que nos permitan considerar a ambas acepciones de campo como estructuras (modelos) capaces de interpretar ciertos aspectos (lógicos) de la teoría psicoanalítica considerada.

3.1 La situación analítica como *campo bipersonal*

3.1.1 Sobre la definición de *campo bipersonal* y su relación con la metapsicología: comentarios preliminares.

La expresión *campo bipersonal* parecería ser un concepto central para comprender la constitución y la forma de concebir la práctica psicoanalítica en el Uruguay, desde el kleinismo inicial hasta la incidencia de otros abordajes psicoanalíticos. La expresión figura explícitamente en varios textos, puede ser inferida a partir de una serie de nociones que le son próximas, y también puede evidenciarse en las modalidades interpretativas de diferentes autores, al menos en el período comprendido entre 1956 y fines de los años 60. Dicho término es introducido por primera vez en la R.U.P. por Willy Baranger (1959), sin embargo, existen una serie de nociones conexas con aquella que le anteceden y suceden cronológicamente, tales como “campo operacional” (W. Baranger, 1956), “campo dinámico” (Baranger y Baranger, 1961-62) y, con menor frecuencia, “campo vivencial” (W. Baranger, 1956) o “campo perceptivo” (M. Baranger, 1956).

La noción de “campo operacional”⁹⁴ es introducida por W. Baranger (1956) en estricta articulación con la noción de “estructura psíquica”⁹⁵ que, de acuerdo con el autor, se encontraría

⁹⁴ Como el lector habrá advertido, el término de “campo operacional” puede atribuirse a Pichon-Rivière. Es más, W. Baranger introduce explícitamente en un pie de página que muchos de los conceptos desarrollados en su texto fueron trabajados por Pichon-Rivière en sus seminarios realizados en APU en 1955-56.

⁹⁵ De acuerdo con Baranger (1956), el contenido del concepto de *estructura psíquica* pudo ser “esclarecido” gracias a las conceptualizaciones de la *Gestalttheorie* y de la *fenomenología*, de las cuales retendremos algunos elementos a lo largo de este capítulo.

ya presente en la obra de Freud en la descripción de las “grandes regiones funcionales del aparato psíquico” (el yo, el ello y el superyó) (ibid., p. 303). Por “estructura”, Baranger entiende lo siguiente:

Las estructuras no son “cosas en sí”, dadas una vez por todas, sino que integran equilibrios dinámicos más o menos estables, y susceptibles de reestructuraciones profundas. Las fuerzas, instintos y pulsiones, no existen como aisladas y ciegas, sino en interacción estructural entre sí y con conjuntos psíquicos más organizados (idem.)

En esta cita podemos notar cómo el término “estructura” es remitido a las nociones de “interacción” (entre fuerzas, pulsiones e instintos), “organización” y “reestructuración” en “conjuntos psíquicos”, expresiones que prefigurarían el concepto de campo. Para nuestros fines, resulta esencial destacar el empleo de la noción de *conjunto* –aunque sea en un sentido intuitivo–, en la medida en que estaría indicando que los elementos funcionan exclusivamente bajo una articulación recíproca, posibilitando transformaciones a la interna del conjunto, pero también porque tiene lugar una interacción con otros conjuntos más organizados, relación que, a su vez, habilitaría a nuevas reestructuraciones.

Bajo el subtítulo “El campo del psicoanálisis y su traducción metapsicológica”, W. Baranger (ibid.) introduce por primera vez el término “campo”, *haciéndolo corresponder con una metapsicología*. En este apartado, el autor comenta que los trabajos de la época en torno de la metapsicología pueden dividirse, a grandes rasgos, entre unos que priorizan “la primera descripción metapsicológica de Freud” (primera tópica del aparato psíquico) y otros centrados en la segunda. Según Baranger,

los primeros hacen recaer el acento esencial sobre el instinto, las huellas mnémicas, los sistemas inconsciente, preconscious y consciente. Los segundos toman como punto de referencia básico *la división estructural del aparato psíquico en ello, yo y superyó, y atribuyen a los procesos de proyección, introyección e identificación una importancia fundamental*. Se sabe que ambas descripciones son estructurales (ibid., p.305).⁹⁶

En este pasaje el autor parece sugerir que la segunda tópica destaca más que la primera la importancia de los factores estructurales, añadiendo poco después que se trataría de una época en la que los avances a nivel de la técnica y la ampliación del campo de los fenómenos investigados habían colocado el interés sobre el yo y “la estructura psíquica en general” (idem). En cuanto a este punto, Baranger afirma lo siguiente:

Pensamos que la necesidad que estuvo Freud de agregar una nueva descripción metapsicológica a la primitiva equivale a reconocer implícitamente la insuficiencia de ésta, y que la necesidad provenía de un cambio muy profundo en la técnica del análisis. En el psicoanálisis, como en toda ciencia, los cambios en la técnica se producen correlativamente con nuevas elaboraciones teóricas. Creemos, por consiguiente, que sería provechoso rever nuestra metapsicología a la luz de nuestra técnica actual. Por ejemplo, tendemos actualmente a restar importancia patógena a los traumas infantiles; tendemos a evitar el formular nuestras interpretaciones en términos de reconstrucciones históricas; consideramos que el modo eficaz de ayudar a nuestros pacientes es interpretarles lo que está pasando actualmente en

⁹⁶ Las itálicas son nuestras.

la sesión. Todo esto *implica* una nueva metapsicología. No se trata de inventarla, sino de formular lo que ya se concibe en forma más o menos explícita (ibíd., p. 306).⁹⁷

Aquí pueden señalarse varias cuestiones: en primer lugar, Baranger afirma que la primera descripción metapsicológica resultaría insuficiente (“primitiva”) porque no estaría acompasando las modificaciones producidas a nivel de la técnica analítica, pero, al mismo tiempo, los cambios a nivel de la técnica serían el correlato de nuevas elaboraciones teóricas. Se establece aquí una especie de circularidad, si por metapsicología entendemos un aspecto de la teoría analítica. Sin embargo, inmediatamente después añade que sería oportuno que la metapsicología sea revista en función de la técnica actualmente empleada, con lo cual parece que es la metapsicología la que debe adecuarse a la técnica analítica. A partir de aquí logra distinguir “dos orientaciones en el psicoanálisis actual: una orientación ‘historicista’ y una orientación ‘an-historicista’” (ídem), oposición que no es otra que aquella trazada, a nivel de la técnica, entre freudismo y kleinismo respectivamente. La segunda orientación es elegida por Baranger, la cual llevaría a una “metapsicología de la fantasía inconsciente, de la vivencia, de las relaciones objetales, de las modificaciones estructurales, de la *relación bipersonal* transferencial-contratransferencial” (ídem.)⁹⁸ y coloca en un primer plano la interpretación en término de fantasías, volviéndose esencial “discernir todos los aspectos de la vivencia del paciente”⁹⁹ (ibíd., p. 307).

El autor comenta que “si nos ubicamos en esta segunda perspectiva, necesitamos describir primero el *campo operacional* de la situación analítica, pues la metapsicología tendrá que dar cuenta antes que todo de los fenómenos que ocurren en este *campo operacional*”¹⁰⁰ (ídem.). Aquí, la expresión “campo operacional” –también nombrada como “relación bipersonal”– parecería funcionar como un *modelo*, en la medida en que parece concordar con la definición que da Lévi-Strauss, en tanto que *su funcionamiento debe ser capaz de dar cuenta de todos los hechos observados* (Badiou, 2009). Con todo, resta determinar si se trata efectivamente de un modelo en tanto *concepto* o si se trata de una *noción (ideológica)*. Para aclarar este punto procederemos a una descripción del concepto de *campo*, remitiéndonos también a textos posteriores de la RUP a fin de cotejar si en todos los casos se lo define y emplea en términos similares.

En *La situación analítica como campo dinámico* (1961-62), Willy y Madeleine Baranger aseveran que el concepto de *campo* es empleado en los mismos términos que en la psicología de la Gestalt y en la obra de Kurt Lewin y que “[les] parece poder aplicarse a la situación creada entre analizado y analista –por lo menos en el plano descriptivo–, y sin que esto implique el intento de traducir la terminología analítica en otra” (ibíd., p. 4). Puede verse cómo este punto se contrapone a aquel sostenido por Baranger en 1956, en tanto que allí se trataría de un intento

⁹⁷ Las itálicas pertenecen al autor.

⁹⁸ Las itálicas son nuestras

⁹⁹ Las itálicas nos pertenecen.

¹⁰⁰ Las itálicas nos pertenecen.

de “traducción”¹⁰¹ entre el concepto de campo y una metapsicología; mientras que aquí la traducción no es, cuanto menos, un requisito necesario. A pesar de todo, resulta interesante indicar que aquí el término “campo” es acompañado del adjetivo “bipersonal”, con lo cual podemos considerar que, por lo menos, se podría estar introduciendo allí alguna nueva determinación al término empleado por la psicología de la Gestalt y Lewin. Señalar que el concepto de campo es utilizado por los autores en los “mismos” términos que otras corrientes de pensamiento parecería indicar un intento de modalizar o reducir la *heterogeneidad constitutiva* (Authier-Revuz, 1990) y/o desestabilización lógica producida por la trasposición de un concepto desde una teoría a otra, desconociendo, en cierto modo, la diferencia entre ámbitos de aplicación del concepto de campo dinámico (psicológico). ¿No debería traer aparejadas consecuencias teóricas y prácticas diversas, según se lo utilice en un abordaje gestáltico, conductual o psicoanalítico?

3.1.2 El modelo de *campo bipersonal* y los elementos que lo conforman.

Será preciso abordar los diferentes elementos que componen la situación analítica, entendida como campo bipersonal o dinámico, para justificar esta diferencia intrínseca entre: (i) la teoría de campo de Lewin y su empleo por la psicología de la Gestalt, y (ii) su “aplicación” a la situación bipersonal analítica. Tanto en los textos de 1956, 1959, como 1961-62, y 1964, W. y M. Baranger coinciden en considerar que la situación analítica está compuesta de dos personas que comparten “una misma estructura espacial” (el consultorio) y “temporal” (el tiempo de la sesión). Cada una de estas personas (analista y analizando) es denominada como un “centro fundamental” o “polo” de la relación, “con características funcionales particulares a cada uno de ellos” (Baranger, 1959, p. 30). Se trata de una situación “orientada por líneas de fuerza y dinámicas determinadas” (Baranger y Baranger, 1961-62, p. 4), que dan al campo su significado específico inherente a cada momento (Baranger, 1959). Asimismo, la estructura espacial a la que hacen referencia es definida como una “estructura espacial empíricamente adoptada” (Baranger y Baranger, 1961-62, p.4), parafraseada como “campo espacial vivenciado” (ibid., p.5), “estructura básica del campo” (Baranger, 1959, p. 30) o “situación (...) materialmente bipersonal” (Baranger y Baranger, 1964, p. 20), cuyo carácter “bipersonal” queda evidenciado, según estos autores, “en el plano de la descripción perceptiva común” (Baranger y Baranger, 1961-62, p.7). No obstante, inmediatamente después añaden:

(...) tampoco podemos decir que estas dos personas no sean más que dos, ya que la regla general es que se dividen vivencialmente en “partes”, cada una de ellas y de las terceras personas representando aspectos o instancias de las dos personas básicas (ídem).

¹⁰¹ W. Baranger utiliza expresamente el término “traducción”, no obstante, en ningún momento especifica el significado del mismo. Con todo, en su texto de 1956 repetidamente recurre a los adjetivos “concreto” y “abstracto”, haciendo corresponder la metapsicología y los conceptos psicoanalíticos al segundo, y las interpretaciones y la técnica analítica al primero. En este sentido, estamos orientados a pensar que el término “traducción”, en el pensamiento de W. Baranger, apuntaría al establecimiento de una equivalencia entre una interpretación en términos de significación y su inscripción y explicación en términos conceptuales y metapsicológicos.

Dicha estructura espacial, según W. Baranger (1959), permanece constante “debajo” de todas las situaciones “superpuestas” y variables que ocurren, y que implican la transferencia del paciente. Si bien existen dos centros fundamentales, pueden aparecer otros centros en el campo bipersonal que son denominados “centros virtuales”, empleando la palabra “virtual” “en el sentido de que no corresponden a ninguno de ambos *centros reales* de la situación terapéutica de fondo”¹⁰² (ibid., p. 31).

Tenemos, pues, una superposición de estructuras, una manifiesta, con un centro virtual, o varios, apareciendo en las asociaciones verbales del paciente, y una serie de estructuras latentes inconscientes, relativas a las situaciones infantiles y a la configuración de la relación analítica (ídem).

En este contexto, Baranger (ibíd.) afirma que la interpretación debe ser entendida como una “reducción de la estructura manifiesta a las estructuras latentes, y especialmente a la estructura de la relación transferencial” (pp.31-32). A este proceso lo denomina “*insight*” o “apertura” del campo (ibíd.).

A partir de esta serie de citas podemos realizar algunos comentarios en relación a la extensión semántica del concepto de campo que consideraremos, provisoriamente, como un *modelo* en el sentido descrito en el *capítulo 2* (2.2). En primer lugar, el empleo del concepto de *campo* tiene fines, cuanto menos, descriptivos: busca definir a la situación analítica como aquello que ocurre entre dos unidades indivisibles (personas), en un espacio y tiempo dados, cuya existencia parece ser empíricamente accesible. La palabra “fundamental” o “real”, utilizada para adjetivar a los centros que participan en el campo –por oposición a los “centros virtuales”, la existencia de una estructura “básica” del campo, “materialmente bipersonal”, la cual es adoptada “empíricamente”, sumado a la idea de que se trata de una situación que permanece invariable “debajo” de otras situaciones posibles, constituyen expresiones que, en su conjunto, apuntan a concebir el campo bajo una perspectiva *realista*, es decir, como algo que existe materialmente de forma independiente a la percepción del observador. No obstante, W. Baranger (1956) señala que el campo no preexiste a la situación analítica sino que se “constituye”, “se crea”, en ella, con lo cual parecería que aquello que posee una existencia empíricamente evidente es la situación que se da entre dos individuos, y no el campo en sí, constituyendo éste una conceptualización que se superpone a esa situación “básica”. Sin embargo, la teoría campina de Lewin, tal como es referida por estos autores, propone que cada individuo “trae ya consigo” un campo, el cual se articularía eventualmente con el de otros, con lo cual, si no es seguro que el campo bipersonal sea considerado bajo una perspectiva realista, al menos sí parecer serlo la concepción de un campo individual, en tanto que precedería a su conceptualización en términos de interacciones y fuerzas.

¹⁰² Las itálicas nos pertenecen.

En este sentido, es importante destacar que, para Baranger (1959), lo central es establecer un “método directo y original” en psicoanálisis que busque hallar el “fundamento de la validación en la situación analítica misma”, considerando “su carácter esencialmente bipersonal” (p.27). De esta forma, el campo bipersonal es considerado como una especie de “evidencia empírica” cuyo acceso es, en consecuencia, inmediato a la percepción del observador que lo estudia. Por consiguiente, toda construcción teórico-práctica ulterior debería estar signada por este efecto de evidencia. Tanto es así que, por ejemplo, para Baranger, la interpretación debe tener un “fundamento experimental” (idem) que haga posible su objetivación sin necesidad de validaciones externas, mientras que la teoría de campo debe limitarse a proveer definiciones meramente operacionales.

Con todo, esta concepción empirista de la situación analítica se ve complejizada desde el momento en que intervienen palabras como “vivencia” o expresiones como “campo espacial vivenciado”. Para estos autores, la noción de “vivencia” resulta muy próxima de la de “ambigüedad esencial” (Baranger y Baranger, 1961-62; Baranger y Baranger, 1964), parafraseada también mediante la categoría del “como si”. Estas expresiones son utilizadas para caracterizar las particularidades de la ambigüedad del campo analítico:

se trata de la superposición de dos espacios: el que hemos llamado espacio común, y al que se superponen una cantidad de vivencias espaciales momentáneas, sin que, en esta superposición o mezcla, se produzca la sustitución completa de un espacio por otro. El espacio de la situación analítica se parece al del sueño, ya que, en él, el escándalo geométrico de la ubicuidad¹⁰³ se vuelve regla (Baranger y Baranger, 1961-62, p. 11).

El “espacio común” parece ser otra forma de referir a un espacio considerado objetivo, una *realidad material* (empleando la terminología freudiana), sobre el cual parecerían apilarse una serie de “vivencias espaciales momentáneas” que constituyen otra clase de espacio (“vivencial”), el cual parecería estar determinado por el concepto de *fantasía inconsciente*, y sería, por tanto, permeable al interjuego de la transferencia y la contratransferencia. No obstante, esta clase de superposición no parece ser homóloga a la otra superposición que describimos previamente, entre una “estructura manifiesta” y una serie de “estructuras latentes”, dado que no parece posible realizar una operación biyectiva¹⁰⁴ entre el “espacio común” y la “estructura manifiesta”, dado que la posibilidad de la emergencia de “centros virtuales” no sería posible en una concepción del espacio entendido como compartido; los centros virtuales quedarían reservados para la situación analítica. Por el contrario, sí parecería plausible una biyección entre el espacio que se asemeja al del sueño y el de las “estructuras latentes”, en tanto que ambos pueden

¹⁰³ El problema de la “ubicuidad” lo ejemplifican tomando como referencia las configuraciones espaciales presentes en la agorafobia, en la claustrofobia y en las fobias en general, las cuales “evidencian la importancia de las variaciones en las distancias y en la estructura del campo espacial en la situación analítica” (Baranger y Baranger, 1961-62, p. 5), cuestión que abordaremos más debidamente en el capítulo siguiente.

¹⁰⁴ Por *operación biyectiva* debemos entender a una operación conjuntista por la cual a cada elemento de un conjunto se asocia uno y sólo uno de otro conjunto, e inversamente. En nuestro caso, no contamos con elementos suficientes como para considerar que a cada elemento que compone el “espacio común” (en los términos definidos por los autores) le corresponda uno y sólo uno de la “estructura manifiesta”, en tanto que esta última sería un subconjunto del conjunto “situación analítica” o “campo bipersonal”.

albergar una concepción de lo inconsciente; pero también entre el aspecto virtual de la estructura manifiesta (la división de los polos reales en partes o terceras personas) y el espacio onírico, de la situación analítica. Con todo, mientras que se hace referencia a dos espacios (común y onírico), no es seguro que las estructuras aludidas correspondan a sólo dos espacios, puesto que se menciona *una* estructura manifiesta, y *una serie* de estructuras latentes, con lo cual esta primer estructura podría llegar a corresponderse con una diversidad de espacios. En dicho caso nos encontraríamos ante una relación sobreyectiva.¹⁰⁵

Con todo, aunque W. y M. Baranger realizan una crítica al modelo arqueológico freudiano, señalando que “sería forzar los hechos considerar el psiquismo del paciente como una serie de estratos superpuestos a través de los cuales uno podría penetrar más y más profundamente” (1961-62, p. 28), dos años después vuelven a introducir la metáfora espacial de los “distintos niveles estratificados” que se entremezclan y separan según los procesos dinámicos que se suceden. Y con ella también es reintroducida la concepción espacial de lo verbalizado, ocurriendo “debajo” suyo un “intercambio fantástico”, correspondiente a aspectos no verbalizados de la comunicación (Baranger y Baranger, 1964) –concepción que resulta análoga a aquella mantenida en los textos de 1956 y 1959. Lo que podemos observar es que, aunque W. y M. Baranger intentan contraponer su propuesta al primer modelo freudiano del aparato psíquico y de la técnica analítica, ocurre que, si bien rechazan explícitamente el historicismo, acaban abrazando la “ilusión correspondendista” entre dos lenguajes o espacios superpuestos, y, con ella, la metáfora de la “psicología de las profundidades”. De hecho, nada aseguraría que las llamadas estructuras latentes se mantuviesen todas en un mismo (segundo) nivel por debajo de la estructura manifiesta. De todos modos, basta con una primera relación entre dos niveles, uno por encima del otro, para evidenciar la metáfora de lo profundo, con todos los efectos prácticos que tal concepción comporta.

En segundo lugar, las nociones de “centros” o “polos” que son “orientados” por “líneas de fuerza y dinámicas determinadas” –y, por extensión, el concepto mismo de “campo bipersonal”– deben ser comprendidos en un sentido metafórico, en tanto que allí analista y analizado no serían “polos magnéticos” –partículas cargadas eléctricamente entre las que se producen fuerzas de atracción y repulsión–, dado que lo que ocurre en la situación analítica no sería reducible a un mero juego de fuerzas físicas. Por su lado, la noción de “líneas de fuerzas” también debe ser tratada como una importación metafórica¹⁰⁶ desde la teoría física de los campos magnéticos para

¹⁰⁵ Por *operación sobreyectiva* entendemos a una operación entre conjuntos por la cual a cada elemento de uno de ellos le corresponde al menos uno del otro conjunto, es decir, que a un elemento del conjunto A puede corresponderle, por ejemplo, dos o más elementos del conjunto B.

¹⁰⁶ Sería más adecuado hablar, no de una importación metafórica de la concepción física de campo (electromagnético) para el psicoanálisis, sino, al menos, de una doble sustitución metafórica. La interpretación que hace K. Lewin de la teoría física de campo puede considerarse una primera importación y adaptación a su enfoque científico de la psicología –y no físico–, cuyo énfasis es principalmente “conductista” (Lewin, 1951/1988). Mientras que la transformación del campo de Lewin hacia su carácter “bipersonal”, y su respectiva articulación con conceptos

el psicoanálisis: en la relación analítica no participarían fuerzas de atracción y repulsión en sentido estricto, sino algo que podríamos llamar “fuerzas psicológicas” (Fernández Fernández y Puente Ferreras, 2009). En este sentido, W. Baranger (1959) es uno de los principales autores de la época en rechazar el *aspecto económico* de la metapsicología freudiana –aspecto que considera mecanicista–, planteando así una objeción a la idea de “cargas” y de “libido”, proponiendo que se mantengan solamente los aspectos *dinámico* y *tópico*. Pero, ¿la noción física de fuerza es separable de la noción de carga energética? De no serlo, tampoco sería posible que, en su importación a la metapsicología freudiana, se volvieran separables, con lo cual Baranger parecería no poder desprenderse, a pesar suyo, del mecanicismo freudiano que critica.

Con todo, la desestimación del aspecto económico de la metapsicología llevada a cabo por W. Baranger, en su texto *Polémicas actuales acerca del enfoque económico* (1967), apunta a que la noción de “carga psíquica”, presente en la metapsicología freudiana previa a 1920, habría sido considerada por muchos autores como “realidades y no como metáforas inadecuadas” (p.110). Añade que Freud parece haber empleado una “metáfora hidráulica”, para explicar la formación de los síntomas histéricos y su resolución en términos de abreacción. Por su lado, Baranger propone sustituir el modelo hidráulico por el modelo del *insight*, en el que las metáforas económicas no tendrían un valor teórico propiamente dicho. Por ello, Baranger no se muestra del todo contrario al empleo de metáforas, dado que el lenguaje común estaría plagado de ellas; pero afirma:

Sí nos parece insostenible la transformación de metáfora en metapsicología. Más todavía cuando como es aquí el caso, la metáfora se erige en pantalla entre los fenómenos y el pensamiento, y nos ilusiona con una apariencia de simplicidad e inteligibilidad (ibíd., p.131).

En este sentido, la preocupación del autor parece ser el pasaje entre el lenguaje metafórico, empleado en la interpretación, y el lenguaje de la teoría, debiendo no existir, según él, una trasposición directa de uno hacia el otro. En cierto modo, la preocupación de Baranger parece muy próxima a la de Lacan y de algunos de sus seguidores por establecer la separación entre el lenguaje metafórico, cuyo encadenamiento y sustitución puede suceder *ad infinitum*, y el lenguaje topológico –y en general, matemático– cuyo soporte material es puramente algebraico. Si bien Baranger no plantea el problema expresamente en los mismos términos que Lacan (topológicos), lo cierto es que propone por primera vez en la RUP el problema del pasaje entre una interpretación válida (modalidad interpretativa) y el modelo en el que ella debe inscribirse para volverse posible y ser válida (metapsicología), es decir, una coherencia lógica entre teoría y práctica.

psicoanalíticos, puede ser considerada una segunda transportación metafórica, en la que perdería, según parece, su énfasis conductista, permitiendo introducir en el concepto de campo la dimensión de lo inconsciente y sus fenómenos.

Volviendo al problema económico, podemos notar que el mismo reaparecería cuando los autores aseveran que esta relación entre polos posee una “estructura asimétrica de base” (Baranger y Baranger, 1961-62, p. 20), relativa a la “actitud exterior de una de las personas”: la del analista, quién casi no puede ser visto y que no manifiesta reacciones afectivas intensas, sino que mantiene una actitud neutral que se limita a interpretar lo que ocurre en la sesión, sin mostrar aprobación o desaprobación, permitiendo al paciente estructurar libremente el campo de acuerdo a sus necesidades (Baranger, 1956). En términos de la teoría de campo, ¿cómo merece ser concebida esta asimetría de base? ¿Se trata de una diferencia de fuerzas entre analista y analizando? Si el carácter económico es desestimado por W. Baranger, ¿cómo es posible estimar o medir esta diferencia? Si no existe una noción de carga o fuerza que fuese mensurable, el concepto de campo no podría oficiar de modelo para el psicoanálisis, en la medida en que no puede ocurrir una relación entre los polos del analista y el analizando si no existe una clase de medida que determine las diferencias entre ambos y, en consecuencia, cómo pueden tener lugar las modificaciones en el campo.

Pero si la noción de carga o fuerza mensurable debe ser excluida del pensamiento analítico, conforme al planteo de Baranger, debería existir otra noción –quizás una noción de fuerza no mensurable– que ocupase su lugar y que nos permita comprender la asimetría de base entre los dos centros y, por extensión, el funcionamiento del campo analítico en su totalidad –de lo contrario no se mantendría la correspondencia entre el orden conceptual del psicoanálisis y su interpretación en términos de campo bipersonal. Si recordamos que la situación analítica se encuentra orientada por “líneas de fuerza y dinámicas determinadas” que “dan al campo su significado específico”, encontramos que, en lugar de cargas o fuerzas, se habla en términos de “significado”. La noción de significado es remitida expresamente por estos autores al concepto de *fantasía inconsciente*, atribuido a Susan Isaacs.^{107,108} Si el concepto de campo bipersonal es entendido por W. Baranger y M. Baranger (1961-62) como una “Gestalt” – esto es, como una totalidad que excede a la suma de las partes que la constituyen–, la fantasía inconsciente y su significado deben ser concebidos necesariamente en los mismos términos a fin de mantener el isomorfismo respecto de la noción de carga. En efecto, los autores sostienen que la fantasía inconsciente que se produce en el campo analítico es una “fantasía bipersonal” (Baranger y Baranger, 1961-62; Baranger y Baranger, 1964). En ese punto podemos localizar el plus de sentido (metáfora) en relación a la definición de Isaacs. No obstante, aunque los autores nieguen que la fantasía bipersonal pudiese ser considerada “como la suma de las dos situaciones internas” y aseveren que es “algo que se crea entre ambos [analista y analizando], dentro de la unidad que constituyen en el momento de la sesión” (Baranger y Baranger, 1961-62, p.20), parece

¹⁰⁷ La principal referencia es el texto *Naturaleza y función de la fantasía*. En *Revista de Psicoanálisis* T VII, nº 4, 1950.

¹⁰⁸ Esta atribución no es más que una forma marcada de *heterogeneidad mostrada* (Authier-Revuz, 1990), dado que el propio concepto de fantasía inconsciente adquiere otro sentido a partir de que es articulado con el concepto de campo bipersonal

subsistir la suposición de que, cada uno de ellos, posee su propia “situación interna” que se juega en la situación analítica. Dicho de otro modo, está presente aquí una concepción topológica de lo inconsciente y de la fantasía, entendida como algo que forma parte del “interior” de una persona o individuo, que se articula con la “interioridad” de otra, y que, mediante dicha articulación, se produciría una totalidad mayor a la suma de ambas “interioridades”.

De hecho, la “solución” de proponer al concepto de *fantasía inconsciente* como “concepto estructural básico de la metapsicología” (Baranger, 1956, p. 309) no es una conclusión que figure en el texto de Isaacs, sino una conclusión a la que arriba Baranger en su lectura. El concepto de fantasía inconsciente se vuelve, de este modo, el “prototipo de la estructura psíquica” (ibid., p. 314), “llega a equivaler al de lo psíquico” (ibid., p. 315), es decir, funciona como un “principio” que, según el autor, determina y origina al objeto, se encuentra en el origen de los mecanismos de defensa, determina el desarrollo psíquico, preexiste a las palabras y determina su posibilidad, moldea la experiencia sensorial, sostiene el carácter, la memoria y el examen de realidad, etc. Cabe la hipótesis de que el concepto de fantasía inconsciente funcionaría en lugar de la noción de carga o fuerza, en tanto que la fantasía es considerada por estos autores como aquello que determina la significación actual, es decir, la orientación de las líneas de fuerza operantes en el campo en un momento dado. Como podemos apreciar, mediante el concepto de fantasía inconsciente, y su corolario en términos de significado, se introduciría la relevancia del lenguaje, y con él, la del diálogo y la interpretación. Es la interpretación del analista la que puede producir modificaciones en el campo y es esta aptitud exclusiva del analista la que determinaría el carácter asimétrico respecto de su analizado. En suma, la asimetría quedaría reducida a una diferencia cualitativa relativa a las capacidades del analista de percibir, significar y transformar los fenómenos inconscientes del campo.

Pues bien, si retomamos la definición de interpretación dada por Baranger (1959), entendida como una operación de reducción de la estructura manifiesta a sus estructuras latentes, especialmente a la de la relación transferencial, vemos que el campo parece funcionar, *per se*, como un espacio “cerrado”. Dicho de otra manera, sin la acción de la interpretación, el campo parece permanecer ajeno a aquello que no forme parte suya, o sea, exento a ser modificado. Pero si existe una “superposición” entre estratos o estructuras, ¿cada estrato permanecería topológicamente separado de los demás, aunque con cierta proximidad? No resulta del todo clara la forma en que estos autores intentan representar estas superposiciones, dado que, a veces, la consideran una “mezcla” de situaciones dobles o múltiples (Baranger y Baranger, 1961-62), pero enseguida establecen que esta mezcla no significa una sustitución completa de una situación por otra (ibíd.). A pesar de todo, parecería que la interpretación es la que habilitaría la ruptura de esta separación y el “restablecimiento” de la conexidad entre ambos espacios. La abolición de la distancia entre estos niveles es nombrada como “*integración*”, en

oposición al “*clivaje*”, que sería la operación destinada a mantener la separación (Baranger y Baranger 1961-62, 1964; W. Baranger, 1956, 1959, 1961-62).

El concepto de *integración* –parafraseado habitualmente bajo la figura de la “asimilación” (M. Baranger, 1956; W. Baranger, 1956, 1961-62), con un sentido metafórico claramente biologicista– está en estrecha relación con el de *insight*.¹⁰⁹ A este respecto, M. Baranger (1956) afirma que el mismo “corresponde a un estado *ideal* de integración de las funciones del yo con la suma de todas las fuerzas psíquicas”, a la vez que constituye “un acto por el cual se *percibe* la conexión de regiones del mundo psíquico y se ensancha la visión [adecuada del mundo interno]”¹¹⁰ (p. 22). Algunas páginas después, el *insight*, “como factor de integración se puede definir como visión estructurada de un sector de la realidad psíquica (...) es decir, una reorganización del campo perceptivo” (p. 26). Inmediatamente después añade que el *insight* constituye una “visión estructurada (...) que implica la *discriminación*. *Es la discriminación que permite evolucionar a la estructura. Por redistribución de sus elementos e inclusión de elementos nuevos en una estructura ampliada*”¹¹¹ (M. Baranger, 1956, pp. 26-27). Lo que se evidencia en estos pasajes es que el *insight* está principalmente articulado con palabras como “percepción”, “visión”, “integración”, “discriminación” y “estructura”.

M. Baranger continúa su exposición indicando que esta “visión discriminada” supone la constitución de una “nueva estructura” y la consecuente percepción del mundo como “una totalidad estructurada discriminada en un afuera y un adentro, el adentro discriminado en la persona y su enfermedad” (ibíd., p. 24). Dentro de ésta última debe lograrse también la discriminación “en bueno y malo, amor y odio” (ídem), pudiendo ulteriormente separar ese “núcleo patógeno” y extraerlo “de adentro (de la persona) para afuera” (ídem). En el marco de esta oposición “estructural” entre el “afuera” y el “adentro”, la primacía del primer espacio en relación al segundo es central, en la medida en que el *insight* supone una “recuperación (...) del mundo real con características objetivas” que permite, a su vez, la “discriminación en el mundo interno” (ídem) y también la “ampliación” del mundo en general.

En este punto, resulta central identificar las particularidades de la función y lugar ocupados por el analista que le permitirían propiciar el *insight*. De acuerdo con esta autora, el analista forma parte, al mismo tiempo, de dos estructuras: forma parte del mundo externo, externo al cuerpo del paciente, pero puede incluirse en este último proyectando sobre su persona partes del mundo interno del paciente. Con todo, su pertenencia a ambas estructuras hace de él “no tanto un límite

¹⁰⁹ Como el lector habrá podido advertir, el término “asimilación”, tal como es usado por estos autores, no deja de tener resonancias semánticas con el concepto propuesto por Piaget. Con todo, la noción de “asimilación” parece ser utilizada específicamente para describir la relación entre el yo, la fantasía (de enfermedad) y sus objetos (internos o externos); mientras que la *integración* parece tener un estatuto más bien conceptual, no tan descriptivo como el primer término, y en una relación de proximidad semántica con el concepto de *insight*, en tanto que ambos términos apuntarían a la “discriminación”.

¹¹⁰ Las itálicas nos pertenecen.

¹¹¹ Las itálicas nos pertenecen.

entre los mundos interno y externo, como su *punto de contacto*, un territorio neutro, un ‘no man’s land’ donde pueden *colindar* sin peligro real los dos mundos (ibid., p.35).¹¹² En este sentido, concluye que el analista puede ser definido como una “una *pantalla de doble proyección*, sobre la cual puede observar cómo se mezclan, se combinan, se unen o superponen la fantasía y la realidad” (ídem).¹¹³

A partir de los párrafos precedentes podemos realizar algunos comentarios: la operación de *integración*, que es vivenciada como una visión ampliada, resulta próxima a una operación entre conjuntos –más aún si recordamos que M. Baranger (al igual que W. Baranger, 1956) considera a la estructura como una síntesis de elementos en una nueva totalidad. Más específicamente, se trata de una operación de *reunión* mediante la cual el conjunto que la autora denomina como “adentro” o “mundo interno” quedaría subsumido bajo el dominio del conjunto que define como “exterior” o “mundo real”, que parecería comandar todas las discriminaciones subsiguientes, es decir, que permitiría determinar también los elementos que conformarán los subconjuntos que forman parte suya. Con todo, el establecimiento de la primacía del “mundo real” por encima del “mundo interno” se vuelve también la finalidad misma (ideal) del análisis así propuesto, a saber, que la realidad mundana restablezca su primado respecto de la realidad inconsciente o de la fantasía. En este sentido, la función del analista, tal como es definida por la autora, sería llevar al analizado a dejar de vivir de acuerdo a sus fantasías inconscientes y comenzar a hacerlo en función de una realidad compartida.¹¹⁴

De algún modo, reaparece aquí el carácter “ambiguo” del analista, en la medida en que forma parte, al mismo tiempo, del mundo interno de su analizando, cuyos límites estarían trazados por su respectivo cuerpo, y del mundo externo en tanto que exterior a este último. La duplicidad del analista podría ser considerada como la relación entre el analista como referente (externo) y su representación (interna). Pero, ¿se trata de dos analistas? Si fuera un solo analista, ¿cómo podría ocupar dos lugares al mismo tiempo? ¿Se produciría un desdoblamiento? Sea como fuere, lo más importante para nosotros es que la autora defina el lugar del analista como “punto de contacto” entre ambos mundos y que dicho lugar permite que ellos “colinden”, es decir, que tengan límites comunes. ¿Acaso ambas expresiones no apuntarían a algo similar a la vecindad o conexidad tal como es abordada por la topología? Así parece ser, si consideramos al analista como “pantalla de doble proyección” que, por su particular posición, haría posible la “observación” de las diferentes configuraciones posibles entre ambos espacios. Si el analista forma parte de ambos espacios –ya sea que se trate de un analista o de un desdoblamiento en dos caras opuestas aunque solidarias–, lo cierto es que la función del analista, al interpretar,

¹¹² Las itálicas nos pertenecen.

¹¹³ Las itálicas nos pertenecen.

¹¹⁴ La concepción del análisis en términos de “restablecimiento” de la primacía de la realidad objetiva sobre el mundo de la fantasía parece traer consigo el supuesto de que tal primacía no fue alcanzada por una falla o problema en el desarrollo psíquico, o bien fue efectivamente alcanzada y luego perdida a causa de un suceso concreto.

trazaría la vecindad entre el mundo externo al cual él pertenecería y el mundo interno que “habitaría” su paciente, previo al efecto del *insight*.

Sin embargo, concebir al analista como una “pantalla de doble proyección” en la que una de sus caras mira hacia el mundo interno –“visión adentro” en la terminología de M. Baranger (1956, p. 35)– y la otra está anclada en el mundo externo –“visión fuera” (idem.)–,¹¹⁵ trae consigo algunos problemas topológicos que estimamos oportuno señalar. Si identificamos la pantalla de doble proyección con el modelo de la hoja de papel utilizado por De Saussure para figurar las relaciones entre significante y significado, notaremos que una superficie de este tipo posee dos caras (anverso y reverso) separadas por un borde, el cual no puede ser franqueado de manera continua, esto es, sin realizar cortes y/o suturas. Bajo este modelo, no sería comprensible como el analista participa, al mismo tiempo, de ambas caras,¹¹⁶ en tanto que entre ellas no existiría una solución de continuidad. Es más, sería preciso que se produjese, por ejemplo, una operación de semi-torsión y una ulterior sutura para que ambas caras pudiesen colocarse en relación de continuidad. Otra opción es que entre ambas caras existiese una especie de perforación o permeabilidad que habilitase un pasaje directo del espacio de la fantasía al de la realidad y viceversa. De cualquier modo, no es un problema del que la autora se ocupe.

Si en M. Baranger (1956) la expresión “pantalla de doble proyección” era utilizada para ilustrar el particular lugar del analista, cinco años después Baranger y Baranger (1961-62) reconocen que aquella definición parecería no adecuarse a su conceptualización en términos de campo bipersonal, en la medida en que estaba determinada, según ellos, por concebir a la situación analítica como esencialmente transferencial sin tener en cuenta su contraparte contratransferencial. Si en el campo bipersonal todo fenómeno ha de ser considerado en dichos términos, no resultaría compatible definir al analista como poseyendo esa función particular, en tanto que también debería encontrarse afectado por los fenómenos del campo que funda en la relación con su analizado. En efecto, en este período, los autores aseveran que la noción de pantalla de doble proyección ya no sería un término aplicado al analista, sino a la situación analítica como campo (ibíd.). Por consiguiente, la asimetría del analista respecto del analizado ya no existiría como tal, en tanto que el analista se encontraría igualmente inmerso en el campo que constituye junto a su contraparte. Con todo, los autores no aportan mayores precisiones para comprender de qué forma la noción de pantalla de doble proyección se articularía al concepto de campo en su conjunto.

¹¹⁵ Algunos años después, Daniel Gil (1978) realiza un planteo metapsicológico en términos muy similares a los de M. Baranger, aunque en él esté ausente la expresión de “pantalla de doble proyección” como tal: “El sistema superficial percepción-conciencia tiene dos caras: una mira hacia el exterior y la otra hacia el interior. La primera percibe elementos del mundo externo dándoles nombre, expresándolos en el pensamiento a través del lenguaje. La cara que mira hacia el mundo interior no difiere de ésta y también ‘percibe’ y ‘denota’” (p. 76).

¹¹⁶ Para nuestros fines, resulta indiferente si figuramos esta contraposición de dos caras ya sea como una esfera cuya cara interna se cierra sobre sí misma, y una cara exterior que establece una frontera con el exterior, o bien como un mero rectángulo de papel con anverso y reverso.

3.1.3 El *campo bipersonal* en sus relaciones con el estructuralismo, la teoría de campo de Lewin y la Gestalt

En *Apertura de discusión sobre el material clínico*, Galeano Muñoz (1968) plantea que las doctrinas psicogenetistas en psicoanálisis dan paso a tres grupos de interpretaciones, correspondiendo cada una de ellas a una concepción teórica diferente. Éstas son: *Historicistas*, *Conductistas (psicología del yo)* y *Configuracionistas*. No nos detendremos en los dos primeros grupos, puesto que el texto no enfatiza sobre ellos; abordaremos la tercera modalidad, en tanto que allí se presenta de forma más o menos elaborada, por primera vez en la RUP, las principales articulaciones teóricas que definen, según este autor, la modalidad interpretativa en términos bipersonales.

Prestemos atención ahora al enunciado que da comienzo al apartado sobre *configuracionismo*:

La mayor parte de las concepciones teóricas del psicoanálisis, sobre las que organizamos nuestras formas de trabajo técnico, provienen de la psicología de la forma, ya que el análisis responde a una estructura formal (ibid., p. 216).

En la cita anterior, la frase explicativa: “*sobre la que organizamos nuestras formas de trabajo técnico*” oficia de articulación entre las dos partes principales del enunciado, sin añadir información nueva, salvo establecer la continuidad entre el título del congreso en el que dicho texto fue presentado (“Teoría de la técnica”)¹¹⁷ y lo que está allí siendo expuesto. La locución conjuntiva “*ya que*”, igualmente, proporciona un efecto de sustentación al enunciado principal, es decir, expone el porqué, justifica aquello que es afirmado.¹¹⁸ Al mismo tiempo, confiere un estatuto de *ya sabido*, de conocimiento compartido por quienes están allí presentes, que se acentúa por el empleo, en la frase explicativa, de la primera persona del plural, produciendo un efecto de identificación-inclusión. Esto es, el “imaginario” de un “acuerdo”, tanto con los oyentes del congreso como con el lector, de que la psicología de la forma es una de las principales concepciones teóricas que organizan la práctica del psicoanálisis. Este efecto imaginario de algo *ya sabido* y compartido por todos correspondería a lo que Pêcheux (1975/2016) denomina *incrustación del preconstruido*. Mediante dicho efecto parecería quedar en evidencia, aunque de forma disimulada, el establecimiento de un punto de partida insoslayable para hacer progresar el texto, pero también que la importación de conceptualizaciones provenientes de la psicología de la forma constituiría una especie de origen desconocido de la teoría psicoanalítica.

Inmediatamente después, Galeano Muñoz (ibid.) señala que pueden destacarse tres aspectos principales en el marco del configuracionismo: la *concepción gestáltica*, la *campina*, de *Lewin* y la *estructuralista*. En cuanto al primero de ellos, el énfasis es colocado en la relación entre el todo y las partes, siendo la relación aquello que excede a la suma de sus partes, pero

¹¹⁷ “La técnica está en función de una teoría del análisis y para cada concepción teórica corresponde un modo de trabajo o técnica” (Galeano Muñoz, 1968, p. 213).

¹¹⁸ En este sentido, la locución “*ya que*” puede ser sustituida por otras como “debido a”, “porque” o “puesto que”.

que, no obstante, las vincula. De esa forma, “el predominio de tendencias de coherencia o de dispersión, dan origen a figuras diferentes” (ibid., pp. 216-217). Galeano Muñoz señala que “el aporte más claro de la concepción de la figura o Gestalt es el concepto de M. Klein sobre objeto parcial y total” (ibid., p. 217) con el cual se habría enriquecido el psicoanálisis, especialmente en la región. Si bien no obviamos que puedan existir puntos de articulación entre la psicología de la forma y el psicoanálisis kleiniano, es importante destacar cómo el autor pasa directamente de los sustantivos “todo” y “partes”, y de su articulación en el marco de la teoría de la Gestalt, a las formas en que es adjetivado el objeto en psicoanálisis: “total” y “parcial”, como si de una continuidad entre ambos discursos se tratara. Con todo, no es expuesta ninguna argumentación que detalle bajo qué formas la concepción de la Gestalt habría aportado al psicoanálisis.

En relación a la *concepción campina de Lewin*, el autor señala que “el análisis es una organización formal, cuyo status, origina una situación operativa asimétrica” (ídem). Al igual que en los primeros textos de M. y W. Baranger sobre el tema, el énfasis está puesto en la relación de asimetría entre analista y analizando, en la cual el primero propende una modificación del segundo mediante el trato y la palabra. Galeano Muñoz define a esta relación como una “estructura bipolar”, es decir, compuesta por dos polos, siendo “el extremo de analizado” concebible “como la fusión de un doble sistema de realidades: la fantasmagórica y la mundana” (ibid., p. 218). Mientras que el analista es quien debe procurar “una defusión discriminada de ambos sistemas de realidad que dé una perspectiva coherente a las relaciones del paciente en el mundo” (ídem). Sin embargo, la teoría de campo de Lewin no propone explícitamente su aplicación de acuerdo a estos fines. Estaríamos aquí, más bien, ante una articulación entre psicoanálisis y teoría de campo cuyo origen estaría en la propuesta de W. y M. Baranger en la década del 50, como vimos previamente. Es más, el concepto de “realidad” de la teoría de campo aplicada a la interacción humana es concebido como un campo unificado, con lo cual resultaría incompatible proponer, al mismo tiempo, un doble sistema de realidades del lado del analizado, cuando la realidad sería en sí misma un fenómeno del campo. Solamente en tanto que modelo importado y adaptado a los fines analíticos por estos autores, el campo de la teoría homónima podría volverse “campo bipersonal”.

En relación al *estructuralismo*, el autor afirma:

La totalidad es una estructura que precede a los elementos, que de por sí no son estructurantes. La relación de ellos es la estructurante y esta relación no está estructurada por sí, sino por un sistema de transformaciones que opera por autorregulación. *La estructura no es una Gestalt, sino el proceso mismo de la composición o modificación.* En el psicoanálisis la interpretación y el trato son funciones de construcción estructural, y la línea interpretativa la estructurante (ibid., p. 219).¹¹⁹

Se observa que en los tres aspectos del *configuracionismo* figura una noción de “estructura”, ya sea como “estructura formal” o “estructura gestáltica”, como “estructuras campinas” (uni, bi o

¹¹⁹ Las itálicas nos pertenecen.

multipersonales), o como “totalidad” que preexiste a los elementos que la constituyen. Con todo, el empleo del término “estructura” parece poseer un significado diferente según corresponda a cada una de las tres formaciones discursivas que conforman el *configuracionismo*. Sin embargo, las tres parecen tener un punto en común: su relación con la noción de “todo” o “totalidad”.

En la cita anterior, la expresión “*la estructura no es una Gestalt*” constituye una forma marcada de *heterogeneidad mostrada* (Authier-Revuz, 1990), en tanto que la negación “no” traería implícita la posibilidad de que fuese sostenida la afirmación contraria, es decir, que la estructura fuese una Gestalt. De hecho, en varios textos previos se le otorga una relevancia capital a la *Gestalttheorie* (y a la *fenomenología*) para el esclarecimiento del concepto psicoanalítico de *estructura psíquica* (Baranger, 1956b): la estructura temporal del análisis es entendida como una *Gestalt* temporal (Baranger, 1959). Incluso en el texto de Galeano Muñoz (1968) es utilizada la expresión “estructura gestáltica” (p. 217).¹²⁰ Con todo, mediante el complemento “*sino el proceso mismo de la composición o modificación*”, a partir de la conjunción adversativa “sino”, la estructura quedaría definida como algo diferente de una *Gestalt*: como un “proceso” o “sistema de transformaciones que opera por autorregulación”. Pero, ¿acaso el predominio de tendencias de coherencia o dispersión que originan figuras diferentes, presente en el punto de vista gestáltico, no presupondría también la idea de proceso o, al menos, de transformación? Entonces, ¿la estructura constituye o no una Gestalt? De hecho, una de las traducciones posibles de la palabra alemana *Gestalt* es “forma” o “configuración”, pero también “estructura”, en tanto que totalidad independiente de las partes que la constituyen.

Por su lado, Acevedo de Mendilaharsu (1977) define y emplea el término *estructura* en términos similares a los de Galeano Muñoz, como “aquello que conforma un conjunto organizado, sin tener las connotaciones de las corrientes estructuralistas científicas” (p.32). Poco después añade:

(...) hablar en términos de estructura es un intento de pasar del catálogo de los hechos, del plano de la descripción y del nivel de la crónica, a los vínculos no contingentes, por ejemplo, a los lazos y a la articulación (ídem).

A partir de estas dos afirmaciones la autora se desembaraza de la cuestión de definir si su concepción de estructura es equivalente a la noción estructuralista de estructura –dado que lo emplea “en el sentido lexical del término” (ídem) –, limitándose a definirla como “conjunto organizado”. No obstante, dado que su intención es trascender la descripción y colocarse en el ámbito de la “articulación”, de los “lazos”, de los “vínculos no contingentes”, es decir, realizar una articulación de acuerdo a necesidades lógicas, el fin perseguido aquí no parece diferir en demasía de aquel buscado por el modelo estructural (científico): reducir experiencias heterogéneas a un razonamiento homogéneo (Eco, 2011). No obstante, la aproximación de

¹²⁰ “(...) una seriación de partes, presenta una coherencia tal que la serie misma es una sola configuración. Un ejemplo claro de esto es la *estructura gestáltica* señalada como secuencia de planos: ‘analista-pecho-ideal-madre llena de bebés-dañada por la niña-paciente’ (Galeano Muñoz, 1968, p. 217; las itálicas nos pertenecen).

Acevedo de Mendilaharsu (1977) a dicho concepto es diferente a la de Galeano Muñoz, en tanto que, tomando a Lagache, considera a la estructura en el sentido empleado por Freud en el *Proyecto* (1950[1895]/1985) y en la *Interpretación de los sueños* (1900-01/1991), aunque centrándose en la noción de “estructura de la personalidad”, como un conjunto dinámico, organizado y móvil de formaciones psicofisiológicas; se trata de estructuras que comprenden estructuras (Acevedo de Mendilaharsu, 1977).

En este sentido, toma como ejemplo los *mecanismos*, los cuales, según la autora, a diferencia de las pulsiones, constituyen una estructura.

Estos mecanismos pueden inscribirse en un sistema de relaciones (sería lo que los gestaltistas denominan *campo*, pero entendiendo aquí que campo no se reduce a una forma, en el sentido de relaciones figurales). Y este sistema de relaciones (proximidad, orden, congruencia, equivalencia, composiciones) puede integrar otra estructura de nivel superior, que asegure la transformación reglada de esas relaciones, y en particular su invariancia bajo la operación idéntica del sistema (ibid., p. 32).¹²¹

Como podemos notar, la autora considera que los mecanismos pueden ser inscritos en un sistema de relaciones, aproximando la expresión “sistema de relaciones” al término “campo” tal como es usado por los gestaltistas, pero también por Galeano Muñoz. Ello es así en tanto que las tres perspectivas resaltan la idea de un todo organizado, dinámico y, por tanto, pasible de ser transformado. Sin embargo, la aproximación no es más que inicial, dado que su definición de campo como sistema de relaciones no se “reduce a una forma, en el sentido de las relaciones figurales”. Por el contrario, añade a continuación modalidades de relación muy específicas, relativas a leyes que rigen a las estructuras algebraicas y a la geometría analítica: “operación idéntica”, “equivalencia”, “invariancia”, “composición”, “orden”, “congruencia”, “proximidad”. También es preciso señalar que, con su antropología estructural, Levi-Strauss procede de forma algebraica. Tal aclaración resulta pertinente, en la medida en que las dos referencias aludidas por la autora para su abordaje de este tema son precisamente textos sobre el análisis estructural (Greco, s.f.; Schaff, 1972), con lo cual su forma de entender el concepto de estructura parece más próxima de las “connotaciones de las corrientes estructuralistas científicas” de lo que asume expresamente.

En suma, estas tres perspectivas teóricas (la *Gestalttheorie*, la *Teoría del Campo* y el *Estructuralismo*) son articuladas entre sí por estos autores a través del concepto de *estructura*. Si bien dicho concepto poseería diferentes significados según se lo circunscriba en una u otra superficie discursiva, lo cierto es que, tal como señalábamos previamente, parecería que el mismo queda subsumido bajo la categoría de “totalidad articulada”. El empleo de dicha categoría tendría la función de “monitorear” o modalizar la *heterogeneidad constitutiva* (Authier-Revuz, 1990) de estos tres discursos, mediante un concepto que se presenta “común” a ellos. Al mismo tiempo, por sí mismo, el concepto de estructura parece soportar la carga de enmascarar toda

¹²¹ Las itálicas pertenecen a la autora.

posibilidad de contradicción, es decir, todo aquello que amenace con derrumbar la coherencia buscada en la articulación de estos tres discursos.

3.2 El campo de lenguaje: la inclusión explícita del tercero.

3.2.1 Sopena y el lugar del tercero como mediación.

El texto de Sopena, titulado *Acerca del hablar y el interpretar* (1969), resulta capital para este viraje en tanto que es el primer texto de la RUP que introduce la expresión *campo de lenguaje*, dado que, hasta entonces, la definición de la situación analítica como “campo bipersonal”, o como “binomio analítico”, era una de las expresiones más utilizadas en los textos psicoanalíticos de la época. El término *campo de lenguaje* aparece inserto por primera vez en el siguiente pasaje: “la patología del campo es la patología de un *campo de lenguaje*” (ibid., p. 6), siendo asociado el término *patología* a expresiones como “situación simbiótica”, “vínculo simbiótico (con el analista)” y a la pérdida en “la palabra de su carácter de símbolo *mediador* para formular y expresar ideas, sentimientos, y adquiriendo el significado de una cosa, de un elemento concreto”¹²² (ídem). Aquí, la función de la *interpretación* realizaría el camino inverso, intentando restituir a la palabra como comunicación, como “mediación”, a fin de producir la “desimbiotización del vínculo” entre analista y analizando.

Al introducir la expresión de *campo de lenguaje*, parecería producirse cierta variación de concepción, en tanto que aquí se emplea de un modo diferente la palabra “tercero”. Si bien el término figuraba ya en textos previos bajo expresiones como “terceras personas”, “situaciones tri y multipersonales”, “estructura tripersonal o triangular” (Baranger y Baranger, 1961-62) o “el tercero ausente-presente”, asociado al “triángulo edípico” (Baranger y Baranger, 1964), lo cierto es que en ellas subsiste la concepción de que el campo posee “una organización básica”, constituida por “dos personas básicas”, que tiende a ser encubierta por las situaciones tri y multipersonales que establecen clivajes, que fracturan en partes la unidad del campo. El tercero parece ser allí más un obstáculo que un recurso para el progreso en la situación analítica.

En efecto, en este texto, el tercero parece poseer un estatuto teórico opuesto al precedente: la expresión “la ruptura de la simbiosis y la vivencia de un mundo intersubjetivo se da por la aparición de un tercero” (Sopena, 1969, p.13), parafraseada del siguiente modo: “la relación por mediación de la palabra, a diferencia de la extraverbal, incluye al tercero: la palabra puede ser oída por un tercero” (ibid., p. 14). Ambos pasajes muestran cómo la palabra “simbiosis” está directamente asociada con la no inclusión del tercero y con una relación “extraverbal”, en estrecha relación con la transferencia narcisística, “donde no hay comunicación”, haciendo del analista una persona no independiente, algo que “el sujeto proyecta, una parte de él” (ídem). A su vez, la expresión “mundo intersubjetivo” y la frase “la relación por mediación de la palabra” se asocian a la noción del “tercero”.

¹²² Las itálicas nos pertenecen.

Si previamente afirmábamos que el estatuto teórico de la noción de campo de lenguaje se oponía al de campo bipersonal, ello se verá reafirmado a partir de la siguiente cita:

La palabra une de otra manera, estableciendo el encuentro desde espacios corporales distintos. Es por la claudicación de la palabra que la situación analítica está constantemente amenazada de degenerar en una relación de dos, fusionados e indiferenciados entre sí (ídem).

A partir de este fragmento pueden realizarse varios comentarios: en primer lugar, la afirmación de que *la palabra une de otra manera* presupone que la relación extraverbal también “une” de algún modo, es decir, que se reconoce una primera modalidad de unión (entre analista y analizando) previa a la palabra. En segundo lugar, si la palabra establece un encuentro considerando a los cuerpos desde lugares diferentes, ¿la relación extraverbal lo hace considerando a los cuerpos desde un único espacio? Según parece, podríamos responder de manera afirmativa, en tanto que la “claudicación de la palabra”, hecho que puede suceder en la situación analítica, podría llegar a “degenerar en una relación de dos, fusionados e indiferenciados entre sí”, que se volverían, por tanto, un solo espacio corporal. Si bien, entre los conceptos de *campo bipersonal* y *campo de lenguaje* no existe una radical diferencia en cuanto a la finalidad con la que son utilizados –romper con la “fusión”, la “confusión” o “indiferenciación” entre los dos polos de la relación analítica–, el segundo considera la “relación de dos” como una “degeneración”, mientras que el primero la concibe de forma inversa, como la “organización básica” del campo analítico. Inversamente, el concepto de *campo bipersonal* toma a las situaciones tripersonales como divisiones del campo, mientras que, de acuerdo con el concepto de *campo de lenguaje*, el tercero produce a la división como condición necesaria para que el analista pueda operar, en tanto que no quedaría fusionado, indiferenciado de su contraparte. Bajo esta concepción, palabras como “mediación”, “distancia”, “separación”, “diferenciación” constituirían los antónimos de aquello que podría considerarse “patología”.

Ahora bien, retomemos una de las frases citadas más arriba y añadamos algunos enunciados que le siguen:

La ruptura de la simbiosis y la vivencia de un mundo intersubjetivo sólo se dan por la *aparición de un tercero*. Corresponde a la descripción de M. Klein de la *posición depresiva*: la vivencia de la madre como objeto total (persona) en tanto relacionada con otro, el padre, y, por consiguiente, de la madre como distinta de uno y de uno mismo como distinto de la madre. *En la medida en que la posición depresiva es la que posibilita el desarrollo de la función simbólica, también permite el desarrollo del lenguaje*. La ecuación simbólica pecho-pene es sustituida por la simbolización y el uso de la palabra (Sopena, 1969, p.13).

Y continúa:

La aparición del lenguaje está, por lo tanto, íntimamente vinculada a angustias depresivas de pérdida, de separación de la madre. La palabra nombra al objeto, lo representa, pero no es el objeto mismo. Como ha dicho Lacan, la palabra es una presencia hecha de ausencia (ibid., pp. 13-14).¹²³

¹²³ En ambas citas las itálicas y el subrayado son nuestros.

Las expresiones “*corresponde a la descripción de M. Klein de la posición depresiva*”, “*en la medida en que la posición depresiva es la que posibilita el desarrollo de la función simbólica, también permite el desarrollo del lenguaje*” y “*la aparición del lenguaje está, por lo tanto, íntimamente vinculada a angustias depresivas de pérdida, de separación de la madre*”, podrían considerarse como tres formas de *hibridación* discursiva,¹²⁴ en tanto que los términos “corresponde”, la locución “en la medida en que (...)”, también permite” y el conector consecutivo “por lo tanto”, indican el establecimiento de equivalencias o conjunciones entre los términos “posición depresiva” y “aparición del tercero”; “posición depresiva” y “desarrollo del lenguaje”; “aparición del lenguaje” y “angustias depresivas de pérdida...”, respectivamente. No obstante, la segunda expresión mencionada establece una hibridación colocando a la posición depresiva como causa del desarrollo del lenguaje. En resumen, de acuerdo con Grau Pérez (2018), se trataría de una hibridación discursiva en tanto que en estos ejemplos puede observarse una composición discursiva que se presenta como si fuera homogénea pero que, en realidad, está conformada por elementos provenientes de formaciones discursivas diversas: una formación discursiva que podemos denominar “Lacan” y otra formación discursiva que denominaremos “Klein” (ibíd.). Ello sucede de este modo, en la medida en que se establece entre ambos discursos un nexo o puesta en correspondencia alrededor de elementos que giran en torno a los términos “lenguaje” y “posición depresiva” o “función simbólica”, poseyendo cada uno de ellos su lugar y sus particulares consecuencias teórico-prácticas dentro de la respectiva teoría que los alberga.

En continuidad con lo anterior, podemos concluir que este nuevo sentido del término “tercero” está asociado con la lectura de los *Escritos* de Lacan y de algunos textos de sus seguidores.¹²⁵ Ello es así, en tanto que una de las primeras apariciones de este término en el texto está referido a la “rabia” que sentía un paciente de Sopena al darse cuenta que su pareja, María, no lo deseaba; que accedía a tener relaciones sexuales con él, prestándose exclusivamente como objeto. En este contexto, el autor señala que la protesta de su paciente en cuanto a no ser deseado por su pareja “implicaba el reconocimiento de la autonomía de María como sujeto de deseos, deseos que pueden ser para un *tercero*” (1969, p. 12),¹²⁶ habiendo referido previamente al deseo de María como el “deseo del otro (...) como alguien distinto de él” (ibid., p. 11), atribuyendo la afirmación al propio Lacan. Tal como podemos apreciar, a lo largo del texto aparecen varias referencias a Lacan que evidenciarían un momento de recepción de su propuesta teórica, no sólo porque se lo nombra expresamente o porque se empleen términos

¹²⁴ Por *hibridación* debe entenderse a “un proceso discursivo que, a primera vista, se muestra como una ‘mezcla indiscernible’ de elementos de diferentes formaciones discursivas, sin marcas –o con marcas muy débiles– que introduzcan distancias, divergencias, diferencias entre ellos” (Grau, 2018, p. 100).

¹²⁵ Cabe consignar que en el texto de Sopena (1969) figura como bibliografía dos escritos de Lacan (*Fonction et champ de la parole et du langage* y *L’instance de la lettre dans L’inconscient ou la raison depuis Freud*) y un texto de Leclaire (*Psychanalyser. Essai sur l’ordre de l’inconscient et la pratique de la lettre*) y otro de este último junto a Laplanche (*L’inconscient: une étude psychoanalytique*).

¹²⁶ Las itálicas nos pertenecen.

atribuidos a su teoría, sino también porque se produce allí una puesta en relación entre elementos de la teoría de aquél y la teoría (kleiniana) mantenida hasta dicho momento.

Posteriormente, en este mismo texto, podemos notar al menos otra modalidad bajo la que se presenta la contraposición entre un funcionamiento compuesto de tres elementos y otro que considera sólo dos: se trata de la oposición entre, por un lado, la “triple relación semántica en la palabra” —expresión que es tomada por Koolhaas de K. Bulher y parafraseada aquí por Sopena—, en tanto que “está expresada por uno, está dirigida hacia el otro y se refiere a algo” (ibid., p. 14), siendo para Bulher la “estructura básica del lenguaje”. También hay una referencia a H. Segal, que toma de Ch. Morris la definición del símbolo como “una relación de tres términos: una relación entre la cosa simbolizada, la cosa que funciona como símbolo y la persona para quien la una representa a la otra” (ídem). Y, por el otro lado, estaría la “ecuación simbólica” que, por el contrario, no considera tres términos sino dos, puesto que el símbolo no es tomado allí como tal sino como el objeto original mismo, sin modificación (ibid.).

Otra forma en la que es presentada la importancia del tercero se evidencia en el siguiente enunciado:

*La relación analítica es una relación triple analizando-analista-análisis. Análisis que, frecuentemente, es representado como otra persona o como el advenimiento de un tercero, un niño, un embarazo o un nacimiento.*¹²⁷ En todo analizando coexisten y alternan sus deseos de conocerse, que lo llevan a colaborar con el analista, y sus deseos de establecer un vínculo simbiótico con éste en que habiendo dos fusionados no hay análisis y, por consiguiente, el tercer término es anulado o excluido (ídem).¹²⁸

Dos páginas después, Sopena añade:

El analizando está siempre a punto de convertir al analista en objeto arcaico, o sea, de encarnar en éste sus imagos primitivas introyectadas. La demarcación entre analizando y analista se borra y para restablecerla es necesario el *acto de la interpretación*. El interpretar implica un “yo pienso que usted”...o “esto que soy yo no soy yo, es usted”. El *restablecimiento de la separación* entre usted y yo quiere decir encuentro discriminado de ambos sujetos a través de la *palabra mediadora* (ibid., p. 16).¹²⁹

De estas dos citas pueden realizarse los siguientes comentarios: por un lado, la relación analítica es considerada allí como una relación triple, término que sustituye metafóricamente a su descripción como “situación bipersonal” o “binomio analítico”, a causa de la inclusión de un tercer elemento (“el análisis”).¹³⁰ A su vez, este tercero está directamente relacionado no sólo con un personaje sino también con “el acto de la interpretación”, como un acto que es emitido por el analista, y que permite “restablecer” la separación entre analista y analizando, para lograr un “encuentro discriminado de ambos sujetos a través de la *palabra mediadora*”. En suma, la función

¹²⁷ Aquí el autor está haciendo referencia a un texto de M. Casas de Pereda (1968), titulado *Regresión y embarazo de la analista*.

¹²⁸ Las itálicas son nuestras.

¹²⁹ Las itálicas son nuestras.

¹³⁰ Dentro del conjunto de textos previos a éste que abordan al concepto de campo bipersonal, en ninguno de ellos figura consideración alguna en relación a concebir al análisis o al propio campo como un tercero respecto de los dos personajes de la “organización básica”.

de la palabra, del acto interpretativo, oficiaría aquí como función que produce una *mediación*, es decir, el establecimiento de una separación en un vínculo potencialmente simbiótico, también llamado fusión. Con todo, observamos allí que una de las finalidades del análisis parece ser la misma que en textos precedentes: que el analizando pueda llegar a “vivenciar” al analista como alguien diferente, separado de él, aunque analizando y analista deben arribar a una “palabra compartida”, es decir, al *insight*: “Por la interpretación y mediante la palabra mediadora, esa distancia [la existente entre un texto consciente y otro inconsciente] es franqueada y el discurso se vuelve un *discurso compartido*”¹³¹ (Sopena, 1969, p. 18). El discurso que se vuelve compartido es, según este autor, aquel constituido por el relato (o “correlato”) que el analista realiza, que se encuentra en otra dimensión y permanece inconsciente para el analizando, y separado del discurso consciente. La concepción de que existe una separación entre dos niveles en los que se organiza el campo y que la misma puede ser franqueada no diferiría del abordaje de textos anteriores y tampoco de la idea de que el analista se encuentra en una posición de asimetría frente a su analizando.

De cualquier modo, la introducción del enunciado que considera al campo analítico como un campo de lenguaje introduce cambios significativos respecto de cómo eran concebidos el lenguaje y la palabra bajo la concepción de la situación analítica como campo bipersonal: previamente el campo se constituía en función de una fantasía inconsciente, mientras que aquí es la palabra la que lo “crea” y “estructura”, entendiendo a ésta como “el objeto común, a la vez propio y ajeno, simultáneamente familiar y enigmático” (ibid., p. 24). Ahora bien, si el análisis debe abocarse a arribar a un discurso compartido, o sea, quebrantar la separación entre un relato consciente y su (cor)relato que permanece inconsciente para el analizando, ¿cómo puede sostenerse que la palabra sirva de mediación y, al mismo tiempo, oficie manteniendo la separación entre analista y analizando? ¿Separa y a la vez une? El autor introduce aquí una paradoja, consistente en una mediación que separa y a la vez une, pero también en tanto que concibe a la palabra como algo común a las partes involucradas, pero también como algo radicalmente ajeno a ellas.

Como puede apreciarse, estamos ante un problema topológico, el cual puede ser abordado a partir de la expresión lacaniana de *inclusión externa*: es como si la palabra mantuviese una relación de *inclusión externa*, tanto en lo que respecta al analista como al analizando, en la medida en que ella es entendida como un medio que no forma parte de ninguno de los dos, sino que circula entre ellos. La palabra franquea un límite produciendo elementos comunes a ambas partes, elidiendo, al mismo tiempo, la separación entre los relatos consciente e inconsciente —el analista necesariamente debería poder “moverse” entre ambos niveles desde el momento mismo en que es capaz de realizar el acto interpretativo, mientras que el analizando transitaría inicialmente sólo en un plano inconsciente—, lo cual permite hablar de una conjunción

¹³¹ Las itálicas nos pertenecen.

entre ambos conjuntos; pero, al mismo tiempo, si su función es mediar entre ellos, es porque necesariamente está presupuesta la separación, la diferencia entre ambos.

3.2.2 Nieto Grove y el predominio de la palabra del analista

En un texto posterior, titulado *De la técnica analítica y las palabras*, Nieto Grove (1970) presenta articulaciones análogas a las de Sopena en ciertos aspectos, a la vez que introduce consideraciones que explicitan cuestiones no presentes en aquel. Ambos autores coinciden en que la interpretación debe ser comprendida como una “palabra compartida” –expresión que Nieto Grove toma de Segal–; no obstante, la autora realiza un énfasis no presente en el texto de aquél: afirma que aquello que es comprendido debe ser dicho por el analista y “compartido por el analizando. Esto es lo que llamamos *insight* en la situación analítica” (ibid., p. 181) y que “en ese compartir hay acceso a la comunicación, es decir, aceptación de la misma como salida positiva” (ibid., p. 182). El énfasis aquí es diferente, dado que no se trata de un discurso compartido, en tanto producto de un acuerdo entre las partes, sino de un predominio de la palabra del analista; lo único que puede volverse compartido es la interpretación del analista. Esa parece ser la única terminación posible del análisis en la perspectiva de la autora.

Este comentario queda aún más justificado a partir la siguiente cita:

Mientras algo descubierto por el analista no se llega a formular o es dicho, pero no es compartido, tenemos que inferir que el trabajo de las defensas está operando allí. Si esta situación es la que predomina podemos pensar que la teoría kleiniana del clivaje da cuenta adecuadamente del fenómeno: el campo analítico refleja el clivaje interior que por motivos diversos (según las fantasías inconscientes implicadas) la persona desea mantener (ídem).

¿Qué habilitaría a realizar la inferencia de que las defensas están operando cuando el analizando no comparte la interpretación del analista? ¿Por qué la teoría kleiniana del clivaje daría cuenta de ese fenómeno adecuadamente? Según parece, en este pasaje subyace el supuesto, implícito, de que la interpretación analítica es un instrumento que puede acceder al plano inconsciente del campo de forma *inequívoca*, a la vez que el relato del analizando parece ser concebido como un decir cuyo sentido sería transparente, accesible de forma inmediata para el analista. Al mismo tiempo, quedaría excluida la posibilidad de que el analista se equivoque a la hora de intervenir, dado que, incluso cuando pudiera constatar que su interpretación no produjo ningún efecto, éste no asumiría su error, atribuyéndolo a un problema defensivo de su analizando o de clivaje del campo. Esta presuposición oficia como *efecto de preconstruido* y habilita un encadenamiento de enunciados que permite *sustentar* una eficacia explicativa de la teoría kleiniana en la comprensión del fenómeno de las defensas.

En este punto, nuestra lectura no resulta arbitraria ni forzada, sino que se desprende directamente de la concepción del análisis sostenida por la autora. La misma se pregunta: “¿*Cuál es la meta de este trabajo que es el análisis? La conciencia veraz*. Lo que buscamos, analista y analizando (...) es un conocimiento verídico; entiéndase como acceso a un sentido verdadero

que se esconde y revela”¹³² (ibid., p. 176). En este pasaje subsiste una nueva presuposición consistente en aseverar la existencia de un “sentido verdadero”, escondido, que puede ser revelado y producir así un saber inequívoco.¹³³ Ambas presuposiciones –aquella que admite implícitamente un carácter transparente del material a interpretar y la preexistencia de un “sentido verdadero”– operan de manera conjunta, en la medida en que ambas se reclaman recíprocamente para establecer la relación entre consciente e inconsciente, a la vez que parecen traer aparejada una concepción *realista* del conocimiento.

Ahora bien, aquello afirmado en el pasaje antes citado entraría en contradicción con el fin del análisis al que adscribe expresamente Nieto, propuesto por Segal: el movimiento del análisis tiende a la reducción de los clivajes, de lo reprimido, a su reintegración y a producir una “identidad propia” (ibid., p. 180), “a la asunción de uno mismo como distinto y separado” (ibid., p. 179). La contradicción surge porque ¿cómo es posible que, mediante el análisis, emerja una identidad propia, si el analizando, necesariamente, debe identificarse con aquello que es interpretado por su analista para que el análisis avance y culmine en cierto momento? Resulta imposible que el analizando asuma un lugar separado y diferente de su analista si no posee otra salida que compartir el punto de vista de su “intérprete”.

Si bien Nieto Grove realiza varias articulaciones teóricas con el pensamiento lacaniano –principalmente mediante la lectura realizada por Ricoeur–, observable en el empleo de expresiones como “esencial incompletud”, “alteridad”, “palabra”, el saber sobre lo inconsciente entendido como “saber de una herida”, “discurso”, “campo de lenguaje”, etc. (ídem), e incluso asevera que su esquema conceptual es muy próximo al de Lacan, lo cierto es que parece tratar como análogas las expresiones “campo de lenguaje” y “campo de la relación bipersonal analítica”, colocando el énfasis en el significado habitual atribuido a esta última expresión: “el trabajo analítico (...) es un trabajo que dos realizan *hablando*” (ibid., p. 177).¹³⁴ Diferente de lo que ocurría en el texto de Sopena (1969), en el cual el adjetivo “bipersonal” estaba completamente ausente. Asimismo, la palabra “tercero” no figura explícitamente en el texto de Nieto, u otra expresión similar; sin embargo, podría estar aludida en el sustantivo “lenguaje” o en el pasaje que sigue: “el trabajo analítico se da “hablando, *entre dos*, para hacer surgir la palabra nueva” (Nieto, 1970, p. 177),¹³⁵ donde la preposición “entre” y el sustantivo “palabra” podrían hacer referencia a una suerte de terceridad. Lo mismo ocurre cuando parafrasea a Freud en relación al juego del carretel: “*El hablar, en efecto, da testimonio de una radical separación, en su mismo intento de hacer un puente verbal*”¹³⁶ (ibid., p.178). Aquí, el hablar oficiaría de corte

¹³² Las itálicas pertenecen a la autora.

¹³³ En este punto, la principal referencia teórica de la autora es Ricoeur (1965), el cual denomina al psicoanálisis como “técnica de la veracidad” (Nieto, 1970, p. 172). Incluso la autora reconoce explícitamente que fue el trabajo de Ricoeur el que le permitió clarificar “las oscuridades lacanianas” (ibid., p. 198).

¹³⁴ Las itálicas pertenecen a la autora.

¹³⁵ Las itálicas son nuestras.

¹³⁶ Las itálicas pertenecen a la autora.

entre la madre y el hijo, pero, al mismo tiempo, trazaría un “*punte verbal*”, metáfora cuyo valor parece análogo a la expresión “palabra mediadora” empleada por Sopena (1969).

3.2.3 Sopena y la reafirmación del tercero como discurso del Otro

Seis años después, Sopena (1976) acentúa la separación entre las ideas lacanianas que allí introduce y el pensamiento propiamente kleiniano.¹³⁷ *Notas sobre la noción de inconciente en Lacan*¹³⁸ (ibíd.) es un texto que parte de la “constatación de que el campo psicoanalítico es un campo de lenguaje” (ibíd., p. 225) para establecer el replanteo del estatuto de lo inconsciente realizado por Lacan, fundamentado en la función simbólica. No queda claro a qué apunta el autor con la palabra “constatación”, sin embargo, el empleo del verbo “es” da la impresión de que la propiedad del campo psicoanalítico como campo de lenguaje es una propiedad de corte esencialista o, al menos, comprobable empíricamente, perspectiva que no diferiría demasiado de la sostenida por W. y B. Baranger una década antes.

A partir de aquí, Sopena comienza a trazar una definición de lo inconsciente, tomando a Lacan, mediante el empleo de negaciones sucesivas: “lo inconciente *no debe ser* confundido con lo no conciente”, “*no es* lo instintivo”, “*no es* lo arcaico”, “*no es* lo primordial”, “*no es* el lugar de las divinidades de la noche”¹³⁹ (ibíd., pp. 225-226). La insistencia de estas negaciones parece constituir una declaración de intenciones: distanciarse del pensamiento psicoanalítico kleiniano que concibe al inconsciente como *fantasía inconsciente*. Es más, este término está completamente ausente del texto, aunque parece estar aludido por su relación metonímica con “lo instintivo”, “lo arcaico”, “lo primordial”, etc. Inmediatamente después, el autor introduce una afirmación: “lo inconciente es un discurso, discurso externo al sujeto puesto que es el discurso del Otro” (ibíd., p. 226) y que depende de “la estructura del lenguaje” implicada en él. Dichas expresiones constituyen paráfrasis de los *Escritos* de Lacan.

Dos párrafos después, Sopena asevera que si las formaciones del inconsciente pueden descifrarse es porque ellas están inscritas en un proceso de escritura. En este contexto, figuran dos nuevas negaciones: “En cuanto que formaciones de lo inconciente, *no es* una significación sino su relación con un sistema significativo lo que las determina” (ídem). Inmediatamente después señala: “lo inconciente *no es* significado latente sino significantes en cadena que en otro lugar –en otra escena, decía Freud– se repiten e insisten para interferir en el discurso y el pensamiento concientes”¹⁴⁰ (ídem), añadiendo que constituyen “una irrupción de un no-sentido

¹³⁷ Recordemos que los números de la RUP *En torno a Lacan I y II* –el texto de Sopena aquí referido se encuentra en el primero de ellos– fueron las primeras publicaciones de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis inmediatamente posteriores al inicio de la dictadura, pero también a la visita de Leclaire, Octave y Maud Mannoni, como respuesta al creciente interés sobre el pensamiento de Lacan y sus seguidores.

¹³⁸ A partir del año 1976, todas las publicaciones de la RUP en las que figura el término “inconsciente”, el mismo se encuentra escrito sin la letra “s”, es decir “inconciente” (Cf. Elizaincín, Vázquez y López Escudero, 1976). Por tanto, para mantener la fidelidad con el texto original, mantendremos el término así escrito en los lugares en que sea citado.

¹³⁹ Las itálicas nos pertenecen.

¹⁴⁰ Las itálicas nos pertenecen.

lógico” que se articula en torno a leyes que le son propias y que, por ello, se presentan de forma “discordante con la vida de la conciencia” (ídem). Sopena establece aquí una oposición entre una forma de concebir al inconsciente como significación (latente) y otra que lo entiende en función del concepto de significante (y de la ausencia de sentido), siendo esta última atribuida a Lacan. Esta oposición es presentada también del siguiente modo: “una manera positiva de concebir lo inconsciente como sede de los significados últimos” (ídem) frente a otra que lo entiende como “letra”, “como un encuentro con lo real bajo la forma de la carencia” o “encuentro con el no-ente, con una dimensión negativa que es idealmente inaccesible” (ídem), respectivamente. En resumen, se trataría, de acuerdo con este autor, de dos concepciones opuestas de lo inconsciente: una, en torno a una dimensión de la significación última, accesible y, por tanto, positiva, y otra, basada en la carencia de sentido, en la negatividad, en el desciframiento literal y en lo real como inaccesible o perdido.

Ulteriormente, Sopena se centra en las relaciones entre “el significante saussureano” y el “significado”, señalando que entre ellos no existe un vínculo “interno”, sino que constituyen “dos órdenes distintos y separados”. Dicha separación es definida por el autor como idéntica a aquella entre inconsciente y conciencia. En cuanto a estos sistemas, Sopena aclara:

No se trata de distintos niveles de significación, uno profundo o latente y otro manifiesto, sino de dos sistemas con leyes propias. Lo inconsciente es otro discurso, un discurso que se sitúa en otro lugar, constituyendo un dominio distinto al del significado (ibid., pp. 227-228).

Observamos aquí nuevamente la contraposición de dos concepciones no sólo de lo inconsciente sino también dos modos diferentes de concebir la relación entre los sistemas: la relación superficie-profundidad basada en una correspondencia biyectiva entre una significación consciente y otra inconsciente, la cual sería sustituida por otra concepción consistente en la puesta en relación entre dos discursos o sistemas, prescindiendo de la noción de significado, en tanto que éste resulta de la articulación significante. En este sentido, la articulación teórica parece ser más próxima a la postura de Freud, a través de la relectura en clave lingüística de Lacan, que a la del pensamiento kleiniano –en tanto que apoyada en la superposición de una “estructura manifiesta” y, por debajo, varias “estructuras latentes”, tal como ocurría poco más de diez años antes.

A partir de lo antes dicho, parafraseando a Rifflet-Lemaire (1971), Sopena se ve obligado a admitir la hipótesis freudiana de la doble inscripción, que es concebida por Lacan como “producto del desdoblamiento de un mismo significante en unidades significantes completamente diferentes, sobre todo *topológicamente*” (ibid., p. 228). Si bien Sopena no continúa la vía de explicitar este funcionamiento de una topología del significante, ella es aquí aludida explícitamente. Ello es digno de ser resaltado porque lo que sigue en el texto es una articulación en torno a la prevalencia del significante en relación al sujeto, entendido como su efecto; pero también porque plantea una diferenciación entre “sujeto” e “individuo”, asociando “realidad

transindividual” al primero e “interioridad” al segundo. A partir de allí no resultaría del todo forzado suponer que Sopena hace referencia de forma implícita a la *banda de Moebius*, en tanto que modelo para aprehender al sujeto del inconsciente. Y ello podría ser entendido en esos términos en tanto que Sopena hace mención al “desdoblamiento” de un significante en unidades diferentes, desdoblamiento que sólo puede producirse mediante un corte o separación. Recordemos que el término *corte* resultaría homólogo a la topología moebiana y, por ende, al sujeto del inconsciente. En suma, según podemos apreciar, asistimos aquí a una variación digna de mención en cuanto a la concepción de la subjetividad, variación que sería correlativa de una modificación en la concepción del lenguaje y, en consecuencia, del inconsciente:

En efecto, si se da prioridad al significado y a la capacidad significativa o expresiva de los sujetos parlantes, el lenguaje es considerado un instrumento al servicio de las necesidades de la comunicación humana. En cambio, para Lacan el orden simbólico es constituyente del sujeto, porque desde que habla o hablan de él está dentro de un discurso que lo trasciende, o sea, dentro de una cadena significativa en la que deberá estructurarse. Es una ilusión creer que el orden simbólico es formado por la conciencia (Sopena, 1976, pp. 228-229).

El “orden simbólico”, también denominado por el autor como “lugar simbólico”, introduce al Otro como aquel que habla en lugar del sujeto, “como el lugar de despliegue de la palabra”, haciendo del análisis algo diferente a un diálogo: “no hay un sujeto frente a otro sujeto”, afirma Sopena, sino “una relación siempre abierta al lugar simbólico” (ibíd., p. 231). Bajo la forma del Otro reaparece, con un estatuto diferente, la figura del *tercero*. No obstante, lo simbólico no es presentado aquí bajo la expresión de la “mediación” o “puente”, como es aludido en textos previos, sino como sinónimo de lo inconsciente, pero entendido como una “*exterioridad (...) con relación al hombre*”¹⁴¹ (ibíd., p.231). De esta forma, el autor estaría negando implícitamente la consideración de lo inconsciente como una interioridad, a la vez que desplaza al “hombre” poniendo en su lugar al sujeto y a la primacía del Otro.

3.2.4 Szpilka, el tiempo de la *torsión* y la elección *mitológica*: el Otro como más allá de la “actualidad empírica”

Este intento de contraponer la teoría kleiniana a la lacaniana vuelve a aparecer, aunque de un modo diferente, en el texto de Szpilka, titulado *Arqueología o mitología en el pensamiento psicoanalítico* (1976).¹⁴² Allí, el autor afirma que en los diferentes recorridos de la lectura freudiana se plantea un doble camino y una doble elección consistente en “una epistemología positiva, continuista, evolucionista y empirista (...) [que] reconoce un tiempo lineal de determinaciones (...) y un esencialismo inserto en lo real mismo” (ibíd., p. 304) que se opone a otra “epistemología negativa, discontinua y apuntando hacia rupturas, estructural”, que privilegia al objeto desde su ausencia, “con una concepción de un tiempo de *torsión* (...) y en donde lo real velado y perdido en sí mismo, sólo puede irrumpir en los intersticios de la trama de lo simbólico

¹⁴¹ Las itálicas son nuestras.

¹⁴² Si bien su autor es de origen argentino, la relevancia está en que se trata de un texto que fue escrito especialmente para la Revista Uruguaya de Psicoanálisis en el cual se plantea una fuerte crítica al pensamiento kleiniano y algunas referencias a la topología de Lacan, aunque articulada de un modo original.

y de lo imaginario”¹⁴³ (ídem). Las denomina elecciones “arqueológica” y “mitológica” respectivamente. Si bien el autor no hace corresponder de manera explícita cada una de ellas al pensamiento kleiniano y lacaniano respectivamente, lo cierto es que la descripción que realiza de la primera epistemología bien podría corresponderse con la teoría kleiniana, mientras que la segunda elección es expresamente asociada a Lacan y a ciertos aspectos del pensamiento freudiano.¹⁴⁴

En este contexto, Szpilka se encuentra con las mismas alternativas al abordar tanto el complejo de Edipo como el narcisismo: “una lectura directa desde un supuesto origen constitutivo en lo real se opone a una construcción mítica a posteriori siempre de un orden ternario sobre cuyo fondo aparece como eco de un paraíso perdido original” (ibid., p. 306). No obstante, la lectura de Schreber obliga al autor a plantear el interrogante de cómo puede entenderse la defensa contra la homosexualidad a través de una regresión narcisística y, a la vez, a la regresión narcisística como causa de la primera. Concluye que la homosexualidad se presenta allí sumergida en una total “causalidad circular”, es decir, como consecuencia y como causa. Se trata de un entrecruzamiento, en un mismo tiempo, en Schreber, de su estructura edípica y narcisística.

Este *entrecruzamiento* nos dificulta de allí en más cualquier concepción en términos lineales y evolutivos, donde podamos considerar la fijación, la progresión y la regresión en su decurso simple. Se nos impone un tiempo complejo de *torsión*, en el cual las dos estructuras (edípica y narcisística) se presentan como dos caras de una misma superficie unidas a través de un borde común (*cinta de Moebius*) (ídem).¹⁴⁵

Es mediante la interrogación del caso Schreber que Szpilka logra subvertir la clásica concepción del tiempo lineal y progresivo, mediante la noción de “torsión” –noción que el autor asocia directamente a una de las propiedades de la banda de Moebius– que trae consigo una concepción de un tiempo recursivo, propio de lo que define como *epistemología negativa*. Con todo, lo que resulta destacable es cómo, partiendo de las particularidades del caso Schreber, Szpilka arriba a una conclusión general *que se le impone*, presentada como si se tratara de una necesidad lógica. Con todo, el mencionado “entrecruzamiento” es empleado específicamente en torno a la homosexualidad de Schreber, pero inmediatamente después pasa directamente del caso a la regla. Es lo que Pêcheux (1975/2016) denomina *mito continuista empírico-subjetivista*, que enmascara la discontinuidad existente entre el caso concreto y la regla universal bajo la ilusión de un pasaje lineal, sin interrupciones entre ambos extremos. Es decir, se presenta como si fuera una *conclusión lógica evidente*, cuando en realidad no es más que una articulación que no establece cuál es el nexo causal entre el caso concreto y lo general o universal. Podemos

¹⁴³ Las itálicas son nuestras.

¹⁴⁴ El autor señala al final de su texto: “hay evidentes referencias a la psicología psicoanalítica del yo, a la escuela inglesa y al estructuralismo francés. Sin embargo, hemos preferido abstraernos de toda referencia directa a estas escuelas en cada punto en particular, ya que creemos que de algún modo todas ellas tienen aportes recuperables y fundamentales para la comprensión de ciertos sectores del pensamiento freudiano como así también líneas que prolongan una cierta peligrosa ideologización” (Szpilka, 1976, p. 324).

¹⁴⁵ Las itálicas nos pertenecen.

reafirmar lo antes dicho a partir de cómo continua el texto referido: “no hay fenómenos ni determinaciones donde ambas caras no se impliquen recíprocamente” (ídem);

Esto nos lleva a pensar en la imposibilidad de reservar a los diferentes planos psicopatológicos distintas estructuras aisladas de determinación. La psicosis no implica un mero problema narcisista, como la neurosis no implica sólo un problema edípico. Ambas entidades y la perversión van siempre de la mano de los dos mitos básicos en cuya trama quedan insertados: Narciso y Edipo (ídem).

Es decir, ya no se habla en singular, de Schreber, sino de forma plural: “planos psicopatológicos”, “estructuras” o “fenómenos”, etc.

Ahora bien, el texto de Szpilka no sólo es interesante por introducir de una forma original el problema de la circularidad temporal asociada a la topología moebiana, oponiéndola a la linealidad temporal sostenida por el kleinismo, sino también por confrontar “una concepción del proceso analítico anclada en lo bipersonal y actual que releva de continuo el proceso proyectivo-introyectivo imaginario” a “otra concepción que desde lo mitológico gira en torno de los conceptos de resistencia-represión” (ibid., p. 318). Esta última “busca siempre trascender la actualidad empírica de los participantes para ir a la búsqueda del Otro” (ídem). Es importante señalar que ese carácter de “actualidad empírica”, que el autor asocia al pensamiento arqueológico, es una expresión que puede encontrarse parafraseada de múltiples formas en diversos textos de la RUP: “*estos hechos, observables en una experiencia concreta*” (Baranger, 1960, p. 245); “*integrar todos los conocimientos concretos ya adquiridos en una estructura más comprensiva*” (ibid., p. 252); “no es bi-personal sino en el *plano de la descripción perceptiva común*” (Baranger y Baranger, 1861-1962, p. 7); “*nuestra actitud técnica tiene que regirse por conceptos elaborados a partir de la experiencia concreta*” (ibid., p.31); “*siendo el análisis una ciencia antropológica, la base empírica es ineludible*” (Galeano Muñoz, 1968, p.212); “*parte de la experiencia ingenua y concreta y se vuelca nuevamente, en cada uno de sus momentos, a la experiencia ingenua*” (ídem),¹⁴⁶ entre muchas otras. Dichas expresiones parecen atribuir una prioridad lógica a la observación, a lo empírico, por encima de la conceptualización,¹⁴⁷ esta última llegando a ser determinada por los primeros. Parece quedar manifiesto allí un *positivismo kleiniano*. Con todo, la concepción del proceso analítico sostenida en el texto de Szpilka consiste en, como ya vimos, “trascender” esta situación empírica para encontrar a este tercero que es el Otro.

Este intento de trascender la situación empírica parecería apuntar a una superación de la situación analítica como campo bipersonal y arribar a la consideración lingüística del campo, es decir, a la estructura del lenguaje. Ambas concepciones son presentadas por Szpilka (1976) como incompatibles, desde el momento en que, en la segunda, tanto el sujeto como el Otro no *serían* homologables a los dos polos del campo bipersonal. De hecho, según Szpilka, es el

¹⁴⁶ Las itálicas nos pertenecen.

¹⁴⁷ Se trata de una concepción que parecería estar presente desde los primeros textos de la RUP, perpetuándose, al menos, hasta mediados de los años 70 y que mantiene cierta vigencia en ciertos pensadores contemporáneos del psicoanálisis.

acercamiento arqueológico el que coadyuva a “diluir el descentramiento freudiano recentrando al sujeto sobre su realidad corporal” (ibid., p. 316). Esto es, estableciendo una equivalencia entre el sujeto y el yo, y su arraigamiento en el cuerpo que lo “personaliza y empiriza, cobrando una determinada fuerza con relación a una imagen voluntarista” (ibid., p. 318). La expresión de “imagen voluntarista” está metonímicamente asociada aquí a la noción de “intencionalidad”, articulada, a su vez, con la palabra “responsabilidad” y con la noción de “diálogo”. Esta asociación es observable en el siguiente pasaje:

La intencionalidad se reubica nuevamente en un supuesto centro yoico del sujeto, todo su lenguaje pasa a ser momento segundo y portador de un supuesto movimiento afectivo o emotivo primero. Entre los participantes de un diálogo se enfatiza la acción o conducta con lo cual se hace a menudo un uso abusivo del “usted me hace”, “usted me pone”, “usted siente”, etcétera. Se favorece así la caída en una pura descripción fenoménica de los estados imaginarios del yo (ídem).¹⁴⁸

Añadiendo poco después que, en esta concepción, al sujeto “se lo invoca como responsable en todo lo que ocurre” (ibid., p. 319).

El término “intencionalidad”, asociado a un pretendido “movimiento afectivo o emotivo primero”, es un elemento que está ya presente en la teoría de campo aplicada a la teoría de la Terapia Gestalt, pero también en la fenomenología de Husserl —a ésta última pueden articularse también las expresiones: “la caída en una pura descripción fenoménica de los estados imaginarios del yo” y “centro yoico del sujeto”—, aunque aparecen constantemente articulados, en diferentes textos de la RUP, a conceptos kleinianos. Incluso, en varias oportunidades, los fines de la terapia gestáltica y de la fenomenología parecerían quedar aquí superpuestos a los del análisis: se trata de un campo orientado por la intencionalidad, es decir, es producto de la conciencia, pero también produce conciencia (Sellés Martínez, 2006). Sin embargo, M. Baranger, en 1960, ya establecía fuertes críticas respecto a la articulación entre fenomenología y psicoanálisis —no así con la teoría de la Gestalt. Retengamos una de las más relevantes para nuestros fines: “*El mundo de la fenomenología es el mundo de un sujeto sin inconsciente. Difícilmente podría integrar la multiplicidad de fantasías absurdas, destructivas, monstruosas y sin embargo poderosamente activas, que constituye un aspecto importante del concepto kleiniano de mundo interno*”¹⁴⁹ (1960, p. 252). Aunque M. Baranger sostenga una concepción diferente de lo inconsciente respecto a la de Szpilka, lo cierto es que ambos, por vías diferentes, intentan contraponer el psicoanálisis, con la primacía del inconsciente, a la fenomenología, en la que primaría la conciencia intencional, imputándose al yo como responsable de sus actos. Por su lado, la noción de “diálogo”, tal como es aquí empleada, apunta a la atribución de actos o emociones del analista hacia el analizando —“usted me hace”, “usted me pone”, “usted siente”—, atribución que presupone que tales actos o emociones poseen una finalidad en sí mismos, es decir, son teleológicos y apoyados en un *principio de contemporaneidad*, en el que el único

¹⁴⁸ Las itálicas nos pertenecen.

¹⁴⁹ Las itálicas nos pertenecen.

tiempo válido para trabajar en el campo es el presente (Sellés Martínez, 2006). Éste es otro punto en el que la teoría de campo aplicada a la terapia gestáltica y psicoanálisis kleiniano se articularían y hasta coincidirían.¹⁵⁰

3.2.5 Paciuk y su renovada forma de interpretar la terceridad en relación a la *falta*.

Un año después, Paciuk (1977) examina el problema del “tercero” por una vía completamente diferente a la de los autores previos. Su abordaje es realizado a partir de una particular lectura de la teoría kleiniana. Su texto *Actuar, Hablar, Identificar* puede ser entendido, en líneas generales, como una crítica al concepto de “campo bipersonal”. Aunque la expresión no esté allí presente como tal, la misma estaría aludida cuando refiere a la “relación” entre el yo y el otro, a la que define en términos de “dualidad”. No obstante, dualidad no apuntaría aquí al carácter de dos personas que se vinculan –como ocurre con el concepto de campo bipersonal–, sino al equívoco inicial entre lo que el otro es y la idea que de él el yo puede crearse. Según Paciuk (ibíd.), se trata de una equivocidad “de derecho”, dado que, *de hecho*, siempre se sabe cómo es el otro. A este saber en relación al otro, producido por la percepción, que organiza el mundo del yo, y que lo lleva a realizar juicios, el autor lo define como “proyección”: “llamamos proyección a esta definición de otro, de mí y de la relación fundada en la *atribución*” (ibíd., p. 63).¹⁵¹ Paciuk considera que la *identificación proyectiva* “es el nombre genérico de estas operaciones que *hacen*, y lo que hacen es *hacer de otro un objeto*”^{152,153} (idem). El énfasis es colocado en la identificación proyectiva como un verbo: “hacer”, término que es asociado con el verbo “identificar”, no en el sentido de descubrir la identidad del otro ni de atribuirle una, sino, por el contrario, “*hacer otro idéntico a lo que el sujeto requiere de él*”¹⁵⁴ (ibíd., p. 64). Por esa razón, Paciuk asevera que, mediante la identificación proyectiva, el sujeto se transforma en un “hechicero” que vuelve al otro “un fetiche, un objeto fabricado que recubre el vacío, la futilidad y la angostura que representa en cuanto otro” (idem).

Con todo, bajo la operación aritmética $1+1=1$, el autor intenta ilustrar que jamás existen dos y que la dualización no es sino una “*unificación*”, mera relación de espejamiento, donde el segundo es apenas una duplicación del uno o una parte de él que percibe en el objeto constituido por atribución proyectivamente” (ibíd. pp. 66-67). A partir de esta forma aritmética, Paciuk critica de una forma muy próxima a la de Sopena (1969) la pretendida relación bipersonal. Inmediatamente después, realiza una observación inexistente en el texto de Sopena: “la relación sólo puede aparecer como dual para un observador exterior, pero por ser *exterior* ya recrea el

¹⁵⁰ W. Baranger (1961-62) parece diferir de la terapia gestáltica en este punto, en tanto que, si bien la primacía del “aquí y ahora en la sesión” es patente, al abordar el concepto de *integración* en términos de temporalidad, considera que la interpretación tiende a trazar una mediación entre las dimensiones temporales del pasado, presente y futuro en una sola temporalidad.

¹⁵¹ Las itálicas pertenecen al autor

¹⁵² Las itálicas pertenecen al autor.

¹⁵³ Según Garbarino, M. de Prego y Rey (1978), Paciuk se habría apartado del pensamiento kleiniano, haciendo un uso personal, aunque muy fecundo, del concepto de proyección.

¹⁵⁴ Las itálicas pertenecen al autor.

triángulo, y sólo abstrayéndose a sí mismo puede entender la relación que ‘observa’ como dual” (ibíd., p. 67).¹⁵⁵ Lo que observa Paciuk es la imposibilidad de eludir la terceridad, ya presente incluso desde el momento en que existe un observador, ya sea efectivo o hipotético. Lo que sigue del texto parece desprenderse de estos enunciados iniciales.

Según Paciuk, “en un sentido, la alteridad es el otro-de-dos. En otro sentido, alteridad *entraña al tercero: el tercero es lo que hace de otro un otro*”¹⁵⁶ (1977, p.65). La expresión “otro-de-dos” genera la impresión de que existe un par de elementos a los que puede añadirse el “otro” como un tercer elemento. En este punto, es referida la relación dual que parecen entablar sujeto y objeto, colocando “a-parte” (ibíd., p. 66) al tercero. Con todo, la continuación de la frase indica la dependencia lógica que tiene el otro en relación a la alteridad para garantizar su carácter de tal, con lo cual el tercero debe preexistirle necesariamente.¹⁵⁷ Por ese motivo, Paciuk indica que, el hecho de que el otro pueda volverse objeto, implica que su condición de otro no le está garantizada de antemano, sino “que se funda en el reconocimiento del sujeto, vuelto el otro del otro” (ibíd., p.74).

A partir de lo antedicho cabría preguntarse lo siguiente: en primer lugar, ¿el genitivo “del”, presente en la expresión “el reconocimiento del sujeto”, es subjetivo u objetivo, es decir, se trata del reconocimiento que el sujeto *realiza* para volverse el otro del otro o se trataría del reconocimiento *al* sujeto? En segundo lugar, ¿el sujeto que participa en la instancia de reconocimiento es el mismo que aquel que participaba de la relación con el objeto, al colocar “a-parte” al tercero? ¿Acaso no debería ser el tercero el otro del otro en lugar del sujeto? Justamente, si el tercero (la alteridad) es el que garantiza el estatuto del otro, necesariamente el tercero debería ser también el otro del otro, y no así el sujeto, cuyo estatuto parece no verse modificado por la acción del tercero. No obstante, una respuesta a esta última interrogante puede formularse a partir del texto mismo:

La identificación proyectiva pone un paréntesis, haciendo la relación yo-otro (tercero).
Traslada al tercero más allá de otro, eventualmente del lado del yo, no por razones libidinales, por el goce que trae al yo, sino porque importa más que no sea de otro (ibíd., p. 65).

Esta cita muestra que la identificación proyectiva, al degradar la relación triangular a un vínculo dual, coloca al tercero no del lado del otro, sino en un “más allá de otro”, que quizá podríamos aproximar a este lugar del otro del otro, que puede llegar a coincidir con el lugar del yo. Para continuar nos vemos obligados a establecer una equivalencia entre los conceptos de “yo” y “sujeto”, tal como son usados en el texto de Paciuk. Si bien en textos kleinianos no suele existir una clara distinción conceptual entre yo y sujeto, a diferencia de lo que ocurre en la propuesta de Lacan, lo cierto es que el término “sujeto” aparece casi siempre asociado al “objeto” como su

¹⁵⁵ Las itálicas pertenecen al autor

¹⁵⁶ Las itálicas pertenecen al autor.

¹⁵⁷ Paciuk (ibid.) emplea la expresión “des-encubrimiento de otro”, con lo cual queda subrayado el carácter de preexistencia del tercero.

contraparte de la relación dual de conocimiento, mientras que el “yo” figura más en relación al “otro” y a la relación triangular. No obstante, también se observan diversos entrecruzamientos entre los cuatro términos, lo cual habilitaría a la equivalencia propuesta.

Ahora bien, ¿Por qué el tercero se colocaría más allá del otro y, eventualmente, del lado del yo? Para responder a esta interrogante cabe subrayar la culminación del fragmento citado: “importa más que no sea de otro”. Esto último se articula directamente con el concepto kleiniano de “envidia”, aunque interpretado por Paciuk de una forma particular: en la posición esquizo-paranoide las bondades del objeto no residirían en la discriminación, sino que lo bueno del objeto sería confundido con aquello que el sujeto fantasea en él y que le es negado. Por esa razón, Paciuk considera que “lo bueno se equipara sin más, a lo-del-tercero, y deseado es lo urgido de tener, y que no tenga el tercero” (ídem). Si lo bueno coincide con lo que el sujeto fantasea que es retenido por el tercero y que le urge tener, ¿cómo es posible que el tercero se traslade al lugar del yo, si, justamente, aquél entraña aquello que el sujeto necesariamente no tiene? En este punto, la respuesta de Paciuk es sumamente interesante. Éste considera que, en lo esquizo-paranoide, lo bueno sería aquello que responde sí de una forma incondicional; pero de hacerlo “vaciaría al objeto de lo Bueno, que pasaría a ser propiedad del sujeto al tiempo que el objeto se volvería cáscara pura” (Paciuk, 1977, p.68). Justamente, “lo bueno se define aquí por ser *lo que otro tiene (...). Lo bueno es lo que el objeto re-tiene y por ello el sujeto no-tiene*”¹⁵⁸ (ídem). La paradoja es aquí manifiesta: el objeto mantiene su carácter de bueno mientras que no se logre acceder a él; si se accede a él, dejaría de pertenecerle al otro, pero también dejaría de ser objeto bueno. Además, si lo bueno, en la posición esquizo-paranoide, es aquello que siempre dice que sí, pero, al hacerlo, vacía al objeto de lo bueno, entonces podemos concluir que el objeto bueno es equivalente al objeto malo en la concepción del autor. Esta paradoja parece quedar remarcada en un texto posterior de Paciuk (1983), en el cual afirma que “malo es el objeto que frustra, que se niega a la apetencia del sujeto” (p.46). Pero ¿no es justamente la negativa al sujeto lo que preserva al objeto de su bondad en tanto que perteneciente al otro? ¿Cómo puede ser esta negación algo que preserve lo bueno en el objeto y, al mismo tiempo, lo malo en él?

En este sentido, no resulta extraño que Paciuk emplee el término “falta”: “[el objeto] le falta a partir de suponer que otro lo tiene guardado para sí o para el tercero, y a partir de faltarle, lo desea” (Paciuk, 1977, p. 68). De este modo, el tercero acaba siendo equivalente a la falta, en tanto que, diciendo que no al sujeto, produce el deseo en este último. No existen referencias explícitas a Lacan en el texto, sin embargo, la noción de *falta* –noción central de su pensamiento– parece estar presente en el texto del autor uruguayo. En suma, ¿podemos decir que el tercero, en tanto que equivalente a la falta, es el que se traslada eventualmente al lugar del yo (sujeto)? ¿Lo que el sujeto fantasea como presencia de un objeto bueno en el tercero sólo puede ir a parar

¹⁵⁸ Las itálicas pertenecen al autor.

al lugar del primero como una ausencia? ¿Paciuk estaría proponiendo que aquello que se desea es lo que, en realidad, al otro le falta?

En otra parte del texto, Paciuk subraya que el tercero puede ser negado, integrado o escindido, pero siempre está presente, con lo cual no tendría sentido afirmar que, en un momento dado, el tercero “ingresa”. Con todo, por ingreso puede entenderse “a la superación de la escisión que funda su ausencia (y lo escindido no es inexistente, sino presencia) por la integración” (ibíd., p. 65). Dicho de otro modo, según el autor, puede decirse que la integración significa, en realidad, un “reingreso” del tercero, mientras que su exclusión es la que reduce la relación –que el autor catalogará de “triangular”– a una relación dual entre sujeto y objeto. Inmediatamente después afirma:

Más que como ser de alteridades, el psicoanálisis en la dirección en que lo planteó Melanie Klein, descubre al hombre como *ser de inter-és, ser que es entre*, y esta estructura triangular separa al psicoanálisis de la filosofía, tanto como la resistencia, la represión y lo inconciente (ídem).¹⁵⁹

En esta cita, Paciuk intenta apartar al psicoanálisis de la filosofía, adjudicando al primero el recurso a una “estructura triangular”, que se opone a otra clase de estructura que podría considerarse dual –fundada en la relación de conocimiento entre sujeto y objeto–, y que atribuye a la segunda. La expresión “*inter-és*” –juego homofónico que condensaría en una sola palabra los significantes “interés”, “entre” y “ser”, que podría ser parafraseado como “*entre-ser*” o “*ser-entre dos seres*”– hace del ser, del cual se encargaría el psicoanálisis propuesto por Klein, una instancia que no sería propiedad del sujeto ni del objeto (ni del yo ni del otro), sino el resultado de la articulación entre las dos partes: “La situación analítica sería una situación entre dos, que son tres, ‘el inter-és’”¹⁶⁰ (Garbarino, M. de Prego y Rey, 1978, p.10). Este *inter-ser*, como efecto de una articulación entre dos partes, se opondría a una concepción filosófica en la que el ser constituiría una entidad idéntica a sí misma, separada de otra entidad con esencia propia (el objeto).

Varias páginas después, el autor retoma la cuestión del “entre” mediante la figura de la “mediación”: “la relación con otro es mediada, que el objeto establece esta mediación y que de ella no salimos” (Paciuk, 1977, p. 74). Si bien no es la primera vez que encontramos la articulación en términos de mediación, el modo en el que es presentada aquí parece diferir radicalmente de abordajes previos. Mientras que anteriormente se describía a la mediación bajo la forma del tercero –ya sea en su acepción de palabra o de personaje virtual que mantenía la distancia entre el yo y el otro, o entre analista y analizando, y que impedía la degradación a lo bipersonal, o como obstáculo que produce clivajes en el campo–, aquí la mediación sería

¹⁵⁹ Las itálicas pertenecen al autor.

¹⁶⁰ “Me parece que así se deja de lado el inconsciente considerado como sistema, que como señaló Freud, es ‘el otro escenario’ con el cual tenemos que tratar y que se interpone en la relación entre dos, de un modo diferente a como lo hace un tercero considerado como un sujeto y que muy lejos de ser una ‘mera copresencia desencarnada’ es la presencia siempre viva y encarnada del pasado del sujeto” (Garbarino, M. de Prego y Rey, 1978, p. 10).

realizada por el objeto mismo. Parece invertirse el lugar del objeto, el cual deja de ser así uno de los polos de la relación y pasa a adquirir, él mismo, un estatuto de “relación”. En este punto el autor retoma la *identificación proyectiva* como la primera modalidad de mediación, y como condición de toda forma ulterior de mediación: “en la relación con el objeto se establece una mediación entre yo y otro, entre otro y tercero, y entre el sujeto y él mismo, puesto que el objeto llegará a ser un aspecto de sí mismo” (ibid., p. 68). Pero el objeto no sólo es concebido aquí como mediación, sino también como *meta*, no siendo separables, según Paciuk. No obstante, no aparecen en el texto mayores precisiones a este respecto.

En este punto, Paciuk retoma la cuestión del *deseo*, articulándola a la noción de *relación*: afirma que “*la relación que se desea es lo oscuro*” (ibid., p. 78), siendo estos “deseos oscuros para la conciencia, pero claros para el inconsciente”, que “entonces lo inconsciente es precisamente *oscuro por definición*”¹⁶¹ (ibid., p. 79) y que, dados los principios lógicos que rigen al inconsciente (ausencia de contradicción, simultaneidad, etc.), la oscuridad de la que se trataría es “una oscuridad intrínseca a lo que llamamos deseo” (ídem). Como puede apreciarse, el autor considera la relación conciencia-inconsciente bajo la metáfora del claro-oscuro. Tal metáfora se originaría en el hecho de que la concepción freudiana del inconsciente funciona de acuerdo a una lógica cuyos principios difieren de la lógica aristotélica, la cual se basa en el *principio de no-contradicción* (Aristóteles, 1994). Por tanto, “oscuridad” ocuparía, en realidad, la función de sustituto metafórico de lo que podríamos llamar la “incomprensión” del pensamiento consciente. El autor señala que, en tanto deseo, se vuelve “claro” solamente una vez vuelto consciente. En este punto, si bien el autor se distanciaría de aquellas formas de entender el análisis como una técnica que buscaría encontrar un significado latente, termina considerando el fin del análisis¹⁶² en términos similares que aquellas: “Hallar el deseo que se da por realizado no es des-encubrir una causa oculta, es el modo psicoanalítico de *restituir al sujeto sus dotes de organizador del campo de su peripecia*”¹⁶³ (ibid., p.82). Dicho de otro modo, devolver al sujeto la conciencia sobre su propio accionar.

Algunos años después, este sujeto es definido por Paciuk como “sujeto trascendental” (1983, p.48), dejando patente que su forma de concebirlo ha recibido la influencia de la concepción kantiana del sujeto. Sin embargo, el autor añade que la finalidad del análisis es hacer que el sujeto deje “de ser la conciencia inmediata, el sujeto movido por impulsos que le son ajenos, a ser el sujeto deseante, solidario con ‘lo que en él se quiere’, siendo en una historia” (ídem). Únicamente entendiendo la expresión “sujeto (...) solidario con ‘lo que en él se quiere’” en el sentido del *imperativo categórico* kantiano, esto es, que el sujeto debe obrar exclusivamente de acuerdo a leyes universales, necesarias, podríamos conciliar una concepción de sujeto

¹⁶¹ Las itálicas pertenecen al autor.

¹⁶² Utilizamos la palabra “fin” en el sentido del momento en el cual la experiencia del análisis culminaría, pero también en tanto que objetivo de la misma.

¹⁶³ Las itálicas pertenecen al autor.

deseante con un sujeto trascendental, haciendo coincidir la noción de deseo propuesta por Paciuk a dicho imperativo. Pero, si el “sujeto deseante” tendría que ver con someterse a “lo que en él se quiere”, ¿no terminaría siendo movido por “impulsos” que también serían ajenos a él? Esta sumisión a una ley universal ¿no acabaría por abolir las *dotes del sujeto como organizador del campo de su peripecia*?

Sea como fuere, en el texto figuran otras referencias que parecen entrar en contradicción con esta forma de concebir al análisis: “*Objeto es siempre objeto parcial*, lo que implica que es *una escisión lo que está en su origen*”¹⁶⁴ (Paciuk, 1977., p. 64). Y, al referirse al objeto total, asevera que “no es un objeto compuesto, al modo químico, nunca hay una totalidad a la que se llegue, (...) toda integración es a su vez a cuenta de futuras integraciones, no un estado que se alcanza” (ibid., p. 74). A partir de estos pasajes cabe preguntarse: ¿acaso el sujeto podría volverse el organizador de su campo sin arribar necesariamente a una totalidad? ¿La totalidad no estaría asociada, en el pensamiento kleiniano, al acceso a la conciencia? ¿No resultaría contradictorio concebir al objeto como parcial y, al mismo tiempo, sostener una finalidad del análisis consistente en que el sujeto recupere sus dotes de conciencia? Si bien no contamos con elementos suficientes para dar respuesta a estas interrogantes, es importante subrayar una de las diferencias teóricas entre Paciuk y otros autores kleinianos: mientras que en estos últimos parece subsistir una concepción desarrollista, es decir, se parte de objetos parciales (orales, anales, fálicos) y se arriba a un objeto total (genitalidad), la articulación teórica de Paciuk parecería proceder, en cierto modo, de una forma más próxima a la de Lacan, a saber, que el objeto es siempre parcial. No obstante, se diferencia de este último en tanto que la idea de “integración” de relaciones previas sigue estando presente en el autor, al modo kleiniano, aunque añadiendo que se trata de estados transitorios de integración.

De este modo, la inexistencia de un estado al cual arribar estaría determinada por cómo es entendido el concepto de “escisión” (que está en el origen del objeto) y que presupondría la imposibilidad de colmarla o repararla definitivamente. ¿Podemos, por tanto, aproximar el término “escisión” al de “falta”? Podríamos decir que Paciuk aborda la falta en tanto falta *del* objeto, en la medida en que se trata de un objeto que el sujeto no posee y que supone que otro lo tiene; mientras que la pregunta que aquí lanzamos apuntaría más bien a una falta *en el* (origen del) objeto. Con todo, Paciuk precisa que, en realidad, se trataría de una “triple escisión” que se da en el yo, en el otro y en la relación. Si recordamos que el objeto es concebido por el autor como “relación”, como “mediación” entre el yo y el otro, resultaría lícito retomar el término “falta”. Pero, dado que el autor plantea la existencia de una triple escisión, ¿acaso la falta también debería ser pensada de forma triple? ¿O quizá estamos forzando la analogía escisión-falta cuando en realidad ambos términos responderían a articulaciones teóricas diferentes?

¹⁶⁴ Las itálicas pertenecen al autor

Algunas respuestas a las interrogantes realizadas en párrafos precedentes pueden esbozarse a partir de un texto posterior de Paciuk, titulado *De relaciones y mediaciones* (1983), en el cual el autor toma el *estructuralismo* de Lévi-Strauss y el *método dialéctico* como modelos interpretativos en su lectura de Klein. Sin ánimos de repetir articulaciones que se mantienen muy próximas a las del texto previo, en el presente es añadido el término “estructura” para caracterizar el tipo de relación al que hace referencia:

La estructura de la relación no es pues un dado, al modo del *es*. Más bien su modo es el del *siendo*; ella sólo se revela en un tiempo que no es el tiempo de la maduración, sino una temporalidad que se despliega en *momentos* que, más allá de la mera sucesión, se encuentran trabados de un modo peculiar que llamamos *proceso* y obedecen a una ley interna respecto del proceso mismo” (ibíd., p. 44-45).¹⁶⁵

El redoblamiento de la negación “no” en la frase muestra nuevamente el interés de contraponer su abordaje respecto al de la filosofía, salvo que aquí figura, además, una crítica expresa al *atomismo* o *elementalismo*, en la medida en que constituye una corriente filosófica que tiende a sostener “la prioridad ontológica del ser aislado, del ser anterior a toda relación y cuya agregación a otros seres igualmente aislados compone la realidad” (ibíd., p. 38). Pero también establece una oposición frente al desarrollismo kleiniano y, en su lugar, propone, mediante la noción de “proceso”, una clase de temporalidad cuyos momentos funcionan de acuerdo a una ley interna que los rige (tiempo lógico).

En este contexto, Paciuk señala que no existe el hombre aislado, sino que siempre existe un “mediador”, el *socius*, haciendo de su relación con él algo fundante e irrenunciable, dado que el hombre requiere de él para existir. Critica así la “tesis del sujeto autosuficiente”. Sería la posición en la estructura la que determinaría a un sujeto y a otro, ya “que ambos nacen a la vez al mundo de la reciprocidad” (ibíd., p. 40). La expresión “mundo de la reciprocidad” es parafraseada como “mundo de la diferencia”, que significaría “diferencia de lugares” (ídem). Esta diferencia actualizaría una “di-ferencia, una di-vergencia”, entre el sujeto y el otro, que funda una “*separación*”, haciendo del otro alguien irreductible al sujeto, “in-dependiente” desde el inicio (ídem). Los dos primeros juegos de palabras, en los que se acentúa el prefijo “di”, señalarían, por un lado, el carácter de dupla de la relación, pero también recordemos que dicho prefijo puede indicar una oposición que, como tal, implica una diferencia, una separación. De modo similar, el juego homofónico presente en la palabra “in-dependiente” indicaría la negación de la dependencia del sujeto respecto del otro y viceversa, pero también el prefijo “in” puede entenderse como “dentro de”, con lo cual también podría ser traducido por “dentro de la dependencia” (del sujeto con el otro). Si sumamos las tres expresiones, el contexto nos habilitaría a proponer que se trataría de una dependencia necesaria o una necesidad recíproca entre el sujeto y el otro para establecer sus respectivos lugares (la diferenciación de ambos),

¹⁶⁵ Las itálicas pertenecen al autor.

principalmente porque el autor sostiene la “primacía de la relación” y la imposibilidad de “despegarse del otro” (ibíd., p. 41).

Si bien la cuestión de la identificación proyectiva como mecanismo de defensa es presentada en un modo análogo al texto del 1977, lo cierto es que el énfasis aquí es puesto sobre el mecanismo de la “escisión” y en la operación inversa, la “integración”. Aunque estos dos últimos términos figuraban en aquel, se trataba de referencias más bien puntuales. Paciuk (1983) define aquí a la escisión como “una operación que crea una oposición binaria”, volviéndose “un primer principio ordenador que configura dos polos de relación” (p. 45). Se desliza subrepticamente, así, mediante las nociones de “polos de relación” y “oposición binaria”, el concepto de “campo bipersonal” como algo constituido mediante la escisión –función que en el texto previo ocupaba la identificación proyectiva. Paciuk concebiría la existencia de una unidad “anterior” a la escisión (caracterizada de “inconciente”). El autor marca aquel término con comillas, pareciendo apuntar que se trataría de una *anterioridad lógica*, no cronológica, pero, al mismo tiempo, define el proceso por el cual se arribaría a la unidad como una “recuperación” de la misma, dando la impresión de que la unidad preexistiría, cronológicamente, a la escisión. Este punto ya habría sido aclarado en el texto de 1977:

[el otro] está *antes en sentido lógico*, no es creación ni efecto del yo. (...). Pero este otro adviene *después en sentido fáctico*; es sólo de la elaboración y superación con otro esquizo-paranoide que surge la posibilidad de la relación depresiva con otro (Paciuk, 1977, p. 61).¹⁶⁶

Ello es vuelto a referir en el texto que estamos enfocando ahora:

(...) la alteridad, por un lado, es primera y es escindida, y, por otro lado, es segunda, sólo surge con la integración (Paciuk, 1983, p.48).

De esta forma, diferencia la temporalidad lógica sostenida por la teoría, de la temporalidad cronológica con la cual un sujeto experimenta una unidad que se le presentaría como asegurada de antemano.

Poco después, Paciuk (ibíd.) concluye que si la escisión es la que parte y opone, entonces el elementalismo y dualismo constituyen creaciones de dicho momento y que, por tanto, “atomismo y relación ya no serían teorías alternativas, sino que ambas corresponden a momentos del proceso de relación y el elementalismo se vuelve adecuado como descripción del momento de des-conocimiento de la relación” (ibíd., p. 46). De esta forma, el atomismo criticado más arriba por Paciuk deja de ser planteado como opuesto a la teoría de la relación, pasando a ser, ambos, diferentes momentos de una articulación dialéctica. La paradoja planteada páginas antes en relación al objeto bueno/objeto malo parece ser aquí zanjada mediante la idea de *proceso*, el cual comprende dos instancias principales: la escisión y la integración. El autor advierte que la integración

¹⁶⁶ Las itálicas pertenecen al autor.

no es un desandar la escisión ni su mero negativo, ni una reasociación de lo que habría estado disociado, ni una simple síntesis. Es un momento de *superación*, en el sentido dialéctico del término, en el que aparece una nueva configuración de la relación que conserva al anterior como núcleo que le da sentido (ibíd., p. 47).¹⁶⁷

A partir de este pasaje y retomando algunas cuestiones previas, da la impresión de que cuando Paciuk se refiere a las operaciones de “escisión” e “integración”, el método aludido es “dialéctico”, mientras que cuando aborda la relación del sujeto al otro, habla en términos de “estructura”. No obstante, un término que es mencionado en ambos casos es el de “relación”: tanto en el punto de vista estructural como dialéctico, de acuerdo con Paciuk, la noción de “relación” sería central. Es más, cabe la hipótesis de que es en torno a dicha noción que ambos puntos de vista podrían ser articulados en el texto, aunque el autor no proporciona mayores indicaciones para resolver este problema.

¿Acaso podemos interpretar estas operaciones de escisión e integración desde un punto de vista topológico? Sí, en la medida en que consideremos a esta unidad “anterior” –llámese objeto total, situación única, etc.– como un conjunto de partida que, hipotéticamente, contiene a todos los elementos, pero que, mediante la escisión, deviene en una pluralidad de situaciones u objetos parciales que serán también conjuntos, aunque disyuntos entre sí. Pensar de este modo supone considerar a la escisión de forma homóloga a la operación conjuntista de la *disyunción*. ¿Estamos habilitados a proponer tal homología? Podríamos proceder de dicha forma con la condición de que recordemos que una teoría de conjuntos, regida por una serie de principios definidos *a priori*, puede servir de modelo interpretativo para un sistema formal si se siguen ciertas reglas lógicas de correspondencia. En este caso podemos hacer corresponder la escisión a la *disyunción* y la *conjunción* o *reunión* a la integración, siendo la primera aquella operación que tiende a establecer el mínimo de relación entre dos o más conjuntos (Badiou, 2006), es decir, se divide al conjunto de partida en otros cuyos elementos no sean comunes entre ellos; mientras que la segunda constituye una operación que permite agrupar conjuntos disyuntos bajo una unidad que los subsuma a todos, siendo, a la vez, una operación productiva en tanto que crea un conjunto inexistente previamente. Estas operaciones regirían, entonces, el pasaje del objeto parcial al objeto total, esto es, al otro como tal, por la mediación del tercero. En este sentido, el tercero es también un conjunto –restaría saber más precisamente de qué elementos se compone– que, al establecer una conjunción con el objeto –que no es otra cosa que una “relación” en el sentido del autor–, produce un nuevo conjunto, el otro, que no sólo contiene dentro de sí al objeto –a los objetos parciales reunidos en una unidad–, sino que también prefigura su relación con otros, incluyendo allí al sujeto. Dicho de otro modo, esa conjunción del objeto con el tercero habilitaría a ulteriores conjunciones o integraciones, siempre parciales y abiertas (Paciuk, 1983).

¹⁶⁷ Las itálicas pertenecen al autor.

Si procedemos estableciendo tal homología, necesariamente estamos obligados a considerar los objetos parciales, situaciones, impulsos, etc. como conjuntos y como elementos de otros conjuntos. Pero ¿lo que propone Paciuk nos concedería el derecho de concebir las cosas de esa manera? El autor señalaba que la escisión era una operación que creaba una oposición binaria, ya sea malo/bueno, perseguidor/idealizado, etc., pero ahora añadamos que “entre ambos pares hay una diferencia de clase más que de grado” (ibid., p.45). La noción de “clase” es bastante próxima a la de conjunto en tanto que agrupa elementos que cumplen determinadas propiedades; mientras que la idea de “grado” conlleva las nociones de escala, medición y orden. Si la diferencia se establece por la pertenencia o no a una clase, es decir, de forma binaria, nada nos impide considerar estas relaciones como oposiciones significantes – donde cada uno se define por ser lo que el otro no es–, con lo cual el nexo con su interpretación en términos conjuntistas estaría asegurada.

Siguiendo esta vía de homologías, si consideramos los términos a los que alude Paciuk como significantes, entonces las operaciones de integración y escisión deben ser entendidas también en términos lingüísticos: la escisión estaría asociada a la idea de *rasgo unario*, en tanto marca que constituye la diferencia (significante) como tal, y la integración sería asociable a las operaciones de *metáfora* y *metonimia*. La metonimia es observable en el papel del tercero como aquel significante que se vuelve el más representativo de lo que el sujeto y el objeto tienen en común, a la vez que permite transformar la relación sujeto-objeto en la relación yo-otro. Ahí la metonimia officiaría de condición necesaria para la aparición de la metáfora en tanto que se da allí la sustitución del “objeto” por el “otro”, haciendo que el primero atravesase la barra de la significación y se produzca un nuevo sentido. El efecto metafórico bien puede ser revertido, recobrando así el objeto su carácter de tal. Posiblemente a eso apunta Paciuk cuando emplea el término kleiniano de “porosidad” para caracterizar la relación entre escisión e integración: “una fluidez bien diferenciable de la *inestabilidad* propia de la escisión”¹⁶⁸ (1983, p. 50). Esta inestabilidad a la que Paciuk refiere sería la que podría afectar a la consistencia de la integración.¹⁶⁹ Ello resultaría evidente si recordamos que el propio autor sostenía que, aunque a partir de la integración se hable en términos de objeto total, no por ello estaría asegurado un estado definible como totalidad, ni como absoluto, ni como fin de un proceso. Por el contrario, dado que la escisión puede irrumpir en cualquier momento, desestabilizando la integración –lo que podríamos llamar *emergencia de una falla* en la totalidad o unidad–, harían necesarias futuras integraciones que no son sino provisorias (ibíd.). Si bien la integración, para Paciuk, apuntaría, al igual que en autores previos, a una conjunción entre el conjunto de lo consciente y el conjunto de lo inconsciente, no estaría presente la idea de que el objetivo del análisis sería

¹⁶⁸ Las itálicas son nuestras.

¹⁶⁹ Hablar aquí en términos de *conexidad* o de *vecindad* sería completamente admisible.

arribar, por ejemplo, a una “conciencia veraz” (Nieto, 1970) ni acceder a un “sentido verdadero”, en tanto que ilusión de un sentido último.

3.2.6 Willy Baranger y una revisión tardía del concepto de *campo bipersonal*.

A fines de la década del 70, tomando ideas de varios autores como Pichon-Rivière, Meltzer, Balint, Klein y especialmente Lacan, W. Baranger (1979) realiza una revisión crítica de su primera conceptualización del campo. La excesiva atención hacia nociones como transferencia y contratransferencia durante las dos décadas previas –conceptos que habitualmente quedaban confundidos en el pensamiento kleiniano con los conceptos de identificación proyectiva y contraidentificación proyectiva–, modelo que reforzaba la técnica interpretativa en términos de “aquí y ahora, conmigo en la sesión”, comienza a ceder lugar intentando recuperar una modalidad interpretativa capaz de contemplar la historia del analizado. Su concepción del campo en 1979 evidencia la recepción del pensamiento de Lacan: se hacen presentes allí los conceptos de *sujeto dividido*, así como sus críticas referentes al carácter especular y defensivo de una psicología bipersonal (De León de Bernardi, 2008). Su reformulación parcial del concepto del campo analítico es la siguiente: “No se trata ni de dos cuerpos, ni de dos personas, sino de dos sujetos divididos, cuya división resulta de una triangularidad inicial. La denominación correcta sería por lo tanto la de ‘campo intersubjetivo’” (Baranger, 1979, p. 30).

Sea como fuere, a pesar de haberse topado con la obra de Lacan y de sus diálogos con Leclaire, Maud y Octave Mannoni en APU,¹⁷⁰ lo cierto es que Baranger no dejó de sostener el carácter *integrador* de la interpretación, tendiente a la reducción de los *clivajes*,¹⁷¹ sumado a nociones como las de *baluarte*, *reacción terapéutica negativa*, el *parasitismo* producido en el analista por su analizante, el enfoque *situacional* y *dialéctico* de los primeros trabajos, y la mayor parte de la teorización sobre las relaciones de objeto, se mantuvieron casi inalteradas desde la década del cincuenta (De León de Bernardi, 2008).

3.3 ¿El concepto de *campo* constituye un *modelo*?

3.3.1 El *campo bipersonal*

El concepto de *campo bipersonal* surge de una articulación entre la *teoría de campo* aplicada a la psicología científica de Lewin, su aplicación y ampliación por la terapia de la *Gestalt*, y el psicoanálisis kleiniano. Frente a la pregunta de si dicho concepto constituiría un *modelo* en los términos definidos previamente, consideremos, a modo de hipótesis, que efectivamente lo es. ¿Por qué? El concepto lewiniano de campo es el resultado de un interés científico por desarrollar conceptos y leyes generales que fuesen aplicables a las conductas individuales (psicología) a partir de unos pocos elementos de construcción, es decir, mediante un *método*

¹⁷⁰ Los cuales serán abordados en el *capítulo 5*.

¹⁷¹ Por oposición a Leclaire quien había propuesto, tanto en Argentina como en Uruguay, que el *clivaje* es la condición misma de la existencia del sujeto

*constructivo*¹⁷² (Lewin, 1951/1988). Para ello, Lewin se sirve de un lenguaje lógico y matemático estricto:

ciertos tipos de geometría, como la topología, son muy útiles para representar la estructura de situaciones psicológicas. Los conceptos topológicos y vectoriales combinan el poder del análisis, la precisión conceptual, la utilidad para la derivación y el ajuste para la gama total de los problemas psicológicos de una manera que, en mi opinión, les otorga superioridad sobre cualquier otro instrumento conceptual conocido en psicología (ibid., § 1.6).

A propósito de los pocos elementos de construcción, Lewin alude a que la investigación en términos de campo está basada en el supuesto de que el campo psicológico es organizado alrededor de leyes universales capaces de formular teoremas para comprender los cambios que ocurren, sus causas y efectos. Sin embargo, a diferencia del positivismo, se trata de enunciados que describen las relaciones empíricas entre ciertos elementos constituidos como “fuerza psicológica”, “posición psicológica”, entre otros (Fernández Fernández y Puente Ferreras, 2009), de ahí que Lewin considere a tales elementos como “definiciones operacionales” (Lewin, 1951/1988, § 1.3). Lo que resulta interesante aquí es que Lewin emplee la topología en una vertiente *constructiva y no-axiomática*, es decir, que no estudia los problemas de estructura y posición en el campo psicológico de acuerdo a reglas predefinidas, sino que la propia descripción de lo observado es la que determinaría la representación matemática de los posibles tipos de conexiones entre “espacios y sus “partes”.

Ahora bien, no podemos considerar que el concepto de *campo* bipersonal propuesto por los analistas kleinianos retenga todas las características del concepto de campo de Lewin. En efecto, el primero retiene del segundo algunas de sus nociones como las de “núcleos” o “polos” que constituyen el campo, aunque el kleinismo limita su cantidad a dos, mientras que en Lewin puede tratarse de *n* individuos en tanto que su foco es la dinámica de grupos (Lewin, 1947). También conserva de la teoría de Lewin la concepción de que la teoría de campo debe limitarse a proporcionar definiciones puramente operacionales y que su fundamento debe ser experimental, esto es, basadas en evidencias empíricas (Baranger, 1959) –recordemos que W. Baranger (1956) toma de Pichon-Rivière la expresión “campo operacional”. Algunas de estas definiciones operacionales como “fuerza”, los ya mencionados “centros” o “polos” orientados de

¹⁷² El *método constructivo* “es uno de los procedimientos de formalización deductiva de las teorías científicas (*método deductivo*). La idea de método constructivo surgió y fue elaborada (en los trabajos de David Hilbert, Luitzen Brouwer, Arendt Heyting, A.N. Kolmogórov, A.A. Márkov, P. Lorenzen y otros) como tentativa para superar la fundamentación axiomática de las matemáticas y de la lógica (por ejemplo, con el fin de liquidar las paradojas de la teoría de los conjuntos). A diferencia del método axiomático, mediante la elaboración constructiva de la teoría se intenta reducir al mínimo las aseveraciones iniciales, indemostrables en el marco de la teoría dada, y los términos indefinibles. La tarea principal que ha de cumplir el método constructivo consiste en estructurar sistemáticamente (haciéndolo de manera real o presentándolo como posibilidad dados los medios de los que se disponga) los objetos que pueden ser considerados en el sistema y las aseveraciones que acerca de ellos se hagan. La determinación de los objetos iniciales y la construcción de otros nuevos se lleva acabo recurriendo a un conjunto de reglas y definiciones especiales. Todas las demás aseveraciones del sistema se obtienen de la base inicial con la ayuda de una técnica de inferencia específica para las teorías constructivas, técnica basada en el principio de la *inducción matemática*. Actualmente, el método constructivo sólo encuentra aplicación en el terreno de las ciencias formales, gracias a él se elaboran la matemática y la lógica constructivas. Al parecer, sin embargo, no hay motivos para negar la posibilidad de que este método pueda aplicarse también a la elaboración de los conocimientos de la ciencia natural” (Rosental y Ludin, 1965, p. 314).

acuerdo a “líneas de fuerza y dinámicas determinadas” (Baranger y Baranger, 1961-62, p.4), entre otros, son también utilizadas por el kleinismo para desarrollar su concepto de campo bipersonal. También mantiene de la concepción lewiniana la idea de que el campo constituye una totalidad que debe ser estudiada de acuerdo a leyes generales o universales –recordemos que Baranger (1956) afirmaba que “necesitamos describir primero el campo operacional de la situación analítica, pues *la metapsicología tendrá que dar cuenta antes que todo de los fenómenos* que ocurren en este campo operacional” (p. 307)– y que puede ser modificada como resultado de la inclusión de un nuevo elemento. Asimismo, ambos conceptos parecen retener una preeminencia del presente respecto de los otros dos tiempos verbales: para Lewin “la conducta no depende del pasado ni del futuro, sino del campo presente” (Lewin citado en Fernández Fernández y Puente Ferreras, 2009, p. 39), y para el pensamiento kleiniano se trataría de poner en primer plano el “aquí y ahora, conmigo en la sesión”. Sin embargo, en el concepto de campo bipersonal parece subsistir una perspectiva teleológica que concibe a la interpretación en la vía de una síntesis temporal –en la que pasado, presente y futuro constituyan una temporalidad completa (Baranger, 1961-62)–, finalidad que no parecería estar presente en la perspectiva de Lewin.

Con todo, no es seguro que los psicoanalistas kleinianos de la época hubiesen recurrido *de forma explícita* a un lenguaje lógicamente estricto, y mucho menos a una geometría tan particular como la topología, como sí ocurre en la concepción lewiniana de campo. No obstante, a lo largo de varias décadas, los autores kleinianos uruguayos han mostrado un constante interés por representar espacialmente conexiones y cortes entre diferentes espacios –integraciones y clivajes, respectivamente, de estratos o estructuras superpuestas (conscientes e inconscientes), del yo y de sus objetos, etc.–, aunque sus figuraciones posiblemente no estuviesen a la altura de la sofisticación requerida para la constitución de un modelo. Asimismo, varios de los conceptos utilizados por estos autores parecen tener un correlato espacial abstracto –por ejemplo, los conceptos de *proyección* e *introyección*, directamente fundados en una distinción entre un espacio “interior” y otro “exterior”– y están fundados en o constituyen principios lógicos –por ejemplo, la interpretación entendida en términos de correspondencia sobreyectiva entre un material manifiesto y múltiples elementos latentes; o la definición de la *fantasía inconsciente* como concepto primitivo o principio lógico cuya función es determinar y producir al objeto, preexiste a las palabras y las torna posibles, determina el desarrollo psíquico, como modalidad sensorial, etc.

A partir de lo anterior podemos notar que el concepto de *campo bipersonal*, a la vez que retiene algunas de las principales características de la concepción lewiniana, introduce un plus de sentido en tanto que el campo del psicoanálisis parece perder el énfasis conductista, poniendo en un primer plano la dimensión de la fantasía inconsciente, sus fenómenos y mecanismos. De cualquier modo, el foco en las conductas del analizado no se perdería totalmente en los autores

que conceptualizan el campo bipersonal. No obstante, parecen más interesados en postular una finalidad implícita (teleología) en cada una de las conductas de su paciente –ya sea en lo que hace o en lo que dice–, que estarían dirigidas, necesariamente, hacia la figura del analista, por ser él el otro polo de la relación transferencial-contratransferencial.¹⁷³ Esta finalidad implícita a toda conducta producida en el campo determina, tal como vimos previamente, la existencia de, por lo menos, dos niveles o estratos superpuestos: el de las conductas (manifiesto) y el de su significación subyacente (latente), al que se suma un nivel individual del campo que, eventualmente, constituye, junto al del analista, un campo que engloba a los niveles individuales implicados. Por su lado, la concepción lewiniana y gestáltica del campo mantienen esta última articulación entre un nivel individual y total del campo, pero no lograrían concebir la articulación entre un nivel consciente e inconsciente del campo, en tanto que su perspectiva sería puramente fenomenológica, es decir, enfocada en aquello cuyo significado se manifiesta directamente en la conciencia,¹⁷⁴ haciendo que sea imposible alojar allí fenómenos que escapen a la percepción consciente.

Pero si el campo, por definición, funcionaría como una totalidad interrelacionada que excede a la suma de sus partes, ¿cómo es posible que en su acepción psicoanalítica funcione como una especie de totalidad escindida? ¿Acaso los estratos manifiesto y latente, o consciente e inconsciente, constituirían dos partes que, en su interrelación, conformarían la totalidad del campo? ¿Dicha duplicidad de niveles sería reencontrable en el análisis del campo individual o bien sería una propiedad exclusiva del campo producido en/por la situación analítica?

Aseverar que el concepto de *campo bipersonal* constituiría un *modelo* coherente capaz de interpretar (algún aspecto lógico de) la teoría psicoanalítica kleiniana es algo que excede a la exposición que aquí hemos realizado. Para ello se requeriría de un análisis pormenorizado de los diversos modos en que dicho concepto es concebido y utilizado por los analistas uruguayos, sus diferentes usos prácticos, las contradicciones que pudiesen plantearse a nivel doctrinario y los modos en que podrían ser resueltas, etc. Sea como fuere, *podemos arriesgar la hipótesis de que, en efecto, el campo bipersonal funciona como una estructura que sirve de modelo para el psicoanálisis kleiniano*, al menos como modelo para figurar cómo se constituye y desarrolla la situación analítica, con todos sus elementos constitutivos, y una modalidad de interpretación analítica –muy próxima de una hermenéutica, que apuntaría a un significado último, cuyo acceso sería transparente y pleno para el analista– que resultaría prácticamente invariable y siempre coherente con los principios de esta perspectiva bipersonal, intersubjetiva y cerrada que define a este modelo.

¹⁷³ Un ejemplo a este respecto nos lo brinda De Uturbey (1968): “El paciente se encerraba dentro de una barrera que lo defendía de toda intrusión mía. Me cosificaba y me controlaba al máximo: con el silencio, con la reserva, con el encierro; si esto no alcanzaba, con las faltas” (p. 67; las itálicas nos pertenecen).

¹⁷⁴ En la perspectiva de Lewin, algo adquiere un significado en tanto que deriva de su contexto de utilización en la “constelación del campo específico como una totalidad” (Lewin, 1951/1988, p. 150).

3.3.2 El campo de lenguaje

En lo que respecta al concepto de *campo de lenguaje* resulta harto difícil sostener que, en efecto, pudiese servir de modelo para una teoría psicoanalítica, dado que la misma se encuentra conformada por la convergencia entre conceptualizaciones de muy diversa índole: no sólo provenientes del pensamiento psicoanalítico mismo (Klein, Meltzer, Bion, Freud, Lacan y los continuadores de su obra, etc.), sino también del pensamiento filosófico francés (la *antropología estructural* de Lévi-Strauss, el *existencialismo* de Sartre y Heidegger, la *fenomenología* de Husserl y Merleau-Ponty, la *hermenéutica* de Ricoeur, el *método dialéctico*, entre otros) o incluso de los desarrollos en lingüística (De Saussure, Jakobson, Benveniste), entre otros. Tales conceptualizaciones son utilizadas, *en ciertos momentos*, de forma ecléctica, híbrida, invocando unas u otras según las circunstancias lo requieran, sin preocuparse por las contradicciones inherentes a dicha articulación y, en otros momentos, elidiendo aquellas con las cuales pudiesen entrar en contradicción. Como afirma Pêcheux: "el pensamiento es fundamentalmente inconsciente ('¡ello piensa!'), comenzando por el pensamiento teórico" (Pêcheux 1979/1997, p.303). Tal heterogeneidad determinaría que el psicoanálisis, tal como es concebido por los autores uruguayos, se volviese muchas cosas excepto *un* único discurso coherente consigo mismo. Por el contrario, el discurso psicoanalítico parece constituir en este período, en nuestro país, una especie de *patchwork* compuesto por una diversidad de discursos que se entrecruzan, separan, combinan, confunden y oponen.

Con todo, posiblemente dicho concepto pueda funcionar como un modelo más o menos coherente siempre y cuando nos limitemos a considerar las diferentes articulaciones que hacen los autores uruguayos en torno del lenguaje en psicoanálisis, examinándolas de una en una, con un alcance meramente *local*. Y a partir de allí podemos intentar establecer posibles homologías. Así parece ocurrir a propósito de la preeminencia del *tercero* que vendría a poner en entredicho el carácter *bipersonal* del campo. Esto lo encontramos una y otra vez, aunque con ciertas variaciones, en autores como Paciuk (1975; 1977; 1983), en la época tardía de la obra de Baranger (1979), en Szpilka (1976), en Sopena (1969; 1976), entre otros. Asimismo, en esta preocupación por el carácter mediador del tercero, todos ellos plantean, de diferentes formas, un interés explícito, en mayor o menor medida, por figurar espacialmente problemas de orden topológico.

En suma, *no podemos asegurar que el campo de lenguaje constituya un modelo*, sino, al menos, una serie de aplicaciones particulares a conceptos analíticos, los cuales, muchas veces, suelen provenir de discursos diferentes, y que se articulan bajo una apariencia de ausencia de conflicto. Por su parte, *el concepto de campo bipersonal parecería estar más cerca de constituir un modelo*, en tanto que la teoría analítica que interpreta parece ser menos heterogénea que aquella admitida a mediados de los años 70, por encontrarse menos invadida por otros discursos.

Capítulo 4: El mundo interno, el cuerpo y la fantasía inconsciente en sus relaciones topológicas

En este segundo capítulo de análisis nos centraremos en el concepto kleiniano de *fantasía inconsciente* tal como es utilizado por los autores uruguayos entre mediados de los años cincuenta y principios de los ochenta. De acuerdo con nuestro método de análisis, tal concepto operaría topológicamente, y de él dependería, entre otras cosas, una noción psicoanalítica de *cuerpo*, la cual funcionaría como una especie de sustrato material en cuyo “interior” se alojarían las fantasías y, en consecuencia, el inconsciente y el psiquismo en general. A partir de allí abordaremos dos fenómenos clínicos descritos por varios autores uruguayos, el *quiste hipocondríaco* y la *experiencia del agorafóbico*, y ciertas consideraciones teóricas propuestas al respecto, en función de los cuales pueden explicitarse diferentes funcionamientos topológicos en los que la noción de cuerpo se encontraría irremediablemente implicada, en su estrecha relación con el concepto de fantasía inconsciente y con las nociones de “mundo interno” y “mundo externo”. El capítulo culmina con la exposición de un debate entre varios analistas uruguayos en torno de una *crítica al modelo freudiano del inconsciente como reservorio*.

4.1 El cuerpo como efecto y soporte de la fantasía inconsciente

Entre mediados de los cincuenta y principios de los ochenta, diversos abordajes sobre este problema pueden ser encontrados en algunos psicoanalistas uruguayos. Aquí nos restringiremos a los siguientes textos: Willy Baranger (1956), Madeleine Baranger (1956), Freire de Garbarino (1960; 1963), Rey (1960), Ramírez (1960), Resnik (1967), Nieto Grove (1964b) y Hoffnung, Maggi de Acevedo, Mieres de Pizzolanti y Plosa (1983), en tanto que todos ellos parecen plantear *de una forma similar*, aunque con pequeñas variaciones terminológicas y de sentido, el problema del cuerpo en relación al concepto de *fantasía inconsciente*. Podremos mostrar que, en los planteos de estos autores, el concepto de fantasía inconsciente operaría en función de principios topológicos, esto es, que las articulaciones realizadas por las fantasías inconscientes establecerían un espacio diferente al de la intuición, en el que pueden producirse una serie de transformaciones, ya sea cortes, continuidades, suturas, cambios de forma y tamaño, etc.

Uno de los primeros abordajes sobre el concepto de fantasía inconsciente en su relación con la noción de cuerpo es realizado por W. Baranger (1956) quien considera que Freud ya poseía “un concepto esencialmente estructural de la fantasía inconsciente” (pp. 309-310), pero, según el autor, es a partir de las formulaciones de Susan Isaacs¹⁷⁵ que tal concepto habría adquirido un estatuto explícito. El abordaje de Isaacs progresaría de acuerdo a dos formulaciones: una que subordina el concepto de fantasía al de instinto,¹⁷⁶ tornando al primero

¹⁷⁵ Se refiere específicamente al texto *Naturaleza y función de la fantasía*. En *Revista de Psicoanálisis* T VII, nº 4, 1950.

¹⁷⁶ En ciertos momentos, la noción de *instinto* parecería ser empleada por W. Baranger de forma separada del concepto de *pulsión*: “las fuerzas, instintos y pulsiones no existen como aisladas y ciegas” (1956, p. 304) –igualmente,

como una expresión o forma de vivenciar al segundo (principio genético); y otra, contraria, que tiende a considerar la fantasía como un concepto esencial, “como la base dinámico-estructural de los fenómenos psíquicos” (ibíd., p. 310), siendo el instinto una manifestación de las fantasías que sería activado por ellas (experiencia psicoanalítica). De acuerdo con W. Baranger, estas dos formas de concebir la fantasía inconsciente “dependen” de dos conceptos o representaciones del cuerpo: la primera correspondería a un *cuerpo-objeto* entre otros (el cuerpo estudiado por las ciencias médicas), y la segunda a un *cuerpo-estructura*, que sería “un cuerpo *vivenciado*, cuerpo-para mí, como dicen los fenomenólogos”¹⁷⁷ (ídem). En suma, se trataría de “los conceptos de un cuerpo sin fantasías o de una *fantasía del cuerpo* (esquema corporal)”¹⁷⁸ (ídem) respectivamente.

Baranger concluye que el pensamiento psicoanalítico que le es contemporáneo no podría abandonar ninguna de las dos concepciones.¹⁷⁹ De hecho, el psicoanálisis operaría con ambos conceptos de cuerpo: uno ontológico y otro metodológico. Según el autor, en cuanto a su “representación ontológica”, el psicoanálisis admitiría la preexistencia del cuerpo, expresado bajo la forma de impulsos instintivos, que alcanzarían la esfera inconsciente de lo psíquico en forma de fantasías, que podrían, eventualmente volverse conscientes. A su vez, por su “representación metodológica”, dependiente de su técnica de manejo de los fenómenos humanos, el psicoanálisis se colocaría en una posición diferente: el cuerpo “sale” de la vivencia del paciente en el aquí y ahora de la sesión; se construiría a partir de los fenómenos observados en un significado expresable en términos de fantasía (ibíd.). El propio Baranger reconoce que esta doble representación del cuerpo traería consigo contradicciones. ¿Cómo podría ser coherente que la fantasía anteceda lógicamente al instinto y que, al mismo tiempo, el instinto sea anterior a la fantasía? A partir de esta interrogante, el autor intenta resolver la aporía presente en el planteo de Isaacs, proponiendo como solución que la fantasía inconsciente sea entendida como

el término “pulsión” es infrecuente en textos psicoanalíticos anteriores a fines de los 60–, mientras que la mayoría de las veces parece ser utilizada en un sentido próximo al concepto freudiano: “S. Isaacs acepta la formulación freudiana de que *el ello es ‘la primera expresión psíquica’ del instinto* (este siendo concebido como *‘un concepto límite entre lo biológico y lo psicológico’*). Así declara S. Isaacs que *‘La fantasía es (en primera instancia) el corolario mental, el representante psíquico del instinto. No hay impulso ni necesidad o respuesta instintiva que no sea vivida como fantasía inconsciente’*” (ibíd., p. 312; las itálicas nos pertenecen). Con todo, “fantasía inconsciente” e “instinto” no figurarían de manera habitual en los textos freudianos. Es más, ambas parecerían ser expresiones que han sustituido metafóricamente, en la teoría kleiniana, a la *Vorstellungrepräsentanz* freudiana y a la “pulsión” respectivamente, manteniéndose igualmente como dos nociones subsidiarias e indisolubles: “mis instintos pueden expresar necesidades de mi cuerpo, o mi cuerpo puede ser vivenciado como expresión de mis necesidades (fantasías). En términos de instintos, o el instinto expresa el estado de mi cuerpo y entonces constituye la base de mis fantasías; o las vivencias de mi cuerpo, que siento como impulsos instintivos, expresan mis fantasías básicas” (ibíd., p. 310).

¹⁷⁷ Las itálicas pertenecen al autor.

¹⁷⁸ Las itálicas nos pertenecen.

¹⁷⁹ La justificación de su conclusión puede encontrarse en el siguiente pasaje: “El principio de continuidad genética que todos aceptamos, nos hace considerar –teniendo en cuenta las diferencias estructurales– lo psíquico como la prolongación de lo biológico. La experiencia psicoanalítica, al contrario, nos hace comprobar que no sólo la vivencia del cuerpo sino su funcionamiento objetivo expresa situaciones vivenciadas por tal o cual persona concreta, según esquemas o mecanismos más o menos generales. Si no la aplicación de técnicas psicoterapéuticas al asma, a la hipertensión, a la impotencia eréctil, a la úlcera gastro-duodenal, etc. sería un absurdo” (Baranger, 1956, pp. 310-311).

fenómeno primitivo, como “prototipo de la estructura psíquica” (ibid., p. 314)^{180, 181} con lo cual la concepción ontológica del cuerpo parecería quedar subordinada a la acepción metodológica, a la vez que esta última sería puesta en estrecha relación con la noción de “estructura psíquica”.

A partir de lo antes descrito cabe realizar varios comentarios: en primer lugar, observamos que, para W. Baranger, los conceptos de instinto y fantasía inconsciente operarían mediante una relación de implicación recíproca. Dicho de otro modo: dado que, según el autor, el psicoanálisis no debería renunciar a ninguna de las dos acepciones de cuerpo, se ve obligado a admitir que la fantasía determina o expresa al instinto, pero, al mismo tiempo el instinto manifiesta la fantasía y es determinado por ella. Sin embargo, para Baranger la acepción metodológica parecería tener una primacía sobre la concepción ontológica. Con todo, esta adjetivación de “ontológico” traería consigo la idea de un *ser del cuerpo* o un *cuerpo en tanto ser*. Esto nos llevaría a preguntarnos si la concepción metodológica del cuerpo no acabaría funcionando como un montaje teórico (metapsicológico), o al menos una mera representación, que se superpondría a una *esencia* (algo así como un cuerpo “real”) que le antecedería lógicamente. Si dejamos de lado tal discusión y nos centramos en el planteo explícito del autor sobre la fantasía inconsciente como principio que origina, entre otras cosas, al cuerpo, notamos que éste es descrito como una “fantasía del cuerpo”, esto es, como una instancia que surgiría de una vivencia del paciente. El cuerpo así entendido constituiría un fenómeno psíquico más, dado que la fantasía inconsciente era definida por Baranger como “la base dinámico-estructural de los fenómenos psíquicos” (Baranger, 1956., p. 310). ¿Qué relación existiría entre la concepción metodológica de cuerpo y el aparato psíquico o psiquismo? Recurriríamos a otros autores de la RUP a fin de contar con elementos suficientes para esbozar una respuesta posible.

Podemos reencontrar la expresión “fantasía del cuerpo” en Freire de Garbarino (1963), a propósito del problema de la identidad: “es de fundamental importancia para la creación de una fuerte identidad, la *fantasía del propio cuerpo*. La forma cómo se cree el esquema corporal¹⁸² propio y el del otro va a determinar la ubicación, movimiento y utilización del mismo con respecto al medio ambiente” (p. 234).¹⁸³ Si bien tal expresión no figura en textos de otros autores uruguayos, varios de ellos hacen uso de términos y referencias cuyo sentido le serían próximos.

¹⁸⁰ Esta expresión fue empleada en el capítulo 3 (apartado 3.1.2), particularmente en relación con la noción metapsicológica de “fuerza” o “carga”.

¹⁸¹ “El concepto de fantasía inconsciente (...) puede ser considerado como el fundamento teórico de la nueva técnica ‘vivencial’ que está prevaleciendo en el psicoanálisis actual. Asimismo, este concepto, por su carácter estructural, puede ser considerado como el *concepto básico del sistema de representaciones destinadas a dar cuenta de los fenómenos psíquicos. Como se ubica anteriormente a la división soma-psique, a la división mundo interno-mundo externo, a la división forma-contenido, representa el punto nodular a partir del cual se estructuran las distintas áreas cuyo conjunto forma la estructura psíquica en su totalidad*” (W. Baranger, 1956, pp. 315-316; las itálicas nos pertenecen).

¹⁸² Si bien no nos detendremos en el concepto de cuerpo como *esquema corporal* es importante señalar que, a este respecto, la principal referencia teórica para estos autores es Clifford Scott, quien lo define como “el conjunto de sensaciones, imágenes, etc., conscientes e inconscientes, que van desde la superficie del cuerpo a sus profundidades, y desde la superficie del cuerpo a los límites del espacio y el tiempo” (Scott citado en Freire de Garbarino, 1960, p. 257).

¹⁸³ Las itálicas nos pertenecen.

Freire de Garbarino (1960) recurre a la expresión “imagen del cuerpo” en los siguientes pasajes: “Y nos preguntamos: qué ubicación, qué valor le damos al cuerpo, y a la noción o *imagen del cuerpo*. ¿Qué parte del yo es el cuerpo?” (p. 256); “cabría preguntarse cómo llegamos a diferenciar o vivir nuestro cuerpo, qué *imagen* de él tenemos, vale decir, en función de qué surge, y qué es el esquema corporal” (p. 257).¹⁸⁴ A propósito de la función del *insight*,¹⁸⁵ M. Baranger (1956) utiliza la expresión “representación del cuerpo”:

La discriminación de la persona corporal, es decir, la vivencia de la persona dentro de su cuerpo. La recuperación por el Yo de la *representación del cuerpo* es un paso importante hacia la integración total de las funciones del Yo (p. 27).¹⁸⁶

Asimismo, la autora recurre a la noción de “*vivencia del cuerpo*” entendida “como envoltura de la persona, límite entre el mundo y la persona” (p. 25), siendo “la piel (...) el límite entre lo externo y lo interno” (ídem). Rey (1960) resalta la importancia de la “estructura de contacto y la noción de límite [que] adquiere un valor importante para establecer el ámbito del yo y del no yo corporal” (p. 370). Mientras que Resnik utiliza un término muy próximo al de envoltura, definiendo al cuerpo en términos de “continente”: “el cuerpo es el *continente* de un espacio en donde un mundo interno puede ser vivido como propio y un proceso mental desarrollarse” (1967, p. 293).¹⁸⁷ A propósito de la consideración de Isaacs de que, para el infante, la fantasía poseería un carácter corporal concreto, Nieto Grove (1964b) se pregunta:

¿De qué cuerpo se habla? De un cuerpo que es tal, sólo para el observador y no para el sujeto de la fantasía, quien no habiendo aún alcanzado una estructura espacial, no puede diferenciar entre afuera y adentro, entre cuerpo y mente. Por lo tanto, para el Yo primitivo no existe el cuerpo como tal” (pp. 429-430).

Como podemos apreciar, esta acepción metodológica del cuerpo es nombrada de diversas maneras: “fantasía del cuerpo (propio)”, “imagen del cuerpo”, “representación del cuerpo”, “esquema corporal”, “persona corporal”, “envoltura de la persona”, “yo corporal”, “continente de un espacio”, “estructura espacial”, e igualmente es colocado en proximidad con expresiones como el “sujeto de la fantasía” o la noción de “límite” que separa a la persona del mundo. Todas estas formas de nombrar o hacer alusión al cuerpo parecen tener en común —más allá de las posibles diferencias teóricas que puedan existir entre ellas— el hecho de que el cuerpo, para el psicoanálisis, no resultaría un espacio constituido de forma *a priori*. Esto es, parece ser una instancia que se “crea”, que “surge”, que se localiza espacialmente y que debe “diferenciarse” o “discriminarse” de otros cuerpos. Se constituye como un espacio y, al mismo tiempo, funciona como una “envoltura”¹⁸⁸ que recubre y encierra otro espacio que es “vivido como propio” (“interno”) por una “persona” o “yo”. Posee la función de “límite” que separa dos mundos a la vez que oficia de punto de contacto entre ellos (“estructura de contacto”). Asimismo,

¹⁸⁴ Las *itálicas* nos pertenecen.

¹⁸⁵ Problema que fue abordado en el *capítulo 3* en relación al concepto de *campo bipersonal*.

¹⁸⁶ Las *itálicas* nos pertenecen.

¹⁸⁷ Las *itálicas* nos pertenecen.

¹⁸⁸ En el apartado 2 de este capítulo abordaremos con mayor detenimiento la función de la envoltura.

el término cuerpo es utilizado en ciertos pasajes como adjetivo para caracterizar al yo o a la persona (“persona corporal” o “yo corporal”), mientras que, en otros, es considerado una parte del yo (“¿qué parte del yo es el cuerpo?”).

¿El yo sería equivalente al mundo interno y éste, a su vez, a una parte del cuerpo? ¿El mundo interno formaría parte del cuerpo o bien sería simplemente un espacio contenido en/por él? Si el yo o la persona constituyen una parte del cuerpo entonces podría comprenderse por qué son adjetivados de “corporales”. Pero ¿acaso existe un yo o una persona cuyo carácter sea no corporal?¹⁸⁹ ¿Qué relación existe entre el “sujeto de la fantasía”¹⁹⁰ y el yo o la persona si éstos serían, precisamente, fenómenos producidos por las fantasías inconscientes?¹⁹¹ Nos limitaremos a dejar planteadas estas interrogantes, dado que, de los diferentes textos, no se desprenden elementos suficientes como para aproximar una respuesta. Sea como fuere, en los planteos de estos autores podemos notar que el cuerpo resultaría un concepto problemático respecto a cómo representarlo o imaginarlo, en qué lugar ubicarlo, cómo surge, cuáles son sus límites y qué tipo de relación establece con el yo, con la personalidad, con el mundo interno, con el mundo externo, etc.¹⁹²

Ahora bien, la pregunta de Freire de Garbarino (1960) sobre cómo llegamos a diferenciar o vivir el cuerpo como propio, en función de qué surge, sumada a la aseveración de Nieto Grove (1964b) de que, para el infante, el cuerpo como tal no existiría desde el comienzo¹⁹³ pueden orientar nuestra exposición y ayudarnos a comprender cuál es la relación que los diferentes autores plantean entre lo mental o psíquico y lo corporal. En ambas autoras encontramos que el cuerpo es considerado como algo inexistente al comienzo de la vida infantil y que debe ser alcanzado o constituido, y que se encuentra en estricta relación con una “estructura espacial” que permitiría diferenciar el cuerpo, ya sea respecto de otros cuerpos, del mundo externo, de la mente, etc. Pero, ¿cómo es alcanzado este cuerpo? Freire de Garbarino afirma que, en el momento del nacimiento, para el niño “no hay diferenciación entre su cuerpo y el mundo que lo

¹⁸⁹ Freire de Garbarino (1960; 1963) propone la existencia de un “yo corporal” que se erige como resultado de las sensaciones e imágenes producidas por las primeras experiencias de contacto físico con el cuerpo materno y de un “yo psicológico”, más próximo de la definición freudiana de la segunda tópica, que se fundaría sobre las bases del yo corporal; en la pubertad ambos establecerían una especie de síntesis.

¹⁹⁰ Dicha expresión es inexistente en otros textos de la época; sin embargo, Baranger (1956) hace referencia a un “sujeto de la finalidad”, siendo éste una de las partes constitutivas de la fantasía: “la fantasía implica tanto un objeto, una finalidad, un sujeto de la finalidad, como el instinto que mueve a este sujeto” (p. 311).

¹⁹¹ A esta pregunta sería preciso añadir otra en torno de las relaciones que estos elementos mantienen con el *esquema corporal* y con el *self*, nociones a las que varios de estos autores también hacen referencia. Simplemente dejamos planteada esta interrogante para futuros abordajes.

¹⁹² En el *capítulo 5* (apartado 5.1.2) abordaremos un debate en torno al problema de “la representación del cuerpo”, el cual tuvo lugar a partir de una de las intervenciones de Leclair en APU en 1972.

¹⁹³ Según Nieto Grove (1964b) esto ocurriría porque, “no habiendo aún alcanzado una estructura espacial, [el infante] no puede diferenciar entre afuera y adentro, entre cuerpo y mente” (pp. 429-430), existiendo el cuerpo como tal exclusivamente para el observador exterior. No obstante, “en la literatura analítica, el concepto de cuerpo (...) es con frecuencia usado de tal modo que pareciera que los autores olvidan que a la noción de cuerpo se llega por un desarrollo de la experiencia, pero que como tal, no tiene sentido para el Yo temprano” (ibíd., p. 430). Parece que aquí nos volvemos a encontrar con la distinción entre una concepción metodológica del cuerpo (un cuerpo vivido como tal) y una concepción ontológica (“un cuerpo que es tal, sólo para el observador” (ídem)), más próxima de la concepción anatómica del cuerpo.

rodea, vive ambos como una misma cosa: como si uno fuera la continuación del otro” (1960, p. 255).¹⁹⁴ Añade que “en esta área de experiencias sin límites, se van sucediendo (...) experiencias [que] se van sintiendo, ya sea de forma agradable o desagradable” (ídem). Según la autora, tal es el primer “splitting” o división vivenciada por el ser humano. Esta división ocurre, afirma la autora, mediante dos movimientos o mecanismos: “expulsar hacia afuera, como si fuera un movimiento centrífugo, todo lo desagradable” (ídem), mecanismo que denomina *proyección*, el cual, a su vez, “determina un movimiento contrario, centrípeto, (...) de afuera hacia adentro” (ídem), definido como *introyección*. Estos dos mecanismos originarían “dos mundos psicológicos”, el interno o subjetivo y el externo u objetivo, los cuales se encontrarían en constante modificación por los movimientos producidos por ambos mecanismos y por los “instintos de vida y muerte” (o “impulsos destructivos y amorosos”) que constituirían “los ‘elementos’ o las ‘fuerzas’ que ponen en movimiento a los mecanismos” (ídem).

Lo expuesto en el párrafo precedente nos proporciona algunos elementos para aproximar una interpretación en términos topológicos. En primer lugar, de acuerdo con la autora, podríamos considerar que, para el niño, no existiría en un comienzo el espacio como tal –o, al menos existiría como un todo indiferenciado–, que sólo podría comenzar a experimentar a partir de un corte o división inicial que haría surgir dos espacios o mundos, establecidos en función de una relación de disyunción y oposición, en tanto que dos conjuntos subsumidos bajo los conceptos¹⁹⁵ de “agradable” o “interno” y “desagradable” o “externo”. Si retomamos la tesis de que el significante sería isomorfo al conjunto, podemos notar que este primer “splitting” no sería más que una primera división significativa que daría origen a los sucesivos elementos (divisiones), más aún si recordamos que estos conjuntos serían continuamente modificados por acción de los mecanismos básicos descritos por la autora. Además, los instintos en tanto manifestaciones de las fantasías –en conformidad con la definición de W. Baranger (1956)– serían leídos en términos de lenguaje, más precisamente como algo vivido a modo de significación, pero también en términos de oposición diferencial, con lo cual, para estos autores, la relación entre fantasía y lenguaje sería manifiesta.¹⁹⁶ No es de extrañar que Freire de Garbarino (1960) denomine a los instintos como “elementos” (o “fuerzas”), mientras que algunos años después utilizará dichas expresión para adjetivar aquello que pertenece a lo “interno” o a lo “externo”, que se encontrarían en constante articulación (Freire de Garbarino, 1964).

En segundo lugar, notamos que incluso esta “primera” división significativa ya se encontraría orientada por al menos dos oposiciones que parecen preexistirle. Nos referimos, por

¹⁹⁴ Nieto Grove (1964b) arriba a una conclusión análoga a la de Freire de Garbarino: “El cuerpo de las fantasías primitivas es, pues, equivalente al mundo interno (también al externo), en tanto que al comienzo hay un único campo indiscriminado de experiencias perceptivas” (p.430)

¹⁹⁵ Conceptos en el sentido fregeano del término, es decir, como funciones que agrupan diversos elementos bajo su dominio de acuerdo a una relación de pertenencia.

¹⁹⁶ Hacemos coextensiva esta afirmación a los autores previamente mencionados, en la medida en que todos, de alguna forma, utilizan la definición de *fantasía inconsciente* atribuida a S. Isaacs.

un lado, a los mecanismos de proyección e introyección que parecen operar como funciones *a priori*¹⁹⁷ que determinarían los movimientos de los elementos en juego y, por otro, las “fuerzas” contrarias a las cuales éstos se encontrarían sometidos: una que apuntaría a la síntesis, al *insight*, a la integración, pero también a la diferenciación (instinto de vida), y otra que parece apuntar a la disolución, a la desintegración (instinto de muerte). A este respecto, Rona (2012) propone como hipótesis que, si consideramos al significante como conjunto, es necesario considerar que su régimen es establecido por dos principios: un “principio de disolución” que consistiría en reducir “la unidad consistente constituida a la multiplicidad inconsistente constituyente, de la cual el vacío es el representante” (p. 341), figurado en la pulsión de muerte; y un principio opuesto tendiente a la “reunión en unidades cada vez mayores, o más diversificadas de aquello que el conjunto, por su efecto, reunió” (ídem).

A partir de esta hipótesis, si observamos que los dos mecanismos se articulan en base a organizaciones cada vez más complejas, pero que también pueden ser amenazadas por la disolución, observaremos que la estabilidad del cuerpo como espacio constituido –y del aparato psíquico en tanto contenido en él–¹⁹⁸ no estaría asegurada, sino sujeta a posibles cambios. Tales cambios podrían ocurrir ya sea asumiendo una nueva organización, presentándose como una fantasía de despedazamiento¹⁹⁹ o como angustia confusional tal como es descrita en sujetos hipocondríacos o agorafóbicos,²⁰⁰ los cuales llevarían a que se produzcan sucesivas reorganizaciones. Como corolario de dicha observación, podemos notar que la integración (entendido como acceso a la identidad propia) parecería funcionar, para estos autores, como una meta ideal a la que arribar, esto es, como un lugar al cual tanto la práctica analítica como “el desarrollo espontáneo de una persona” (M. Baranger, 1956, p. 27), apuntarían como un ideal a alcanzar. De hecho, a propósito de la finalidad del análisis, M. Baranger define al *insight* como un “proceso de reintegración” (ídem), con lo cual parecería estar implícito el hecho de que el

¹⁹⁷ A este respecto, algunos años después, Hoffnung, Maggi de Acevedo, Mierez de Pizzonlanti y Plosa (1983) se preguntan cómo es posible que estos mecanismos sean constitutivos del yo y, al mismo tiempo, operen como mecanismos de defensa, en tanto que ya supondrían un cierto grado de organización del yo. Según parece, el punto de vista genético sostenido por el discurso kleiniano parecería ser el responsable de que el desarrollo teórico psicoanalítico se tope con este tipo de paradojas. Para resolverlas y así intentar mantener la consistencia de su doctrina parecerían verse obligados a sostener nociones como las de un “yo primitivo” (Nieto Grove, 1964b, p. 429), un “núcleo organizador del yo” (Hoffnung, Maggi de Acevedo, Mierez de Pizzonlanti y Plosa, 1983, p. 60) o “núcleo integrador del yo” (M. Baranger, 1956, p. 27), que se articularía con otras como las “protofantasías”, entendidas como estructuras preexistentes a la experiencia y a las fantasías inconscientes como tales. Sea como fuere, tal justificación teórica produce, a su vez, una interrogación sobre el origen de estas nociones y mecanismos primitivos, con lo cual el punto de vista genético del desarrollo portaría un núcleo de inconsistencia lógica, en tanto que cada noción del sistema teórico kleiniano, por primitiva que sea, sería precedida por otra noción que la tornaría posible, lo mismo le ocurriría a esta última, produciendo una serie cuyo origen se extendería al infinito.

¹⁹⁸ El modelo del inconsciente como reservorio será abordado con mayor detenimiento en el apartado 3 de este capítulo.

¹⁹⁹ Tal como describe Rey (1960) a propósito de la experiencia lisérgica concebida como una disolución del yo corporal, que pierde su conexión con el espacio tridimensional. No podemos detenernos mucho más en este punto, pero resulta interesante destacar que este autor propone que la fantasía inconsciente y sus objetos inicialmente se desplegarían de una forma “bidimensional”, esto es, de forma plana, y que, sólo a medida que comienzan a reproducirse en su doble, lograrían desenvolverse en una tercera dimensión. En este punto cabe preguntarse si no resultaría necesaria incluso una cuarta dimensión, imposible de ser representada en el espacio euclidiano, para que la fantasía sea capaz de trasponerse en su doble, el cual, a su vez, posee sus tres dimensiones.

²⁰⁰ Cuestión que será abordada en el apartado 2 de este capítulo.

desarrollo psíquico no se produciría sin fallas, las cuales el análisis debería apuntar a “reparar” o simbolizar.

Retomemos ahora la concepción de estos autores sobre el cuerpo entendido como una envoltura de la persona o del yo que lo limitaría respecto del mundo exterior, y que también funcionaría como “estructura de contacto”. En ese punto, la piel era llamada a cumplir rol esencial. Si bien podríamos analizar la concepción de la piel como punto de contacto en términos muy similares a los esbozados en el capítulo anterior (apartado 3.1.2), a propósito de la noción del analista como “pantalla de doble proyección”, no seguiremos esta vía. En cambio, optaremos por plantear las siguientes interrogantes: en la forma en que es representado el cuerpo por los diferentes autores, si la piel funciona como superficie que conecta ambos mundos, ¿ella formaría parte del mundo externo o del mundo interno? ¿O acaso no formaría parte de ninguno de los dos? Es un problema topológico saber si la piel como conjunto realiza la conjunción entre los otros dos conjuntos (mundos), si pertenece a uno u otro (encontrándose en conjunción/disyunción con alguno de ellos), o si forma parte de ambos. Si este último fuera el caso, no tendría sentido pensar la piel como punto de contacto dado que, precisamente, constituiría un conjunto de elementos comunes a ambos mundos, haciendo de los tres (mundo interno, externo y *piel*) un único espacio conexo. Si perteneciera al mundo externo, entonces el mundo interno no sería más que un conjunto abierto contenido por otro más abarcativo (abierto o cerrado),²⁰¹ con lo cual, al menos algunos de los elementos se repetirían en ambos conjuntos. Si formase parte del mundo interno, ello determinaría que la envoltura y su contenido fuesen un sólo espacio cerrado, siendo el espacio externo un espacio abierto. En suma, el problema aquí planteado es el de la *frontera*, el cual no sería una preocupación manifiesta para estos autores, en tanto que parecen limitarse a figurar intuitivamente las articulaciones espaciales producidas entre las fantasías inconscientes, objetos, el cuerpo, etc.

4.2 El quiste hipocondríaco y la experiencia del agorafóbico como modalidades de defensa contra el núcleo confusional

A partir de ciertos fenómenos clínicos descritos por analistas uruguayos, y de ciertas consideraciones teóricas por ellos realizadas, nos abocaremos ahora a interpretar diferentes funcionamientos topológicos en los que la representación del cuerpo antes descrita sería estrechamente articulada con el concepto de fantasía inconsciente y con las nociones de mundo interno y mundo externo, a partir de un sustrato espacial.

Núcleo confusional es una expresión empleada principalmente por Garbarino (1965), Galeano Muñoz (1964), y Acevedo de Mendilaharsu (1965), atribuida por ellos a W. Baranger aunque bajo una expresión diferente: *núcleo muerto-vivo*. Se refiere a una “estructura cerrada,

²⁰¹ Un *conjunto abierto* es aquel que excluye de su dominio a aquellos elementos que constituyen la frontera que lo separa de su exterior; inversamente, un *conjunto cerrado* es aquel que contiene en su dominio a sus elementos-frontera.

no asimilable al yo” (Garbarino, 1965, p. 131), la cual se produciría en las primeras semanas de vida extrauterina, como resultado de una incapacidad del yo precoz para separar las pulsiones de vida y muerte, “originándose un núcleo que contiene aspectos del yo y partes de objeto, junto a los impulsos de vida y muerte, mezclados en forma confusa” (ibid., p. 131). Según estos autores, dado que dicho núcleo amenazaría con deshacer la integridad del yo, éste debe defenderse de él a fin de controlarlo.²⁰²

A partir de las teorizaciones de estos autores, sumadas a los aportes de Rey (1960), Galeano Muñoz y W. Baranger (1964), Baranger et al. (1964), Nieto Grove (1964a; 1964b), entre otros, podemos observar que existirían principalmente dos formas de defenderse de este núcleo confusional: una *defensa hipocondríaca*, asociada a la constitución de un “quiste” dentro del cuerpo femenino, y una *defensa fóbica*, relativa a los manejos espaciales presentes en la agorafobia. Nos detendremos en la descripción de ambas modalidades de defensa en tanto que, en ellas, parece ponerse en juego una representación topológica del cuerpo y del espacio, a la vez que, por momentos, los autores parecen realizar una yuxtaposición entre el relato de los pacientes en términos de fantasía inconsciente y el cuerpo concebido por la biología.

4.2.1 El quiste hipocondríaco

La expresión “fantasía de la cloaca” es utilizada principalmente por Baranger et al. (1964) y Nieto Grove (1964a; 1964b) para designar un trastorno en el desarrollo psicosexual femenino en el que un conjunto indiscriminado de fantasías “buenas” y “malas”²⁰³ son proyectadas en el objeto externo (madre), pero enseguida se produce su “reintroyección dentro del cuerpo de la persona, en particular en su sistema genital interno y su vientre” (Baranger et al., 1964, p. 5). Si bien estos autores aclaran que, en dicha fantasía, lo fundamental no es lo anal, dado que se trataría de una mezcla de contenidos provenientes de todos los estadios de la evolución psicosexual, lo cierto es que, en su definición, la localizan en la zona abdominal y la asocian con una indistinción entre la boca y el ano: “es la fantasía de un entrevero, en el recipiente corporal cloaca (...) con orificios no discriminados, en que se destacan, pero también se confunden boca y ano”²⁰⁴ (Nieto Grove, 1964a, p. 83); “todo orificio puede ser un ano, es decir, una abertura de salida y (...) ningún orificio (ni sus productos) puede ser discriminado, porque cada uno está confundido con el ano, la abertura común de la fantasía de la cloaca” (Nieto Grove, 1964b, p. 441).

Dado que el yo femenino no podría discriminar en su cuerpo los contenidos de dicha fantasía, según estos autores, se produciría en ella una angustia de tipo confusional. Para

²⁰² Existirían luego del nacimiento al menos dos formaciones denominadas “núcleos”: un “núcleo muerto-vivo” o “núcleo confusional” y un “núcleo integrador del yo” o “yo primitivo” (ver apartado anterior).

²⁰³ “La cloaca contiene sustancias orales, alimentos, pechos destruidos, despedazados o perseguidores, penes nutricios o destructivos, excrementos, niños vivos o muertos, pedazos de órganos del propio cuerpo pertenecientes al sistema digestivo y al genital” (Baranger et al, 1964, p. 6)

²⁰⁴ Para ejemplificar esta afirmación, Nieto Grove (1964a) cita a una paciente que afirmaba: “la comida adentro mío era también un torbellino (confusión) y no sabía precisar si el camino era de entrada o de salida” (p. 83).

sustraerse a dicha angustia, el yo recurriría al “enquistamiento de la mezcla confusional angustiante dentro del cuerpo, tendiendo a limitarla a ciertas zonas y a preservar las partes y funciones del ser corporal”²⁰⁵ (Baranger, et al 1964, p. 6). Este “enquistamiento” es definido por estos autores como “quiste hipocondríaco” y sería el resultado de un “clivaje” de una zona particular del esquema corporal que funciona “como si (...) no hubiera evolucionado a la par de las demás y hubiera permanecido infantil o *embrionaria*” (ibid., p. 8).²⁰⁶ Según estos autores, los términos “núcleo confusional” y “quiste hipocondríaco” no serían sinónimos, sino que el segundo se erigiría como una modalidad particular de defensa contra el primero.

El término “quiste hipocondríaco” parece figurar como una expresión empleada para “traducir”²⁰⁷ un aspecto del relato de ciertas pacientes en una terminología psicoanalítica específica. De hecho, en las transcripciones del relato de las pacientes no figura el término “quiste”, sino expresiones con las cuales los autores encuentran cierta proximidad semántica. Nos referimos a términos como “bolsa”, “envoltura”, o expresiones como “cosa agujereada”, puestos en contigüidad con la noción de “quiste”:

Una paciente, estéril, siente como si tuviera dentro de su vientre una bolsa cuyo contenido estuviera constituido por “materias fecales, pedazos de cuerpos y órganos, piernas, brazos, uñas, dientes, cabellos, etc.”. *La fantasía corresponde en parte a la de un quiste dermoide. La “bolsa” es asimilada a membranas fetales conteniendo niños descuartizados y fragmentos del propio sistema digestivo y genital* (ibid., p. 8);

La fantasía de la “bolsa” corresponde a la necesidad de aislar la zona confusa, constituyendo la cloaca en un quiste bien delimitado e impidiendo así el desparrame de la angustia de confusión y de la destrucción por todo el cuerpo (ibid., p. 9);

Se sabe el profundo interés que la mayoría de las mujeres dedica a su cutis (...). Parte de estas conductas son destinadas a discriminar y *extirpar* cualquier contenido displicente [*sic*], y parte a realizar la belleza del cutis y transformarlo en un órgano de fascinación (ibid., p. 11);

En las alternativas de su análisis [la paciente] vivía esta catástrofe como interna y como destrucción del mundo. Esta permeabilidad entre el adentro y el afuera la representa como si tuviera dentro “una cosa agujereada” (“la bolsa” que aparece después en su material). (Galeano Muñoz y Baranger, 1964, p. 41);

Lo confuso está contenido en una envoltura: la “bolsa”. “Soy como una bolsa llena de cosas entreveradas y semidestruidas” (ibid., p. 42);

La “bolsa” se vuelve “quiste”. [La paciente] la caracteriza como “un tarro de preparaciones de anatomía patológica, con un quiste dermoide de ovario, con pelos, dientes, pedazos de órganos, una cosa enorme (ídem);

Esta zona es vivenciada como aislada del cuerpo por *una envoltura directamente traducida por la paciente en la fantasía de una “bolsa” o “quiste”* (ibid., p. 43).

Justifiqué la expresión [quiste hipocondríaco]: a) por la localización de la locura en el cuerpo, b) por *la vivencia del trabajo analítico de estar perforando envolturas membranosas que*

²⁰⁵ Los autores consideran a este “mecanismo de enquistamiento” como universalmente producido en cierta fase de la evolución femenina.

²⁰⁶ Las itálicas nos pertenecen.

²⁰⁷ Utilizamos aquí la palabra “traducir” en el sentido de establecer equivalencias de sentido entre dos términos o expresiones.

encerraran un oscuro contenido, y c) por la *inspiración de la paciente que expresaba su fantasía de enfermedad en términos de un tumor* (Nieto Grove, 1964a, p. 83).²⁰⁸

A partir de lo antedicho y de los pasajes que acabamos de citar, podemos realizar las siguientes puntualizaciones: podríamos considerar a la expresión “quiste hipocondríaco” como un *enunciado dividido* (Courtine, 1998), en tanto que parece colocar en conjunción dos términos provenientes de formaciones discursivas diferentes: la noción de “quiste” estaría anclada en una discursividad biológica, mientras que el adjetivo “hipocondríaco” provendría de una discursividad psiquiátrica. No debe obviarse el hecho de que la psiquiatría ha constituido un intento de aplicación de la biología a la comprensión y tratamiento de las enfermedades mentales; no obstante, el cortocircuito ocurre porque sería contradictorio sostener la existencia de un *quiste hipocondríaco*, en tanto que “hipocondríaco”, según la RAE (2010), es un adjetivo utilizado para caracterizar a un individuo que interpreta, infundadamente, ciertas sensaciones o síntomas corporales como una enfermedad, a la vez que la noción de “quiste” está emparentada con la idea de un ser vivo conformado por una envoltura impermeable y resistente, que es desarrollado de forma anormal en distintas partes del cuerpo, cuyo contenido es líquido o materias alteradas (ibíd.). Dicho de otro modo: un individuo podría tener la fantasía infundada de poseer un quiste en su cuerpo, mas ello ocurrirá en un sentido puramente metafórico y no en un sentido orgánico estricto, siendo utilizada dicha expresión para describir, mediante una analogía, aquello que relatan estas pacientes.

De hecho, los autores establecen explícitamente que se trataría de una *analogía*, hecho que podemos evidenciar mediante el empleo de la figura del “como si”: “como si tuviera dentro de su vientre”; “como si tuviera dentro ‘una cosa agujereada’”; “esta zona es vivenciada como aislada”; “soy como una bolsa llena de cosas entreveradas y semidestruidas”, etc. También mediante la utilización del término “fantasía”: “*la fantasía corresponde en parte a la de un quiste dermoide*”; “la fantasía de la ‘bolsa’ corresponde a la necesidad de aislar la zona confusa”; “*una envoltura directamente traducida por la paciente en la fantasía de una ‘bolsa’ o ‘quiste’*”; “*la paciente que expresaba su fantasía de enfermedad en términos de un tumor*”. Se suma a ello una serie de referencias quirúrgicas y biológicas: “*extirpar*”; “*la ‘bolsa’ es asimilada a membranas fetales*”; “*quiste dermoide de ovario*”; “*por la vivencia del trabajo analítico de estar perforando envolturas membranosas*”; “*en términos de un tumor*”. Todas estas expresiones parecerían marcar una separación entre lo que las pacientes describen y lo que el analista puede observar y conjeturar. Pese a ello, podemos notar que, cuando los autores intentan “traducir” las descripciones en términos de “bolsa” por la noción de “quiste”, parecería que se borra dicha distancia mediante una operación de correspondencia o equivalencia. Algunos ejemplos a este respecto serían: “la fantasía de la ‘bolsa’ corresponde a la necesidad de aislar la zona confusa, constituyendo la cloaca en un quiste”; “la fantasía corresponde en parte a la de un quiste”.

²⁰⁸ Las itálicas nos pertenecen.

dermoide. La ‘bolsa’ es *asimilada* a membranas fetales”. De esta forma, la distancia entre la descripción de las pacientes en términos de fantasías y la conceptualización de los autores en términos de “quiste” parece ser franqueada, pasando del “como si” del relato al establecimiento de equivalencias.

De hecho, deberíamos hablar de un doble juego de equivalencias: primero, el que hace corresponder a cada parte del relato de las pacientes una o más fantasías inconscientes entendidas en términos de significados latentes; y, segundo, el que hace equivaler a tales fantasías inconscientes una noción clínica de “quiste”, la cual se encontraría explícita en dicho relato. Volvemos a encontrarnos con lo que Pêcheux (1975/2016) denomina *mito continuista empírico-subjetivista*, en tanto que queda disimulada la discontinuidad existente entre la descripción de los casos o situaciones concretas y el enunciado universal, mediante la ilusión de un pasaje ininterrumpido y lineal entre los dos extremos.

Ahora bien, Baranger et al (1964) y Nieto Grove (1964a) consideran que el quiste hipocondríaco puede tener varios destinos, aunque destacan particularmente dos: un desplazamiento obsesivo y uno de tipo histérico. Colocamos a continuación dos citas que ilustran esta afirmación:

En este caso [se refiere al caso clínico abordado en el texto], *el quiste tenía límites variables, y podía ser “paseado” por distintos órganos corporales según un manejo histérico*. Lo que nos permite, por comparación con otros casos, *determinar en forma más concreta lo que llamamos ‘bolsa’ o ‘envoltura’ del quiste. La envoltura proviene del Yo. Es una barrera defensiva que siempre implica un mecanismo de clivaje*, pero puede incluir también muchos otros mecanismos (negación, idealización, represión, etc.). (Baranger et al, 1964, pp. 9-10);²⁰⁹

Aunque el ámbito “per se” del mismo [del quiste] es el vientre, *debido a desplazamientos obsesivos e histéricos, el quiste resulta errático y puede estar en cualquier parte, como bulto en las piernas, como tumor en la cabeza, o extenderse a la totalidad del cuerpo que deviene un cuerpo-quiste* (Nieto Grove, 1964b, p. 431).²¹⁰

Si tomamos ambos pasajes en conjunto, podemos observar una reafirmación del carácter metafórico del término quiste hipocondríaco: al igual que un quiste en sentido biológico, posee una envoltura, un tamaño variable y puede desplazarse de una zona a otra del organismo, aunque se diferencia de este último a partir de su contenido, el cual no es un líquido u otras sustancias, más bien, si se trata de una envoltura proveniente del yo, sus elementos necesariamente deben proceder de éste, con lo cual nos encontraríamos en un nivel diferente del puramente orgánico, esto es, el de la fantasía.

A partir de allí podemos notar que el quiste hipocondríaco, en tanto conjunto indiscriminado de fantasías, funcionaría topológicamente, puesto que el quiste, así entendido, parece traer consigo una concepción del cuerpo diferente de aquella promovida por el discurso de la biología. En esta última resultaría imposible alojar nociones como las de fantasía, el yo o

²⁰⁹ Las itálicas nos pertenecen.

²¹⁰ Las itálicas nos pertenecen.

un tipo particular de quiste, en tanto fenómenos no empíricamente observables, y dependientes del relato de una paciente: fenómenos del orden de lo inconsciente. Nótese que la envoltura del quiste parece poder modificarse de acuerdo a transformaciones continuas,²¹¹ es decir, que puede moverse a lo largo del espacio del cuerpo, puede reducirse a un punto en concreto o incluso puede extenderse envolviéndolo completamente sin perder su propiedad de ser un espacio cerrado.²¹² Aunque en estos textos no están claramente diferenciadas las dos modalidades de desplazamiento o defensa, el tipo obsesivo está asociado, según Baranger et al. (1964) y Nieto Grove (1964b), a la extensión de la envoltura del quiste hacia la totalidad del cuerpo, con lo cual podríamos proponer la hipótesis de que el desplazamiento histérico sería aquel mediante el cual el quiste podría localizarse en cualquier zona del cuerpo.

Con todo, estos autores se detienen a examinar exclusivamente el destino obsesivo del quiste, el cual, como veremos, trae aparejados ciertos problemas topológicos. Baranger et al. (1964) mencionan que la erotización de la piel, es decir, el gran interés que la mayoría de las mujeres suelen dedicar al cuidado de su cutis, constituiría un ejemplo de los posibles destinos del quiste hipocondríaco, cuya finalidad sería establecer y eliminar “cualquier contenido displicente”, al tiempo que hace de la piel un órgano de fascinación. Según estos autores:

Es como si el quiste hubiera sido dado vuelta, “como un guante”, coincidiendo entonces con la envoltura corporal. Los contenidos confusos del interior del cuerpo pueden así, de un modo fantasmático, ser puestos a la vista y discriminados, lo que permite elaborar el quiste en mayor o menor grado (ibíd., p. 12).

Poco después, añaden que “el ‘dar vuelta’ no es sólo un proceso espacial, sino un intento de inversión de signos: convertir lo ‘sucio’ y angustiante en atractivo” (ibíd., p. 13).

Siguiendo la hipótesis de que el quiste hipocondríaco pudiese operar como un espacio topológico sujeto a transformaciones, podemos notar que el destino obsesivo del mismo consistiría en una operación geométrica por la cual el “adentro” y el “afuera” invierten sus lugares, de un modo similar al de un guante dado vuelta,²¹³ sumado a un estiramiento de la superficie que

²¹¹ Recordemos que, en topología de superficies, un espacio topológico puede transformarse en otro mediante transformaciones continuas, es decir, sin realizar cortes. En otras palabras: tales superficies pueden someterse a estiramientos, contracciones, achatamientos, etc., manteniendo intactas las propiedades que las definen.

²¹² Por *espacio cerrado* debemos concebir a un tipo de superficie, la cual, una vez inmersa en el espacio tridimensional, adquiere la particularidad de poseer un “interior” separado de un “exterior” por una “frontera” o límite.

²¹³ La referencia al “guante dado vuelta” figura en varios momentos de la enseñanza de Lacan, desde *El deseo y su interpretación* (1958-59/2014) hasta *El sinthome* (1975-76/2006). Particularmente en *De nuestros antecedentes* (1966/2003), Lacan lo evoca a propósito de la imagen especular “con fines de apólogo para resumir el desconocimiento (...) de la inversión producida en la simetría con relación a un plano” (p. 64). Luego alude explícitamente a Kant y al guante. Citaremos directamente a Kant en tanto que clarificará la continuación del planteo de Lacan: “¿Qué puede ser más semejante a mi mano o a mi oreja y más igual en todas sus partes que su imagen en el espejo? Y, sin embargo, yo no puedo colocar la mano que se ve en el espejo en el lugar del original: pues si este es una mano derecha, aquella es, en el espejo, una izquierda, y la imagen de la oreja derecha es una izquierda también, que jamás puede ocupar el lugar de la primera. Ahora bien, aquí no existe diferencia interna alguna concebible por cualquier entendimiento, y, no obstante, las diferencias son internas, como enseñan los sentidos; pues la mano izquierda, prescindiendo de toda igualdad y semejanza por ambas partes, no puede ser encerrada dentro de los mismos límites que la derecha (no pueden ser congruentes); el guante de una mano no puede ser usado en la otra. ¿Cuál es, pues, la solución?” (Kant, 1783/1959, p. 85). Según Lacan (1966/2003), la solución consiste en dar vuelta el guante, volverlo del revés habría resuelto la suspensión en la que se originó y mantuvo apresada la estética trascendental. Dicha transformación

acabaría por envolver a todo el cuerpo, coincidiendo con él. De esta forma, el cuerpo y el quiste parecerían volverse equivalentes o indistintos –recordemos que Nieto Grove (1964b) acuña el término “cuerpo-quiste” para definir a dicha operación. Nieto Grove (ibíd.) señala que la defensa obsesiva sobre el quiste, lejos de ser una protección que aseguraría la integridad del yo, hace de la envoltura corporal una “superficie [que] se vuelve inquietante (...) por la difusión de lo de adentro hacia la cara externa del cuerpo” (p. 436), lo cual llevaría al yo a mantener un “control de la superficie corporal”²¹⁴ mediante la repetición de actos obsesivos tendientes a extender su área de alcance.

Si bien la mayoría de las descripciones del quiste que hemos presentado parecen concebirlo como un espacio cerrado poseedor de una “barrera” o “membrana” que lo “aísla” del “exterior” (Baranger et al, 1964; Galeano Muñoz y Baranger, 1964), ¿no sería necesario, en primer lugar, que se establezca un corte en la superficie del quiste para luego poder darle vuelta y envolver al cuerpo entero, añadiéndole una posterior sutura para restablecer su carácter cerrado? ¿No sería necesario también establecer un corte en el cuerpo mismo, a fin de que el quiste pueda emerger y rodearlo? Y más aún, ¿acaso la constitución del quiste, mediante la operación de clivaje, no sería, en sí misma, una primera modalidad de recortar una parte (de la representación) del cuerpo que, sin embargo, permanecería unida o contenida en él? Sea como fuere, si bien estos autores no se plantean estas preguntas, la forma en que se figuran las transformaciones del cuerpo en relación al quiste hipocondríaco *parecen subvertir cierta concepción intuitiva del espacio y del cuerpo* en la cual adentro y afuera tienden a permanecer como dos mundos reales opuestos e ignotos, haciendo que *el interior se vuelva intercambiable con el exterior o incluso colocándolos en una relación de continuidad*.

4.2.2 El manejo geográfico del adentro y del afuera en la agorafobia

La descripción de la agorafobia como otra de las formas de defensa ante la confusión es realizada principalmente por Garbarino (1965), Galeano Muñoz (1964) y Rey (1960). No se trataría de una defensa exclusivamente de pacientes femeninas y tampoco consistiría en el establecimiento de una envoltura mediante la cual la confusión quedaría circunscrita a una zona en particular del cuerpo o al cuerpo en su conjunto, como ocurre en la defensa hipocondríaca, sino de una “disociación agorafóbica” (Garbarino, 1965, p. 120), por la cual la confusión es proyectada hacia el “exterior”. Según Galeano Muñoz (1964), dicha disociación se constituye por un doble proceso que consiste en el “manejo geográfico del adentro y del afuera” y “la existencia de un objeto acompañante” (p. 423) que garantizaría la no invasión del núcleo confusional

recurriría a una nueva geometría. No resulta extraño, por lo tanto, encontrar que los pasajes de Lacan relativos al guante destaquen la imagen, el cuerpo y el registro imaginario.

²¹⁴ El “control de la superficie corporal” no sería la única forma en la que puede intervenir la defensa obsesiva sobre el quiste hipocondríaco, sino que también son destacadas otras dos modalidades: una relativa al “control de la parte interna del cuerpo”, esto es, los repetidos exámenes médicos a los cuales estas pacientes suelen someterse y otra, asociada al “control de los orificios corporales” (Nieto Grove, 1964b).

muerto-vivo, evitando que se produzca la desintegración de la unidad del yo.²¹⁵ Por este manejo geográfico del afuera y del adentro, Galeano Muñoz (1964) entiende el establecimiento de “*una división topográfica*” (p. 403)²¹⁶ por la cual permanecer “adentro” (de la casa) es una forma de mantener el control y evitar la “simbiosis letal”, mientras que el “afuera” es asociado a la pérdida de control, a la locura y a la muerte (ídem). De esta forma, de acuerdo con el autor, el agorafóbico “se tiene que quedar *adentro* de su casa para controlar el ‘*adentro*’ y por ende al objeto interno” (ibid., p. 402),²¹⁷ pero, “para poder quedarse adentro controlando el muerto-vivo, sale, pero con un objeto acompañante. Por eso (...) *puede salir, porque saliendo acompañado, en verdad no sale. Está afuera, pero adentro*” (ídem).²¹⁸ Con todo, según este autor, para el agorafóbico:

Salir constituye una experiencia peligrosa porque las instancias de la movilización –el adentro, el afuera y el tránsito– toman un carácter excluyente y fáctico: el adentro es sólo el adentro, sin comprender la posibilidad del afuera; el afuera es sólo el afuera sin comprender la posibilidad del adentro, y el tránsito es sólo el tránsito, que no comprende un punto de partida ni uno de llegada. De esta vivencia surge la defensa de inmovilización (ibíd., p. 405).

A partir de lo antes descrito podemos considerar que la defensa agorafóbica apuntaría a trazar una separación tajante entre dos espacios: uno interior y otro exterior a él. No obstante, parecerían existir dos niveles de división espacial: uno que podríamos considerar metapsicológico o metafórico y otro fenoménico. Por un lado, podemos encontrar una división entre el “adentro”, asociado al mundo u objetos internos del paciente, y la realidad externa constituida fantasmáticamente –donde es proyectado el núcleo confusional–, y, por el otro, una separación entre las paredes de la casa del paciente y el espacio exterior a ella, respectivamente. Se trataría de un nivel que podríamos denominar *subjetivo*, frente a otro, *pretendidamente objetivo*. ¿En qué nos basamos para suponer la existencia de estos dos niveles? Galeano Muñoz (1964) utiliza, en el pasaje “se tiene que quedar *adentro* de su casa para controlar el ‘*adentro*’ y por ende al objeto interno”, dos veces el término “adentro”, empleando en una sola oportunidad el entrecomillado. De esta forma, de acuerdo con la descripción del autor, para el paciente quedarían homologados o superpuestos el adentro literal (la casa) y el “*adentro*” metafórico, relativo a las fantasías inconscientes, mientras que el autor estaría advertido de la superposición operada en el relato del paciente. Lo mismo parece ocurrir en la continuación de la cita: “*puede salir, porque saliendo acompañado, en verdad no sale*”. Si bien aquí no se utilizan comillas para referirse al verbo “salir” o a los adverbios “afuera” o “adentro”, lo cierto es que los tres empleos del significante “salir” no parecen poseer el mismo significado: las dos primeras veces aludirían a salir del domicilio (junto a un objeto acompañante), es decir, al espacio físico en que habita, mientras que la tercera vez apuntaría, en un sentido figurado, a una fantasía de encierro. No obstante, esta última forma de salir, en opinión del autor, constituiría la forma auténtica de salir,

²¹⁵ Según Garbarino (1965), la crisis confusional sume al yo en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia en el que se pierden los límites entre el mundo y el cuerpo, entre la vida y la muerte.

²¹⁶ Las itálicas nos pertenecen.

²¹⁷ Las itálicas nos pertenecen.

²¹⁸ Las itálicas nos pertenecen.

corroborado por el uso de la locución “en verdad”, que refuerza la idea de que salir del domicilio, para este paciente, sería una modalidad “falsa” de salir.

De cualquier modo, ¿la descripción del autor sobre el relato de su paciente apuntaría a marcar una paradoja (“está afuera, pero adentro”), o bien solamente buscaría señalar la existencia de una separación entre dos niveles o realidades, una objetiva (la del analista) y una fundada en las fantasías inconscientes (la del paciente)?²¹⁹ A este respecto, Galeano Muñoz afirma:

Todo cuanto sabemos por el análisis acerca de las fantasías en general, muestra que constituyen una realidad de otro orden que la derivable de una realidad “objetiva”. Esto *no supone la existencia de dos realidades opuestas y contradictorias, sino de una realidad ambigua* (ibid., p. 400).²²⁰

En este pasaje el autor señala la existencia de *una sola realidad* cuyo fundamento es la fantasía, que tendría la particularidad de poder ser interpretada de varias formas. Entonces, ¿es su condición de realidad ambigua la que habilitaría, como una posible interpretación, la suposición de que existiría una realidad (interna) a la que se contrapone otra realidad (externa), tal como ocurre en el caso del agorafóbico? Así parecería ocurrir, en tanto que el paciente agorafóbico se movería entre dos realidades disociadas y opuestas, en las cuales “adentro”, “afuera” y “tránsito” adquirirían un carácter fáctico y excluyente, y cada uno de estos espacios quedaría definido por sí mismo sin poder dialectizar con los otros.

La “realidad ambigua” a la que alude Galeano Muñoz (1964) implicaría que cada instancia de movilización (adentro, afuera y tránsito) sería definida en función de las otras dos, de un modo similar a la oposición signifiante en la que cada término únicamente es determinado en función de su oposición respecto de los demás. De este modo, “afuera”, “adentro” y “tránsito” constituirían un espacio conexo, adquiriendo el carácter de una única realidad que, no obstante, presentaría un carácter ambiguo. En este contexto, la agorafobia parecería ser una consecuencia del fracaso de la definición de una instancia respecto de las otras, que llevaría al sujeto a la inmovilización y a establecer una defensa contra dicho fracaso. En este caso, estos tres espacios permanecerían como tres realidades inconexas, sin poder restablecer la continuidad inicial.

Con todo, tal como señalábamos en el *capítulo 2* (2.4), si se presenta la inconexidad en un espacio,²²¹ esto es, si se revela su inconsistencia, la operación de conjunto podría verse desbaratada, motivo por lo cual debería ocurrir una nueva operación de conjunción que

²¹⁹ Esta interrogante va en concordancia con lo trabajado en el *capítulo 3* (apartado 3.2.2 y 3.2.5), a propósito de la finalidad del análisis sostenida por varios autores uruguayos, la cual consistiría en que el analizante alcance, idealmente, un estado de *conciencia absoluta*, pasando a vivir en un mundo intersubjetivo o compartido, sin ambigüedades.

²²⁰ Las *itálicas* nos pertenecen.

²²¹ Cabe recordar que la emergencia de la inconsistencia es equivalente a la presentificación del sujeto como conjunto vacío.

restablezca la unión inicial o al menos devuelva la ilusión de consistencia del espacio. Galeano Muñoz, en el siguiente pasaje, parece apuntar a dicha operación:

La agorafobia sería la neurosis de la disimulación del sentimiento de tener un ser a medias. Pero este ser a medias es, en realidad, un ser formado por dos mitades unidas: él y el muerto-vivo. Por eso ser doble en el mundo, ser dos en el mundo y tener dos mundos, es el único modo de eludir la simbiosis siniestra con el muerto-vivo (ibíd., p. 424).²²²

El término “*disimulación*”, presente en la cita, parece soportar la carga semántica de lo que acabamos de señalar, en tanto que se trataría de disfrazar u ocultar esta división entre “interno” (yo) y “externo” (objeto muerto-vivo), mediante una operación de duplicación del ser y del mundo que permanecerían unidos como dos mitades. Cabe la hipótesis de que el objeto acompañante fuese el elemento por el cual esta disimulación podría producirse, esto es, como conjunto capaz de restablecer la conexidad entre lo interno y lo externo, permitiendo al agorafóbico una movilización entre ambos mundos. Pero, ¿cómo ocurriría esta duplicación? ¿Cada mitad estaría compuesta de los mismos elementos repetidos haciendo de ellos conjuntos equivalentes? ¿Acaso se trataría de dos conjuntos cuyos elementos son diferentes, aunque solidarios, es decir, que establecen algún tipo de relación biyectiva o de otra índole? ¿O bien el yo se encontraría alternadamente en un espacio u otro según la situación? Sea como fuere, al intentar comprender cómo ocurre la duplicación del ser y de los mundos nos encontraríamos ante un problema análogo al que enfrentó Freud (1915/2013) a propósito de la trasposición de una representación de un sistema psíquico hacia otro, que podemos ilustrar mediante el siguiente pasaje:

¿Debemos suponer que a ella [a una representación] se liga una fijación {Fixierung} nueva, a la manera de una segunda transcripción de la representación correspondiente, la cual entonces puede contenerse también en una nueva localidad psíquica, subsistiendo, además la transcripción originaria, inconsciente? ¿O más bien debemos creer que la trasposición consiste en un cambio de estado que se cumple en idéntico material y en la misma localidad? (pp. 169-170).

Según Rey (1960), el manejo geográfico en la agorafobia constituye un caso particular de “toda una psicopatología del espacio individual” (p. 372), que consiste en el establecimiento de un espacio único, abierto e indiferenciado, y es esto lo que provoca, según el autor, una gran angustia y sensación de desamparo y destrucción, dado que, en él, el sujeto no se puede disociar, esto es, diferenciarse de aquello que no pertenece a su yo. Hasta aquí su planteo es muy próximo al de los anteriores autores. Sin embargo, lo interesante es que este espacio individual es también denominado por Rey como “espacio hodológico”.²²³ ¿Por qué resulta importante destacar la presencia de esta noción? Se trata de un término que Lewin empleó en *sustitución de la noción de “espacio topológico”*, la cual le parecía excesivamente “general” para

²²² Las itálicas nos pertenecen.

²²³ Dicho término es atribuido por el autor a Sartre. Sin embargo, Bollnow (1969) señala que el mismo fue introducido por Lewin, y que Sartre habría contribuido a su desarrollo. Según Bollnow (ibíd.), el *espacio hodológico* constituye la síntesis entre la noción matemática del espacio, un espacio abstracto, homogéneo, tridimensional, con una estructura uniforme y direccional, y la noción de espacio humano, un espacio heterogéneo y discontinuo (infinito y cerrado), con una estructura basada en un sistema de ejes determinados por el cuerpo humano, con un carácter subjetivo y experiencial.

representar aquellos problemas psicológico-dinámicos que implican nociones como “dirección”, “distancia” o “fuerza”, y que podían ser tratados mejor por medio de una geometría más específica

que permitiese una representación adecuada del carácter dinámico progresivo de muchos procesos psicológicos y la descripción de las relaciones estructurales dentro de la persona tanto como en su ambiente psicológico, así como la estructura de los grupos y sus modificaciones (Fernández Fernández y Puente Ferreras, 2009, p. 47).

Autores como Rey (1960) o Koolhaas²²⁴ (1961-62a/1987; 1961-62b/1987), haciendo un uso expreso del término, pero también autores como Garbarino (1965), Galeano Muñoz (1964), Baranger et al (1964), Galeano Muñoz y Baranger (1964) o Nieto Grove (1964b), de una forma implícita, recurrirían a una geometría particular como la topología, para intentar figurar de una forma dinámica las transformaciones que podrían ocurrir en este espacio producido por las fantasías (espacio individual). Las mismas consistirían en separaciones y soluciones de continuidad, como ocurre en el caso de la defensa agorafóbica, y uniones, variaciones de dimensión, forma y lugar (contracciones, expansiones, desplazamientos y superposiciones), como sucede con la defensa histérica y obsesiva ante el quiste hipocondríaco, etc.

4.3 Paciuk y la crítica del *modelo* freudiano del inconsciente como reservorio y sus críticos

4.3.1 El planteo de Paciuk

A partir de una lectura de *Estudios sobre la histeria*, Paciuk (1975) propone una crítica a la metapsicología freudiana, particularmente a la concepción del inconsciente basada en el *modelo* de un *reservorio*. Mediante un examen de la propuesta de Breuer y Freud, Paciuk establece una diferencia entre *lo* inconsciente y *el* inconsciente. El primer término designaría, según el autor, “lo des-conocido”, “lo que falta” a la comprensión de Freud y a la conciencia del sujeto, es decir, la etiología, en el sentido de la causa del síntoma, pero también de la cura.

A partir de serle trabado su acceso a la conciencia se convierte en *lo encubierto*, que hay que *des-encubrir* por un *ex-fuerzo* dirigido en dos direcciones: desentrañar el sentido y llevar al sujeto a que permita su acceso a la conciencia, a vencer su resistencia (ibíd., p. 138).²²⁵

Lo inconsciente no sería solamente “lo encubierto”, sino también “*lo contenido*” en la relación entre analista y paciente, siendo el par resistencia-represión el que daría cuenta de dicha contención (ibíd.). *El* inconsciente tomaría aquellos elementos adjetivados como *lo* inconsciente, esto es, las representaciones, las cuales “le permiten a Freud ir conformando una especie de territorio inconsciente, un *mapa* inconsciente. Las representaciones pueden asociarse entre sí y alcanzar, por este camino, grados elevados de organización psíquica, al estilo de los complejos” (ibíd., p. 140).²²⁶ En este punto, Paciuk concluye: “estamos ahora ante *el inconsciente* y su

²²⁴ Retomaremos a este autor en las conclusiones de la tesis, en tanto que su propuesta teórica presentará un especial interés por los efectos que la topología psicoanalítica trajo aparejados en ella.

²²⁵ Las itálicas nos pertenecen.

²²⁶ Las itálicas pertenecen al autor.

contenido, que se fija en su acepción de cosa formada que esté contenida en un reservorio” (ídem).²²⁷

Considerando estos pasajes, podemos observar que Paciuk concibe a *lo* inconsciente, es decir, a las representaciones reprimidas o disociadas,²²⁸ como condición necesaria para que *el* inconsciente, como un espacio definido, pueda tener lugar. Inversamente, las representaciones no podrían considerarse “contenidas” o “encubiertas” sino en función de un espacio previamente definido o fundado por la organización de ellas. Esto es, la metáfora de un “reservorio” –término empleado habitualmente en hidrografía, en termodinámica y en biología– presupone la idea de un espacio, generalmente cerrado (salvo, por ejemplo, un estanque o depósito de agua), en relación al cual podrían localizarse lugares y elementos, e indicar aquellos que pertenecen, o no, a él. El neologismo “ex-fuerzo”, presente en el pasaje antes citado, condensa las palabras “exterior” y “esfuerzo”, es decir, parece adjudicar una localización espacial a la conciencia y al inconsciente, haciendo equivaler el primero al exterior o a lo “des-encubierto”, y el segundo al interior, “encubierto” o “contenido”, a la vez que indicaría la “dirección” que las representaciones deben seguir para el progreso del análisis.

El autor prosigue señalando que esta acepción del inconsciente como cosa contenida en un reservorio constituye “una hipótesis o un modelo”. Ambos constituirían un aspecto crucial del proceso del conocimiento científico, en tanto que “permiten formular una experiencia, integrarla en una generalidad, participando de un sistema de símbolos que enriquecen la experiencia teóricamente puntual” (ídem). A continuación, añade:

*Se trata de un modelo, sustentado en una ideología (por ejemplo, la científica, si es que esto hoy día tiene algún sentido que no sea el valorativo) y ocurre que insensiblemente el modelo es tomado por “lo real” y a partir de allí comienzan elaboraciones que ya no necesitan referirse a la experiencia original, pues se validan en la coherencia con el modelo. Quizás algo de esto ha pasado con la constitución de el inconsciente” (ibíd. pp. 140-141).*²²⁹

De un modo análogo a la observación de Eco (2011), a propósito de la presencia de un estructuralismo ontológico deducible de los principios del estructuralismo metodológico de Lévi-Strauss, la crítica de Paciuk a la ideología científica, en la que se fundaría el modelo freudiano del inconsciente como reservorio, consistiría en señalar un desplazamiento desde un carácter puramente metodológico –es decir, de un modelo operativo cuya finalidad sería intentar formular formalmente el funcionamiento del inconsciente– hacia un carácter ontológico donde “el modelo es tomado por ‘lo real’”, sin una separación clara entre el modelo y el orden de realidad sobre el que es aplicado.

Paciuk (1975) prosigue indicando que, a partir de esta equivalencia entre el modelo y lo real, tienen lugar otras elaboraciones formales que no requerirían de la realidad empírica, pero

²²⁷ Las itálicas pertenecen al autor.

²²⁸ Ambas son, según Paciuk (1975), dos modalidades de lo inconsciente.

²²⁹ Las itálicas nos pertenecen.

cuyas particularidades deben estar previstas y deben poder inscribirse en el modelo, sin contradicción. Es en este sentido que el autor emplearía el término “coherencia”. Asimismo, afirmar que el funcionamiento del modelo, una vez construido, prescindiría de la “*experiencia original*”, parece traer consigo una concepción según la cual: (i) la finalidad de la actividad científica sería producir un modelo *de acuerdo* a la realidad empírica, considerando aquí al psicoanálisis como alguna forma de ciencia; (ii) la realidad empírica supondría alguna forma de objeto preexistente, del cual se prescindiría una vez que se ha constituido el modelo, el cual sería construido de forma tal que su funcionamiento sea capaz de dar cuenta de la totalidad de los hechos observados. Si retomamos un punto abordado en el *capítulo 2* (2.2), notaremos que la formalización del psicoanálisis mediante modelos, criticada por Paciuk, correspondería a la *noción* (ideológica) de modelo, en tanto que tiende a operar como una *variante* del empirismo vulgar, en la cual la dualidad de la ley y del “hecho” sería reproducida por el modelo y la realidad (Badiou, 2009).

Con todo, Paciuk parece mostrarse reticente ante la posibilidad de que el psicoanálisis avance en sus conceptualizaciones mediante la construcción de modelos, en la medida en que, tal como afirma en el pasaje antes citado, con ellos se produciría la ilusión por la cual “lo real”, “*la experiencia original*”, se confundiría con el modelo. Sin embargo, poco antes el autor señalaba que el modelo resulta una parte *esencial* del proceso de pensar, dado que permitiría formular una experiencia e integrarla en una generalidad (un sistema de símbolos), con lo cual no resultaría del todo claro si su crítica apunta a la construcción de modelos, o, más bien, al “olvido” de la distancia entre el modelo y “lo real” operado en/por el movimiento psicoanalítico.

De cualquier forma, Paciuk mantiene a lo largo del texto una actitud crítica frente a este olvido, la cual podemos ilustrar a partir de un comentario que realiza a una cita de Breuer:

Se cae con excesiva facilidad en el hábito de pensar una sustancia detrás de un sustantivo, de concebir paulatinamente la “conciencia conciente” como una cosa, y *uno se acostumbra a utilizar metafóricamente relaciones topográficas* tales como “subconciente”; *con el tiempo se produce una real representación en que la metáfora ha sido olvidada y con facilidad se la manipula como si fuera real*. Y así se completa la mitología (Breuer citado en Paciuk, 1975, p. 142).²³⁰

A partir de ella, Paciuk considera:

Quizás todo *el* inconciente responde a esta sustancialización y a tratarse de una *ilusión retrospectiva*, que coloca en algo (inconciente) y a título expreso, una organización que sólo luego será realizada, confundiendo el trabajo de organización y dar sentido a lo que va ocurriendo, con uno mítico de producción, al atribuir a *el* inconciente el orden que inaugura la interpretación (Paciuk, 1975, p. 142).²³¹

A partir de estos dos pasajes, y retomando algunos elementos previamente referidos, podemos notar que, para Paciuk, el inconsciente no portaría una sustancia, es decir, no preexistiría como una organización mítica (entre representaciones); por el contrario, sería el

²³⁰ Las itálicas son nuestras.

²³¹ Las itálicas pertenecen al autor.

resultado del proceso analítico. Precisamente, Paciuk insistía previamente en que la asociación entre representaciones es la que permitiría la instauración de un tipo de “territorio” o “mapa” inconsciente, mientras que Breuer define los sistemas psíquicos “utilizando metafóricamente relaciones topográficas”. Nos encontramos ante descripciones en términos de metáforas espaciales²³² tomadas del discurso de la topografía²³³ o de la geografía. Se trata de metáforas en tanto que, en el uso psicoanalítico de tales términos, no hay mención alguna, por ejemplo, al cálculo, esto es, a la posibilidad de medir una representación, la distancia o proximidad entre dos o más de ellas, etc. Algo similar ocurriría con la noción de “reservorio”, en tanto que el inconsciente no sería un espacio que contiene líquidos o gases, sino representaciones. No obstante, sí sería posible describir espacialmente (topológicamente) diferentes configuraciones u organizaciones entre estos elementos (representaciones).

Sea como fuere, en ambos casos la importación de estos términos provenientes de otros discursos produce un *plus de sentido* que hace que el inconsciente sea concebido en términos puramente espaciales. Sin embargo, como señala Breuer, *el olvido de su carácter puramente metafórico es el que llevaría a considerar a los sistemas psíquicos en términos de cosas o sustancias*. Tener en cuenta este diagnóstico de Breuer resultaría relevante en tanto que permitiría preguntarse si este olvido no sería justamente un factor común a varios psicoanalistas kleinianos uruguayos de la época, en tanto que, para ellos, al menos en ciertos momentos, la técnica analítica parecería operar desconociendo la distancia existente entre el modelo o la teoría (el método que habilitaría ciertas modalidades de interpretación) y el orden sobre el cual éste se aplicaría (el caso concreto). Dejamos planteada esta interrogante para ulteriores aproximaciones.

4.3.2 Las respuestas de sus críticos

En el siguiente tomo de la RUP, en 1976, fueron publicadas, en un solo texto, tres respuestas²³⁴ a algunos de los planteos de Paciuk. A propósito del “modelo creado por Freud” del inconsciente como una sustancia contenida en un reservorio, Agorio (Acevedo de Mendilaharsu, Agorio y Sopena, 1976) considera que Paciuk parece confundirlo con el concepto de hipótesis. Enseguida, Agorio aclara que “en el momento actual el ‘modelo’ es un término creado por la antropología estructuralista y tiene un sentido bien cierto que lo diferencia de las hipótesis, un sentido dinámico que permite vincular entre sí las más diversas formaciones

²³² Según Paciuk, “el inconsciente aparece como una *representación*, que permite una mejor comprensión de lo que pasa. Esta representación se realiza a partir de lo que ya es conocido y se estructura según la regla del como sí: es como si fuera esto, o así” (1975, p. 141).

²³³ Según la RAE (2010), la topografía es (i) la disciplina encargada de la descripción y delineamiento detallado de la superficie de un terreno; o (ii) el conjunto de particularidades que un terreno presenta en su configuración superficial.

²³⁴ Los autores son Acevedo de Mendilaharsu, Agorio y Sopena. No obstante, nos centraremos en ciertos aspectos de las respuestas dadas por los dos últimos, en tanto relacionadas directamente a los planteos de Paciuk expuestos anteriormente. Con todo, es importante realizar una mención a una de las críticas de Acevedo de Mendilaharsu que consiste en señalar que no es suficiente con remitirse a *Estudios sobre la histeria* para realizar una crítica a la metapsicología freudiana, puesto que “los hechos que describe Freud en *La interpretación de los sueños*, *La psicopatología de la vida cotidiana* y *El chiste y su relación con el inconsciente*, son los que dan la verdadera medida del descubrimiento de los fenómenos inconscientes” (citada en Acevedo de Mendilaharsu, Agorio y Sopena, 1976, p. 168).

culturales” (ibíd., p. 169). A su vez, en relación a la consideración de Paciuk de que el modelo sea habitualmente tomado por “lo real”, Agorio plantea que no considera que dicho “deslizamiento” se dé a menudo, ni muchos menos, en los estructuralistas. Este tipo de falacia se da sí, en las analogías o el pensamiento metafórico” (ídem).

En su respuesta, Agorio cuestiona que Paciuk estaría utilizando los términos modelo o hipótesis de forma indistinta para caracterizar la formulación de Freud, y que la concepción freudiana del inconsciente constituiría un modelo. A continuación, agrega que la noción de modelo se vincula con el pensamiento estructuralista “en el momento actual”. ¿Existieron otras acepciones anteriores del término modelo? Considerar que Freud creó un modelo permitiría considerar que lo hizo de una forma similar al estructuralismo, o bien que lo hizo en un sentido diferente, anterior al pensamiento estructuralista. Sin embargo, Agorio recurre al estructuralismo para diferenciar el modelo de las hipótesis, y si el cuestionamiento a Paciuk es que Freud construye un modelo y no una hipótesis, necesariamente estaría estableciendo una equivalencia entre el modelo en el sentido de la antropología de Lévi-Strauss y el modelo propuesto por Freud. Ora se trataría de que, “en el momento actual”, ciertos aspectos de la teorización de Freud deberían ser interpretados a la luz del estructuralismo francés, ora el modelo, en el sentido empleado por Freud, correspondería a una acepción anterior a la estructuralista. De cualquier forma, no es Paciuk sino Agorio quien invoca al estructuralismo para plantear las diferencias entre modelo e hipótesis, para justificar la infrecuencia del deslizamiento del modelo hacia “lo real” y también para diferenciar el modelo de la metáfora.

Si bien, para Agorio, dicho deslizamiento no sería habitual en el pensamiento estructuralista, considera:

Es en lo que se refiere a la tópica freudiana donde es más precisa esa reificación o sustancialización donde el “modelo es tomado por lo real”. Entiendo que, en este campo, en efecto, se puede afirmar que *las instancias tópicas, no son simplemente metáforas materializadas, sino que deben ser tomadas en un sentido real y concreto. Se trata en última instancia de sustituir por el modelo tópico, localizaciones cerebrales y su funcionamiento, que aún desconocemos. (...) Freud entendió, sin duda, prematuro hablar en términos neurológicos y prefirió como solución transitoria expresarse como lo hace en la primera y segunda tópicas*” (ídem).²³⁵

Agorio parece concordar con Paciuk respecto a que es en la metapsicología freudiana donde figuraría de forma manifiesta esta confusión entre el modelo y “lo real”. Sin embargo, si la metapsicología freudiana constituye un modelo en el sentido estructuralista, y si ello justificaría la infrecuencia del deslizamiento del modelo hacia “lo real”, ¿cómo es posible que la tópica freudiana sea la formulación teórica en la cual dicho deslizamiento sería más evidente? ¿Sería la metapsicología uno de esos casos excepcionales? De cualquier forma, Agorio retoma la crítica de Paciuk en torno de la sustancialización de las instancias psíquicas, pero lo hace para afirmar

²³⁵ Las itálicas nos pertenecen.

justamente lo contrario, esto es, que las instancias tópicas no sólo constituyen metáforas²³⁶ sino que “*deben ser tomadas en un sentido real y concreto*”. Agorio concuerda con Freud de que, idealmente, el psicoanálisis debería sustituir las instancias psíquicas haciéndolas corresponder con localizaciones del cerebro (“lo real”). En este punto, Agorio se encontraría más próximo de la concepción de ideal de la ciencia sostenida por Freud.²³⁷ Para Freud y Agorio, la neurología sería el modelo de ciencia hacia el cual el psicoanálisis debería tender,²³⁸ contentándose, mientras tanto, con estas “metáforas materializadas” (metapsicología).

Sopena considera: “podemos estar de acuerdo en que la sustancialización del inconciente significa una deformación del concepto, dado que no es un depósito de tendencias, de imágenes o de recuerdos más o menos fijos y determinados” (citado en Acevedo de Mendilaharsu, Agorio y Sopena, 1976, p. 170). Por el contrario:

Más que la naturaleza del inconciente o que sus contenidos, *a Freud le interesó desentrañar las leyes de su funcionamiento. Consideró a las representaciones como términos de una estructura: son representantes que se inscriben en un sistema, formando en su conjunto una red simbólica*. Una determinada representación no puede ser juzgada causa objetiva por cuanto siempre se halla coordinada con otras, inscrita en un sistema y subordinada al mismo. Esto explica que las representaciones no se ligen entre sí de un modo aleatorio sino de acuerdo con ciertas normas; tampoco son entidades fijas y estáticas, puesto que pueden ser modificadas por el hecho de formar parte de un conjunto de relaciones con otras representaciones. Quiere decir que hay predominancia del sistema sobre los elementos que en él se inscriben (ídem).²³⁹

El autor comienza estableciendo la posibilidad de concordar con Paciuk respecto de lo que el inconsciente *no* es, empero, enseguida parece discrepar con él en cuanto a que Freud buscase sustancializar el concepto de inconsciente bajo la forma de un “depósito”. Al igual que Agorio, Sopena parece recurrir al discurso estructuralista, aunque en una vía opuesta, en la medida en que, según él, Freud concebiría al inconsciente como una “estructura”. En un examen atento podemos notar que Sopena describiría el funcionamiento del inconsciente de acuerdo a algunas de las cuatro condiciones necesarias definidas por Lévi-Strauss (1958/1995) para considerar a un modelo como una estructura:²⁴⁰ Sopena señala que Freud concibió a las representaciones en términos de estructura o sistema, es decir, fundando un conjunto de elementos organizados en

²³⁶ Tanto Paciuk como Agorio emplean la palabra “modelo” como sinónimo de “metáfora”, sin embargo, es este último quien asocia modelo a antropología estructural, con lo cual ¿no sería contradictorio sostener que el modelo sea una metáfora y, al mismo tiempo, un sistema ordenado de signos que preexiste y condiciona al conocimiento humano?

²³⁷ De acuerdo con Milner (1996), en toda época histórica dada, debe fundarse una ciencia ideal, la cual se constituiría mediante una operación de abstracción de aquellos rasgos de una ciencia en particular, que luego serán erigidos como criterios de demarcación para toda ciencia posible.

²³⁸ En este sentido, el *localizacionismo* no sería una perspectiva ajena a autores cuya formación base era la medicina: la neurología, en el caso de Freud, y la psiquiatría, en el caso de Agorio.

²³⁹ Las itálicas nos pertenecen.

²⁴⁰ Las mismas son las siguientes: “En primer lugar, una estructura presenta un carácter de sistema. Consiste en elementos tales que una modificación cualquiera en uno de ellos entraña una modificación en todos los demás.

En segundo lugar, todo modelo pertenece a un grupo de transformaciones, cada una de las cuales corresponde a un modelo de la misma familia, de manera que el conjunto de estas transformaciones constituye un grupo de modelos.

En tercer lugar, las propiedades antes indicadas permiten predecir de qué manera reaccionará el modelo, en caso de que uno de sus elementos se modifique.

Finalmente, el modelo debe ser construido de tal manera que su funcionamiento pueda dar cuenta de todos los hechos observados” (Lévi-Strauss, 1958/1995, p. 301).

red (1° condición); las representaciones se ligan entre sí y se transforman en función de ciertas leyes o normas (2° condición), con lo cual sería posible predecir modos de transformación del inconsciente como modelo (3° condición); finalmente, si bien no es expresamente referido por Sopena, podríamos suponer que si todos los fenómenos inconscientes deben ser interpretados en términos de representaciones, necesariamente todas ellas deben tener su inscripción en el sistema (4° condición).

En su crítica, Sopena avanza señalando que, para Paciuk, el inconsciente quedaría circunscripto a una relación intersubjetiva y, particularmente, a algo “encubierto”, “desconocido”, fundado en una negativa del paciente a reconocerlo. De este modo, según el autor, Paciuk sería llevado a confundir lo inconsciente con lo no consciente, puesto que, “si el paciente no conoce el sentido de sus padecimientos es a causa de una voluntad contraria, ya que no estaría regido por ningún proceso excéntrico a él, en tercera persona” (Sopena citado en Acevedo de Mendilaharsu, Agorio y Sopena, 1976, p. 171). En este sentido, Agorio arriba a una conclusión similar a la de Sopena: “[para Paciuk] el inconsciente no es una estructura sino algo que el analista pone en el paciente durante el curso del análisis” (ibíd., p. 169). En suma, mientras que Paciuk parece concebir al inconsciente como la atribución del analista a su paciente de un puro rechazo voluntario al reconocimiento del sentido de su sufrimiento,²⁴¹ para Sopena y Agorio constituiría una estructura o un proceso que ocupa un lugar tercero respecto del analista y analizado.²⁴²

En continuidad con lo anterior, Sopena comenta que Paciuk asocia la resistencia del paciente con la posibilidad de anular la oposición interno-externo. En este sentido, considera:

Esta homologación de lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo es muy discutible. (...) Me pregunto si al homologar lo intra y lo intersubjetivo no se disuelve también la *oposición conciente-inconciente*. Porque *no hay que olvidar que esta última división, que es la topología del sujeto, es una oposición entre sistemas y no entre sujetos* (ibíd. p. 171).^{243 244}

Mientras que en el párrafo siguiente añade:

El concepto de inconciente es indisociable de un sentido topológico, encarado según el lugar de los fenómenos dentro de la representación del aparato psíquico. El inconciente se define como un lugar y se refiere a un sistema que funciona según ciertas leyes características: condensación, desplazamiento. Es un tipo de funcionamiento psíquico que no tiene en cuenta la realidad, el tiempo y el espacio, que no se preocupa por las contradicciones. (Ídem).²⁴⁵

²⁴¹ Sopena considera: “Paciuk parece más afiliado a un enfoque fenomenológico existencial según el que, si hay inconciente, es porque la conciencia está volcada a un sujeto y no es necesariamente conciente de su percepción y que su posición con respecto al objeto sería algo que se agrega, un nuevo acto que completa o corrige el acto anterior. Bastaría entonces con concebir una conciencia dividida en un mismo espacio, conciencia que, aunque clivada, sería siempre conciencia” (citado en Acevedo de Mendilaharsu, Agorio y Sopena, 1976, p. 171).

²⁴² Sopena aclara que la noción de “estructura” se encuentra ausente en los planteos de Paciuk.

²⁴³ Las itálicas nos pertenecen.

²⁴⁴ En su crítica, Acevedo de Mendilaharsu parece arribar a una conclusión no muy alejada de la de Sopena: “Si se elimina la distinción de dos planos, ¿cómo puede haber conflicto? Y el conflicto es el punto nodal de la teoría de las neurosis. El inconciente, dicen Laplanche y Leclaire (J. Laplanche y S. Leclaire: ‘El inconciente: un estudio psicoanalítico’), no consiste en un sentido más comprensivo que permitiría vincular los fenómenos al resto del texto; es, por el contrario, una segunda estructura en la cual estos fenómenos lacunares encuentran su unidad, independientemente del resto del texto” (citada en Acevedo de Mendilaharsu, Agorio y Sopena, 1976, p.168).

²⁴⁵ Las itálicas nos pertenecen.

En estos pasajes, Sopena parece poner en equivalencia al sistema inconsciente con lo intrasubjetivo y al sistema consciente con lo intersubjetivo, en tanto que la homologación del par intra-inter disolvería también la oposición entre sistemas. Con todo, lo más importante para nuestros fines es que Sopena establece una homología entre la división (entre sistemas) y *la topología del sujeto*, y una imposibilidad de disociar *el concepto de inconsciente de un sentido topológico*, relativo a los fenómenos que tienen lugar en el interior de la representación del psiquismo. Si bien no especifica a qué topología refiere, podría inferirse que el autor haría alusión a la *banda de Moebius* por ser el *modelo* que Lacan emplea para definir al sujeto como *división*, esto es, como “corte de superficie” (Porge, 2007). Además, porque el autor deja en claro que la división no ocurriría entre sujetos sino entre sistemas, con lo cual el sujeto sería considerado en su carácter de entre-dos, no homologable al individuo. Aun así, Sopena utiliza los términos “intrasubjetivo” e “intersubjetivo”, por lo cual no lograría sustraerse por completo a una concepción atomista del sujeto y a un pensamiento que procede mediante dicotomías. De esta forma, en el planteo del autor, parecen coexistir, sin contradicción, la metapsicología freudiana, con su constante interjuego entre lo “interno” o inconsciente y lo “externo” o consciente, y la topología del sujeto en la que existiría la posibilidad de un pasaje continuo entre un espacio y el otro, a la vez que revela el carácter ilusorio de esta supuesta oposición.

Capítulo 5: Lacan en Uruguay. La visita de Octave y Maud Mannoni, y de Serge Leclaire a la APU

Según Bernardi (2006), los motivos por los cuales la teoría kleiniana habría ido perdiendo su primacía en el Río de la Plata respondían a una serie de razones históricas circunstanciales entre las cuales se encontraba el reclamo de cambios institucionales en los grupos psicoanalíticos de Montevideo y Buenos Aires, sumado a una creciente búsqueda de nuevas ideas técnicas y teóricas, y a las luchas de poder al interior de las instituciones vinculadas a una demanda de transformaciones más amplias que ocurrieron en la época a nivel social. En la década del 70 el psicoanálisis comenzó a crecer por fuera de los grupos analíticos iniciales como la APU y la APA, expandiéndose, incluso, hacia el ambiente universitario. Según el autor, al debate sobre el psicoanálisis se le sumó el debate sobre el marxismo. En ambos casos sus principales influencias no derivaban exclusivamente del pensamiento anglosajón, sino también del pensamiento francés, particularmente del estructuralismo.

Durante dicha década, comienzan a multiplicarse, en las publicaciones psicoanalíticas uruguayas, las referencias a autores de tradición británica, como Bion, Winnicott, Meltzer, etc. y de otras tradiciones, como Kohut. No obstante, el cambio más notorio estaría dado por la creciente influencia del psicoanálisis francés, particularmente el de Lacan y sus seguidores (ibíd.). La puesta en primer plano de las ideas psicoanalíticas francesas habría tenido como efecto una revalorización de la metapsicología freudiana, pero también habría producido una suerte de “retorno de lo reprimido”, más si recordamos la formación y preferencias intelectuales de psicoanalistas como Pichon-Rivière, Baranger, Cárcamo, así como la importancia de la cultura francesa en el Río de la Plata (ibíd.).

En este contexto tiene lugar en abril de 1972 la visita de Octave y Maud Mannoni a la APU, y, en agosto de 1972 y noviembre de 1975, la de Serge Leclaire,²⁴⁶ con la finalidad de impartir seminarios y conferencias en torno del pensamiento lacaniano.²⁴⁷ Para facilitar la exposición, realizaremos a continuación un abordaje discursivo de los dos intercambios por separado, centrándonos principalmente en algunos de los seminarios y conferencias en los cuales podamos evidenciar una serie de referencias explícitas e implícitas a la topología propuesta por Lacan, así como ciertos problemas teóricos y prácticos que ellas plantean.

5.1 La visita de Octave y Maud Mannoni

Para el abordaje del “intercambio científico” en el que intervinieron Octave y Maud Mannoni realizaremos una breve descripción de ciertos aspectos de los seminarios: *Enseñanza del Psicoanálisis*; *Ideología y Psicoanálisis*; *Pensamiento de Lacan*; *Notas sobre los estadios*

²⁴⁶Previamente, en 1972, los dos primeros fueron invitados por Oscar Masotta a Argentina, es decir, por fuera del *establishment* oficial argentino, mientras que Leclaire fue invitado por la APA antes de su visita a APU.

²⁴⁷Dichos seminarios y conferencias fueron recopilados por separado: en el caso de Leclaire, los mismos se publicaron en un libro titulado *Serge Leclaire. Seminarios en Montevideo, 1972* (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, 1972/2012) y, en el caso de Octave y Maud Mannoni, se compilaron como una publicación interna de la institución.

anteriores al estadio del espejo; y Sobre el orden simbólico,²⁴⁸ en tanto que en ellos podemos encontrar una serie de referencias explícitas e implícitas a la topología, particularmente a la *topología del sujeto* y su relación con los sistemas o discursos consciente e inconsciente, aunado a una crítica de la concepción kleiniana del inconsciente y su interpretación en términos de articulación significativa, entre otras.

5.1.1 Enseñanza del psicoanálisis

En el registro del primer seminario con Octave y Maud Mannoni²⁴⁹ encontramos una serie de expresiones que harían alusión a divisiones espaciales que podrían ser consideradas topológicas o, cuanto menos, metapsicológicas: Octave Mannoni señala que “la teoría de la sobredeterminación de Freud, no puede ser aplicada al *mundo real*. La sobredeterminación reina en el *mundo de la palabra*”²⁵⁰ (citado en APU, 1972, p.3); M. Mannoni señala: “para Lacan, es *entre el analista y el paciente que surge la verdad*. Ni uno ni otro la poseen, es *entre los dos*”²⁵¹ (ibid., p. 8) y añade que “el análisis es un juego *intersubjetivo*”²⁵² (ibid., p. 3). En el primer pasaje se afirmaría la existencia de dos “mundos”, de los cuales sólo en uno de ellos (“*mundo de la palabra*”) sería posible considerar la existencia de fenómenos causados por una multiplicidad de factores (“sobredeterminación”), mientras que en el “*mundo real*” ¿existirían exclusivamente relaciones directas entre una causa y un efecto? ¿La no aplicabilidad de la sobredeterminación a ambos mundos no traería consigo la idea de dos mundos que funcionarían de manera separada? En la segunda y tercera cita figura la preposición “entre”, empleada para localizar el concepto de verdad, siendo considerado un elemento o conjunto cuya función parecería ser mediatizar una relación entre dos conjuntos (analista y paciente), aunque sin formar parte de ninguno de ellos (dado que “ni uno ni otro la poseen”), pero que, sin embargo, requeriría de “un juego” en el que ambos participan para producirlo. Entonces, ¿el concepto de verdad no funcionaría aquí como uno de los elementos capaces de garantizar la *conexidad* del espacio analista-paciente(-análisis) pero que, al mismo tiempo, balizaría una separación?

No es seguro que este espacio “intersubjetivo” esté conformado exclusivamente por la verdad, sino también por otros elementos. Esa parece ser la idea de M. Mannoni, quien, parafraseando a Lacan (*El psicoanálisis y su enseñanza*), refiere: “el problema de que el análisis es una historia vivida como historia, de *sujeción a las leyes del lenguaje*, que es el *único capaz de sobredeterminación*”²⁵³ (ibid., p. 3). Esto estaría en conexión con el planteo de O. Mannoni de que la verdad “es algo como el polo inaccesible del discurso. De la verdad sólo conocemos sus efectos y estos pueden ser tanto un conocimiento como un síntoma” (ibid., p. 8). Aquí reaparece

²⁴⁸ Realizaremos pocas menciones a comentarios de los participantes, puesto que son escasos y muchas veces limitados a plantear interrogantes a las que adecuadamente aludimos, y, además, porque algunos de ellos abordan tópicos que apuntan en una dirección diferente a la de los objetivos de esta investigación.

²⁴⁹ Cabe consignar que cuando toma la palabra Octave Mannoni, en la versión taquigráfica es nombrado como “Prof. Mannoni”, al tiempo que Maud Mannoni es denominada “Sra. Mannoni”.

²⁵⁰ Las itálicas nos pertenecen.

²⁵¹ Las itálicas nos pertenecen.

²⁵² Las itálicas nos pertenecen.

²⁵³ Las itálicas nos pertenecen.

la noción de “sobredeterminación”, leída en clave de “leyes del lenguaje”, que sería capaz de producir la verdad como un “polo” del discurso cuyo efecto podría ser el síntoma, es decir, una formación del inconsciente. Llegados a este punto resultaría plausible proponer que aquello que funcionaría para los autores como “entre” –y que podemos reencontrar en el intercambio sobre el *Pensamiento de Lacan*– sería el propio funcionamiento del lenguaje y, en consecuencia, del inconsciente. De ahí que algunas páginas después O. Mannoni señale que el concepto de “introyección” se vuelve *innecesario* en tanto que el inconsciente se desplegaría intersubjetivamente, y no como una posesión individual. Como ejemplos, el autor refiere al duelo y el análisis de niños. “[E]l inconsciente está en el lenguaje”, afirma (ibid., p. 102).

5.1.2 Ideología y Psicoanálisis

La pregunta que inaugura este intercambio es bajo cuál acepción emplearán O. y M. Mannoni el término “ideología”. Dado el carácter tan vasto, con límites imprecisos de dicho concepto, O. Mannoni deja explícito su interés por evitar definirlo. M. Mannoni afirma que Lacan busca constituir al psicoanálisis en ciencia, intentando así hacer a un lado el problema ideológico. Poco después. M. Mannoni señala:

lo que interesa a Lacan es intentar definir lo que se refiere al *status del sujeto en psicoanálisis*. Llegó a establecer una estructura que da cuenta del estado de “*spaltung*”, en el que el psicoanalista, dice él, localiza al sujeto en su estado de disociación. Esta división del sujeto, Lacan la sitúa en una división entre saber y verdad. El sujeto se encuentra en el nudo de una diferencia, lo que, según él, convierte a toda referencia humanista en superflua. Es un error, dice Lacan, encarnar al sujeto en el hombre, lo que equivale a encarnarlo en el niño, ya que este hombre será el primitivo. (ibid., pp. 64-65).²⁵⁴

Inmediatamente después, tomando a Lacan, la autora añade que aquello denunciado por Lévi-Strauss como *ilusión arcaica* “es (...) inevitable en el psicoanálisis si no nos mantenemos firmes sobre el principio de que un solo sujeto es recibido en el psicoanálisis como tal, el que puede convertir al psicoanálisis en científico” (ibid., p.65). Toda referencia humanista es rechazada por la autora (el hombre de la ciencia no existe) y, en su lugar, propone que existiría solamente el sujeto (de la ciencia). Se trata de un sujeto “que lo sitúa en *exclusión interna* de su objeto”²⁵⁵ (ibid. p. 64), y que no se encuentra ligado a ninguna clase de desarrollo ni a un “sujeto responsable”. Como puede apreciarse, la referencia al texto de Lacan *La ciencia y la verdad* (1965-66b/2003) es aquí manifiesta. Pero, además, si consideramos las dos citas en conjunto, parecería vislumbrarse una crítica expresa al pensamiento psicoanalítico kleiniano, para el cual la primacía de lo humano encarnado por el niño (primitivo) ocuparía un lugar central en la teorización, en la cual la “ilusión arcaica” debería ser evitada mediante la concepción lacaniana del sujeto.

La exposición continúa con una referencia de M. Mannoni al objeto del psicoanálisis: niega que el mismo sea el hombre, sino aquello que a él falta: “la falta de un objeto” que vuelve, según

²⁵⁴ Las itálicas nos pertenecen.

²⁵⁵ Las itálicas nos pertenecen.

la autora, impropio la mención de dicho objeto. En este sentido, afirma: “el psicoanálisis como ciencia es, dice Lacan, reconocer en la ciencia, una negativa del sujeto, un rechazo del sujeto” (M. Mannoni citada en APU, 1972, p. 65). A continuación, reaparece el problema de la relación entre psicoanálisis e ideología a partir del siguiente pasaje: “su preocupación [la del psicoanálisis] es mantener todo lo que se refiere a una división del sujeto y de no llenar enseguida la brecha mediante la ideología” (ibid., p.66) y que “la captura teórica de este objeto es difícil, porque todo lo que se encuentra es continuamente lo que viene a formar la brecha de la división del sujeto” (idem).

Algunas páginas después, frente a las objeciones al conocimiento contemporáneo en su pretensión de constituir una “ciencia pura” o una “ciencia neutra”, M. Mannoni realiza la primera mención directa a la topología: “Lacan incluye al sujeto en la observación, intenta incluirlo *en forma topológica*, pero no habla de ideología”^{256, 257} (ibid., p. 71). Sin embargo, la topología ya estaría aludida en su paráfrasis del texto lacaniano: aquella en la que el sujeto es situado en *exclusión interna* de su objeto, expresión que podemos asociar a la *spaltung* o división del sujeto. A este respecto, Porge (2007) nos recuerda que esta exclusión interna es condensada por Lacan en un neologismo: la “extimidad”. Dicha expresión permitiría colocar en una relación paradójica lo íntimo y lo exterior, el adentro y el afuera, cuya representación no puede ser geométrica, sino que se refiere a una topología, la cual

(...) no traza por adelantado las fronteras entre interior y exterior, adentro y afuera, sí mismo y no sí mismo. (...) El pasaje de uno a otro se efectúa en continuidad. La banda de Moebius representa justamente esta continuidad del derecho y del revés (ibid., p.123).

Se trataría, para este autor, no de una *banda de Moebius*, sino de la sutura de dos de ellas constituyendo una superficie exenta de bordes llamada *botella de Klein*, “donde el adentro está en continuidad con el afuera, disponiendo un espacio de entre-dos donde el adentro sirve de doblez para el afuera” (idem).

Con todo, si bien no figura en el texto mención alguna a estas superficies topológicas, lo cierto es que incluir topológicamente al sujeto en su objeto, en la vía de Lacan, es en realidad concebirlo como efecto de una división entre dos espacios, subvirtiéndose así la intuición cartesiana del espacio y la concepción clásica de la subjetividad. Más aún si recordamos que, para Lacan, la *banda de Moebius*, definida como corte de superficie, es el sujeto (ibid.).

Poco después, figura una nueva referencia explícita a la topología, la cual es utilizada con la finalidad de ilustrar los efectos del psicoanálisis, pero que, según O. Mannoni, “no tiene nada que ver con el psicoanálisis” (citado en APU, 1972, p. 72):

²⁵⁶Las itálicas nos pertenecen.

²⁵⁷O. Mannoni señala que la inclusión del sujeto en el sistema no impediría concebir a la ciencia como pura o como objetiva inclusive, aunque bajo una nueva acepción de ciencia.

Cuando los matemáticos, al comienzo del siglo XIX, descubrieron que no se podía obtener la verdad a partir de la intuición, y que se requería una axiomática aparentemente arbitraria, ya que, por ejemplo, *se podía decir que el espacio tenía 4 dimensiones, pero había, pese a todo, una geometría que no debía nada a la intuición*, podíamos preguntarnos qué influencia podía tener esta curiosidad matemática, por ejemplo, sobre los juristas. La influencia es muy fácil de apreciar: las teorías sobre la ley dejaron de ser institucionistas, no se habló más de derecho natural, sino que se introdujo en las leyes algo que se parecía a la axiomática matemática. Entonces, *si alguien se preguntase cómo es que los matemáticos influyeron en la elaboración de los códigos, deberíamos responder: indirectamente. Pienso que el psicoanálisis puede tener muchos efectos de este tipo*²⁵⁸ (ídem).

Nótese que, con la finalidad de mostrar los posibles efectos que el psicoanálisis puede producir, O. Mannoni trae no cualquier ejemplo, curiosamente, trae “un ejemplo que *no* tiene nada que ver con el psicoanálisis” (ídem). Esta forma de heterogeneidad mostrada, este modo de ejemplificar a través de un ejemplo “que no tiene nada que ver”, ¿no constituiría aquí un típico caso de negación sintomática, la negación freudiana por excelencia? Cuando se emplea la analogía de la influencia de la matemática de principios de siglo XIX *sobre los juristas*, ¿no estarían quedando manifiestos, mediante la figura de la negación, precisamente los efectos que la topología habría generado *en los psicoanalistas*, en su práctica y teoría? Más aún si recordamos que previamente M. Mannoni definía una inclusión “en forma topológica” del sujeto en la observación, mientras que, en este pasaje, O. Mannoni alude explícitamente a un espacio de cuatro dimensiones, a una geometría ajena a la intuición.²⁵⁹ Es decir, no parece casual que el ejemplo elegido apunte a la topología y que sea precedido de una negación que parece encubrir el nexo e influencia que las matemáticas y la lógica habrían tenido en el desarrollo de la teoría de Lacan y, particularmente, en su insistencia por interpretar la teoría analítica a la luz de la topología. Con todo, el enunciado: “*Pienso que el psicoanálisis puede tener muchos efectos de este tipo*” resultaría equívoco, en tanto que no resulta del todo claro si se refiere a los efectos que las matemáticas (y particularmente la topología) pudieron tener en las elaboraciones teóricas psicoanalíticas o si se trataría de los efectos que el psicoanálisis podría producir sobre otras disciplinas o campos de saber. De cualquier forma, dado que O. Mannoni señala que “las matemáticas son la lógica y la teoría de las ciencias” (ibid., p.78) y, dado que, según estos autores, el punto de partida de Lacan sería hacer del psicoanálisis una ciencia (pura), entonces, necesariamente, ellos serían llevados a intentar “matematizar al psicoanálisis” (ídem), o, mejor dicho: “[a] formalizar el análisis, ponerlo en fórmulas, como la que está en el pizarrón, que se parece a una fórmula matemática, pero con la cual los matemáticos no pueden hacer nada” (ibíd., p. 145). Tal como señalamos en el apartado 2.2, en este sentido que Milner (1996) sostiene que la teoría lacaniana del matema extrae del paradigma matemático exclusivamente su literalidad, haciendo a un lado el encadenamiento de las razones.

²⁵⁸ Las itálicas nos pertenecen.

²⁵⁹ A este respecto, a lo largo de su obra Lacan emplea superficies de cuatro dimensiones tales como *La botella de Klein* o el *Cross-cap* con diversos fines y aplicaciones.

5.1.3 Pensamiento de Lacan

Este intercambio tiene especial interés porque nos lleva a retomar el problema del “campo del lenguaje” (ya abordado en 3.2). Aquí, M. Mannoni, de acuerdo con Lacan, afirma que los conceptos asumen su sentido si se los orienta

en el campo del lenguaje y si se ordenan con la función de la palabra. (...) Situar un campo de lenguaje es poder situar diferentes niveles del discurso, lo que debe ser localizado es la función de la palabra que se ordena con este campo de lenguaje (citado en APU, 1972, p.85).

Los diferentes niveles del discurso son denominados lo simbólico, lo imaginario y lo real (ibid.). Enseguida, M. Mannoni advierte:

las referencias del paciente a la violencia y a las luchas exteriores en el mundo real deben sufrir nunca (sic) el efecto de una operación reductora, en una interpretación analítica que reduzca la posición política a las dimensiones mezquinas del llamado “*mundo interno*” del paciente. *El inconsciente no está en el sujeto*²⁶⁰(idem).

La crítica de Lacan, según la autora, apunta al estudio de las causas del “deterioro del discurso analítico” que tendió a orientar la práctica en una cierta vía que reducía la relación analítica a “un combate entre dos personas, y el analizando se queda sin otra persona para comer, que el analista” (idem).

M. Mannoni continúa intentando definir el concepto de “inconsciente” a partir de la noción de “orden simbólico” propuesta por Lévi-Strauss, apoyada en el concepto de “estructura”, que le permitiría estudiar las relaciones establecidas entre la “estructura lingüística” y la “estructura social”. De acuerdo con Lévi-Strauss, la autora afirma que el inconsciente es algo que deja “su marca sobre un contenido que se encuentra en el *exterior*”²⁶¹ (M. Mannoni citada en APU, 1972, p. 86). En este sentido, “el inconsciente deja de ser el inefable refugio de las particularidades individuales, el depositario de una historia única que hace de cada uno de nosotros un ser irremplazable” (ibid., p. 87), volviéndose un término que designa una función, la función simbólica (ibid.)

A partir de lo antes descrito podemos realizar los siguientes comentarios: por un lado, figura una clara crítica hacia la concepción “bipersonal” del análisis, considerado por la autora como un combate entre dos personas en el que *la única salida es “comerse” al analista* (identificarse con la representación de él),²⁶² constituyéndose así una de las causas del “deterioro del discurso psicoanalítico”. El inconsciente en la teoría de Lacan no sería concebido como un “mundo interno”, como algo que “está en el sujeto”. Por el contrario, parecería tratarse de una instancia que no resultaría ajena a lo que ocurre en el “mundo real”, que toma en cuenta “la posición política” y que, en efecto, “[su] contenido (...) se encuentra en el exterior”. El

²⁶⁰ Las itálicas nos pertenecen.

²⁶¹ Las itálicas nos pertenecen.

²⁶² A este respecto, O. Mannoni señala: “la situación analítica, si nosotros decimos que es una situación constituida por dos personas, corremos el riesgo de convertirla en una situación imaginaria: el analizado encontrándose, de cierta manera, frente a alguien que representa su imagen” (citado en APU, 1972, p. 100).

inconsciente, según O. Mannoni, “no está especialmente en la cabeza, está, en cierta forma, en las palabras posibles o en las palabras dichas” (ibid., p. 101). Estos argumentos son justificados a partir del concepto de “campo de lenguaje”,²⁶³ el cual es presentado por M. Mannoni como condición del ordenamiento discursivo. De ahí que conciba al inconsciente en términos de “orden simbólico”, de lenguaje.

Nos reencontramos aquí con una concepción de la situación analítica como campo de lenguaje, concibiendo a este último en su función de “mediación”, de “tercer término del análisis” (ibid., p. 100). No obstante, O. Mannoni añade aquí un énfasis que no habíamos encontrado previamente: la noción de *verdad* concebida como “*campo de la verdad*, (...) en la misma forma que se habla del *campo magnético*” (ídem); la verdad como “*el polo del campo* en el que se despliega el lenguaje”²⁶⁴ (ídem) que, según la autora, Lacan denomina Otro. El conjunto de “fuerzas” que establecen este campo tan particular gravitaría en torno de la noción de verdad. Pero, ¿acaso debemos tomar de forma literal esta adjetivación de “magnético” para denominar al campo de lenguaje? Por un lado, sí, en tanto que el autor parece sostener un isomorfismo entre “campo de la verdad” y “campo magnético” (la locución “*en la misma forma*” presente en el enunciado “*hay (...) algo así como el campo de la verdad, el campo, en la misma forma que se habla del campo magnético*”²⁶⁵ (ídem), indicaría dicha equivalencia). Aunque, por otro lado, no sería literal en tanto que la locución adverbial “*algo así como*” parecería evidenciar una proximidad semántica entre ambos términos, pero metafórica.

Sea como fuere, ¿el lenguaje –incluida allí su dimensión de vehiculizar una verdad– trazaría una mediación entre qué y qué? Y ¿cómo realizaría tal mediación? En cuanto a la primera pregunta, según M. Mannoni: “en cierto sentido, *habría un sujeto inconsciente separado de la conciencia, que intenta dirigirse a otro sujeto inconsciente*, que Lacan designa como el Otro (con mayúscula)” (ibid., p. 91). Y continúa señalando que “este discurso inconsciente es el discurso inconsciente del Otro (con mayúscula) en *el sujeto*, que ha sido alienado de sí mismo a través de su relación en espejo al otro (con minúscula)”²⁶⁶ (ídem).

Ahora bien, en la discusión sobre “*Ideología y Psicoanálisis*”, M. Mannoni sostenía que era preciso mantenerse firmes en cuanto al principio de que *un solo* sujeto sea considerado a fin de tornar al psicoanálisis científico. Pero entonces ¿no sería contradictorio sostener la existencia de *un solo sujeto* y, al mismo tiempo, afirmar que un sujeto inconsciente se dirigiría a otro sujeto inconsciente? La segunda parte de la frase que acabamos de citar aludiría nuevamente a un solo sujeto (“el sujeto”), en tanto que el Otro se presenta como discurso inconsciente presente en el sujeto, aunque alienado de sí mismo por la relación especular. A partir de aquí sólo podría

²⁶³Dicho concepto es abordado por Lacan en su texto de 1953, *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*.

²⁶⁴ Las itálicas nos pertenecen.

²⁶⁵ Las itálicas nos pertenecen.

²⁶⁶ Las itálicas nos pertenecen.

hablarse de dos sujetos en el sentido de la *relación especular yo-otro*, puesto que, si el sujeto es concebido por Lacan como efecto de una *spaltung*, de una alienación en el lenguaje, difícilmente podría tratarse de dos sujetos, puesto que no existiría forma de comparar una división respecto de otra. Tampoco de un solo sujeto capaz de mantenerse idéntico a sí mismo, puesto que, si nos ceñimos a la definición lacaniana del sujeto en tanto carente de atributos, ni siquiera podría decirse que él sea (el mismo a cada instante). En consecuencia, el “juego intersubjetivo” (ibid., p.3) del análisis –tal como lo define M. Mannoni en el primer intercambio– parece plantear un funcionamiento en dos niveles: uno, en el que existirían dos “sujetos inconscientes” –siendo el Otro también considerado un sujeto– y un segundo nivel que estaría dado por la relación especular con la imagen del otro, pero que sería la causante de la alienación “de sí mismo” del (discurso inconsciente del Otro en el) sujeto. Con todo, en la frase “en cierto sentido, *habría...*”, presente en el párrafo antes citado, el tiempo verbal utilizado marca su carácter condicional, a la vez que la expresión “en cierto sentido” presupondría otros sentidos posibles bajo los cuales podría ser interpretada la relación de mediación.

En cuanto a la segunda interrogante referida más arriba (¿cómo ocurriría tal mediación?), podría considerarse que ella sería posible a partir del establecimiento, por parte de la autora, de una correspondencia biunívoca entre inconsciente y lenguaje: “el inconsciente es el lenguaje”. A partir de allí, M. Mannoni afirma que el inconsciente “es una combinación de un punto de vista dinámico, la metáfora, y del punto de vista económico, la metonimia” (ídem). De esta forma, parece establecer una biyección entre los dos mecanismos básicos del lenguaje propuestos por la lingüística estructural y dos de los tres puntos de vista de la metapsicología freudiana. M. Mannoni no proporciona mayores precisiones a este respecto, pero cabe preguntarse: ¿acaso ambas operaciones de lenguaje no supondrían tanto un aspecto dinámico como económico? ¿Al punto de vista tópico de la metapsicología no le correspondería ninguna noción en términos lingüísticos? ¿Qué consecuencias teóricas traería aparejado no considerar el punto de vista tópico en la teorización metapsicológica del aparato psíquico? ¿Qué habría llevado a la autora a establecer esta correspondencia uno-a-uno?

5.1.4 Notas sobre los estadios anteriores al estadio del espejo

Lo que nos interesará de este intercambio será mostrar cómo incide, en los planteos de M. Mannoni, una interpretación lacaniana de la teoría kleiniana, particularmente en términos de articulación significativa. La autora plantea que en la relación primordial madre-hijo no figuran dos términos, sino cuatro, relación que denomina como una “primera relación cuatripartita” (ibid., p. 123); no obstante, no define claramente cuáles serían estos cuatro elementos. Inmediatamente después señala que, en los planteos de Klein sobre la relación de objeto, éste puede ser malo o bueno, frustrante o gratificador, pero que lo esencial sería su carácter significativo. En este punto introduce la “función del significante”:

*Hay pasaje del objeto como tal a una función de oposición significativa, que es la base de toda la dialéctica kleiniana. Lo que M. Klein nos aporta es una especie de álgebra primitiva, de la que podemos decir que confluye con lo que nosotros intentamos poner en relieve bajo el nombre de función del significante. El que habla es siempre Lacan*²⁶⁷ (ibíd., p. 124).²⁶⁸

Este “pasaje” del objeto (en el sentido de Klein) a una “función” alrededor de la articulación significativa es nombrado por la autora de dos formas: como “*dialéctica kleiniana*” y como “*una especie de álgebra primitiva*”. Cada una de estas formas de nominación provendría de una FD diferente: mientras que la dialéctica pertenece al discurso filosófico, particularmente constituye el método creado por Hegel y retomado por Marx en clave materialista, el álgebra forma parte del discurso matemático. El estatuto atribuido a la dialéctica kleiniana no parece ser el mismo que el de la referida álgebra primitiva: en el segundo caso sería manifiesto su carácter analógico presente en la expresión “*una especie de...*”, mientras que en el primero la dialéctica parece ser concebida como el método kleiniano mismo (“*es la base de toda la dialéctica kleiniana*”).

En continuidad con lo anterior, la autora asevera lo siguiente:

*Cómo podremos nosotros describir lo que sucede a partir del momento en el que interviene la noción del sujeto como un todo que es esencial, para que el sujeto mismo se considere como poseyendo un interior, o un adentro, y un exterior o un afuera, ya que al fin de cuentas es sólo a partir de ese momento que es concebible que se manifieste, que se defina, el proceso de internalización y de externalización, de introyección y de proyección, que, según M. Klein, es decisivo para esta estructuralización del animal primitivo. Es en tanto que la imagen del otro con minúscula, da al sujeto esta forma de la unidad del otro con minúscula, como tal, es en tanto eso, que es posible que se establezca en algún lugar esta división del adentro y del afuera, en relación con la cual van a reclasificarse los buenos y malos objetos. Los buenos, en tanto que deben ir al adentro; los malos, en tanto que deben permanecer afuera. Este mal objeto, al cual el sujeto supuestamente se identifica, ¿lo es o no lo es el niño? ¿Lo tiene o no lo tiene él? Si hemos definido buenos y malos objetos, como determinando el proceso de estructuración por medio del cual el sujeto interioriza los buenos objetos y los hace primitivamente parte de sí mismo, y rechaza los malos como siendo lo que no es él, todo el resto, la paradoja del objeto malo interiorizado aparece en un primer plano (ídem).*²⁶⁹

En este párrafo podemos observar cómo es afirmada una anterioridad lógica de “la imagen del otro” respecto del sujeto (en términos de unidad), al cual tomaría posible, y que de allí derivaría la división adentro-afuera que habilitaría una *reclasificación* de los objetos buenos y malos. Pero, ¿la imagen del otro precedería a los procesos de internalización y externalización? ¿Es esta imagen la que los soporta y torna posibles? ¿O bien constituye simplemente el modelo empleado por tales operaciones para producir al sujeto como un todo? Simplemente dejamos planteadas estas preguntas en tanto que el texto no proporciona elementos para establecer una respuesta adecuada a tal problema. Sin embargo, del anterior pasaje podemos hacernos al menos dos preguntas cuya respuesta el texto mismo podría brindarnos.

²⁶⁷ Este intercambio tiene la particularidad de que en él M. Mannoni alude de forma insistente a Lacan en discurso indirecto: “es Lacan el que habla” (citada en APU, 1972, p. 123); “el que habla es siempre Lacan” (ibíd., p. 124); “hace referencia Lacan” (ibíd., p. 126). Constituyen todas ellas formas marcadas de *heterogeneidad mostrada* (Authier-Revuz, 1990) en tanto que inscriben el lugar del “otro” mediante una marca unívoca, en este caso mediante el nombre de “Lacan”. De esta forma, la autora parecería buscar reducir la *heterogeneidad constitutiva* inmanente a todo decir al atribuir aquello que expondrá a otra voz que hablaría en su lugar.

²⁶⁸ Las itálicas nos pertenecen.

²⁶⁹ Las itálicas nos pertenecen.

La primera interrogante sería: ¿estos dos espacios (interior y exterior) preexistirían a la *consideración* del sujeto de poseerlos? No es seguro, aunque en el pasaje citado la autora señala que cuando el sujeto adquiere su carácter de totalidad, es ahí que puede considerarse “*como poseyendo un interior, o un adentro, y un exterior o afuera*”. Tal expresión –cuya paráfrasis podría ser: “como si tuviera...”– constituiría una conjunción condicional cuya finalidad sería la de establecer una comparación supuesta o irreal (RAE, 2010), esto es, la presuposición de que el sujeto, en realidad, no poseería un interior separado de un exterior, siendo dicha división espacial una simple alegoría o representación y, con ello, quedaría en suspenso “*la noción del sujeto como un todo que es esencial*”. Sea como fuere, lo que puede afirmarse es que, según M. Mannoni, lo que quedaría establecido a partir de la unidad del sujeto es la “división” entre adentro-afuera, con lo cual podría suponerse que estos espacios preexistirían a la división, pero que dicha operación permitiría al sujeto vivirlos como separados.

La segunda pregunta que cabría realizarse sería la siguiente: ¿la noción de sujeto aludida por la autora en dicho pasaje no sería próxima a la de *moi* (yo)? En efecto, así parece ser si notamos que M. Mannoni afirma que es “*la imagen del otro con minúscula, [la que] da al sujeto esta forma de la unidad del otro con minúscula*”, y recordemos que, para Lacan, es la imagen del otro la que brinda el soporte necesario para la constitución del yo. En este sentido, la autora no parece lograr demarcar claramente las diferencias entre la noción de sujeto dividido, tal como lo propone Lacan, y el yo en tanto imagen, quedando su concepción del sujeto no muy lejos de la acepción generalizada en el pensamiento psicoanalítico kleiniano que tiende a sostener “el mito de la unidad de la persona” (participante citado en APU, 1972/2012, p. 228).

La exposición de M. Mannoni avanza en torno de esta falta de distinción entre ambas nociones. Ello es observable cuando afirma que, según Lacan, el *moi* del neurótico asumiría con facilidad el lugar de un “objeto separado” (ibid., p. 126), definido “como (...) la forma original del objeto del deseo” (ídem). La autora comenta que Lacan, a este respecto, hace referencia a un “doble discurso” (ídem):

es en el intervalo de estos dos discursos²⁷⁰ donde se sitúa aquello que enfrentamos como deseo. Y en este intervalo se constituye lo que la dialéctica kleiniana articuló como siendo el objeto malo. Es en la forma en que se estructura esta relación en el intervalo, esta función imaginaria en tanto que ella llega a las dos cadenas del discurso, la cadena reprimida y la cadena manifiesta, es ahí donde nos vemos llamados a precisar lo que es conveniente conservar en la articulación para poder saber cuál es el nivel en que se sitúa el deseo (ídem).²⁷¹

Inicialmente el yo del neurótico es considerado como “la forma original del objeto del deseo”; en segundo lugar, el deseo es concebido como algo que se localiza *en el intervalo de dos discursos*; y en tercer lugar, en dicho intervalo se constituye *el objeto malo*. Mediante una relación transitiva

²⁷⁰ Este doble discurso es remitido por la autora a dos niveles superpuestos: en el primero puede decirse algo sobre un objeto (“qué bello”) y por debajo existe otro nivel en el que puede estar presente el deseo de muerte (“que se muera”) (M. Mannoni citada en APU, 1972, p. 126).

²⁷¹ Las itálicas nos pertenecen.

(ver apartado 2.4), parece establecerse aquí una equivalencia entre el *moi* neurótico y el *objeto malo*. Y si los dos discursos son nombrados como “*cadena reprimida*” y “*cadena manifiesta*”, podríamos concluir que tanto el objeto malo como el yo del neurótico serían producidos y colocados en el *intervalo* de ambas cadenas; no formaría parte de ninguna de las dos, sino que sería el efecto de su articulación.

Pero, de acuerdo con M. Mannoni, si el sujeto alcanzaría su unidad a partir de la imagen del otro –de un modo que parece análogo al de la constitución del *moi*– y si aquí el *moi* neurótico es localizado en el intervalo de dos discursos –de un modo próximo al del sujeto dividido–, entonces, ¿este *moi* o sujeto constituiría una unidad que se encuentra en un intervalo entre dos cadenas del discurso, con lo cual ese intervalo debería ser tomado como espacio en sí mismo? ¿O bien no podría afirmarse que el sujeto sea *uno*, en tanto que el intervalo se produciría cada vez que estos dos discursos establezcan algún tipo de relación? Si retomamos el intercambio sobre *Ideología y Psicoanálisis*, podremos notar que allí la autora intentaba establecer el *status del sujeto en psicoanálisis* según Lacan, a partir de la noción de *spaltung* (división) –sea entre enunciado y enunciación, entre saber y verdad, entre dos significantes, etc.–, prescindiendo de toda referencia a lo imaginario. No obstante, en este intercambio la noción de sujeto parece, en unos momentos, coincidir con la de *moi* y, en otros, recobraría parte de su definición lacaniana.

Parece surgir aquí un problema suplementario si intentamos localizar espacialmente al objeto de deseo (objeto malo o *moi*). Siguiendo el planteo de la autora, la cadena reprimida podría ponerse en correspondencia con el sistema inconsciente, y la cadena manifiesta con el sistema preconscious-consciente. No obstante, ¿dónde sería preciso colocar al objeto malo? Previamente M. Mannoni comentaba que el lugar que dicho objeto ocupa se encontraba *entre* los dos discursos: ¿este “entre” indicaría una nueva instancia o sistema? ¿Formaría parte de ambos discursos o bien de ninguno de ellos? Si es producido dialécticamente, ello nos aproximaría a pensarlo como una síntesis de aquella oposición discursiva. No obstante, el problema de su localización metapsicológica o topológica permanece intacto, dado que la autora no proporciona mayores indicaciones para interpretarlo ya sea como un elemento perteneciente a un conjunto abierto o cerrado –ora perteneciente a la cadena manifiesta, ora a la cadena reprimida, o a ambas, haciendo de ellas un espacio conexo.

Para concluir este apartado, es importante mencionar que M. Mannoni, remitiéndose a Lacan, realizaría una interpretación de conceptos kleinianos, los cuales funcionarían binariamente (introyección-proyección, interior-exterior, internalización-externalización, objetos malos-objetos buenos), en términos lacanianos. En otras palabras: se produciría allí una conjunción (metáfora) entre elementos provenientes del discurso kleiniano y del discurso lacaniano, produciendo un desfasaje en el sentido y uso habitual de ciertos términos como el de “objeto malo”, el cual adquiriría el lugar y sentido que el lacanismo atribuye a la noción de

deseo.²⁷² Empero, a causa de esta conjunción quedaría disimulada u opacada la heterogeneidad existente entre ambos discursos. Bajo el término “deseo” quedaría disimulada, en esta reinterpretación del concepto de objeto malo, la incidencia de un discurso ajeno al kleiniano. Es decir, que la conjunción constituiría un intento de restablecer el hilo del discurso bajo una apariencia de unidad.

5.1.5 Sobre el orden simbólico

M. Mannoni comienza el intercambio indicando que Lacan utiliza la noción de “lo simbólico” con el fin de sostener y reforzar su concepción del inconsciente concebido como *el discurso del Otro*. En este punto retoma algo previamente abordado en la discusión sobre el *Pensamiento de Lacan*, en relación a la suposición de un discurso inconsciente que funcionaría de manera separada respecto de un discurso consciente, pero aquí añade que el primero “interfiere” en el segundo y “que es responsable por la distorsión de este discurso” (M. Mannoni citada en APU, 1972, p. 139). Enseguida agrega:

El inconsciente, en su relación necesariamente dialéctica con el inconsciente de los otros, es el test de la verdad del mensaje. Como lugar del código, el inconsciente no está en el interior del sujeto, sino que es la tercera posición a través de la cual el emisor del mensaje es provisto de un receptor (ídem).²⁷³

Un poco más adelante añade que Lacan, al igual que Lévi-Strauss, busca “refutar la noción de inconsciente, en tanto entidad individual” (ibid., p. 140), devolviéndole así su función en relación a la colectividad que lo funda y sostiene.

Al respecto de lo antedicho, cabe realizar varias puntualizaciones. En primer lugar, en dicho intercambio la autora determina un tipo de relación entre el discurso consciente y el discurso inconsciente: se trataría de una relación de *interferencia*, de “*distorsión*” del segundo sobre el primero. Por tanto, aunque ambos discursos estén separados, no por eso funcionarían de manera independiente, sino estableciendo algún tipo de conexión entre sí. En segundo lugar, en el segundo párrafo antes citado podemos observar la presencia de una tensión entre dos expresiones pertenecientes a formaciones discursivas diferentes que, aunque se presentan linearizadas en el hilo del intradiscurso, no por ello serían conmutables entre sí. Veamos las expresiones que conformarían esta tensión discursiva:

El inconsciente $X \rightarrow$ *en su relación (...) con el inconsciente de los otros* (sujetos)
 $Y \rightarrow$ *no está en el interior del sujeto*²⁷⁴

²⁷² En el siguiente pasaje M. Mannoni traza una relación entre la noción de “objeto malo” y la noción lacaniana de “falta”: “¿Qué significa esta zona del primer objeto en tanto que el sujeto lo interioriza, que lo hace a la vez suyo y que, en cierta manera, en tanto que malo, lo rechaza virtualmente? Es claro que, en ese caso, la función ulterior de lo prohibido es justamente lo que tiene el valor determinante, gracias al cual el objeto malo deja de aparecer como una especie enigmática, permanente ansiógeno, en relación con el ser del sujeto. Si es este objeto malo, él no lo tiene, no lo posee, está prohibido que lo tenga. Si él tiene a este mal objeto, él no es este objeto malo. Es a nivel del objeto malo que el sujeto experimenta la esclavitud de su dominio. El objeto malo es el objeto que no está situado en relación con la demanda de un objeto, que no se puede pedir” (citada en APU, 1972, p. 125).

²⁷³ Las itálicas nos pertenecen.

²⁷⁴ Empleamos el término sujeto en un sentido coloquial, es decir, como sinónimo de individuo, dado que es el tipo de uso que la autora parece hacer de él en este punto.

El enunciado presente en X parece remitir a una FD en la que el inconsciente es concebido como una existencia y posesión individual, como ocurre en la “psicología de las profundidades” concebida por el freudismo y el kleinismo; mientras que el enunciado presente en Y remitiría a FDs como la antropología de Lévi-Strauss o la teoría psicoanalítica de Lacan, en tanto que ambas coincidirían en concebir al inconsciente no como una propiedad del sujeto, como una entidad individual, sino en su función relativa a una colectividad. Con todo, la división entre ambos enunciados parece quedar disimulada a partir de las nociones lingüísticas de *mensaje* y *código*, las cuales parecerían ocupar la función de mediatizar la relación (“*tercera posición*”) entre los inconscientes individuales, en el primer caso, y entre el emisor y el receptor, en el segundo. Como podemos apreciar, no sería posible conmutar el enunciado X por el Y, e inversamente, dado que resultaría contradictorio afirmar que cada sujeto posea su inconsciente y, al mismo tiempo, considerar que el inconsciente no esté en el interior del sujeto.²⁷⁵ ¿O acaso sería concebible la existencia de un inconsciente *de* cada sujeto, es decir, como un espacio que le pertenezca, pero que, al mismo tiempo, no se encuentre “dentro” suyo sino, por ejemplo, en su “exterior”? En suma, esta tensión discursiva plantea nuevamente el problema topológico de las relaciones paradójales del sujeto y el inconsciente con lo interior y lo exterior.

Si proseguimos en nuestra lectura de este intercambio, podemos notar cómo este problema topológico aparece nuevamente. M. Mannoni refiere al discurso de Roma, en el cual “Lacan define al inconsciente como esa parte del discurso concreto, en tanto que *transindividual*, de la que carece la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente”²⁷⁶ (citada en APU, 1972, p. 140) y que dicho discurso exige, al mismo tiempo, un emisor y un receptor, del mismo modo en que un mensaje posee al código como mediación, en una interpretación recíproca (ibid.). “Es esto lo que es *trans-subjetivo*”²⁷⁷ (ídem). Sin embargo, dos páginas después, la autora asevera:

En la actualidad tenderíamos, junto con Lacan, a decir que el deseo del sueño está dirigido a alguien, forma parte de su *discurso interhumano*, que incluso si está expresado en una *forma intrasubjetiva*, será también expresado en una *forma intersubjetiva*. El hecho mismo del sueño supone la existencia de los otros. *Una de las fuerzas mentales en el interior del sujeto es otro.* (...) la tarea del análisis es la de revelar a quien el sueño habla. En una emisión que hizo Lacan en la radio francesa, definió al Otro (con mayúscula) de la siguiente manera: El Otro (con mayúscula) es el lugar de la palabra, en tanto que lugar de *la palabra es siempre la posición tercera entre dos sujetos*²⁷⁸ (ibid., p. 142)

Por un lado, haciendo referencia a Lacan, M. Mannoni define al inconsciente como una parte del discurso concreto de la que carece el sujeto para restituir una continuidad en su discurso consciente. A dicha parte la considera “*transindividual*” o “*trans-subjetiva*”, es decir, más allá del

²⁷⁵ Si bien comparte algunas de sus características, no se trataría de un *enunciado dividido* (Courtine, 1981/2009), puesto que en el pasaje antes citado no figura un sintagma, una frase corta, en la que estén condensados elementos provenientes de FDs diferentes, sino de dos enunciados perfectamente separados, concatenados en el intradiscurso, pero contradictorios entre sí.

²⁷⁶ Las *itálicas* nos pertenecen.

²⁷⁷ Las *itálicas* nos pertenecen.

²⁷⁸ Las *itálicas* nos pertenecen.

control del individuo o del sujeto. Mientras que en el pasaje que acabamos de transcribir, al hacer referencia al sueño, la autora afirma que éste se dirige a alguien y que se expresa tanto en “*forma intrasubjetiva*” como en “*forma intersubjetiva*”. A este respecto, M. Mannoni resalta que el sueño supone en sí mismo la existencia de los otros (sujetos) a los que está dirigido. De ahí que afirme que “una de las fuerzas mentales en el *interior del sujeto es otro*”, es decir, que dentro del sujeto existiría otro sujeto. En suma, el inconsciente apuntaría, según M. Mannoni, a tres dimensiones: (i) hacia lo *interno*; (ii) hacia el *entre*; y (iii) hacia un *más allá*, o *a través de*.

Por otro lado, aunque no parezca dar primacía a ninguna interioridad por encima de una exterioridad, ni viceversa, lo cierto es que ambas dimensiones respecto del sujeto son presentadas como presupuestas, es decir, parecen estar dadas con una pretendida evidencia. ¿Dicha evidencia no provendría del hecho de que las nociones de sujeto e individuo (en su carácter de emisor y receptor de un mensaje) son presentadas como homólogas y que dicha homología llevaría, necesariamente, a considerar al Otro también como un sujeto? Empero, aquí la autora culmina la frase señalando que el Otro, en tanto lugar de la palabra, “*es siempre la posición tercera entre dos sujetos*”, con lo cual parecería entrar en contradicción con aquello afirmado en el *Pensamiento de Lacan*, intercambio en el Otro era concebido como “*otro sujeto inconsciente*” (ibid., p. 91). Esto es, no sería admisible afirmar que el Otro sea un sujeto (inconsciente) y, a la vez, el tercero entre dos sujetos.

A pesar de esto, cabe la hipótesis de que la referencia al Otro, en tanto sujeto, sea concebible como su “encarnación”, a saber, que, en un momento dado, otro (con minúscula) sea capaz de asumir una posición de alteridad ante la cual el sujeto busca ser reconocido, en tanto que la reconoce como tal. Sea como fuere, esta relación de reconocimiento requeriría como condición necesaria la preexistencia lógica del Otro como lugar tercero, es decir, como conjunto de los significantes. De cualquier forma, la mayoría de las veces que el término sujeto figura, a lo largo de estos intercambios, es utilizado en un sentido coloquial, más próximo al de individuo o “sujeto biológico” (M. Mannoni citada en APU, 1972, p. 66), salvo en aquellas expresiones tales como “sujeto de la ciencia” (ibid., p. 9, p. 65), “división del sujeto” (ibid., p. 64, p. 66), “sujeto del significante” (ibid., p.66), “Lacan incluye al sujeto en la observación (...) en forma topológica” (ibid., p. 71), “sujeto inconsciente” (ibid., p. 126, p. 139), “sujeto parlante” (ibid., p. 127), entre otras.

5.2 La visita de Serge Leclaire

Aunque estos seminarios y conferencias puedan ser calificados como “introdutorios” a la obra de Lacan, Leclaire no parecería estar, digámoslo así, “impartiendo cátedra”, sino más bien abordando aquellos problemas que la práctica analítica plantease a los allí presentes y/o a él mismo, en particular. Verissimo de Posadas (APU, 1972/2012) señala que Leclaire, demandado por sus interlocutores a ocupar la función de *sujeto-supuesto-saber*, respondía transmitiendo conceptos fundamentales del psicoanálisis lacaniano, pero, sobre todo, se

posicionaba *como analista*, dando lugar a nuevos interrogantes, y ofreciendo su punto de vista como uno de los posibles. En este sentido:

Su posición aparece, a través de estos seminarios, siempre sostenida en la pregunta y la problematización sin deslizarse al lugar del *maître* –maestro, amo, patrón– y en un ejercicio permanente de reconocimiento del *alter*, tanto en relación a las conceptualizaciones de sus interlocutores como al contexto en el que ejercían su práctica (ibíd., pp. 8-9).²⁷⁹

Por el contrario, Bernardi (2006) considera que Leclaire y sus interlocutores parecían mantener, a lo largo de los seminarios, una actitud de confrontación tendiente a trazar las diferencias, oposiciones, divergencias existentes entre una posición teórica y clínica kleiniana y otra lacaniana, más que intentar establecer aquellos puntos de acuerdo. En algunos seminarios podría observarse, según Bernardi, que el debate acabaría sin que hubiera tenido lugar un verdadero examen de los fundamentos que llevarían a preferir tal o cual concepto o perspectiva. “En realidad, cada parte da por supuesto la superioridad intrínseca de unos sobre otros, sin que pueda apelarse a la fuente de esta evidencia” (ibíd., p. 97). En consecuencia, el proceso argumentativo dialéctico se habría transformado en la presentación de concepciones alternativas, permitiendo que su fuerza persuasiva se encargara del resto (ibíd.).

Un abordaje discursivo de algunos de los debates ocurridos entre psicoanalistas uruguayos y Leclaire a propósito de la *representación del cuerpo*, el *sujeto del inconsciente*,²⁸⁰ la *fórmula del fantasma*, la *psicología bipersonal*, una discusión teórica sobre la relación entre espacialidad y transferencia a partir de un caso clínico presentado por una de las participantes, entre otros tópicos, resultará central para nuestros fines en tanto que en ellos podremos encontrar una serie de referencias topológicas (implícitas y explícitas), haciendo especial hincapié en la descripción de dos modelos topológicos opuestos para concebir el cuerpo y los fenómenos inconscientes: la *esfera* y la *banda de Moebius*.

5.2.1 El problema de la relación con la castración²⁸¹

Una de las particularidades de este primer seminario es que en él es planteada una relación posible entre el concepto de *castración* y las nociones de *agujero* y *falta*. Leclaire señala que, en cuanto a la castración, no se trataría, a partir de Freud, de una “relación con una realidad anatómica”, sino de “la relación que puede mantener el sujeto con la dialéctica presencia-ausencia” y que ese “es el problema de la falta” (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p.32). Inmediatamente después, el autor aclara que “la falta en juego no puede ser conceptualizada como falta de alguna cosa, como carencia de alguna cosa. (...) Es un agujero” (ibíd., pp. 32-

²⁷⁹Las itálicas pertenecen a la autora.

²⁸⁰La conferencia correspondiente a este tópico tuvo lugar en noviembre de 1975, publicada en la RUP en 1976, mientras que los seminarios correspondientes a los demás temas tuvieron lugar en 1972 y fueron publicados en un libro titulado: *Serge Leclaire, Seminarios en Montevideo, 1972* (APU, 1972/2012).

²⁸¹ Los tres tópicos abordados en este primer seminario son: *discusión preliminar*; *la demanda de análisis*; y *el problema de la relación con la castración*. Dado nuestro objeto de estudio, nos centraremos únicamente en este último problema.

33).²⁸² Según Leclaire, considerar la falta en términos de “falta de” no sería más que un intento de reconstruir, de representar un agujero cuya causa no sería una herida o ruptura; no poseería historia, sino que sería considerada un hecho estructural. Como una “buena analogía metafórica” (ibíd., p. 32) de la falta, el autor la aproxima a nociones matemáticas como la de el *infinito del espacio* o el *concepto de vacío* (ibíd.). A continuación, establece una equivalencia entre el concepto freudiano de castración y la noción lacaniana de falta: “el problema de la relación con la castración o del reconocimiento de la castración es entonces el del reconocimiento de la dimensión de la falta” (idem).

Retomando algunos aportes del capítulo 2 (2.3), podríamos considerar al agujero o a la falta,²⁸³ tal como la define el autor, como un tipo particular de conjunto: un conjunto al cual no podría serle asociado ningún elemento; de lo contrario dejaría de ser “falta” como tal y se volvería “falta de” ciertos elementos, esto es, de tal o cual atributo o cualidad. Leclaire insiste en su carácter de creación *ex nihilo*, descartando así todo origen que fuese ajeno a cierto funcionamiento lógico: el de la estructura. Se trataría, según Leclaire, de la relación entre el sujeto y la castración o falta. De hecho, no es casualidad que, a este respecto, Leclaire evoque el *concepto de vacío* a la noción de falta, más aún si recordamos que Lacan establece una relación de homología entre el *sujeto del inconsciente* y el *conjunto vacío* (Rona, 2012). La interpretación lacaniana del concepto de castración en clave de conjunto sería la de un sujeto atravesado por la falta: “nosotros estamos contruidos en función o alrededor de esta falta y estamos divididos por esta falta” (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p. 33).

Por otra parte, la relación de homología presente en el pasaje “la falta en juego (...) es un agujero”, merecería ser entendida como una relación de equivalencia entre el vacío concebido por la teoría de conjuntos y el vacío en el sentido de las superficies topológicas, esto es, el *agujero de una superficie*. Se trataría de un agujero irreductible, tal como puede ser experimentado con las superficies topológicas abordadas por Lacan (*el toro*, *la botella de Klein*, *el cross-cap* y *la banda de Moebius*), o bien como ocurriría con dos superficies o espacios entre los cuales existiría un hiato, conformando espacios inconexos (Rona, 2012). Si concebimos a cada una de esas superficies en su carácter de conjunto (significante), nada impediría considerar a ese hiato, a ese punto faltante efecto de la castración, como el sujeto.

²⁸² Las itálicas nos pertenecen.

²⁸³ Según Porge (2007), aunque Lacan solía asociar *agujero* y *falta* como si se tratara de sinónimos, no constituirían siempre términos que podrían sustituirse el uno por el otro: “la falta parece referirse más bien al sujeto y el agujero al objeto. Ciertamente es cuestión de falta de objeto, pero es para un sujeto en su relación con el Otro. La falta está vinculada con un recuento, con lo que funda el uno en el recuento: la falta de *uno* engendra *uno* en la teoría de conjuntos. El agujero remite a una manera de objetivar la falta, a su lugar. Es aquello de lo que se ocupa la topología. La existencia de agujeros, que son rupturas de continuidad, entra en la cuenta de lo que se llama las “invariantes”, las constantes (como por ejemplo el número de Euler-Poincaré) a las que se recurre para distinguir diferentes superficies topológicas” (ibíd., p.138; las itálicas pertenecen al autor).

La exposición de Leclaire continúa mediante una delimitación de la posición analítica, la cual, según él, consistiría en reconocer la castración, en oposición a

toda disciplina científica, toda psicología no psicoanalítica [que] se basa en una perspectiva reparadora, algo que podría tapar ese agujero. (...) El trabajo del psicoanálisis no es el de borrarlo, sino siempre el de lograr que el sujeto reconozca su forma particular de tener en cuenta esa falta constitutiva de sí mismo (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p. 33).

Mediante la expresión de “perspectiva reparadora” Leclaire trazaría un punto en común entre “toda disciplina científica” y “toda psicología no psicoanalítica”, esto es, que la psicología y la ciencia buscarían “tapar” el agujero que la falta constituye. Asimismo, estaría afirmando implícitamente la existencia de una o más psicologías psicoanalíticas, las cuales apuntarían en la vía contraria, esto es, reconocer “esa falta constitutiva” del sujeto. La expresión “perspectiva reparadora” parecería tener un significado muy próximo del concepto kleiniano de *reparación*. Según Laplanche y Pontalis (1967/2004), se trata de un mecanismo ligado a la posición depresiva y que aparece al mismo tiempo que ocurre la relación al objeto total. Como respuesta a la culpabilidad y angustia inmanentes a dicha posición, el niño buscaría mantener o restablecer la integridad del cuerpo de la madre, elidiendo todo el mal que le habría sido causado. De esta forma, el niño se aseguraría poseer un objeto puramente “bueno” y estable, cuya introyección fortalecería y estructuraría su propio yo. ¿Acaso la reparación así entendida no apuntaría en una vía opuesta a la de reconocer la falta? En caso de que nuestra hipótesis fuese acertada, el psicoanálisis kleiniano constituiría, de acuerdo con Leclaire, una psicología no psicoanalítica y/o una disciplina científica.

Esta suposición podría verse reafirmada a partir del examen de las diferencias entre la noción kleiniana de *clivaje* y su acepción en términos lacanianos, realizado en el último seminario en que participó Leclaire (*Discusión general*). Allí un participante plantea:

Una diferencia capital entre la escuela kleiniana y la lacaniana es que *la primera se propone como meta del análisis la reinclusión de lo clivado, con la meta de terminar con los clivajes a través de la elaboración de la posición depresiva, y que la posición lacaniana parte del clivaje estructural*. Por lo tanto, se trata de funcionar más plásticamente en el clivaje y no de terminar con él (participante citado en APU, 1972/2012, p. 227).²⁸⁴

Mientras que otro participante añade:

Creo que la escuela kleiniana, *el pensamiento de Klein*, se mantiene más acá de la noción de *clivaje* y que *alimenta mucho en sus trabajos el mito de la unidad de la persona, y que, además, pueden fusionarse conceptos de bueno y malo en un sentido de educación emocional, como decía Lacan, en dirección hacia una mística figura unitaria, reparadora* (ibíd., p. 228)²⁸⁵

Leclaire llama la atención de que es la primera vez –a lo largo de todos los seminarios– que un participante emplea los términos “bueno” y malo” para adjetivar al objeto: “lo bueno (...) parece estar del lado de lo *reparador* y lo malo del lado de lo destructor. Pero, ¿qué relación hay ente

²⁸⁴ Las itálicas son nuestras.

²⁸⁵ Las itálicas son nuestras.

este bueno y este malo, y, por otro lado, los conceptos fundamentales de placer y displacer” (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p. 288).²⁸⁶ No figura ninguna respuesta a estas interrogantes.

A partir de estos pasajes, podemos observar que mientras que, para la escuela lacaniana, el clivaje o falta constituiría un hecho estructural, constitutivo del sujeto, un punto de partida, para la escuela kleiniana, la reducción de los clivajes parecería ser la meta del análisis con la finalidad de restablecer el “*mito de la unidad de la persona*”, alcanzar “*una mística figura unitaria, reparadora*”, es decir, subsumir bajo un solo conjunto consistente todos aquellos elementos antes dispersos, separados –nos referimos aquí al conjunto de los objetos “malos” y al conjunto de los objetos “buenos”. Con todo, esta unidad no sería originaria sino el resultado de un desarrollo: en el pensamiento kleiniano, la *posición depresiva* (el encuentro con la figura de la unidad) estaría antecedida por la *posición esquizo-paranoide*, basada en la experiencia del cuerpo despedazado del infante (pulsiones parciales). Sólo después de establecida la experiencia de la unidad corporal, podría tener lugar la fantasía de despedazamiento, con lo cual podría considerarse un clivaje desde el comienzo, aunque en un sentido sensiblemente diferente al lacaniano.

5.2.2 Caso I: la transferencia y la espacialidad

En la descripción del caso puede observarse la insistencia de ciertos términos que expresan referencias espaciales por parte de la analista que expone el caso y de otros participantes,²⁸⁷ pero también ciertos problemas Leclaire plantea a ese respecto. A lo largo de la presentación del caso, la analista realiza una serie de comentarios en relación a aquello que interpretó de su paciente. A propósito de los largos silencios que su paciente mantuvo durante varios meses, la analista asevera que siempre realizaba la misma interpretación: “así *no entra nada, no sale nada*, y continuaba él su existencia de estatua”²⁸⁸ (analista citada en APU, 1972/2012, p. 38). Ante las dificultades del paciente para “pasar a la acción” con las personas, la analista comenta: “yo le dije que la acción era *salir del encierro* en que estaba a *abrirse conmigo*”²⁸⁹ (ibíd., p. 39). Al comienzo de la discusión del caso, la analista señala no saber qué hacer con dicho paciente, dado que “es realmente de hierro” (ibíd., p. 41). En este sentido, se pregunta “¿Qué hay *adentro*? ¿Qué hay *debajo de toda esa envoltura*, de toda esa rigidez?”²⁹⁰ (ibíd., p. 42) y añade que cuando el paciente realiza algo desacostumbrado, “*se encierra* en la casa dos días”²⁹¹ (ídem).

Poco después de plantear algunas interrogantes relativas a las particularidades del caso, Leclaire introduce una pregunta usando una expresión que no había surgido todavía en la

²⁸⁶ Las itálicas son nuestras.

²⁸⁷ Exclusivamente en la transcripción de los cinco casos clínicos trabajados a lo largo de estos seminarios figura una clara distinción entre los comentarios realizados por el/la “Analista” (tratante del caso), los “Participantes” y “Leclaire”.

²⁸⁸ Las itálicas son nuestras.

²⁸⁹ Las itálicas son nuestras.

²⁹⁰ Las itálicas son nuestras.

²⁹¹ Las itálicas son nuestras.

discusión: “quisiera saber qué entienden por *objetos internos*”²⁹² (citado en APU, 1972/2012, p. 44). La analista expositora del caso le responde del siguiente modo: “por ejemplo, en una forma no esperada por mí, el paciente tiene un sentimiento de odio contra mí. Pienso entonces que *este sentimiento es una proyección de un objeto interno del paciente*”²⁹³ (citada en APU, 1972/2012, p.44). Leclaire pregunta que si ella considera que la transferencia existe fuera de la situación analítica, y la analista responde afirmativamente. Leclaire continúa interrogando sobre qué impide o favorece el despliegue de la transferencia; otro participante manifiesta que es la “neutralidad del analista” la que favorece dicho despliegue y que se relaciona con la “no selección” del material producido por el paciente (ídem). En este punto, Leclaire plantea un problema de coherencia lógica consistente en interrogar sobre la relación entre, por un lado, el principio de neutralidad y, por otro, el reconocimiento privilegiado que los analistas allí presentes atribuirían a “los objetos arcaicos internos del paciente” (citado en APU, 1972/2012., p. 44). “Para decirlo de otra forma, tengo dificultades en representarme qué son para ustedes los *objetos internos*” (ibíd., pp. 44-45).²⁹⁴

A partir del problema planteado por el psicoanalista francés, un participante responde:

Le aclaro que yo, personalmente, también tengo dificultad con respecto a los objetos arcaicos y *lo externo y lo interno* (...) Me hago la idea de *una cierta ilusión espacial y una cierta cosificación*, que me parece en contradicción con el sentido de recuperar la historia reprimida (citado en APU, 1972/2012, p. 45).²⁹⁵

Leclaire le responde que concuerda con dicha afirmación.

Poco después, a propósito del caso, Leclaire recuerda la fórmula general propuesta por la analista: “la transferencia es el resultado de la *proyección* de un objeto arcaico del paciente en la persona del analista”²⁹⁶ (citado en APU, 1972/2012, p. 46). A este respecto, un participante rectifica tal definición señalando que “el paciente transfiere al analista alguna función o papel, no un objeto, sino una función” (ídem) y que, si el analista responde desde allí, es porque estaría desempeñando el papel que le fue adjudicado. Es decir, en ese planteo, el participante afirmaría haber articulado la transferencia con la contratransferencia y con la resistencia del paciente, y que su punto de partida para comprender el caso sería la contratransferencia.

A dicho planteo, Leclaire antepone una nueva pregunta: “¿qué ventaja ve usted en partir de la contratransferencia?” (citado en APU, 1972/2012, p. 48). El participante responde que “*desde afuera* puedo conjeturar sobre la situación del paciente a través de la contratransferencia”²⁹⁷ (citado en APU, 1972/2012, p. 48). Mientras que la analista señala que la

²⁹² Las itálicas son nuestras.

²⁹³ Las itálicas son nuestras.

²⁹⁴ Las itálicas son nuestras.

²⁹⁵ Las itálicas son nuestras.

²⁹⁶ Las itálicas son nuestras.

²⁹⁷ Las itálicas son nuestras.

contratransferencia serviría al analista para preguntarse qué es lo que no estaría percibiendo. Inmediatamente después, un participante comenta lo siguiente:

Habría que agregar que, teóricamente al menos, consideramos que *la contratransferencia es un emergente de una relación bipersonal y resultado de lo que sucede en el campo*, en la medida en que el analista pueda, de algún modo, ser consciente de sus propios conflictos como diferentes de los del paciente. Por eso pensamos que la ventaja, como usted la llama, de la contratransferencia es que es un emergente de la *situación bipersonal*, de las demandas del paciente y de lo que el analista siente (ídem).²⁹⁸

Leclaire objeta que, más allá del interés que pueda tener la contratransferencia, considera más importante atender a los elementos transferenciales. A propósito de las “relaciones duales” que el paciente solía mantener y que indicaban una no aceptación del “tercero”, surge la duda de uno de los participantes de que pudiesen existir relaciones de aquel tipo: “dudo de que haya relaciones duales, me parece que no” (citado en APU, 1972/2012, p. 52). En este punto, Leclaire redobra la afirmación: “nunca las hay, yo soy de vuestra opinión” (ídem).

A propósito de lo que acabamos de describir, es preciso realizar dos comentarios: en primer lugar, en los pasajes citados podemos observar que tanto la interpretación analítica de la transferencia, la descripción de ciertos fenómenos clínicos y la serie de referencias teóricas en torno al objeto interno, la contratransferencia, etc., son realizados a partir de una serie de términos que aluden al espacio: mediante adverbios de lugar (“adentro”, “debajo”), sustantivos (“encierro”, “envoltura”, “proyección”), adjetivos (“interno”, “externo”) y ciertos verbos que indicarían posiciones respecto a dichos lugares (“salir”, “abrirse”, “entrar”). Podríamos considerar a tales términos como *metáforas orientacionales* (Lakoff y Johnson, 1980) en tanto que apuntarían a organizar un sistema total de conceptos respecto de otro sistema que se basa, generalmente, en la orientación espacial: por ejemplo, lo bueno o placentero es interno; lo malo o displacentero es externo; lo inconsciente/lo reprimido/el mundo de las fantasías es lo que se encuentra debajo; la conciencia se encuentra arriba, etc. En este sentido, la expresión “abrirse conmigo” tendría un sentido aproximado a “tener confianza en mí”; igualmente, la expresión “debajo de esa envoltura” o la pregunta “¿qué hay adentro?” podrían parafrasearse como “pensamientos u opiniones que el paciente oculta dentro suyo”. En suma, el sistema conceptual mediante el cual esta analista interpreta y concibe teóricamente los fenómenos clínicos – modalidad que quizá podríamos hacer extensiva a los autores kleinianos en general – estaría fundado en estas metáforas, en tanto que ellas estructurarían la organización espacial misma. A este respecto es oportuno recordar que, por ejemplo, conceptos kleinianos como el de *proyección*, *introyección* connotan una serie de relaciones y referencias espaciales de tipo metafórico, pero que, en su uso concreto, tendería a ser olvidado su carácter metafórico, haciendo de expresiones como *mundo interno* verdaderas entidades o sustancias (véase apartado 4.3.1 y 4.3.2).

²⁹⁸ Las itálicas son nuestras.

El segundo comentario apuntaría a la relación entre “contratransferencia”, “relación bipersonal” y “campo”. A propósito de estos términos, recuérdese que son algunos de los términos a los que aludimos en el *capítulo 3 (3.1)*, a propósito del modelo empleado por Willy y Madeleine Baranger para concebir el psicoanálisis kleiniano. En este modelo, la contratransferencia (al igual que la transferencia) era concebida como un fenómeno dependiente de aquello que ocurriría a nivel del campo y recordemos que el campo estaba compuesto de dos núcleos o centros (analista y analizado) que se encontrarían en una articulación recíproca, es decir, que, si uno de ellos es afectado, el otro también lo será. La contratransferencia es entendida como el resultado de lo que ocurre en el campo bipersonal, pero también, al mismo tiempo, tiene que ver con que “el analista pueda, de algún modo, ser consciente de sus propios conflictos como diferentes de los del paciente”, y esto trae consigo cierta “asimetría”, en tanto que el analista poseería una función y capacidad diferentes que le permitirían obrar sobre el analizado. Con todo, es importante destacar que, para Leclaire, al igual que para uno de los participantes, no existirían “relaciones duales”, sino que en todas ellas participaría un “tercero”. ¿De esta forma, Leclaire no estaría descartando implícitamente el modelo del campo bipersonal? ¿Este modelo bipersonal no provendría del hecho antes señalado, de que la escuela kleiniana estaría fuertemente apoyada en “el mito de la unidad de la persona” que llevaría, irremediablemente, al encuentro con su contraparte imaginaria en el espejo?

La primera de estas dos preguntas parece encontrar respuesta a partir de un comentario realizado por Leclaire en el caso clínico abordado en otro seminario (*la fuerza pulsional*) a propósito del abordaje de un caso clínico. Allí, es preguntado acerca de su concepción de la transferencia, y responde lo siguiente:

(...) nosotros no respondemos como una persona humana. (...) no estamos en absoluto apurados para referirlo a una situación actual, que sería más real, que sería la relación transferencial. Por el contrario, no introducimos en ningún momento, o lo menos posible, nuestras representaciones, es decir, nuestros significantes y menos aún si forman parte de los versos analíticos. Nada del tipo: “usted me toma por padre” o “estoy en el lugar de su madre”. Hablo aquí de algo muy concreto, es decir de la forma en que nosotros hablamos. La transferencia no es, esencialmente, un hecho de sentimiento. (...). *No pienso que lo que caracterice a la situación analítica sea formulable como una relación interpersonal*, como se suele decir. Ésta me parece una concepción psicológica. La estructuración de la relación analítica pone en primer plano otra cosa. Es una relación en la que se invita a alguien a que hable y nada más que hable. Es una situación que no existe en ningún otro lugar. Entonces, sólo puede ser a nivel de la materialidad del discurso que algo puede ser aprehendido y manejado. Si reintroducimos nosotros mismos representaciones de relaciones interpersonales, atenuamos y en algunos casos anulamos la especificidad de la relación analítica. Acepto, claro, que el paciente sienta la tentación de establecer una relación, pero cuando nosotros intervenimos como si eso fuera cierto, nosotros caucionamos [sic] esa forma de ver, mientras que, en realidad, deberíamos permanecer siempre afuera (Leclaire citado en APU, 1972/2012, pp. 150-151).²⁹⁹

En este pasaje Leclaire realiza una crítica explícita a la concepción del análisis como relación bipersonal, en favor de la concepción lacaniana. ¿Por qué? Porque niega que la respuesta del

²⁹⁹Las itálicas nos pertenecen.

analista (figurado en el pronombre “nosotros”) sea en tanto “persona humana”, y el analizado tampoco intervendría allí en tanto persona. En consecuencia, no podría afirmarse que se trata de una “relación interpersonal” o “bipersonal”. En continuidad con lo anterior, Leclaire busca separar a la transferencia de su referencia a una “situación actual” o a una suerte de “ambiente sentimental”, dos formas características de concebir la relación analítica, y de intervenir en ella, por parte del pensamiento kleiniano. Esto es, considerar que todos los fenómenos analíticos remitirían inevitablemente al *hic et nunc* de la relación entre analista y analizado, y que, por eso, todo sería interpretable en esos términos (“usted me toma por su padre”, “estoy en el lugar de su madre”, etc.). A esta concepción Leclaire la adjetiva de “psicológica”.

Ulteriormente en este seminario, a partir del planteo de cómo entiende el manejo de la transferencia por parte del kleinismo, Leclaire prosigue señalando que su concepción de la transferencia apuntaría en una dirección opuesta, basada en la no respuesta a la demanda del paciente, intentando así que se produzca, en el paciente:

algo de una exigencia repetitiva que, por un lado, nunca logra colmarse (...), pero, por otra parte, nosotros provocamos una especie de funcionamiento en el vacío, mediante el cual se puede esperar que la configuración singular del subrogado de objeto aparezca mejor. Es como un ciclo que se repite siempre, sin que nunca le proporcionemos un punto de apoyo (ibíd., p. 161).

¿Acaso Leclaire no estaría aludiendo implícitamente a la topología del *toro*? Así parecería ser si recordamos que Lacan emplea esta superficie con la finalidad de mostrar cómo funciona el deseo en su relación con la demanda (Eidelsztein, 2006). En primer lugar, la demanda estaría aludida en dicho pasaje mediante las referencias a “una exigencia repetitiva que (...) nunca logra calmarse” o “como un ciclo que se repite siempre”, esto es, que la demanda tendería a funcionar repitiéndose indefinidamente en tanto que, en cada una de sus vueltas, no lograría ser satisfecha completamente. En segundo lugar, una especie de localización espacial del objeto a parecería estar aludida en la afirmación de que la no respuesta del analista generaría una suerte de “funcionamiento en el vacío”. Recordemos que la no respuesta del analista sería lo que provoca la frustración de la demanda, haciendo que prosiga en sus vueltas, y que una serie numerable de ellas permitiría que un “vacío” sea producido y rodeado. Según Leclaire, es a través de dicho funcionamiento en el vacío que un sustituto del objeto de deseo podría aparecer. A partir de aquí nada impediría considerar a este vacío como el agujero central del toro.

5.2.3 *El fantasma*^{300, 301}

A partir de la pregunta sobre cuál es la concepción de la fantasía sostenida por los analistas allí presentes, y de los problemas que tendrían para dar respuesta a ello, Leclaire

³⁰⁰La versión publicada en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* de este segundo seminario figura como una conferencia y no como un seminario. Según parece, para funcionar como tal en la RUP, se excluyó de ella aprox. tres páginas iniciales en las que figuraban algunos comentarios y preguntas de los participantes y de Leclaire.

³⁰¹ Los tres tópicos abordados en este seminario son: *el fantasma*, *la relación entre lenguaje y fuerza pulsional*, y *el significante y el objeto*. Nos centraremos en el primero.

plantea las diferencias teóricas, terminológicas y prácticas entre dicha concepción y la que él y los Mannoni sostienen. Leclaire esboza tal distinción en los siguientes términos: “Ustedes emplean el término de fantasía inconsciente, que es un término kleiniano. Nosotros empleamos el término *fantasma*” que, “en el sentido freudiano del término, *no es algo puramente inconsciente. La formación fantasmática es una formación híbrida*. Para retomar la formulación de Freud, es un negro blanco, *que comprende elementos que forman parte de dos sistemas*”³⁰² (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p. 60). El fantasma “es una formulación que *reúne a la vez elementos que se articulan entre sí según una lógica inconsciente. Y a la vez elementos o los mismos elementos se articulan siguiendo la lógica de lo consciente*”³⁰³ (ídem). En el seminario sobre *el problema de la relación con la castración*, Leclaire ya había anticipado una primera referencia a esta “construcción híbrida”; sin embargo, está presente allí bajo el nombre de “fantasía”.³⁰⁴ Leclaire plantea una equivalencia entre una “lógica de los enunciados” y la lógica del sistema consciente. La “lógica del inconsciente” equivaldría a una forma diferente, “en el sentido de que ni la contradicción ni la temporalidad ni la causalidad funcionan en ella de la misma forma” (ibíd., p.35). Para una teoría del psicoanálisis, la lógica debería incluir al mismo tiempo la lógica del inconsciente y la lógica de los enunciados (ibíd.).

Retomando el intercambio sobre *el fantasma*, ante el planteo de Leclaire, un participante considera:

Yo no estoy seguro de que sea el único sentido, que se pueda decir que lo que Melanie Klein llama fantasía inconsciente sea realmente fantasía inconsciente, que no sea solamente por el sistema del que forma parte. Más, en general Klein no se ocupa de la lógica de los dos sistemas (citado en APU, 1972/2012, p. 60).

Leclaire responde: “Pero a partir del hecho de que ella habla, que lo sepa o no lo sepa, ella hace lógica. Es decir, que ella manipula el logos (...). Y su lógica es muy ejemplar de la lógica del inconsciente” (ibíd., pp. 60-61). “O de una lógica que supera esta división tajante” (ibíd., p. 61), señala un participante. Leclaire responde que ello es posible y lo incita a seguir hablando: “¿Quiere usted exponerme algo más como demostración y defensa de la teoría kleiniana? ¿No? Entonces yo comienzo y usted me responderá” (ídem). Aquí Leclaire pasa a abordar lo que considera esencial de la teoría de Lacan que es, según él, una tentativa de producir una lógica que daría cuenta del “funcionamiento simultáneo de dos sistemas antinómicos” (ídem), que Lacan llama “lógica del fantasma”.

Antes de pasar a describir dicha lógica, es preciso señalar que Leclaire se coloca aquí en una posición enunciativa que marca insistentemente los contrastes entre una lógica parcial, atribuida al pensamiento kleiniano (lógica del inconsciente), y la que él propondrá, que articularía

³⁰² Las itálicas nos pertenecen.

³⁰³ Las itálicas nos pertenecen.

³⁰⁴ De acuerdo con una nota del traductor, presente en la página 60, la palabra *fantasma* es empleada por él para marcar la diferencia entre la concepción lacaniana y la kleiniana. Con todo, en el primer seminario la introducción de dicho término parecería ser innecesaria dado que allí el foco sería *El problema de la relación con la castración* y no la fantasía en sí.

ambos tipos de lógica (lógica del fantasma). Lo que Leclaire denomina “lógica de los enunciados” o “lógica del sistema consciente” parece aludir a la lógica clásica aristotélica, esto es, aquella que parte del principio de *no contradicción* (Aristóteles, 1994). Por otra parte, la “lógica del sistema inconsciente” propuesta por Freud sería aquella no dependiente del principio antes mencionado, constituyendo así un tipo de lógica alternativo, que subvertiría los principios clásicos, tal como ocurre en las lógicas paraconsistentes que apuntan a incorporar en su seno una serie de contradicciones, o en las lógicas polivalentes (Rona, 2012).³⁰⁵ Si la lógica que propone Leclaire es una tentativa por mostrar el funcionamiento simultáneo de dos lógicas cuya contradicción es irresoluble, es decir, que establecen una relación paradójica,³⁰⁶ podría considerarse a dicha lógica como una lógica inconsistente.

En su exposición de la lógica del fantasma, Leclaire desarrolla uno a uno sus cuatro elementos (sujeto, objeto a , S_1 y S_2). Aquí describiremos y comentaremos el primero de ellos, atendiendo a su relación con los otros tres.³⁰⁷ El lugar del sujeto sería siempre el de “una contradicción, de la coexistencia de una doble tendencia, a la vez del reconocimiento y de la negación de la castración” (ibíd., p.61), puesto que “en ningún momento funciona verdaderamente como unidad, salvo en los casos en que se considera sólo la mitad del mismo, por ejemplo, sujeto del sistema consciente, sujeto de la conciencia” (ibíd., pp. 61-62). “*La función del sujeto* es (...) esta función paradójica en la que *algo que se ve reunido en un solo punto sufre, en todo momento, un proceso de división*”³⁰⁸ (ibíd., p. 62). Para ilustrar lo que entiende por sujeto, en el sentido psicoanalítico, Leclaire propone:

la imagen de una superficie transparente, sobre la que marcaría, en un punto dado, una mancha. Si ustedes la miran solo de un lado, este punto les parecerá siempre único, lo que no impedirá que tenga también otro lado. Como no lo pueden mirar más que de un solo lado por vez, ustedes pensarán siempre que es uno. Pero si ustedes intentan producir el concepto de ese punto tal como yo lo figuro en esta imagen, están obligados a considerarlo como cortado en dos por la superficie que lo soporta (ídem).

La función del sujeto podría ser representada mediante esta imagen de una superficie transparente, sobre la cual todo lo que es proyectado se ve inmediatamente dividido en dos y, por esa razón, Lacan la designó mediante una S mayúscula atravesada por una barra (ibíd.). A partir del pasaje citado podemos notar que la “imagen de una superficie transparente” parece remitir a una *representación* de la *banda de Moebius* –insistamos en el empleo del término *representación*, dado que forma parte de una descripción que busca hacer accesible, y hasta

³⁰⁵ Relativo a aquellos sistemas lógicos que rechazan el *principio del tercero excluido*.

³⁰⁶ En tanto que parten de principios lógicos contradictorios, puesto que, por ejemplo, no sería lógicamente válido afirmar que $A=A$ y, al mismo tiempo, $A\neq A$.

³⁰⁷ A este respecto, Leclaire afirma lo siguiente: “No es posible concebir un sujeto en su división si al mismo tiempo no se plantea la virtualidad de la cadena de significantes, es decir, toda una serie de identificaciones y escansiones posibles. No es posible plantear el sujeto en su división si no se planea al mismo tiempo o si no se supone al mismo tiempo este diablo de objeto que no es un significante, (...) sino, precisamente, aquello sobre lo que el significante nunca puede poner la mano, este objeto de la pulsión que siempre se escapa. Podría continuar la consideración de cada uno de los términos y repetirlos que ninguno de los términos de esta lógica puede ser planteado sin los otros” (2012, pp. 65-66).

³⁰⁸ Las *itálicas* nos pertenecen.

manipulable, a la intuición un concepto que, por definición, se presentaría contrario a aquella, en tanto que sujeto no unitario, continuamente dividido en dos por una misma superficie que le sirve de soporte.

Posteriormente, un participante pregunta: “para quién representan al sujeto los significantes (citado en APU, 1972/2012, p. 66), y Leclaire plantea que en la definición lacaniana de sujeto existen dos clases de diferencias que operan simultáneamente: la distinción S_1 - S_2 , es decir, la definición del signifiante en tanto rasgo singular, y la diferencia del *clivaje* (del sujeto) que, según el autor, no tiene que ver con un tercero –en tanto sujeto del conocimiento, que establezca la diferencia entre uno y otro rasgo, tal como ocurriría en la ciencia positiva, afirma Leclaire–, sino con la “carencia de signifiante”, “con la puesta en juego de un referente dividido, es decir, de un sujeto de deseo” (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p. 68). Este punto del abordaje de Leclaire es crucial puesto que si bien entiende que dos puntos (significantes) no podrían plantearse más que en su relación con un tercero y así sucesivamente, es decir, que los significantes funcionarían como un espacio topológico conexo, no sería menos importante, para él, la falta de signifiante, a saber, que al menos un punto del espacio podría ser sustraído dividiéndolo en dos partes incapaces de restablecer el espacio continuo inicial.

Con todo, uno de los participantes insiste con la interrogante aludida en el párrafo anterior: “El sujeto clivado establece la diferencia. ¿Es un disparate preguntar para quién establece la diferencia? (ídem). A partir de esta pregunta, el diálogo entre Leclaire y los analistas uruguayos retoma el tono inicial de dicho seminario, es decir, el de trazar las diferencias teóricas y prácticas existentes entre el pensamiento kleiniano y lacaniano. Leclaire responde empleando la voz pasiva: “la diferencia es establecida por la división del sujeto” (ídem) y aclara que “la intencionalidad” a la que aludiría la pregunta (“para quien”) no sería más que “una elaboración secundaria, constante, universal” (ídem) que procede de los elementos de la estructura. Leclaire añade que la estructura –a la que llama “dispositivo primario”– no sería algo con lo que se encuentra directamente, sino que, en psicoanálisis, siempre se trabajaría sobre una elaboración secundaria.

A partir de lo antes dicho, un participante considera que, quizás, una de las diferencias centrales entre la escuela kleiniana y los planteos de Leclaire es que, mientras que la primera propondría a la intencionalidad como hecho primario,³⁰⁹ el segundo colocaría en dicho lugar a la diferencia establecida por la división del sujeto. Leclaire responde que tiene la impresión de que la intencionalidad funcionaría bajo el interés de afirmar la existencia del deseo en la estructura, cuando en realidad la estructura es la del deseo. Proponer la intencionalidad como fundamental

³⁰⁹ Recordemos, tal como fue señalado en el capítulo 3 (3.2.4), el término “intencionalidad” estaría estrechamente vinculado con la concepción de sujeto sostenida por la fenomenología de Husserl, en la cual estaría basada (al menos, en parte) la concepción kleiniana del sujeto y el fin del análisis.

no sería sino un resto de religiosidad, cuando, según él, no sería más que una proyección secundaria sobre la estructura.

Un participante traza una nueva distinción del pensamiento kleiniano respecto de los planteos de Leclaire: “[en] la concepción kleiniana (...) la estructura aparece como cambiante (...). En cambio, parecería (...) que para Lacan la estructura estaría ya fija” (participante citado en APU, 1972/2012, p. 70). Leclaire responde afirmativamente y, a la vez, negativamente. Si bien tanto el dispositivo fantasmático fundamental (protofantasías) propuesto por el kleinismo como la estructura en Lacan serían constantes, en ambos casos debe atenderse a sus elaboraciones singulares, y no a la estructura en sí o a las protofantasías. A partir de allí, un participante concluye que las protofantasías para Freud tendrían la misma función que la noción de estructura para la escuela estructuralista, dado que en ambos casos el sujeto se encontraría capturado (en fantasías o en el lenguaje, respectivamente). Leclaire asiente, pero advierte que “el movimiento estructuralista pone seguramente el acento sobre el carácter sistemático y relacional de los modelos, pero no toma en cuenta la carencia intrínseca del sistema” (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p. 71). De hecho, según el autor, ahí radicaría la razón por la cual, en ese tiempo, Lacan negaba ser estructuralista o podría hablarse de estructuralismo, en el sentido de Lacan, “con la condición de plantear que el sistema está determinado fundamentalmente como tentativa de organización de su propia carencia” (idem).³¹⁰

5.2.4 Representación del cuerpo

Este seminario resulta de gran interés para nosotros puesto que en él se describen dos modelos topológicos diferentes para interpretar el concepto psicoanalítico de *cuerpo*. A partir de cada uno de ellos parecería derivarse una forma diferente de concebir ciertos fenómenos clínicos en los que el cuerpo estaría inevitablemente implicado.

Leclaire comienza el intercambio mediante una suposición basada en una impresión personal suya: “siempre me pareció que un concepto tan importante para ustedes, como el de introyección o el de proyección, se basaba en cierto tipo de representación (...) del cuerpo” (ibíd., p. 87), y añade que siempre se preguntó si esta clase de representación no se correspondía con una “fantasía oral” (idem). Leclaire prosigue interrogando a los analistas sobre cuál es la representación que ellos tienen del cuerpo, qué la caracteriza y qué relación mantiene el proceso de introyección con dicha representación. Antes de darles la palabra a los participantes, Leclaire avanza intentando explicarse:

Tengo la impresión de que cuando se hace referencia o se utilizan, en una interpretación, términos relacionados con un mecanismo de proyección o de introyección, uno se representa

³¹⁰En un seminario posterior, titulado *La escena del Edipo*, Leclaire plantea una relación muy próxima entre las nociones de *protofantasía* y *estructura*: “[la protofantasía] es lo que más se asemeja a la función de la estructura, es la forma mítica o algunas formas míticas mediante las cuales se expresan o se formalizan los elementos de la estructura. (...) Pero el gran interés de esta noción freudiana del fantasma originario es subrayar que la estructura, en el sentido psicoanalítico del término, no tiene nada que ver con el concepto científico de estructura, sino que nos ubica de entrada en una lógica del deseo” (Leclaire, 1972/2012, p. 211).

al mismo tiempo simplemente *el cuerpo como un recipiente cerrado, provisto de algunas aberturas, en el interior del cual se ubicarían objetos o al exterior del cual saldría o se proyectaría, eventualmente, sobre la representación de otro recipiente, un objeto proyectado*. Es una representación ingenua, pero ¿acaso ustedes se representan las cosas de otra forma? ¿Se representan ustedes al cuerpo de otra forma que la de un recipiente provisto de algunas aberturas? Si yo les planteo esta pregunta es porque pienso que esta representación es ingenua en demasía y que, sobre todo, no corresponde a los datos psicoanalíticos de nuestra experiencia³¹¹ (ibíd., pp. 87-88).

Y culmina afirmando que “antes de contradecir un cierto tipo de representación” (ibíd., p. 88), debe saber en qué medida es esa la representación que sus interlocutores tendrían sobre el cuerpo, o si, por el contrario, la misma les plantearía ciertos problemas.

Previamente a describir algunas de las respuestas esbozadas por los participantes, conviene señalar la posición discursiva de Leclaire. Si bien éste espera una respuesta de los analistas uruguayos, lo cierto es que parece estar presente desde el comienzo la posibilidad de “contradecir” los argumentos que aquellos puedan esgrimir. Esto es, su impresión inicial, como veremos ulteriormente, determinará toda su interpretación de la concepción teórica y práctica de los analistas uruguayos. Según Bernardi (2003), el planteo inicial de Leclaire estaría centrado en dos críticas: la ingenuidad y la distancia con la clínica. En cuanto a la primera, según este autor, el término “ingenuo” parecería referirse a la *ingenuidad filosófica*, a saber, a la insuficiente reflexión crítica. No obstante, afirmar que tal representación es ingenua traería aparejada la presuposición de que existiría otra representación (u otras) que no lo serían y que, en consecuencia, se adecuarían más a los fines del psicoanálisis. En cuanto a la segunda, Bernardi (ibíd.) señala que, curiosamente, Leclaire no invoca ningún ejemplo o caso para argumentar por qué dicha representación no se correspondería a los datos de su experiencia analítica.

En el párrafo citado, Leclaire emplea el modelo topológico de la *esfera*³¹² para interpretar el concepto kleiniano de cuerpo, el cual se constituye a partir de los dos procesos básicos allí referidos (proyección e introyección). No obstante, el empleo del término “representación” traería consigo otras resonancias semánticas. No parecería tratarse allí de la esfera en su carácter bidimensional, sino en su inmersión en las tres dimensiones ¿por qué? Pues, porque, según Darmon (2008), sólo a partir de que se habla en términos de tres dimensiones, puede concebirse que un espacio posea un “interior” y un “exterior” respecto de sí mismo. Según este autor, el carácter cuasi evidente de que todo sujeto poseería una interioridad separada de un exterior se derivaría del hecho de la “prevalencia de lo imaginario de la geometría de la esfera” (ibíd., p. 173). En el párrafo citado no se trataría de la topología de la esfera como tal (bidimensional y bilateral),³¹³ sino de una representación tridimensional en la que figuran

³¹¹ Las itálicas nos pertenecen

³¹² Cabe destacar que el término como tal aparece recién algunas páginas después en el debate.

³¹³ Una de las propiedades principales de la esfera es su carácter *bilateral*, es decir, que se trata de una superficie que posee dos caras que no presentan una relación de continuidad, es decir, resulta imposible pasar del “interior” al “exterior” de la superficie, e inversamente, sin perforarla.

“algunas aberturas” que permitirían que algo “entre” y “salga” de ella.³¹⁴ La estructura de la esfera correspondería no a la topología de la neurosis,³¹⁵ sino más bien a la estructura del *Cotard*, en tanto que en ella “se trata de una esfera cósmica³¹⁶ que engloba a todo el ser vivo, una esfera sin exterior o un agujero negro hundiéndose en sí mismo” (ibíd., p. 178) y que “debe considerarse en sus propiedades intrínsecas por fuera de la sumersión en un espacio de tres dimensiones” (ibíd., p. 180).

Ahora bien, pasemos a referir a algunas de las respuestas de los participantes. Las mismas, como veremos, no parecen argumentos que contraríen las afirmaciones de Leclaire, sino que, más bien, lo reafirman, introduciendo ciertos matices. La primera intervención:³¹⁷

Evidentemente no es el cuerpo de la biología, pero tiene que ver con la imagen de uno mismo, más con cómo se vive el cuerpo propio como esquema corporal. Pero *el problema es que las aberturas o las entradas del cuerpo no tienen una representación en la biología del cuerpo. El problema es si la boca, por ejemplo, puede funcionar como boca; los oídos, todos los orificios, pueden funcionar como boca. Es muy difícil darse una imagen espacial del cuerpo*³¹⁸ (participante citado en APU, 1972/2012, p 88).

En la segunda de ellas³¹⁹ se asevera que “Freud dijo en *El yo y el ello* que se forman lentamente los límites del cuerpo. *Proyección e introyección estarían antes de estos límites, porque siempre son simultáneos proyección e introyección*, según Melanie Klein”³²⁰ (ibíd., pp.88-89). Una tercera intervención apunta:

Yo creo, con todo, que es cierto que los conceptos de proyección e introyección, tal como solemos manejarlos, tienden a formular y a simplificar la experiencia del cuerpo. Y que *siempre es un problema en la función analítica dónde está el cuerpo, de quién es el cuerpo, cómo está y qué es. Quizás el enfocar demasiado en lo que está adentro y lo que está afuera*

³¹⁴ Según Lacan, esta noción de “esfera” o de “envoltura”, que determina que ella posea su exterior y su interior, derivaría de una concepción pre-moderna del mundo: “El pensamiento cosmológico está fundado esencialmente sobre la correspondencia, no ya biunívoca sino estructural, la envoltura del microcosmos por el macrocosmos: que a ese microcosmos ustedes lo llamen como quieran –sujeto, alma, vous {nous}–, que a ese cosmos ustedes lo llamen como quieran –realidad, universo–, pero supongan que uno envuelve al otro y lo contiene, y que el que está contenido se manifiesta como siendo el resultado de ese cosmos, lo que le corresponde miembro a miembro” (Lacan, 1964-65, p. 19).

³¹⁵ Según Darmon, “La imagen de la esfera no resume la topología de la neurosis, sino que más bien enmascara la verdadera estructura que reenvía al toro o al *cross-cap*” (2008, p. 178).

³¹⁶ “La esfera es la imagen misma del ser. Vemos que el vínculo entre la esfera y lo cósmico es, podría decirse, ‘natural’ y el delirio de grandeza del Cotard no hace sino conformarse con él” (idem).

³¹⁷ Dado que en la transcripción del seminario no figuran los nombres de quienes intervienen y tampoco están indicados como Participante1, 2, etc., preferimos hablar de “primera intervención”, “segunda intervención”, etc., a fin de mantener un orden temporal de exposición.

³¹⁸ Las itálicas nos pertenecen.

³¹⁹ Cabe la hipótesis de que quien profiere esta afirmación podría ser Gilberto Koolhaas. Ello se debe a que, en dicho pasaje, figura previamente una consideración en torno de la noción freudiana de “Yo corporal”, la cual considera una mala traducción y, en su lugar, propone que debería traducirse por “cuerpo yo” (participante citado en APU, 1972/2012, p 88). Una consideración muy similar figura exclusivamente en un solo texto de la RUP, texto que Koolhaas comenzó a escribir en 1971 y culminó en 1972, con posterioridad a los seminarios de Leclaire y M. y O. Mannoni. El mismo se titula *¿Quién es el Otro?* (1971-72/1987). En él, Koolhaas advierte que la traducción del término freudiano *Körper-Ich* como “Yo corporal” sería errónea, puesto que, en realidad, se trata de un neologismo que se compone de dos sustantivos. Aquella traducción, “a su juicio, hipertrofia el eje semántico del Yo colocando al cuerpo como adjetivo” (Bernardi, 2010, p. 94).

³²⁰ Las itálicas nos pertenecen.

*limita mucho la polivalencia plástica de la situación. Personalmente esto me crea problemas que no tengo resueltos*³²¹ (ibíd., p. 89).

Leclaire objeta que en estos comentarios fue empleado, al menos en dos oportunidades, el término “imagen del cuerpo”. En ese sentido, pregunta cuál sería la naturaleza de tal imagen, su función y su relación con el cuerpo. Ante esta interrogante, un participante responde: *“dejo de lado todo el aspecto espacial, que es imposible de representarse, pero sí como zona capaz de producir placer (...). No me las puedo representar espacialmente, porque una misma zona puede ubicársela en muchísimos lados”*³²² (ibíd., p. 89).

En la primera de las intervenciones podemos destacar algunos elementos. Por un lado, que el concepto de cuerpo en cuestión “evidentemente no es el cuerpo de la biología”. Tal como habíamos señalado en el *capítulo 2* (2.5.2), la presencia del discurso transversal —en tanto que toma elementos del interdiscurso y los sintagmatiza en el intradiscurso, a modo de una articulación— suele darse bajo formas de este tipo: afirmaciones o negaciones a las que se atribuye el carácter de “evidencia”, operándose un desplazamiento entre lo que se afirma en el enunciado y una “evocación lateral” que incide verticalmente (en el enunciado), quedando imbuida esta última del carácter de verdad aparentemente compartido por los interlocutores. El participante continúa señalando que su concepción del cuerpo estaría emparentada con la “imagen de uno mismo” y con la noción de “esquema corporal”. Nótese que, en caso de negar que exista una relación entre la concepción psicoanalítica de cuerpo y el cuerpo propuesto por la biología, ¿por qué resultaría problemático el hecho de que las aberturas o entradas del cuerpo no posean una “representación en la biología del cuerpo”? ¿Acaso no existiría otra forma de representar el cuerpo que no sea mediante la establecida por el discurso biológico?

Con todo, en prácticamente todas estas intervenciones se destaca el aspecto problemático de intentar imaginar o representar el cuerpo espacialmente:

“es muy difícil darse una imagen espacial del cuerpo” (ibíd., p. 88);

“dejo de lado todo el aspecto espacial, que es imposible de representarse” (ibíd., p. 89);

“Quizás el enfocar demasiado en lo que está adentro y lo que está afuera limita mucho la polivalencia plástica de la situación. Personalmente esto me crea problemas que no tengo resueltos” (idem).

Este problema queda figurado en la dificultad que encuentran a la hora de localizar el cuerpo en la situación analítica, así como sus zonas erógenas cuya ubicación parece ser variable:

“si la boca (...) puede funcionar como boca; los oídos, todos los orificios, pueden funcionar como boca” (ibíd., p. 88);

“una misma zona puede ubicársela en muchísimos lados” (ibíd., p. 89);

“siempre es un problema en la función analítica dónde está el cuerpo, de quien es el cuerpo, cómo está y qué es” (idem).

³²¹ Las itálicas nos pertenecen.

³²² Las itálicas nos pertenecen.

Curiosamente Leclaire, si bien había interrogado inicialmente si la concepción del cuerpo planteaba problemas a los analistas uruguayos, lo cierto es que no vuelve a comentar sobre esta “dificultad” o “imposibilidad” a la que los participantes refieren expresamente, ni su posible relación con la topología,³²³ o al menos con una representación topológica del cuerpo. Sin embargo, en la discusión de uno de los casos,³²⁴ Leclaire ya había planteado que, para el psicoanálisis, “el juego dialéctico que puede haber entre (...) dos pulsiones parciales, corresponde a una diferencia que en una forma topográfica se puede situar entre dos puntos del cuerpo” (citado en APU, 1972/2012, p. 82), los cuales “*pueden entrar en relación contradictoria, complementaria, pueden incluso confundirse, borrarse en beneficio de otra oposición en que entrará un tercer, un cuarto punto del cuerpo, etcétera*” (ídem).³²⁵ Como podemos apreciar, el comentario de Leclaire presentaría cierta proximidad con el problema que aquí plantea a los analistas uruguayos en relación a cómo localizar las zonas erógenas, aunque, se asemeja más a una interpretación de dicho problema en términos topológicos.

Por el contrario, Leclaire realiza una nueva pregunta intentando poner en cuestión el concepto de *introyección*. Insiste en interrogar cuál es el uso que hacen del concepto de introyección. Un participante alega: “es, quizás, un exceso en el lenguaje. A la introyección hay que considerarla como algo que produce un cambio en la estructura” (participante citado en APU, 1972/2012, p. 89). Otra intervención apunta a la experiencia del melancólico, el cual siente pesado su cuerpo, y que aquello que le ocurre –según lo confirmaría “el material”– serían objetos introyectados, que él siente a su cuerpo como poseyéndolos. Leclaire comprende que se trataría allí de la fantasía del paciente, pero que, para poder interpretar, sería crucial no compartir la misma fantasía. Inmediatamente después, añade que sus preguntas buscan interrogar en qué medida “la teoría de la introyección permanece capturada o escapa a un dominante fantasioso” (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p. 90), bajo “un predominio oral” (ídem). A este respecto, Leclaire lanza una nueva interrogante que apunta a cuestionar si la introyección implicaría necesariamente un predominio oral, concordando con un participante en que, como incorporación, tendría un predominio oral. En este punto, Leclaire concluye que el uso del concepto de proyección, por parte de los analistas uruguayos, parece tener una “metáfora como referencia”, la de la alimentación, la cual remitiría a un “modelo digestivo” (ídem). En su lugar, él prefiere considerar aquello que está en juego en el proceso de introyección como una forma de integrar un elemento a la estructura, que sería susceptible de modificar su ordenamiento, pero no sería “digerido”, sino que permanecería “inasimilado” (ídem).

³²³ De hecho, la expresión usada por un participante de la imposibilidad de representarse el aspecto espacial (del cuerpo) parece una afirmación muy próxima a aquella presente en la obra lacaniana para definir *lo real* como lo “imposible de representar de alguna manera imaginaria o de inscribir en algún sistema simbólico” (Stavrakakis, 2007, p. 185) y, particularmente, en su relación con la topología.

³²⁴ El caso al que nos referimos forma parte del segundo seminario de Leclaire en el que son abordados: *el fantasma, la Relación entre lenguaje y fuerza pulsional, y el significante y el objeto*.

³²⁵ Las itálicas nos pertenecen

A partir de este último párrafo, podemos realizar algunos comentarios. Nótese que uno de los participantes, al igual que Leclaire, emplea el término “estructura” en relación al concepto de “introyección”, pero cabría conjeturar que lo hacen en sentidos diferentes. En el pensamiento kleiniano uruguayo de dicho período, al menos de forma general, la noción de estructura estaría fuertemente emparentada al modelo de una psicología bipersonal³²⁶ (véase 3.1). En dicha concepción, un elemento (un objeto) se incorpora a la estructura para integrar una nueva totalidad; en este caso la alusión a la palabra estructura sería en un sentido amplio, relativo a las relaciones entre el todo y las partes. Leclaire, en cambio, estaría refiriendo al concepto de introyección en términos del estructuralismo de Lacan.³²⁷ Para Leclaire, el nuevo elemento que pasa a formar parte de la estructura produciría un reordenamiento, pero no sería “asimilado” por/en ella, mientras que, en el pensamiento kleiniano, los objetos introyectados tenderían a mezclarse en función de ciertas fantasías inconscientes prevalentes, produciendo una nueva Gestalt.

Como anotamos más arriba, Leclaire planteó que el concepto de introyección, para los analistas uruguayos, tendría una “metáfora como referencia”, en tanto que parecerían desplazar las particularidades del cuerpo en psicoanálisis, en su relación con la fantasía, hacia un modelo biologicista. Pero, el uso del concepto de introyección por parte de Leclaire ¿no funcionaría también como una metáfora? En un sentido sí, en tanto que el uso del concepto kleiniano de introyección, al asociarse con la noción de estructura, perdería su sentido de operación mediante la cual cosas u objetos ingresan a un cuerpo (modelo digestivo) y adquiriría un nuevo sentido: el de una operación conjuntista mediante la cual ciertos elementos (significantes) pasarían a pertenecer a un sistema compuesto por otros significantes en una relación de oposición recíproca. En otro sentido no sería una metáfora o, más bien, dejaría de serlo una vez que comienza a ser utilizada por el lacanismo, volviéndose una operación elemental de la estructura, esto es, un axioma necesario para la constitución de una lógica y de una topología. De esta forma, la introyección se vuelve equivalente a una operación conjuntista: la *reunión*.

Como contraposición al modelo de cuerpo que atribuye a los analistas uruguayos (el modelo de la esfera), Leclaire prefiere plantear el problema “en *forma chata*” (citado en APU, 1972/2012, p. 91), puesto que considera que los participantes allí presentes estarían “muy embarazados con la distinción interno-externo”³²⁸ (ibíd., p. 92). Leclaire atribuye esta “forma

³²⁶ Cuyas bases surgirían de una articulación realizada por W. y M. Baranger de una interpretación de la psicología de la Gestalt del concepto lewiniano de *campo*, reinterpretado, a su vez, a partir de los conceptos psicoanalíticos kleinianos.

³²⁷ Cabe recordar que Lacan, en su primer seminario consagrado a *Los escritos técnicos de Freud* (1953-54/1981), realizó una interpretación de los conceptos kleinianos de *proyección* e *introyección* a la luz de sus tres registros: a la proyección la adjetivó de imaginaria, mientras que a la introyección de simbólica.

³²⁸ A este respecto un participante pregunta: “Cuando usted plantea la introducción de un elemento en el sistema o estructura, ¿está pensando en *sistema o estructura intrapsíquica*? Leclaire responde: “volvemos a encontrar aquí el ‘*intra*’, que siempre me molesta” (Leclaire, 1972/2012, p. 92; las itálicas nos pertenecen).

chata” a Lacan, designándola como “una referencia topológica” (idem). A este respecto, Leclaire afirma:

*El cuerpo no funciona o no es nunca como una esfera, el cuerpo funciona como una superficie, en relación con la que no hay exterior ni interior; en relación con la cual hay un lado y otro lado de la superficie. Con este carácter suplementario de que la superficie A está en relación continua con la superficie B. No hay una discontinuidad entre las mucosas y la piel. Si usted examina el desarrollo del cuerpo desde el punto de vista embriológico, usted no ve más que un juego de enrollamiento de superficies, que determina todo un juego de apariencias de interior y exterior, pero siempre son superficies, que se invaginan, se enrollan, se parten. Si se quiere hacer una representación correcta del cuerpo, sólo puede ser eficaz a partir de una superficie en la que el revés y el derecho se encuentran en continuidad. El modelo es, para Lacan, la banda de Moebius, que es una especie de cinta circular en la que se ha hecho una torsión de 180 grados, lo que determina que se recorre una superficie sin nunca franquear el borde de la misma, uno se encuentra de un lado o del otro sin haber franqueado el borde. De todos modos, me parece que este modelo es infinitamente preferible para intentar construir lo que existe a nivel psicoanalítico en relación con las nociones de interior y exterior. (...) Yo prefiero esto como *modelo o imagen del cuerpo*. Es, cuanto menos, el único modelo que nos permite no entrar en las contradicciones fantasiosas del paciente que tenemos que analizar. Y como yo decía, siempre es preferible no entrar en la fantasía para poder analizarla (ibid., pp. 92-93).³²⁹*

La negación “*el cuerpo no funciona o no es nunca una esfera*” parece apuntar directamente a desacreditar el modelo atribuido a los psicoanalistas kleinianos y sustituirlo por otro que “*funciona como una superficie, en relación con la que no hay exterior ni interior*”, siendo estos dos últimos “un juego de apariencias”. Leclaire optaría por el modelo de la banda de Moebius en tanto que haría posible “un abordaje psicoanalítico del problema del cuerpo” (ibid., p. 95), mostrando que el mismo poseería una *doble organización*, esto es, que al cuerpo en el sentido biológico (que Leclaire asocia a la esfera) le correspondería un cuerpo que podría denominarse erógeno o pulsional. En este contexto, Leclaire parecería recurrir al discurso de la embriología (“no hay discontinuidad entre las mucosas y la piel”) con fines meramente ilustrativos, es decir, haría uso de una analogía como un ejemplo de esa doble organización. No parecería tratarse de dos concepciones diferentes sobre el cuerpo sino de una concepción híbrida, en la cual operarían dos órdenes yuxtapuestos:

Cada punto del cuerpo tiene una función en el organismo, en la jerarquía del organismo, en el sistema biológico. (...) Pero cada uno de estos puntos del cuerpo, del mismo cuerpo, el mismo punto, tiene también una función de placer. Cualquier punto del cuerpo puede convertirse en el lugar de una excitación de tipo sexual. Cualquier punto del cuerpo puede ser eventualmente erógeno. Pero *no hay dos caras en ese punto del cuerpo, es el mismo punto del cuerpo que participa a la vez de una organización jerárquica biológica y que al mismo tiempo tiene una función erógena* (idem).³³⁰

A partir de la lectura de Eidelsztein (2006), podemos considerar que, en dicho pasaje, Leclaire concebiría una relación de *biunivocidad*³³¹ entre ambos órdenes o superficies: a cada

³²⁹Mientras que aquí la *banda de Moebius* es empleada como modelo del cuerpo, en el *Seminario II*, esta “*imagen de una superficie transparente*” (Leclaire, 1972, p. 62) es asociada al sujeto dividido.

³³⁰ Las *itálicas* nos pertenecen.

³³¹ Dos conjuntos de elementos mantienen entre sí una relación de *biunivocidad* cuando a cada elemento de un conjunto le corresponde solamente uno del otro conjunto, e inversamente. Para que dicha propiedad sea verificable al comparar dos superficies topológicas, a cada punto de una de ellas debe corresponderle necesariamente uno de la otra, y viceversa (Eidelsztein, 2006).

punto del cuerpo, en tanto organismo, le correspondería necesariamente una función erógena. En topología de superficies, la correspondencia biunívoca entre dos puntos es la única vía por la cual puede afirmarse que ambos puntos sean equivalentes, es decir, que ocupen una misma posición en la superficie. Para situar una relación topológica de equivalencia u *homeomorfismo* entre ambas organizaciones o superficies es necesario, según Eidelstein (ibíd.), que entre ambas sea cumplida una segunda propiedad, la *bicontinuidad*.³³² A este respecto, una afirmación de Leclaire quizá pueda proveernos algunos elementos para constatar si tal propiedad también es cumplida: “tenemos por un lado la *construcción anatomo-fisiológica* (...) pero *lo que nos interesa a nosotros (...) es el sistema del placer, en el que cada uno de estos puntos entra*” (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p. 96).³³³ Esta cita resulta relevante porque muestra cómo la “*función erógena*” –al igual que la “*organización jerárquica biológica*” o “*construcción anatomo-fisiológica*– operaría como un “*sistema*”, es decir, como un conjunto ordenado de elementos que se encuentran asociados de acuerdo a ciertas reglas de pertenencia. A partir de allí podríamos suponer un similar funcionamiento entre ambas organizaciones y que, en consecuencia, dicha propiedad también pudiese ser cumplida. Con todo, Leclaire no proporciona mayores elementos que nos permitan asegurar que a dos puntos vecinos de la organización orgánica le correspondan dos puntos vecinos de la organización erógena y que, como resultado, ambas superficies sean equivalentes.

Leclaire parece proceder como si ambos espacios, en efecto, fueran *equivalentes*, puesto que tiende a tratarlos como un mismo espacio, el cual, dadas sus propiedades topológicas intrínsecas,³³⁴ funcionaría de manera problemática:

Es el mismo punto, es la misma cara, hay un solo lado. Pero un solo lado en el que dos cosas, dos mundos diferentes, se unen y no se unen. Pero nunca se confunden. Y, sin embargo, se encuentran en ese punto. El elemento constitutivo de la superficie, de esta única cosa, de esta única cara, el elemento constitutivo del cuerpo es esta paradoja. De un lugar único o cuanto menos de un lugar indistinguible, en el que se encuentran dos funciones totalmente diferentes que nunca pueden confundirse. El elemento corporal es eso (ídem).

Ahora bien, si dicha superficie topológica proporcionaría el soporte material para concebir el cuerpo en su carácter paradójico, contra intuitivo –esto es, constituido por dos caras que no serían más que una y, aun así, a cada instante podría considerarse que cada punto de ella tendría su opuesto en la otra cara–, entonces, ¿por qué Leclaire utiliza repetidamente términos como “representación” o “imagen” para referirse a él? No podemos olvidar que se trata de un seminario oral y de una exposición teórica compleja, con lo cual se volvería esperable y probablemente inevitable, el uso de cierto lenguaje didáctico y de cierta imaginización para darse a entender por sus interlocutores.

³³² La propiedad de *bicontinuidad* marca que a dos puntos infinitamente próximos en una superficie han de corresponderle dos puntos infinitamente próximos de la otra, y recíprocamente.

³³³ Las *itálicas* nos pertenecen.

³³⁴ Con propiedades topológicas intrínsecas, nos referimos a aquellas características de la superficie que no varían, aunque cambien las dimensiones, la posición o la forma de la superficie.

En relación a lo antedicho resulta oportuno tomar en cuenta una de las preguntas realizadas a Leclaire por un participante: “esa necesidad que tenemos de una representación espacial. ¿Por qué (...) siempre representamos espacialmente al cuerpo? Aun este modelo de la banda de Moebius es un modelo espacial” (participante citado en APU, 1972/2012, p. 94). Leclaire replica: “se podría encontrar un modelo algebraico” (citado en APU, 1972/2012, p. 94), añadiendo poco después que “la representación espacial del espacio es sólo el despliegue en un plano de elementos puramente simbólicos, cuya fórmula es algebraica, que no puede ser reducida” (ibíd., pp. 97-98). Mientras que hacia el final del seminario ocurre una discusión en torno de la noción de superficie como “membrana, como lugar de intercambio” (participante citado en APU, 1972/2012, p. 100). Allí, un participante comenta que, cuando Leclaire esbozó el papel de la superficie, creyó que lo haría en el sentido antes señalado, y que, posiblemente, de allí derivarían las diferencias entre el pensamiento kleiniano y los planteos de Leclaire, concluyendo que “esta situación de intercambio creo que es el origen de la preeminencia del modelo oral” (ídem). Leclaire contraargumenta en una vía muy próxima a la que esbozamos en este mismo párrafo:

Usted dice desear que yo hubiese continuado desarrollando la imagen de la membrana. Le voy a decir por qué no lo hago. Porque yo *pienso que no hay otra sustancia en el cuerpo. No hay algo así como una membrana amorfa, una sustancia neutra sobre la que se proyectarían cosas. Pienso que la sustancia misma está hecha con estos elementos coincidentes y antinómicos. Es eso lo que constituye la textura misma de la superficie, es decir del cuerpo. Es el concepto mismo del lugar lo que para mí está en cuestión ahí. El lugar no es el punto que se figuraría en una página blanca. El lugar se constituye como antinomia y como encuentro. El cuerpo es un conjunto de lugares* (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p. 100).³³⁵

Como podemos apreciar, en el planteo del participante uruguayo “la imagen de la membrana” funcionaría de acuerdo a un “modelo oral”, el cual sería el resultado de una importación metafórica proveniente del discurso de la biología, puesto que en él las células son aquellas estructuras que poseen una membrana que las rodea, limita y da forma. Asimismo, su principal característica es su “permeabilidad selectiva”, que les permite seleccionar y regular la salida y entrada de una serie de sustancias entre el interior y el medio extracelular. (Curtis, Barnes, Schnek y Massarini, 2008). Se trataría de una metáfora en tanto que la noción biológica de membrana,³³⁶ al colocarse en relación con conceptos psicoanalíticos como el de cuerpo, objeto, proyección, introyección, etc., adquiriría un nuevo sentido, en tanto que ya no se trataría de un intercambio entre moléculas sino entre objetos, o representaciones de objetos producidas por fantasías inconscientes. Dicha metáfora sería utilizada con fines de ilustrar el funcionamiento del cuerpo en psicoanálisis o, quizá, del psiquismo en general, como una esfera en cuya superficie se daría el intercambio entre objetos que ingresan y salen de ella. Sin embargo, el

³³⁵ Las itálicas nos pertenecen.

³³⁶ A este respecto, Baranger nos recuerda que “Freud utiliza muchos registros metafóricos para describir los fenómenos descubiertos por el psicoanálisis. Entre ellos, lo biológico y aun lo zoológico tienen mucha importancia. El Yo (...) aparece a veces como un organismo unicelular, con su membrana protectora y la capacidad de extender o retraer pseudópodos. Otras veces como ‘corteza’ que se diferencia del ser ontogénico (Elo) bajo la influencia del sistema percepción-conciencia, es decir, de la experiencia externa” (1967, pp. 128-129).

problema ocurre en tanto que los autores kleinianos, por momentos, parecerían no reconocer su carácter de simple metáfora. Ello sería observable en ciertos empleos del término introyección como equivalente al de, por ejemplo, “incorporación” o “asimilación”,³³⁷ términos derivados de la biología.

De cualquier modo, si combinamos las dos respuestas que da Leclaire –a propósito de la representación espacial del espacio y respecto a la superficie como membrana– podremos notar que, en conjunto, apuntarían en contra de la noción de “representación”, al menos en el sentido clásico del término.³³⁸ Esta afirmación se justifica en que, por un lado, Leclaire no parece atribuir ningún carácter primario a la representación espacial del espacio, sino a una fórmula algebraica irreducible o a un “modelo algebraico”³³⁹ cuyo “despliegue en un plano de elementos puramente simbólicos” permitiría que su representación geométrica pueda tener lugar.³⁴⁰ Por el otro, en la segunda respuesta, Leclaire insiste en que el cuerpo se compone de estos elementos simbólicos, pero aquí añade que la articulación entre “estos elementos coincidentes y antinómicos”, es decir, los significantes, constituye la “sustancia” misma del cuerpo.³⁴¹

Estos planteos de Leclaire parecen ir en concordancia con los planteos de Darmon (2008), a los que hicimos referencia en el *capítulo 3* (2.4). Según este autor, la lengua depende de una “textura” (*étoffe*) que le es propia, que no es otra que su gramática y el encadenamiento significativo, de acuerdo a las operaciones metonímicas y metafóricas. Según Lacan (1972/2012), la “estofa” significativa constituye la materia misma de las superficies topológicas, a la vez que su representación espacial no sería más que una metáfora que presenta y, al mismo tiempo, enmascara su auténtico carácter de escritura algebraica. Con todo, a lo largo de su enseñanza, Lacan se vio obligado a utilizar metáforas con el fin de dar a entender a su auditorio “ese lenguaje de puro matema” (ibíd., p. 496), pero también porque la topología apuntaba a cierta experiencia que, en tanto tal, necesariamente remitiría a su inscripción en un discurso, mostrando así una suerte de imposibilidad de sustracción plena a lo imaginario. No obstante, el planteo de Lacan apuntaría a advertir la separación que debe ser mantenida entre la superficie topológica abstracta y su representación espacial, a fin de no reducir la primera a la segunda. La atención a mantener dicha separación podría ser observada en un planteo anterior de Leclaire, a propósito de su

³³⁷ Como ejemplo de esta aparente equivalencia, podemos citar el comentario de un participante: “en el mismo sentido que Freud lo señaló con respecto al objeto perdido en *Duelo y melancolía*. Es decir, un objeto externo que se ha incorporado en el Yo y no ha sido asimilado” (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p. 45; las itálicas nos pertenecen).

³³⁸ En el sentido de un concepto o imagen de un objeto que se vuelve presente a la conciencia, es decir, como algo que sustituye y hace presente a un objeto o cosa ausente (RAE, 2008).

³³⁹ El *álgebra* es una rama de las matemáticas encargada del estudio de la combinación de estructuras abstractas de acuerdo a una serie de reglas. Mientras que una *fórmula algebraica* sería la expresión, mediante letras y operaciones fundamentales, de una regla o principio general.

³⁴⁰ El planteo de Leclaire resulta próximo a la gradual sustitución de la geometría clásica por la geometría analítica, es decir, la reducción del estudio matemático de figuras geométricas a expresiones algebraicas (ecuaciones y funciones) en función de diversos sistemas de coordenadas.

³⁴¹ De acuerdo con Leclaire, los significantes no constituyen exclusivamente la sustancia del cuerpo sino también “lo que se designa confusamente como la realidad exterior”, la cual “asume un sentido mucho más preciso a partir del momento en que concebimos que la realidad está constituida por la reja simbólica que ponemos en su sitio o en juego” (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p. 224).

preferencia por la *banda de Moebius* como “el único modelo que nos permite no entrar en las contradicciones fantasiosas del paciente que tenemos que analizar. Y como yo decía, siempre es preferible no entrar en la fantasía para poder analizarla” (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p. 93). Esto es, proceder manteniendo una separación entre lo que el paciente pueda fantasear o representarse –y, ¿por qué no? hacerlo coextensivo a la figura del analista– y el modelo analítico a emplear para poder interpretar adecuadamente.

Para concluir con el abordaje de este seminario, resulta importante preguntarse si la *banda de Moebius*, tal como es empleada por Leclaire, funcionaría como un *modelo* en el sentido estricto de la teoría de modelos. Recordemos que Leclaire emplea el término “modelo” (ibíd., p. 93) para referirse al estatuto que Lacan atribuye a dicha superficie. No obstante, no es seguro que dicho término sea empleado en este estricto sentido. Para dar una respuesta debidamente fundada sería preciso realizar un análisis más detallado del seminario, cotejándolo con afirmaciones presentes en los otros seminarios y conferencias, con otros textos de Leclaire, así como con la obra de Lacan, abordaje que en esta tesis resultaría imposible realizar. A pesar de ello, contamos con ciertos elementos que nos habilitarían a establecer la hipótesis de que, en efecto, la banda de Moebius funcionaría, en los planteos de Leclaire, como un *modelo* para interpretar la concepción lacaniana de cuerpo.³⁴²

Recordemos que, para Leclaire, el concepto de cuerpo en psicoanálisis consistía en una doble organización: una “organización jerárquica biológica” y “un sistema del placer” y que entre ambas formas de organización existe una relación paradójal.³⁴³ Dicho de otro modo, que a cada punto del cuerpo biológico le correspondería un mismo punto del cuerpo erógeno o pulsional, pero que ambos puntos (o ambas organizaciones de puntos) conformarían una misma superficie, constituyendo “un solo lado en el que dos cosas, dos mundos diferentes, se unen y no se unen. Pero nunca se confunden. Y, sin embargo, se encuentran en ese punto” (ibíd., p. 96). Entonces, ¿esta acepción del concepto de cuerpo no estaría construida alrededor de un principio lógico fundado en la admisión de la *contradicción* y de la *no identidad*? Esto es, que en un punto puedan superponerse dos mundos o dos funciones diferentes como uno mismo y, al mismo tiempo, no se unan, permaneciendo cada uno por su lado. Leclaire parecería tratar a cada uno de estos puntos como *significantes* y recordemos que los significantes, para Lacan, funcionan de acuerdo a una lógica, siendo uno de sus principios la *no identidad consigo mismo del significante* (Allouch, 1984), es decir, que cada significante se define no sólo por ser lo que los otros no son, sino por no ser igual a sí mismo. Esto es lo que habilitaría a decir que dos puntos puedan ser y no ser al mismo tiempo un mismo punto. En consecuencia, nada nos impediría afirmar que, en la definición

³⁴²Nos referimos a la concepción psicoanalítica del cuerpo tal como Leclaire, de acuerdo con Lacan, propone.

³⁴³Mediante la paradoja que instala modelo de la *banda de Moebius*, parecería que Leclaire logra subsumir bajo una misma representación de superficie sin profundidad aquello que los kleinianos uruguayos solían entender por “introyección” o “incorporación” (“modelo digestivo”), volviéndose “nada más que una manera de formar parte de esa superficie” (Leclaire citado en APU, 1972/2012, p. 95)

psicoanalítica del cuerpo (definido a partir de la “sustancia” significativa) fuera evidenciable un *componente sintáctico*, es decir, que el mismo se produciría y funcionaría de acuerdo a una axiomática definida.³⁴⁴

Por su lado, restaría establecer el componente semántico con el cual el componente sintáctico debe relacionarse para ser interpretado. El modelo de la *banda de Moebius* funcionaría para Leclaire como una superficie capaz de interpretar esta paradójica relación entre estas dos organizaciones o nociones del cuerpo que, no obstante, no conforman dos (espacios) sino un solo espacio. En este sentido, Leclaire procede haciendo corresponder a cada significativo un punto de la superficie –siendo cada punto (significativo) definible en función de otros puntos (significativos)–, formando todos ellos un espacio continuo en el que incluso “un mismo punto” es definido respecto de “sí mismo”, es decir, respecto del punto que se le superpone desde la “otra cara” de la superficie que no es más que la misma. Sin embargo, si se la considera a cada instante, nada impide suponer que a cada tramo del anverso le corresponda un mismo punto o serie de puntos del reverso.³⁴⁵

En suma, para que la banda de Moebius pueda funcionar como el modelo que interprete un tipo de organización significativa denominada cuerpo, es preciso que aquella opere como un conjunto de elementos organizados de tal manera de poder trazar entre ambos niveles de escritura una relación de acuerdo a ciertas reglas de correspondencia semántica. Esto es, que a cada enunciado derivable (teorema) del funcionamiento lógico de la organización significativa que conforma al cuerpo debe vincularse un enunciado *verdadero* (demostrado) en el dominio interpretativo (Rona, 2012). Con todo, las discusiones que figuran en los intercambios de este seminario (y también de los restantes) no alcanzan este nivel de abstracción, con lo cual carecemos de elementos suficientes para demostrar que tal correspondencia biunívoca pueda efectivamente tener lugar.

5.2.5 El sujeto del inconsciente³⁴⁶

El modo de exposición de Leclaire, en esta conferencia, dista mucho de aquel empleado en los seminarios de 1972, los cuales se aproximaban más a una “introducción a la obra de Lacan”. En esta conferencia, Leclaire se mantiene en un nivel de abstracción mayor, sin preocuparse por hacerse comprender por su auditorio. Probablemente se deba al hecho de que, para ese entonces, la teoría de Lacan estaría más extendida en el pensamiento psicoanalítico rioplatense, agilizando el ritmo de exposición. Por otro lado, es relevante porque en ella son

³⁴⁴ Por *axiomática* debemos entender a un conjunto organizado de proposiciones o enunciados lógicos indemostrables, a partir del cual, mediante reglas de inferencia definidas, pueden ser escritos teoremas, es decir, proposiciones con carácter de verdad demostrable lógicamente.

³⁴⁵ Considerar que intuitivamente la *banda de Moebius* posea dos caras y dos bordes es resultado, según Eidelsztein (2006), de examinarla localmente considerando un punto o una parte de la superficie. Sin embargo, si consideramos la superficie en su conjunto, tal impresión de una oposición entre anverso y reverso, y de un doble borde se disuelve a partir de sus propiedades intrínsecas de *unilateralidad* y de que posee un único borde.

³⁴⁶ Se trata de la única conferencia publicada en la RUP de la segunda visita de Leclaire ocurrida en noviembre de 1975 a la APU.

retomadas las relaciones entre la noción de cuerpo anatómico y cuerpo pulsional, en su relación con la topología, pero también se añade una articulación con las nociones lacanianas de *sujeto del deseo* y de *objeto a*.

Al principio de la conferencia, Leclaire retoma la definición del cuerpo en psicoanálisis tal como la planteó en el seminario sobre la *representación del cuerpo* (APU, 1972/2012), como “organización significativa”. Enseguida añade que el cuerpo definido por los científicos, por los médicos, es también una organización significativa muy coherente, capturada en un discurso científico, el cual puede subdividirse en diversos discursos (genético, anatomía, fisiología, bioquímico, etc.); sin embargo, según Leclaire, en tal discurso sobre el cuerpo no existiría lugar para la pulsión o el deseo. Si bien en aquel seminario el cuerpo biológico no era nombrado expresamente como organización significativa, podríamos considerar que allí también se trataba de una organización de este tipo, o más bien, de dos organizaciones entre las cuales se establecía una correspondencia: a cada punto del cuerpo biológico le correspondía un punto en el cuerpo erógeno. De hecho, esta doble organización definida por Leclaire evidenciaría el carácter paradójico del significativo, esto es, que la identidad de cada punto-significante queda definida por su diferencia con los otros puntos-significantes. También en dicho seminario y en la presente conferencia se encuentra presente la idea de que el cuerpo pulsional presenta “una organización diferente (...) que, a primera vista, parece fantástica y que desafía las leyes de la anatomía. Saben ustedes perfectamente que se puede tener un ojo en la punta del dedo o que los ojos pueden comer” (Leclaire, 1975/76, p. 282).

Leclaire prosigue señalando que es necesario para el trabajo analítico imponer progresivamente no sólo la idea de que existe el cuerpo del discurso médico, sino que “existe de un modo totalmente real el cuerpo de la realidad pulsional” (ibíd., p. 283), y lo asocia a los términos *moi*³⁴⁷ y *je* con los cuales se suele designar un cuerpo, en compañía de un gesto de golpear sobre el mismo. A continuación, Leclaire se pregunta quién puede decir *je* y desde dónde algo puede proferir *je*, desde dicha organización significativa. Prosigue interrogando si “acaso *je* es simplemente el centro de la fantasía (...) ya que pensamos siempre que *je* designa un punto en el que algo se reagrupa, a partir de lo cual la diversidad se organiza y unifica”³⁴⁸ (ídem).³⁴⁹

Con todo, Leclaire comenta que “la formulación de la fantasía textual, tal como Freud la deslinda [se *pega a un niño*], hace aparecer un sujeto totalmente impersonal” (ibíd. p.283)³⁵⁰ y

³⁴⁷El autor alude aquí al *moi* en el sentido del yo como instancia imaginaria.

³⁴⁸ Aunque parece tratarse de una interrogación, en la transcripción de la conferencia no es presentada entre signos de interrogación como cabría esperar.

³⁴⁹ Aquí, Leclaire parece estar aludiendo implícitamente a la noción lacaniana de *semblante* en el sentido de una especie de dispositivo mediante el cual elementos heterogéneos se presentan bajo una apariencia de unidad, en este caso como un conjunto de fantasías organizadas de tal forma que den lugar al yo como una instancia unificadora que posee *un* cuerpo.

³⁵⁰ Leclaire utilizaría la expresión “fantasía textual” en tanto que “comúnmente la fantasía se formula a nivel gramatical, más bien por la puesta en juego de un sujeto impersonal: ‘se pega a un niño’” (Leclaire, 1976, p. 283).

que tal carácter impersonal del sujeto plantea continuamente el problema de cómo situarlo en la organización significativa (inconsciente). En este sentido, se pregunta:

¿Cómo concebir entonces en el discurso del inconsciente la función del sujeto o, en forma metafórica, su lugar? Digo bien que se trata de una expresión metafórica ya que el espacio del inconsciente no se corresponde con nuestras representaciones del espacio, ni tampoco el tiempo del inconsciente funciona como el tiempo de nuestra experiencia consciente. (...) Cuando hablamos así de “lugar del sujeto”, es una especie de metáfora al revés, ya que propiamente hablando no hay lugar o ámbito en el espacio del inconsciente” (ibid. pp. 283-284).

Leclaire advierte aquí el carácter metafórico de la representación espacial del inconsciente y, en consecuencia, del sujeto. Esta consideración tiene cierta proximidad a un planteo que Leclaire realiza sobre la *representación del cuerpo* (5.2.4), consistente en que la representación espacial del espacio constituye el despliegue en un plano de elementos puramente simbólicos, de acuerdo a ciertas reglas (algebraicas) definidas. Cuando Leclaire señala que considerar que el sujeto ocupa un lugar es una “metáfora al revés” estaría haciendo referencia a que el inconsciente, en tanto efecto del lenguaje, no poseería un espacio que le sea propio en el sentido de la geometría euclidiana. No obstante, dado que su funcionamiento es retroactivo, persistiría la ilusión de que ya se encontraría allí, desde un inicio.³⁵¹ En este punto, Leclaire advierte que lo que propone para designar la función del sujeto también es una “imagen”, para diferenciarla de la topología, imagen que se *“refiere a un sistema espacial o a un sistema topológico, es decir, a la textura de una superficie, que es una representación que podemos hacernos del entrecruzamiento de las cadenas significantes”* (ibid., pp. 284-285).³⁵²

Con todo, inmediatamente después agrega una consideración no presente en el seminario antes mencionado. Leclaire comenta que, desde que existe una organización significativa, al mismo tiempo existe algo que quedaría excluido de dicha organización, que denomina “resto de objeto”; lo representa como el conjunto de agujeros presentes en una trama. “Si designamos a esta organización significativa inconsciente como cuerpo libidinal, existe al mismo tiempo otro cuerpo, es decir, otro cuerpo que es nuestro doble” (ibid., p. 285). De esta forma, Leclaire aproxima el encuentro del cuerpo libidinal inconsciente con su doble como una de las formas de la experiencia denominada por Freud como “lo ominoso” (*unheimlich*). Leclaire coloca en dos lugares separados al “cuerpo significativo” o “cuerpo inconsciente” y al “cuerpo objetual”. Si consideramos esta conferencia y el seminario antes aludido en conjunto, notaremos que Leclaire procedería dialécticamente: inicialmente había propuesto dos conceptos opuestos de cuerpo (uno orgánico y otro pulsional) cuyos puntos se unían en una sola superficie, mientras que aquí ambas concepciones parecen haber sido subsumidas bajo la expresión “cuerpo significativo” (síntesis), concepción que, a su vez, fundaría una nueva oposición dialéctica con la

³⁵¹Probablemente en esa ilusión de anterioridad cronológica se base la concepción del inconsciente como una instancia individual. Paciuk parece arribar a una conclusión similar a la de Leclaire (ver 4.3.1).

³⁵² Las itálicas nos pertenecen.

noción de “cuerpo objetal”, volviéndose ambos las dos caras de la superficie³⁵³. La noción de “cuerpo objetal” traería consigo la incorporación de una nueva dimensión del cuerpo definida como “forma inorganizada”, “nuestra parte de sombra” (Leclaire, 1975/76, p. 286), siendo su oposición respecto del cuerpo significante, según Leclaire, completamente necesaria, puesto que:

(...) en sí en nuestra experiencia hay algo que es reencontrado como división entre algo que se dice y algo que no se dice, algo que puede representarse y *algo que carece de forma. Es siempre en esa dimensión donde va a inscribirse lo que después pensamos como otra división*. Quiero decir la división entre el yo (*moi*) y los otros y sobre todo la división sexual (ibíd., p. 286).³⁵⁴

Como podemos apreciar, se trataría para Leclaire de la oposición entre un cuerpo organizado, representable, asociado al decir (cuerpo significante), y un cuerpo que “*carece de forma*”, de organización que, por ende, sería imposible de representar, y relativo a lo que no puede ser dicho (cuerpo objetal). Esta división entre un cuerpo representable y otro imposible de representar sería, de acuerdo con Leclaire, la que habilitaría ulteriores divisiones (división entre el yo y el otro, división sexual).³⁵⁵

Leclaire prosigue interrogando sobre qué ocurre cuando nos encontramos con nuestro doble y dónde se encuentra el *je* en ese momento. En cuanto a la segunda cuestión, Leclaire responde: “*je* está entre los dos. *Je* es lo que separa nuestro cuerpo significante inconsciente de nuestro doble” (ídem); “[el sujeto] es lo que impide que exista una confusión entre el cuerpo y su doble. (ibíd., p. 287). En lo atinente a la primera pregunta, considera: “(...) lo que aparece en el momento del reencuentro con el doble es precisamente el sujeto, ya que es en el momento en que ‘eso’ dice ‘*je*’” (ibíd., p. 286), es decir, el instante en que el inconsciente habla. Leclaire insiste en que esta forma topológica de concebir al sujeto difiere de la concepción gramatical, en tanto que esta última apuntaría exclusivamente al hecho de que la inscripción significante remitiría a otra inscripción significante, desconociendo que toda inscripción traería consigo una separación respecto del objeto, tornándolo posible.

³⁵³ La referencia a lo pulsional parecería estar ausente en la concepción de cuerpo significante y quedaría asociada aquí al cuerpo objetal: “(...) es de allí [del cuerpo objetal] de donde partirá toda la fuerza de las pulsiones. O, para ser más precisos, es por allí por donde irá toda la fuerza de las pulsiones” (Leclaire, 1975/76, p. 285). No obstante, poco después Leclaire señala: “si podemos representarnos lo que es la fuerza pulsional, se trata de la diferencia de tensión que existe entre el objeto y la organización significante” (ibíd., p. 287), con lo cual lo pulsional no formaría parte de ninguno de los conceptos de cuerpo, sino que se reduciría a un valor diferencial entre ambos.

³⁵⁴ Las itálicas nos pertenecen.

³⁵⁵ “Lo que yo destaco sobre todo es algo acerca del carácter no individual de la estructura del inconsciente. La semana pasada se nos había ocurrido decir que en la relación con el inconsciente no había individuo, es decir, unidades indivisas, sino únicamente –y fue Baranger el que propuso el término– *dividuos*. O sea, puntos de ruptura que marcan accesos presentes al inconsciente” (Leclaire, 1975/76, pp. 290-291).

Conclusiones

La presente tesis tuvo como objetivo central abordar un campo de problemas poco estudiado en Uruguay: describir, desde un punto de vista histórico-discursivo, algunos de los principales modelos topológicos empleados por los psicoanalistas en Uruguay y cómo se habrían visto modificados a partir de la recepción inicial de la teorización topológica lacaniana, entre 1955 y 1983. Dividiremos estas conclusiones en tres apartados: en el primero retomaremos los conceptos de *fantasía inconsciente* y *campo bipersonal*, intentando mostrar que este último constituiría el modelo capaz de interpretar una lógica que toma al primero como uno de sus axiomas. En el segundo apartado intentaremos mostrar algunas de las repercusiones inmediatas de la visita de Serge Leclaire, Maud y Octave Mannoni en la teoría y práctica psicoanalítica en nuestro país, particularmente en la obra de Gilberto Koolhaas,³⁵⁶ haciendo foco en una serie de referencias explícitas a la *banda de Moebius*. En el tercer apartado realizaremos algunas consideraciones finales a propósito de la relación entre psicoanálisis y ciencia en el Uruguay, describiendo dos períodos en los que dicha relación presentaría variaciones importantes.

6.1 El *campo bipersonal* y la *fantasía inconsciente*: el modelo y su lógica

En los *capítulos 4 y 5* abordamos ciertos problemas relativos al concepto de *campo bipersonal* y al concepto kleiniano de *fantasía inconsciente*, respectivamente. Partiremos de algunos elementos previamente expuestos con la *finalidad* de mostrar que el concepto de fantasía inconsciente y sus operaciones elementales constituirían una lógica cuya interpretación sería realizada por el modelo de campo bipersonal. Este último constituiría el modelo que interpretaría el funcionamiento de las fantasías inconscientes *específicamente* en la relación analítica.

Al comienzo del *capítulo 3* (3.1.1) señalábamos que, para W. Baranger (1956), la expresión “campo operacional” –como paráfrasis de la expresión *campo bipersonal*– se encontraba en estricta articulación con la noción de “estructura psíquica”, entendiendo por ésta a un *conjunto* de elementos (fuerzas, instintos, pulsiones) que interactúan entre sí y con otros conjuntos psíquicos de mayor organización, cuya dinámica apuntaría a establecer organizaciones cada vez más complejas. Poco después agregábamos que la orientación kleiniana del psicoanálisis exigía “describir primero el campo operacional de la situación analítica, pues la metapsicología tendrá que dar cuenta antes que todo de los fenómenos que ocurren en

³⁵⁶ Gilberto Koolhaas es un médico psiquiatra y psicoanalista de origen Neerlandés, el cual radicó en Uruguay a fines de los años 30. A partir de 1945-46 se desempeñó como adjunto de la Clínica Psiquiátrica del Prof. Dr. Sicco. En 1947-48 inició su trabajo como médico asistente en el Hospital Vilardebó y en la Colonia Etchepare. En 1955, junto a Rodolfo Agorio, Héctor Garbarino, Mercedes Freire de Garbarino, Willy y Madeleine Baranger, entre otros, funda la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Asimismo, fue el director fundador de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis, la cual dirigió a lo largo de cuatro períodos. Su obra se caracteriza por un marcado interés en la filosofía, particularmente en el pensamiento de Heidegger y Husserl, pero también de Hegel, Merleau-Ponty y Sartre, por la literatura, particularmente por la poesía de Rilke, Baudelaire y Rimbaud y por las novelas de Proust (García, 1994).

*este campo operacional*³⁵⁷ (ibíd., p. 307), añadiendo que esta descripción implicaría que el campo del psicoanálisis debe *traducirse o hacerse corresponder* con una metapsicología. Al inicio del *capítulo 4* (4.1) comentábamos que W. Baranger (ibíd.) recurría nuevamente a Freud³⁵⁸ para definir la *fantasía inconsciente* como “un concepto esencialmente estructural” (p. 309), “como la base dinámico-estructural de los fenómenos psíquicos” (p. 310), el cual dependía de dos concepciones o representaciones del cuerpo: una *ontológica* y otra *metodológica*, prevaleciendo una u otra según el énfasis se colocase en el instinto o en la fantasía respectivamente. Ahora añadamos una cita a la que no hemos recurrido previamente y que parecería sintetizar las relaciones entre cuerpo, fantasía inconsciente y campo: “el objetivo inmediato del trabajo analítico es entonces interpretar la fantasía inconsciente que, actualmente activada, configura el campo operacional que se ha creado entre analizado y analista” (ibíd., p. 308).

A partir de lo antes descrito, podemos observar que la fantasía inconsciente es propuesta por Baranger como un *concepto primitivo*³⁵⁹ del cual se derivarían todos los fenómenos psíquicos. Sin embargo, si su preeminencia dependería de la concepción metodológica del cuerpo (cuerpo erógeno o pulsional), en tanto que ésta postularía al instinto como subordinado a la fantasía, notaremos que el instinto en el que se soportaría el cuerpo ontológico parecería preexistir al cuerpo como algo vivido a través de las fantasías inconscientes. En otras palabras: a pesar de que Baranger considera que, para el psicoanálisis, *la fantasía antecedería al instinto*, ocurre que terminaría postulando un *ser anterior a las fantasías*. Sea como fuere, hasta aquí hemos podido notar que la fantasía inconsciente sería indisociable del concepto psicoanalítico de cuerpo, el cual es producido por ella, pero, al mismo tiempo, sería su soporte. Asimismo, la fantasía inconsciente, en tanto concepto capaz de estructurar los fenómenos psíquicos, o, más bien, su *interpretación*, configuraría el campo producido por la relación analista-analizado. El hecho de que la fantasía inconsciente sea concebida como experiencia vivenciada en términos de significado por un sujeto (como señalamos en 3.1.2) determinaría que la fantasía se volviese inseparable de su interpretación, es decir, ella es, en sí misma, una interpretación. La interpretación es requerida para la configuración y modificación del campo, pero también es necesaria la presencia de un intérprete que opere para producirlo, a saber, el analista como el polo asimétrico del campo. Si la interpretación de la fantasía inconsciente configura el campo analítico y si entendemos por estructura psíquica a un conjunto de elementos articulados entre sí y con otros conjuntos más organizados, tenemos que el campo bipersonal constituiría el despliegue de este conjunto de fantasías cuya asociación o desagregación permitiría, o bien una

³⁵⁷ Las *itálicas* nos pertenecen.

³⁵⁸ Como señalamos en el *capítulo 3* (apartado 3.1.1), de acuerdo con W. Baranger (1956), la noción de “estructura psíquica” ya se encontraría presente en la obra de Freud, particularmente en la descripción de la segunda tópica del aparato psíquico.

³⁵⁹ Por *concepto primitivo* o *básico* de una teoría debe entenderse a aquel concepto no definido en un contexto dado y que se postula como un axioma, es decir, como una proposición asumida como verdadera dentro de un cuerpo teórico a partir de la cual pueden deducirse otras proposiciones o razonamientos.

ampliación del campo (definido, por Baranger, como *insight*), o bien establecería clivajes o divisiones en él –que dicho autor figuraba como la degradación de la estructura bipersonal en estructuras multipersonales.

Ahora bien, si bien W. y M. Baranger (1961-62) insisten en que los fenómenos que tienen lugar en la relación analítica serían un efecto inmanente a ella, es decir, serían efecto de una Gestalt, lo cierto es que, en su concepción del campo, coexistirían dos acepciones sobre el inconsciente: (i) una noción campina del inconsciente, la cual se produciría en el campo y consistiría en una *gestalten* (latente) que debe ser conectada, mediante la interpretación analítica, con una *gestalten* (manifiesta); y (ii) una concepción individual del inconsciente y del psiquismo, según la cual analista y analizante poseerían cada uno su psiquismo individual, el cual preexistiría a la relación analítica y sería el resultado del desarrollo psicosexual. Bajo esta concepción individual del psiquismo nos reencontraríamos con el cuerpo erógeno cuya función sería envolver y diferenciar los dos centros o polos del campo (cada uno con su inconsciente propio), también sujeto a transformaciones por acción de las fantasías inconscientes, figuradas en el campo como fuerzas en interacción.

Al respecto de estas dos acepciones del inconsciente, W. y M. Baranger (1964) afirman:

*Lo que estructura el campo es una fantasía inconsciente, que podemos concebir por analogía con lo que sabemos de la fantasía inconsciente en el psiquismo individual. En realidad, la definición tendría que operarse en el sentido inverso, desde el objeto inmediato de nuestro conocimiento, la fantasía de la situación analítica, hasta la fantasía tal como actúa en el psiquismo de uno de sus integrantes considerado como aislado (pp. 23-24).*³⁶⁰

En un texto previo, W. Baranger (1959) había señalado:

*(...) ha llegado el momento de re-formular, armonizándolos, nuestros conocimientos teóricos. La raíz más importante de nuestro malestar en la metodología reside en una contradicción ente nuestra práctica y nuestra teoría, en el formular en términos de psicología unipersonal utilizando un principio de causalidad de tipo mecanicista experiencias observadas en una situación intrínsecamente bipersonal regida por leyes estructurales que configuran un determinismo específicamente humano (p. 40).*³⁶¹

Esta duplicidad del concepto de inconsciente³⁶² estaría sostenida en una analogía y en una contradicción: concebir el inconsciente bipersonal *del mismo modo* que el inconsciente individual, mediante una suerte de continuidad que iría del segundo al primero; además, se trataría de una práctica analítica que procedería mediante interpretaciones en términos de campo de fuerzas (bipersonales), pero teorizadas en términos de individualidades separadas.

³⁶⁰ Las itálicas nos pertenecen.

³⁶¹ Las itálicas nos pertenecen.

³⁶² Utilizamos de manera indistinta el término inconsciente y la expresión fantasía inconsciente, puesto que los autores siguen la definición de S. Isaacs aludida en el capítulo 3 (apartado 3.1.2) en la que el primero quedaría reducido a la segunda.

¿Formular la teoría psicoanalítica y su práctica en términos bipersonales acabaría necesariamente con la concepción individual del inconsciente?³⁶³ No contamos con elementos suficientes para responder a esta interrogante. Pero sí podríamos proponer una hipótesis de por qué ocurriría esta contradicción: aunque Baranger se ubique expresamente en la perspectiva *antihistoricista* del psicoanálisis, no lograría renunciar del todo a la perspectiva *historicista*. De la primera, se derivaría “una metapsicología de la fantasía inconsciente, de la vivencia, de las relaciones objetales, de las modificaciones estructurales, de la relación bipersonal transferencial-contratransferencial” (W Baranger, 1956, p. 306); la segunda, llevaría a “una metapsicología del instinto, de la huella mnémica, de las cualidades psíquicas” (ídem).

En continuidad con lo anterior, a lo largo de la RUP notamos que el concepto de *fantasía inconsciente* es constantemente empleado cuando se habla de *campo bipersonal*, y, sin embargo, cuando se hace referencia al desarrollo psíquico individual no se emplea el término *campo*, salvo en una oportunidad:

El niño reacciona a todo incremento de tensiones y a toda frustración de origen interno o externo dividiendo su experiencia del pecho (*campo de experiencia fundamental*) entre un *centro positivo*, donde ubica sus pulsiones libidinales y sus experiencias placenteras (el pecho bueno) y un *centro negativo*, donde ubica sus pulsiones destructivas y sus experiencias displacenteras y angustiosas (Mendilaharsu, 1967, p. 23).³⁶⁴

En este pasaje parecería utilizarse el concepto de campo, pero no en su acepción bipersonal, sino como una forma de interpretar –en términos de cargas eléctricas positivas, lo placentero o libidinal y negativas, lo displacentero o destructivo– las primeras experiencias del infante con el pecho materno (*campo de experiencia fundamental*), es decir, la constitución de su campo como tal.

Retomemos algo descrito al principio de este apartado. De acuerdo con Baranger (1956), la descripción del campo operacional debe *corresponder* o *traducirse* a una metapsicología y “*la metapsicología tendrá que dar cuenta antes que todo de los fenómenos que ocurren en este campo operacional*” (p. 307). Ya señalamos previamente que la metapsicología así entendida parecería funcionar como un *modelo*, en tanto que *su funcionamiento debe ser capaz de dar cuenta de todos los hechos observados* (Badiou, 2009). Sin embargo, ahora añadiremos algunos elementos que apuntarían a mostrar que la metapsicología funcionaría como una *noción* (ideológica) de modelo,³⁶⁵ esto es, como una noción descriptiva de la actividad científica, la cual

³⁶³ Como un intento de reformulación teórica, es importante recordar (como abordamos en 3.1.2) la definición del “analista como pantalla de doble proyección” propuesto por M. Baranger (1956), la cual, según Baranger y Baranger (1961-62), no se adecuaría a la concepción de la situación analítica como campo bipersonal dado que sería una descripción en términos unipersonales. Para continuar utilizando dicho término, éste debería dejar de aplicarse al analista y pasar a utilizarse en referencia a la situación analítica en su conjunto.

³⁶⁴ Las *itálicas* nos pertenecen.

³⁶⁵ Esta hipótesis no necesariamente contradeciría a aquella expuesta en el *capítulo 3* (3.3.1) en la que proponíamos que el campo bipersonal funcionaría como un *concepto* de modelo, en tanto que la *noción* y el *concepto* de modelo constituyen diferentes instancias epistemológicas de la palabra modelo. Recordemos que la segunda instancia epistemológica de modelo puede oficiar de soporte a la primera y que cuando eso ocurre se produce la *categoría* (filosófica) de modelo, esto es, un recubrimiento ideológico de la ciencia.

presupondría una diferencia entre forma teórica y realidad empírica, siendo la primera una representación abstracta de la segunda. Dicha diferencia la podríamos encontrar en una serie de oposiciones entre “abstracto” y “concreto”. Por ejemplo, en referencia a los términos *imagen* y *objeto*, Baranger diferencia “un uso concreto”, que referiría a “experiencias auténticas (...) [con] un significado plenamente aprovechable” (Baranger, 1956, p. 325), y “un uso abstracto metapsicológico [que] nos deja pensar en un doble imaginativo de una cosa real externa” (ídem). Igualmente

(...) en términos abstractos: uno de los centros del campo es malo y omnipotente, el otro en peligro de destrucción (ibíd., p. 308)

“nadie duda que el yo y los instintos estén ligados en forma indisoluble, pero quedaría por concebir sus relaciones de un modo más concreto” (ibíd., p. 304)

Del mismo modo, en Galeano Muñoz (1968):

“es necesario transformar la experiencia concreta (relación bipersonal) en experiencia científica” (p. 212).

Podríamos citar más ejemplos, también de otros autores, pero estos bastan para mostrar el modo en que lo concreto estaría asociado a la experiencia empírica (“experiencias auténticas”, “una cosa real externa”), mientras que lo abstracto se relacionaría con la metapsicología (el campo con sus centros, la ligazón entre el yo y sus instintos, etc.). En este contexto, *traducir* el campo operacional en términos metapsicológicos implicaría establecer una equivalencia entre aquello descrito en el campo y su correspondiente en el modelo abstracto.

A lo largo de este apartado hemos intentado mostrar como el concepto de campo bipersonal resultaría inseparable del concepto de fantasía inconsciente. En el *capítulo 4* (4.1) propusimos la hipótesis de que la fantasía inconsciente funcionaría de acuerdo a principios topológicos, lo que no equivale a decir que ella sería una topología. En cambio, podríamos proponer que el concepto primitivo de fantasía inconsciente y sus mecanismos también primitivos (*proyección* e *introyección*) funcionarían como la *sintaxis* de un sistema formal, en la medida en que, a partir de ellos, se derivarían los conceptos y mecanismos subsiguientes (*identificación proyectiva* e *introyectiva*, la *transferencia* y la *contratransferencia*, el *cuerpo pulsional*, etc.) y se describirían todos los fenómenos psíquicos como el cuerpo, el sueño, la relación analítica, la interpretación, etc. El *campo bipersonal* constituiría el componente *semántico* de esta lógica, es decir, que su función como modelo sería interpretar el funcionamiento de las fantasías inconscientes que se despliegan *específicamente* en la relación analítica en términos de interacciones entre conjuntos (polos o centros, fuerzas, escisiones, integraciones, reestructuraciones entre elementos, etc.). Esto significaría que la fantasía inconsciente podría ser interpretada en base a otros modelos que permitiesen comprender, por ejemplo, el desarrollo psicosexual individual y sus fallas –tal como vimos en el caso del *agorafóbico* y del *quiste hipocondríaco* en el *capítulo 4*–, lo cual no estaría previsto en la estructura del campo bipersonal.

El concepto de campo bipersonal, al igual que muchos otros conceptos del pensamiento kleiniano, sería el resultado de la articulación de una variedad de discursos. En el *capítulo 3* (3.1.3) tuvimos oportunidad de describir dicha heterogeneidad señalando como influyeron los aportes de la teoría campina de Lewin, de la Gestalt y del estructuralismo en la construcción del concepto de campo bipersonal; sin embargo, apenas señalamos los efectos que la fenomenología articulada al existencialismo generó en el psicoanálisis kleiniano.

Según Capo (2010), la fenomenología adquirió un lugar central en el movimiento psicoanalítico en el Uruguay, no sólo en el psicoanálisis kleiniano, sino también en el pensamiento freudiano,³⁶⁶ influyendo en la forma en que se habría leído a Lacan. Los siguientes pasajes fundamentan dicha hipótesis:

Las aportaciones (...) de la fenomenología al conocimiento de las estructuras psíquicas han contribuido a *esclarecer* el contenido que da el psicoanálisis al concepto de estructura psíquica (W. Baranger, 1956, p. 303)

Para comprender el sentido del *revivenciar* de la experiencia analítica y por ende de lo que puede haber pasado en las relaciones primitivas del bebé, tenemos que adoptar una actitud fenomenológica que en cierto modo, *colme el vacío*, entre el existir del adulto y el del infante (Ramírez, 1960, p. 91)

(...) las indagaciones fenomenológicas, en el terreno de la Psicología, nos permiten *una visión viviente* de nuestros vínculos intencionales, *restituyendo* a la experiencia psíquica su originalidad (ibíd., p. 92)

Este problema general de Psicología fenomenológica *está implícito* en la obra kleiniana (ibíd., p. 93)

(...) *estas descripciones* (...) de la gran psicoanalista de la escuela inglesa son *fundamentalmente fenomenológicas* (ibíd., p.100)

(...) muchos trabajos kleinianos constituyen excelentes *ejemplos* de descripción fenomenológica, aunque sus autores desconozcan la fenomenología tanto como Melanie Klein (M. Baranger, 1960, p. 251).³⁶⁷

No obstante, M. Baranger es la primera autora en la RUP en señalar divergencias entre la fenomenología y el psicoanálisis:

El mundo de la fenomenología es el mundo de un sujeto sin inconsciente. Difícilmente podría integrar la multiplicidad de fantasías absurdas, destructivas, monstruosas y sin embargo poderosamente activas, que constituye un aspecto importante del concepto kleiniano de mundo interno. Además, si ambas perspectivas atribuyen a la vivencia un lugar céntrico, no se trata de la misma vivencia. La vivencia de la fenomenología carece de trasfondo: un 'falso amor' (Merleau-Ponty) es un sujeto que se engaña sobre su amor o se cree equivocadamente enamorado. Melanie Klein insistiría al contrario sobre lo que hay detrás de este auto-engañó (procesos de ilusión, idealización, *splitting* del sujeto, etc.). El pensamiento de Melanie Klein se aparta también radicalmente de la fenomenología al mantener el principio de explicación dinámica y genética descubierto por Freud en el campo psicológico. Tampoco ningún

³⁶⁶“(…) donde está implicada la intersubjetividad, piedra de toque de la fenomenología, y hasta de una psicología psicoanalítica que hasta hoy se basa en un trabajo llamado ‘en transferencia’ (o ‘trabajar la transferencia’) y que a mi modo de ver abusa de la pareja bipersonal de analista y analizando, insistiendo en una repetición, y en el binarismo fantasía-realidad, como la vuelta del pasado, y habla de ‘la situación analítica’, basando la sedicente repetición en la relación con el analista –hic et nunc– como palanca intencional de cambio. El analista pasa a jugar ora el papel de padre, ora el papel de madre, pero actualizándose en una suerte de psicodrama, buscando la catarsis y encontrando a veces la locura” (Capo. 2010, pp. 6-7).

³⁶⁷ Las *itálicas* nos pertenecen.

pensamiento fenomenológico puede acordar al par sexualidad-agresión su debida importancia en la vida humana, porque carece de la técnica de observación que le permitiría valorarlo (ibíd., p. 252).

Mientras que varios años después, Nieto Grove (1970) rechaza taxativamente que el psicoanálisis sea una fenomenología, en tanto que en esta última sería imposible alojar una noción como el inconsciente.

Como podemos apreciar en estos pasajes, la fenomenología serviría al psicoanálisis para *esclarecer* (el sentido de un concepto), para *comprender* (el sentido de lo que se vive en la relación analítica), para *colmar un vacío* (una falta de explicación), para *restituir* (la originalidad de la experiencia psíquica), para proporcionar un *fundamento* (a las descripciones analíticas) y, principalmente, como *articulación* (Pêcheux, 1975/2016), proporcionando, en los enunciados antes citados, un efecto de sustentación que articula los elementos provenientes del discurso fenomenológico con los del discurso psicoanalítico, en la forma de un “ya sabido”, y que tiende a encubrir la heterogeneidad existente entre ambos discursos. De hecho, las citas de M. Baranger (1960) apuntarían a explicitar esta heterogeneidad, esto es, que si bien psicoanálisis y fenomenología emplean algunos significantes comunes en sus respectivas teorizaciones, difieren en cuanto a su significación. En este contexto, la noción de inconsciente sería una de las principales causantes de la inadecuación del pensamiento fenomenológico al psicoanálisis.

6.2 “¡Ay, va a venir una epidemia de silencio!”

Poco antes de las visitas de Leclaire y de Maud y Octave Mannoni, la RUP publicó textos de estos autores (O. Mannoni, 1971-72; Leclaire, 1971-72), y fueron referidos por algunos autores uruguayos (De Urtubey, 1971-72a; 1971-72b; Sopena, 1971-72); igualmente, cuatro años después, dos tomos de la revista fueron dedicados a sus visitas (*En torno a Lacan (I)* y *En torno a Lacan (II)*).³⁶⁸ Describiremos ahora algunas de las repercusiones inmediatas de la venida de estos psicoanalistas franceses, con énfasis en las referencias a la topología.

Koolhaas presenta un particular interés; no sólo fue el primer autor de la RUP en hacer referencia a estos seminarios, sino que, también, en este contexto se concretaría, en su propuesta teórica, una clara adhesión al pensamiento lacaniano.³⁶⁹ Publicado pocos meses después de ocurridos los intercambios con los psicoanalistas franceses, *¿Quién es el Otro?* (Koolhaas, 1971-1972/1987) sería el texto en él que se produce este viraje.³⁷⁰ Aquí nos limitaremos a señalar que la serie de referencias teóricas que se suceden metonímicamente y sin contradicción –la lingüística de Jakobson y Saussure, articuladas a la primera tópica freudiana

³⁶⁸ Publicaciones que daban cuenta de un creciente interés por el pensamiento psicoanalítico francés.

³⁶⁹ La relación causal entre los debates ocurridos en 1972, de los cuales Koolhaas formó parte, y las transformaciones en su propuesta teórica será propuesta como una simple hipótesis, en tanto que no contamos con elementos suficientes para establecer una relación necesaria entre ambos hechos y, además, Koolhaas –al igual que otros autores uruguayos– habría comenzado a incurrir en la obra lacaniana algunos años antes.

³⁷⁰ No resulta del todo claro si dicho texto comenzó a ser escrito previamente a los seminarios de los psicoanalistas franceses en APU, introduciendo modificaciones posteriores a ellos, incluyendo las referencias a dichos seminarios, o si fue enteramente redactado con posterioridad a los mismos.

y a la lógica signifiante de Lacan, la fenomenología de Hegel, de Husserl y de Heidegger, la teoría kleiniana, el estadio del espejo, a la bio-cibernética, etc.— constituyen un texto eminentemente ecléctico o híbrido.

Según Koolhaas (ibíd.), el título de su texto es una interrogante que surge ante la definición de Lacan del inconsciente como discurso del Otro. Para comprender dicha definición Koolhaas considera:

(...) es indispensable articular los conceptos que él usa, seguir el discurso de Lacan. Y esto sólo es posible al *orientarse con el modelo de su pensamiento: la topología*. (Esto no se refiere para nada al uso del término “tópico” en la literatura freudiana) (ibíd., p. 222)

La topología, disciplina de la geometría, estudia el lugar, la situación (análisis situs) de los elementos geométricos entre sí. Uno de sus temas es el de la superficie unilateral tal como se da en la *banda de Moebius* y es esta banda que usa Lacan como *modelo de un espacio* la que hace posible concebir cómo se entrelazan los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, al sostenerlos en una función común (idem).³⁷¹

Luego señala que las propiedades de dicha superficie quedan en evidencia a partir de su comparación con una superficie de la geometría clásica, como la esfera, la cual constituiría una superficie bilátera y cerrada: “para pasar del lado interior al exterior hay que atravesarla” (ibid). Mientras que la banda de Moebius

es una superficie abierta y se pasa del aspecto exterior al aspecto interior de su único lado sin atravesar el borde. No hay un exterior ni un interior. No es una superficie orientada, sino que hay preponderancia de la posibilidad de pasaje continuo (ibíd., pp. 222-223).

El inconsciente como “el otro lugar”, como efecto del signifiante, es concebido por Lacan, según Koolhaas, con el *modelo* de dicha superficie, en tanto que estructura capaz de articular sus propiedades. “Las exposiciones topológicas de Lacan no tienen otra finalidad que (...) entender ‘lo otro’, la alteridad radical del espacio inconsciente frente al mundo de la conciencia” (ibíd., p. 223). De ahí que posteriormente Koolhaas asevere que la topología de Lacan “no localiza un pre, un sub, un inconsciente, sino que se analiza la estructura del lugar en tanto otra” (ibíd., p. 225).

Como podemos apreciar en estos pasajes, la topología desempeñaría, según Koolhaas, la función de *modelo en el pensamiento de Lacan* y, específicamente la banda de Moebius, la función de articular los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (*repetición, pulsión, inconsciente y transferencia*).³⁷² Con todo, el autor no define con precisión qué entendería por modelo, de qué forma la banda de Moebius, en particular, articularía los cuatro conceptos previamente aludidos, no expone las razones por las cuales ella sería el modelo del inconsciente como “el otro lugar”, y tampoco indica de qué manera las propiedades del inconsciente se articularían con ella. Koolhaas parece limitarse a contraponer algunas de las propiedades de la banda de Moebius (superficie abierta, no orientable, unilátera y con un solo borde, sin interior ni exterior) a las de la esfera, tal como lo hiciera Leclair en su seminario sobre *La representación*

³⁷¹ Las itálicas nos pertenecen.

³⁷² Aquí, la principal referencia del autor es el *Seminario XI* (Lacan, 1973)

del cuerpo (ver 5.2.4). No obstante, a diferencia de este último, Koolhaas refiere a dicho modelo no para aludir al cuerpo,³⁷³ sino, más bien, al inconsciente como instancia radicalmente ajena al pensamiento consciente. Si bien dicha oposición es planteada en términos similares a los de Leclaire, Koolhaas recurriría a la banda de Moebius para referir al inconsciente en su carácter de superficie, de una forma más próxima a los planteos por O. Mannoni en el seminario sobre el *Pensamiento de Lacan*. De hecho, Koolhaas cita un pasaje del mismo: “El lenguaje no está en nosotros como si tuviésemos un disco adentro nuestro, somos nosotros que estamos en el lenguaje” (O. Mannoni, citado en Koolhaas, 1971-72, p. 251).

Asimismo, a lo largo del texto insisten las referencias al *sujeto dividido* por el lenguaje:

El sujeto se literaliza. Letra es la estructura del lenguaje en cuanto esté implicado el sujeto. La sustancia del inconsciente no son residuos instintivos ni imágenes parentales sino la materia de la letra (ibíd., 232)

La cadena [significante] es sujeción. Cadena de esclavitud. La lógica del significante implica la subversión del sujeto, aquel sujeto del cogito transparente y céntrico (ídem)

La cadena es concatenación. Arrastra este sujeto ex-céntrico, sujeto que no existe, en la órbita donde la letra insiste (ídem)

El sujeto al adquirir el lenguaje se divide en el que habla, el que vive con las cosas a través de los significados para él y para los otros y el sujeto que se borra en los significantes (ibíd., p. 241)

El sujeto en el otro lugar, el de los significantes, es ahora movido por el deseo hacia una completud, deseo que es deseo del Otro, esto es, habita el lugar de los significantes. El sujeto, ya que los significantes no significan mundo, está expuesto a la carencia de ellos y al deseo que los habita (ídem).

En primer lugar, observamos que la frase “la letra es la estructura del lenguaje en cuanto esté implicado el sujeto” constituiría una paráfrasis de una afirmación de Nancy y Lacoue-Labarthe (1973/1976): “la letra designa *la estructura del lenguaje en cuanto el sujeto está implicado en él*” (p. 349).³⁷⁴³⁷⁵ Igualmente, el enunciado: “la sustancia del inconsciente no son residuos instintivos ni imágenes parentales sino la materia de la letra”, está en relación parafrástica con el siguiente pasaje de Nancy y Lacoue-Labarthe:

El inconsciente no será la sede de los instintos. Si es pues cuestión de una materialidad del lenguaje como del inconsciente, por lo menos no debe pensarse *nunca en los términos del materialismo* clásico, como *una materialidad sustancial*. La letra es material, pero no sustancial (ibíd., p. 350).³⁷⁶

La expresión “sujeto ex-céntrico” también presente en el texto de los franceses como “excentricidad” (ídem), sumado a otras como “el sujeto en el otro lugar, el de los significantes”, “subversión del sujeto”, “el sujeto que se borra en los significantes”, entre otras, apuntarían a una

³⁷³ En dicho apartado planteamos algunas interrogantes relativas a la relación del concepto psicoanalítico de cuerpo con la noción de inconsciente en tanto que Leclaire recurría a la banda de Moebius para representar al primero, atribuyendo tal articulación a Lacan—aunque Lacan mismo la habría empleado expresamente para formalizar al *sujeto del inconsciente*, mientras que el cuerpo es habitualmente articulado con el *toro*, la *botella de Klein* o el *nudo borromeo*.

³⁷⁴ Las itálicas pertenecen a los autores.

³⁷⁵ Llama la atención que el libro *La titre de la lettre* de Nancy y Lacoue-Labarthe fue publicado en 1973, mientras que Koolhaas hace referencia a él en 1972, meses antes de su fecha de publicación.

³⁷⁶ Las itálicas pertenecen a los autores.

concepción de la subjetividad muy próxima de aquella propuesta por Leclaire, Octave y Maud Mannoni en sus seminarios. Aunque observemos una serie de referencias a la topología moebiana del sujeto –volverán a aparecer en publicaciones posteriores del autor–, mostrando adhesión al pensamiento lacaniano, no surgen articuladas a otras referencias teóricas aludidas en el texto, ni a casos clínicos, permaneciendo, de cierto modo, como una perspectiva teórica más. Sea como fuere, nos pareció relevante hacer referencia a este texto de Koolhaas en tanto que parece ilustrar algunas de las variaciones teóricas que el lacanismo introducirá en el pensamiento psicoanalítico uruguayo a partir de entonces.

6.3 Consideraciones finales

En este último apartado intentaremos situar la relación entre psicoanálisis y ciencia en el período considerado, en Uruguay, cuestión que se vuelve central a partir del recurso que hemos hecho al *concepto* (matemático) de modelo como operador de lectura. Durante este período, el psicoanálisis es considerado, de forma prácticamente invariable, como una *ciencia*, denominándose de diversas formas: “ciencia del hombre” (W. Baranger, 1959, p. 29), “ciencia de un diálogo” (ídem), “ciencia interpretativa” (ídem), “ciencia psicoanalítica” (Mendilaharsu, 1963, p. 11), “ciencia antropológica” (Galeano Muñoz, 1968, p. 212), “ciencia de la letra” (Acevedo de Mendilaharsu y Acevedo, 1978, p. 29), entre otras, e insistiéndose muchas veces que se lo debe concebir de forma separada del campo de las ciencias naturales³⁷⁷ como la física³⁷⁸ o la biología.³⁷⁹

Entre 1955 y 1967, se puede apreciar que los psicoanalistas uruguayos constantemente recurrían a la fenomenología de Husserl, Merleau-Ponty y Heidegger, en articulación con conceptos provenientes del existencialismo de Sartre, sumado a una serie de referencias a la psicología de la Gestalt y la teoría campina, referencias teóricas que funcionarían, según Rona (2012), como *versiones* de lo que podría denominarse ciencia. El recurso que hace el psicoanálisis uruguayo durante estos años a diferentes corrientes epistemológicas y teorías psicológicas nos permitiría postular su apartamiento de la ilusión de la ciencia única, es decir, que el psicoanálisis recurriría a estas *versiones* de la ciencia, según lo amerite determinada articulación conceptual, *para garantizar su estatuto científico*. No obstante, de acuerdo con Rona

³⁷⁷ El psicoanálisis debe (...) aceptar que se fundamenta sobre un determinismo estructural superior (más complejo) y no causal con leyes esencialmente originales y técnicas de validación distintas de las que rigen en las ciencias de la naturaleza” (W. Baranger, 1959, p. 29). M. Baranger (1960) señala:

“Melanie Klein concibe el encadenamiento de los fenómenos según una categoría de casualidad extremadamente compleja, implicando una pluralidad de acciones recíprocas simultáneas, cuyo modelo más aproximado, aunque simplificado, podría ser la causalidad dialéctica. Por esto, tiene plena libertad para describir el espacio, el tiempo, el cuerpo, la mente, como áreas de experiencia sin atribuir a una de ellas la primacía sobre las demás” (p. 252)

³⁷⁸ En su crítica al punto de vista económico de la metapsicología freudiana, W. Baranger afirma: “traducimos un proceso de lenguaje en términos de física, cayendo así (...) en el riesgo de ‘usar un modelo no-analítico para un material analítico’” (1967, p. 118).

³⁷⁹ “El abandono de ideales de objetivación de tipo físico o biológico nos permite descartar errores comunes, y ahorrar esfuerzos inútiles mal orientados” (W. Baranger, 1959, p. 39); “la situación que, a nuestro juicio, es necesario evitar es intercalar en las concepciones teóricas, conceptos y lenguaje biológicos, lo que constituye obviamente un error metodológico” (Mendilaharsu, 1967, pp. 10-11).

(ibíd.), por tomar prestadas otras epistemologías para constituir la suya, el estatuto científico del psicoanálisis uruguayo, al menos durante este período, permanecería, digamos así, en observación, siendo el blanco de críticas. En el apartado anterior tuvimos la oportunidad de mostrar en qué medida la fenomenología, a primera vista, habría servido para dar basamento y sostén a las observaciones y teorizaciones del psicoanálisis en Uruguay, aunque afectando la coherencia exigida por el cientificismo: nociones psicoanalíticas como el inconsciente, las explicaciones genéticas sobre la vida psíquica, el papel central de la sexualidad o el lugar del engaño (M. Baranger, 1960) *no serían admisibles en la perspectiva fenomenológica*. En pocas palabras, el recurso del psicoanálisis a conceptualizaciones de la fenomenología (u otra corriente epistemológica) para garantizar su científicidad tendería a producir contradicciones, que son disimuladas o resueltas mediante sucesivas síntesis conceptuales, produciendo nuevas disyunciones.

Retomemos ahora –tal como fue abordado en el *capítulo 3* (3.1 y 3.3.1)– la importancia del concepto de *campo bipersonal* en la teorización y práctica en el psicoanálisis uruguayo. Lo habíamos referido como uno de los principales modelos en los que se sustentaría la práctica analítica en este período, y ahora nos centraremos en mostrar que su empleo –en concordancia con el planteo de Freud de que el psicoanálisis es un *método de investigación* y un *método de tratamiento*– determinaría la consideración del psicoanálisis como una *ciencia empírica*. Retomemos aquí algunos pasajes previamente citados en el *capítulo 3* (3.2.4) y añadamos algunos otros para justificar nuestra hipótesis:

Estos hechos, observables en una experiencia concreta (M. Baranger, 1960, p. 245)

(...) integrar todos los conocimientos concretos ya adquiridos en una estructura más comprensiva (ibíd., p. 252)

(...) no es bi-personal sino en el plano de la descripción perceptiva común (Baranger y Baranger, 1961-1962, p. 7)

Nuestra actitud técnica tiene que regirse por conceptos elaborados a partir de la experiencia concreta (ibíd., p.31)

Siendo el análisis una ciencia antropológica, la base empírica es ineludible. (...) Parte de la experiencia ingenua y concreta y se vuelca nuevamente, en cada uno de sus momentos, a la experiencia ingenua (Galeano Muñoz, 1968, p.212)

Es necesario transformar la experiencia concreta (relación bipersonal) en experiencia científica (ídem)

Método directo y original, tratando de buscar el fundamento de la validación en la situación analítica misma, teniendo en cuenta su carácter esencialmente bipersonal. Es ahí donde se halla el fundamento experimental de la interpretación y la posibilidad de objetivarla. El examen sistemático de lo que ocurre en la situación bipersonal analítica es la única vía de acceso a un ideal de validación de los conocimientos que sea verdaderamente propio del psicoanálisis (W. Baranger, 1959, p. 27)

La reformulación de los principios teóricos del psicoanálisis debe hacerse en correlación estrecha con su base experimental, es decir las modificaciones dinámico-estructurales del campo bipersonal (ibíd., p. 32)

“Pensar analíticamente no es aplicar esquemas aprendidos sino aprender a hacer surgir las ideas a partir del material y a *conceptualizar lo empírico*.”³⁸⁰

Todas las expresiones destacadas en *italicas* parecen apuntar la preeminencia de lo empírico: sea como *observación* o “*descripción perceptiva común*”, como “*experiencia concreta*” o “*experiencia ingenua*” que debe ser conceptualizada, con un “*fundamento experimental*” o “*base experimental*” que validaría la interpretación analítica, etc. En este sentido, el psicoanálisis sería concebido como una ciencia empírica en tanto que sus hipótesis se validarían o justificarían mediante la experiencia analítica misma: si una interpretación produce los efectos buscados, entonces ella sería válida y de ella podría abstraerse un conocimiento científico. A su vez, los sentidos –en este caso se destaca la percepción o la observación, pero también la escucha– son concebidos como facultades cognoscitivas centrales, las cuales se aplicarían sobre una realidad fenoménica o concreta, esto es, lo que el paciente-objeto dice y hace, sus conductas, etc.; a partir de estas manifestaciones el analista-investigador atribuiría una intencionalidad inconsciente que debe descubrir para modificar el campo en el que se encuentra implicado. Al respecto, el psicoanálisis sería concebido de una forma muy próxima al planteo de Žižek, según el cual el psicoanálisis “[no] es simplemente una teoría de su ‘objeto’ (el inconsciente), sino una teoría cuyo modo intrínseco de existencia supone la transformación de su objeto (a través de la interpretación en la cura psicoanalítica)” (citado en Dunker, Paulon y Milán-Ramos, 2016, p. 26).

A partir del año 1967 comienzan a disminuir las referencias a la fenomenología, al existencialismo, a la psicología de la Gestalt o a la teoría de campo y, con la creciente influencia de la obra de Lacan,³⁸¹ empiezan a multiplicarse las referencias a la antropología estructural (Lévi-Strauss) y a las ciencias del lenguaje (Benveniste, Jakobson, Saussure o Chomsky), adquiriendo un lugar cada vez más relevante para el psicoanálisis uruguayo.

Algunas reflexiones sobre los problemas de la teoría analítica y los orígenes de la personalidad (Mendilaharsu, 1967) constituiría el texto que iniciaría este segundo período. Allí, Mendilaharsu recurre a la propuesta de Lagache (1961/1968) para definir la estructura en los términos de la antropología estructural, entendiendo a la personalidad como un tipo de estructura, pero también para lanzar una crítica a la escuela kleiniana, particularmente a su concepto de fantasías *a priori*, anteriores a la experiencia. Asimismo, el autor coloca al psicoanálisis junto a la física, dentro de la ciencia moderna. Modaliza, de cierto modo, esta relación, afirmando que en física los “fenómenos se pueden describir con la ayuda de relaciones matemáticas coherentes” (ibíd., p. 7), mientras que, en psicoanálisis

³⁸⁰ Las *italicas* nos pertenecen.

³⁸¹ Observable en autores como Nieto Grove (1970), Galeano Muñoz (1968), Sopena (1969; 1976), Koolhaas, (1971-72/1987), Acevedo de Mendilaharsu (1977), Acevedo de Mendilaharsu y Mendilaharsu (1978), Mendilaharsu (1967), Gil (1978), entre otros

los fenómenos (*por ahora*) deben ser descritos por el lenguaje verbal con sus limitaciones, y es necesario la utilización (para ciertos procesos oscuros) de un lenguaje metafórico, dando lugar muchas veces a equívocos si se les toma en un sentido literal (ibíd., pp. 7-8).³⁸²

La locución adverbial “*por ahora*” abriría la posibilidad de que, en algún momento, los fenómenos descritos por el psicoanálisis también serán descritos “con la ayuda de relaciones matemáticas coherentes”, es decir, que el psicoanálisis podría volverse susceptible de un tratamiento formal mediante el recurso a instrumentos matemáticos –del mismo modo que Lévi-Strauss para el estudio de los fenómenos de parentesco– y, por consiguiente, se volvería innecesario recurrir a un “lenguaje metafórico”.

Galeano Muñoz (1968) define al psicoanálisis como una “ciencia antropológica”, no obstante, como señalamos en el capítulo 3 (3.1.3), la noción de “estructura” parece ser empleada allí de un modo indistinto –ya sea que se la remita a la concepción campina de Lewin, a la gestáltica o a la estructuralista, no quedando especificadas las razones para tal definición, pues las tres concepciones son sostenidas en simultáneo. Es a partir del texto de Sopena (1969) que las referencias a la teoría de Lewin y a la Gestalt comenzarían a desaparecer, elevándose a un primer plano la noción de estructura de lenguaje, empleada por el lacanismo: “el campo analítico es un campo de lenguaje, creado y estructurado por la palabra” (p.24). A partir de la toma de contacto con el estructuralismo lingüístico se produciría, en el psicoanálisis uruguayo, una revalorización o recuperación de la concepción de inconsciente de la primera tópica freudiana *releída a partir de la noción de significante*, a costas de la concepción kleiniana de inconsciente, concebida a partir de la *fantasía inconsciente*.

En este segundo período los psicoanalistas uruguayos habrían dejado de recurrir, al menos no de una forma tan clara como otrora, a diferentes *versiones* de la ciencia, convergiendo hacia el ideal de la ciencia del estructuralismo de la época: la lingüística. Véase el siguiente pasaje:

El discurso de esta tercera contraciencia, la lingüística, será el hilo conductor que nos guiará a la *búsqueda de la unidad perdida de los discursos* de un grupo de ciencias que tienen que ver con los procesos mentales, la psicología y la psicología genética, la neuropsicología y el psicoanálisis (Acevedo de Mendilaharsu y Mendilaharsu, 1978, p. 14).³⁸³

La expresión “contraciencia” es tomada por los autores de Foucault (1968), quien la emplea para referirse a tres disciplinas particulares dentro de las ciencias humanas: la etnología, el psicoanálisis, y la lingüística–disciplinas que tomarían a las demás a contracorriente, remitiéndolas a su base epistemológica –disciplinas que “no cesan de ‘deshacer’ a ese hombre que, en las ciencias humanas, hace y rehace su positividad” (ibíd., p. 368). La lingüística constituiría la “tercera contraciencia” que serviría de modelo formal para la articulación entre psicoanálisis y etnología, la cual

³⁸² Las itálicas nos pertenecen.

³⁸³ Las itálicas nos pertenecen.

podría cubrir en un solo recorrido tanto esta dimensión de la etnología que relaciona las ciencias humanas con las positividades que las limitan, como esta dimensión del psicoanálisis que relaciona el saber del hombre con la finitud que lo fundamenta (ibíd., p. 369).

La aspiración de Acevedo de Mendilaharsu y Mendilaharsu (1978) –hacer de la lingüística el discurso que restablecería *la unidad perdida de los discursos* de un grupo de ciencias sobre los procesos mentales– coincidiría con el planteo de Foucault de que ella se arriesgaría a tener un papel fundamental entre las ciencias humanas:

No propone una "versión lingüística" de los hechos observados en las ciencias humanas, es el principio de desciframiento primero; bajo una mirada armada por ella, las cosas no llegan a la existencia sino en la medida en que pueden formar los elementos de un sistema significativo. El análisis lingüístico es más una percepción que una explicación, es decir, es constitutivo de su objeto mismo (Foucault, 1968, p. 370).

En suma, para Acevedo de Mendilaharsu y Mendilaharsu (1978), la lingüística parecería funcionar como una especie de metalenguaje o ciencia de base que reuniría a las ciencias de los procesos mentales, incluyendo allí al psicoanálisis, bajo su dominio.

Para culminar, es oportuno señalar que la división que hemos propuesto en dos períodos, para definir las relaciones entre psicoanálisis uruguayo y ciencia –ya sea mediante el recurso a *versiones* de la ciencia o adhiriendo a la ficción ideológica de *la ciencia*– constituye una simple esquematización. De hecho, a lo largo del período estudiado puede observarse que las diferentes modalidades de teorización de los analistas uruguayos –y las diferentes concepciones de ciencia en las que ellas se enmarcan– se aproximarían más a una posición ecléctica que asume conceptualizaciones procedentes de discursos diversos, sin preocuparse, la mayoría de las veces, por hacer del psicoanálisis un sistema o doctrina, produciendo ciertas contradicciones entre la teoría psicoanalítica sostenida y la práctica realizada.

Apéndice: Subsidios para un análisis topológico de discurso

En el capítulo teórico-metodológico habíamos anticipado que, de acuerdo a Dunker, Paulon y Milán-Ramos (2016), en los abordajes franceses de análisis de discurso –de autores como Pêcheux, Foucault o Maingueneau– estaría presente, de forma implícita, una concepción topológica del discurso, es decir, que todos ellos estarían abocados a la descripción de “esos puntos, superficies y planos que constituyen los objetos en el espacio del lenguaje, que producen efectos de identificación al significante” (ibid., p. 141). Por otra parte, también habíamos señalado, de acuerdo con Rona (2012), que la tesis subyacente a *L’etourdit* (Lacan, 1972/2012) es que “una topología se realiza en todo discurso” y que, en cuanto se habla, Lacan considera ser capaz de explicitar la topología sobre la cual habla en su discurso, a condición de que se lo lea adecuadamente. Y que, sin embargo, no debe entenderse que la topología posea un sustrato metafórico:

(...) si la topología se presenta en el discurso, y si eso tiene algún respaldo no metafórico, debe ser porque entre el material discursivo y los objetos que forman una topología cualquiera existe una superposición, esto es, que el número y el significante son, de alguna forma, parientes (Rona, 2012, p. 329).

En suma, si una topología se realiza en todo discurso y si el análisis del discurso constituye la disciplina capaz de evidenciarla, necesariamente deberemos abordar aquí, aunque de forma muy esquemática, el modo en el que el análisis de discurso de filiación francesa podría ser interpretado en términos topológicos. No obstante, dado el carácter prospectivo de este apartado, nos limitaremos a realizar una interpretación topológica –en los términos definidos en el capítulo 2– de algunos aspectos centrales de la obra de Pêcheux. Para ello, abordaremos su texto *El análisis de discurso: tres épocas* (1983) en tanto que allí el autor realiza una síntesis de cómo fue desarrollando su propuesta de análisis de discurso, pero también porque en ella podremos evidenciar una serie de cuestiones topológicas que podrían ser extrapolables a otras modalidades de análisis discursivo. Examinemos cada una de estas tres épocas a fin de ver qué conclusiones podemos extraer de ellas.³⁸⁴

Lejos de constituir una tentativa de “formalizar” el análisis de discurso (en adelante AD) al punto de considerarlo una disciplina consistente,³⁸⁵ que se encargaría de la descripción de diferentes modalidades de organización significativa, es decir, lejos de reducirlo a un modelo matemático capaz de ahuyentar toda paradoja posible bajo el amparo del “fantasma de la coherencia que en él se muestra” (Lecomte, 2016),³⁸⁶ nuestra intención es evidenciar que el AD

³⁸⁴ Nos abocaremos principalmente a explicitar algunas de las diferencias teóricas entre los tres momentos del desarrollo de su propuesta de AD, dejando de lados ciertas cuestiones relativas a las variaciones de procedimiento producidas a partir de aquellas. Exclusivamente en la tercera época realizaremos algunos comentarios relativos al procedimiento, en tanto que resultarán cruciales para entender los problemas teóricos que le subyacen.

³⁸⁵ Empleamos aquí el término “consistencia” en el sentido de la teoría de modelos.

³⁸⁶ Si bien Lecomte (2016) nos advierte que el desarrollo de la matemática ha producido todo un arsenal conceptual, de reglas y limitaciones para protegerse contra el escándalo de la paradoja, creando a la topología como el sistema capaz de inscribir, en el interior de la propia matemática, efectos de ruptura, de borde, de frontera, etc., lo cierto es que no logra advertir que no toda matemática, ni toda lógica, requiere, necesariamente, de la consistencia, esto es,

procedería produciendo sus propios límites, sus propios impasses, inherentes a todo proceso de formalización. El AD es una disciplina que sólo ha podido avanzar poniendo a funcionar sus propias paradojas, es decir, reintroduciéndolas en el proceso de teorización de lo discursivo.

7.1 El primer período de AD

El primer período de la propuesta de análisis de discurso (AD-1) de Pêcheux gira en torno de la “exploración metodológica de la noción de maquinaria discursivo-estructural” (1983, p. 311). De acuerdo con el autor (ibíd.), este período habría estado signado por el estructuralismo en tanto que concebía una lengua natural –en el sentido lingüístico del término– que funciona como la base invariante sobre la que se produce una multiplicidad de procesos discursivos heterogéneos superpuestos. El proceso discursivo es entendido como “una máquina autodeterminada y cerrada sobre sí misma, de tal modo que un sujeto-estructura determina a los sujetos como productores de sus discursos” (ídem), generando la ilusión de que los sujetos emplean sus discursos, cuando en realidad no son más que sus “soportes”, sus “siervos”. Tal concepción implica un procedimiento por el cual se *busca reunir en un conjunto a una serie de trazos discursivos empíricos* –que el autor denomina “*corpus* de secuencias discursivas”–, a partir de la hipótesis de que la producción de tales trazos ocurrió mediante la dominación de una sola máquina discursiva –un mito, una episteme, una ideología. Consecutivamente, *se trata de construir* –partiendo de dicho conjunto de trazos y a través de una serie de procedimientos lingüísticamente regulados– *el espacio de las combinaciones posibles de las variaciones empíricas de dichos trazos*. Se trataría, según Pêcheux, de un espacio cuya construcción efectiva procede mediante un gesto epistemológico de “ascensión” hacia la estructura de la máquina que supuestamente las engendró.

Lo antes descrito merece los siguientes comentarios: en primer lugar, la concepción estructuralista del lenguaje, en tanto base invariante, es la que llevaría a Pêcheux a considerar el proceso de producción discursiva (las “máquinas” discursivas) bajo un funcionamiento cerrado y autodeterminado –la lengua, como una estructura, funciona de acuerdo a leyes preestablecidas que determinan sus transformaciones posibles–, haciendo de AD-1 un procedimiento reglado, de acuerdo a etapas fijas, con un comienzo y fin definidos de antemano. En segundo lugar, la concepción estructural de las máquinas discursivas traería aparejado, como correlato, la ilusión de *un* sujeto intencional, que se cree el origen de su discurso, la fuente del sentido.^{387 388} ¿La noción de “máquina” estructural cerrada y autodeterminada no volvería imposible todo intento de

que existen sistemas teóricos que prescinden del criterio de completud, y aun así, mantienen la propiedad de coherencia. Bastaría, por ejemplo, con que se establezca una *mutualidad implicativa* entre los diversos elementos que lo componen para asegurar su coherencia (Rona, 2012).

³⁸⁷ Es lo que Althusser denominó *forma-sujeto* (Pêcheux, 1975/2016).

³⁸⁸ “Incluso si [Saussure] no lo ha querido explícitamente, es un hecho que esta oposición [entre habla y lengua] autoriza la reaparición triunfal del sujeto hablante como *subjetividad en acto*, unidad active de intenciones que se realizan por los medios puestos a su disposición; es como si la lingüística científica (que tiene por objeto la lengua) liberase un residuo que es la noción filosófica de sujeto libre, concebido como el reverso indispensable, como el correlato necesario del sistema” (Pêcheux, 1978, p. 33).

alojar en ella a un sujeto como estricto reverso de la operación de agrupación en unidades? Pêcheux adhiere, en AD-1, al estructuralismo lingüístico, el cual prescindiría metodológicamente de la existencia del sujeto –enfocándose en una lectura o interpretación inmanente del texto–, cuestión que aparece tematizada en Lévi-Strauss bajo la idea de un sujeto imposible de la estructura (Bairráo, 2003). Tal observación es la que habría llevado a Lacan a concebir al sujeto como el real que la estructura rodea (Dunker, Paulon y Milán-Ramos, 2016). Esto es digno de mención en tanto que Pêcheux, durante este período, articularía a su concepción del discurso³⁸⁹ “una teoría de la subjetividad (de naturaleza psicoanalítica)” (Pêcheux, 1978, p. 228), esto es, que el sujeto del discurso sería un sujeto descentrado que olvidaría que es hablado por/desde las formaciones discursivas.³⁹⁰ En consecuencia, si Pêcheux apunta a introducir este sujeto descentrado en su concepción de las máquinas discursivas, ello traería aparejado, como un efecto inmediato, su desestabilización, la cual, a su vez, buscaría ser disimulada u enmascarada mediante la ilusión de un sujeto hablante libre.

En tercer lugar, dado que AD-1 reduciría las relaciones entre formaciones discursivas a su pertenencia a una máquina discursiva que dominaría todo el proceso, el procedimiento de análisis parecería limitarse a un abordaje meramente intradiscursivo, mucho más lineal, en tanto que la dimensión del conflicto, propia de lo interdiscursivo, estaría ausente. En este sentido, resultaría imposible analizar contextualidad, dado que el procedimiento avanzaría mediante comparaciones. En cuarto lugar, la constitución del *corpus* es expresamente definida por el autor como una “reunión”, es decir, como un conjunto cuyo establecimiento depende de agrupar elementos también homogéneos. Por esa razón, Pêcheux (ibid.) concluye que, en esta primera etapa, existe una subordinación de lo *otro* al primado de lo *mismo*.³⁹¹ Dicho de otro modo, lo que se reúne en conjuntos son otros conjuntos cuyos elementos son significantes agrupados en función de una estructura que los subsume. ¿Acaso algo nos impediría denominar a esta estructura como el *concepto* en el sentido de Frege? No, si prestamos atención a que la maquinaria discursivo-estructural sería la idea bajo la cual se produce una reunión de elementos, es decir, determina las reglas de pertenencia a dicho conjunto.

Si retomamos el concepto de *concepto* tal como Rona (2012) lo aborda a propósito de la teoría de conjuntos (véase 2.3), podemos considerar que, en AD-1, Pêcheux parecería trazar una primacía de la *función*, la cual efectivamente reúne a un conjunto de elementos bajo su

³⁸⁹ Se trata de una concepción de discurso en la que se articulan tres regiones de conocimientos científicos:

“1) El materialismo histórico como teoría de las formaciones sociales y de sus transformaciones, incluida la teoría de las ideologías.

2) La lingüística como teoría de los mecanismos sintácticos y a la vez de los procesos de enunciación.

3) La teoría del discurso como teoría de la determinación histórica de los procesos semánticos. (ibid., p. 228).

³⁹⁰ Estrictamente hablando, la noción de *formación discursiva* no figura expresamente hasta el segundo período de AD; sin embargo, mediante una lectura retrospectiva de este primer tiempo, podemos considerar a la noción de “máquina” discursiva como una primera modalidad de apareamiento de la noción de FD.

³⁹¹ Si bien Pêcheux considera a la lengua como la base invariante sobre la que tiene lugar una *multiplicidad de procesos discursivos*, la idea de que sean procesos que se “superponen” y que conforman un *corpus* tiende a marcar la subsunción de lo heterogéneo a lo homogéneo

dominio, respecto del *recorrido de valores de esa función*, es decir, los significantes. Ello ocurriría en tanto que la dominación de una sola FD respecto de los trazos discursivos agrupados en/por ella tendría como consecuencia una “suturación” de la multiplicidad significativa que ellos comportan en pos de una pretendida consistencia, esto es, que todos los trazos formen parte de su dominio. Se trataría de la operación definida por la noción lacaniana de *semblante*, cuya finalidad sería –tal como ya habíamos señalado– evidenciar el efecto ideológico en el que se sustenta la unidad de los discursos y su gramática de poder, produciendo la ilusión de falsas unidades y falsos universales que se vuelven representativos del resto y los comandan (Dunker, Paulon y Milán-Ramos, 2016). De ahí que el mismo Pêcheux (1983) reconozca que en este primer tiempo la posición estructuralista llevaba a sostener la ilusión de una “metalengua universal supuestamente inscrita en el innatismo del espíritu humano, y de toda suposición de un sujeto intencional como origen enunciador de su discurso” (p. 311) y nosotros añadimos: la ilusión de metadiscursos o discursos en los que un conjunto definido de decires debe inscribirse necesariamente para poseer existencia.

En tercer lugar, y en continuidad con lo anterior, la construcción del *espacio* de las combinaciones posibles de las variaciones empíricas de trazos –que no sería más que *el* espacio al que todas ellas supuestamente se subordinarían– determinaría que todo que ocurra en el sistema debería estar previsto de antemano, intentando excluir de él aquello que potencialmente pueda afectar su consistencia. Algunos años después Pêcheux (2002) realiza una autocrítica a este respecto:

La noción de “formación discursiva”, que el análisis de discurso toma prestada de Foucault, derivó muchas veces hacia la idea de una *máquina discursiva de sujeción* dotada de una estructura semiótica interna y por eso mismo *volcada a la repetición*: en el límite, esta concepción estructural de la discursividad desembocaría en un *borramiento del acontecimiento*, a través de su reabsorción en una sobre-interpretación anticipadora (p. 56).³⁹²

Por otro lado, apoyados en la hipótesis de que los significantes, y sus operaciones, operarían a modo de conjuntos, nada nos impediría considerar al término “espacio”, tal como es empleado por Pêcheux, en un sentido topológico, en tanto que AD-1 estaría abocado a la descripción de un espacio discursivo en su conexidad, constituido por agrupaciones significantes que mantendrían una relación de vecindad, de superposición, de pertenencia, con la finalidad de mantener fuera de él todo elemento que pueda resultar disruptivo a dicha continuidad.

En este sentido, el procedimiento de AD-1 apuntaría a la detección y construcción de lugares de “identidades parafrásticas intersecuenciales”, o sea, fragmentos de secuencias provenientes de discursos diferentes que conformarían el lugar de *proposiciones de base* inmanentes al proceso discursivo abordado. O sea que, aunque AD-1 permitiese poner en relación elementos provenientes de FDs diferentes, la finalidad sería el establecimiento de identidades, reduciendo al “otro de la alteridad discursiva ‘empírica’ (...) ora a lo *mismo*, ora al

³⁹² Las itálicas nos pertenecen.

residuo, pues él es el fundamento combinatorio de la identidad de un mismo proceso discursivo” (Pêcheux, 1983, p. 313),³⁹³ mientras que “la alteridad del otro ‘estructural’ sólo es, de hecho, una *diferencia inconmensurable* entre ‘máquinas’ (cada una idéntica a sí misma y cerrada sobre sí misma), quiere decir, una diferencia entre iguales” (idem).³⁹⁴ De esta forma, si no puede establecerse una comparación entre dos máquinas discursivas, no podríamos afirmar que entre ellas exista algún tipo de relación –ya sea disyunción, conjunción, subsunción, pertenencia, etc. Pero, ¿cómo es posible que, entre dos conjuntos (máquinas), no pueda trazarse algún tipo de relación si, justamente, pueden ser descritos los elementos que los conforman y, de allí, evaluar qué tienen de común, de diferente, etc.?³⁹⁵ Una hipótesis posible es que el coherentismo exigido por el estructuralismo³⁹⁶ obligaría a Pêcheux, en AD-1, a situar de forma independiente las diferentes FDs, de forma de evitar caer en contradicciones, como, por ejemplo, que una expresión pertenezca, simultáneamente, a dos FDs diferentes, o que dos expresiones provenientes de diferentes FDs tengan un mismo significado, volviendo a cada FD no idéntica consigo misma, es decir, que sus elementos puedan formar parte de ella y, al mismo tiempo, no.

7.2 El segundo período de AD

Precisamente, AD-2 se produce por un desplazamiento teórico pasando a tomar como objeto las relaciones *entre* las “máquinas” discursivas. Lo central aquí es que los procesos discursivos pasan a ser concebidos a través de relaciones de fuerza desiguales. Según Pêcheux (ibíd.), la introducción de la noción de *formación discursiva* habría hecho estallar la noción de “máquina” estructural cerrada, en tanto que cada FD se encontraría “en relación paradójal con su ‘exterior’: una FD no es un espacio estructural cerrado, pues es constitutivamente ‘invadida’ por elementos que provienen de otro lugar (esto es, de otras FD) que se repiten en ella” (ibíd., p. 314). Sin embargo, la noción de *interdiscurso* habría sido introducida, según el autor, para señalar el “exterior específico” de una FD en tanto que el mismo tiende a irrumpir en dicha FD a fin de constituirla en lugar de evidencia discursiva, aún sometida a la ley de repetición estructural cerrada. De esta manera, el cierre de la maquinaria no habría sido abandonado completamente, a la vez que sería entendido como el resultado paradójal de la incidencia de un “más allá” anterior y exterior (ibíd.). La insistencia de la alteridad sobre la identidad discursiva tiende a producir una reafirmación del cierre de esta identidad, ratificando la propia noción de maquinaria discursiva cerrada. Con todo, el interés del AD-2 apuntaría a evidenciar aquellos puntos de confrontación polémica en las *fronteras* internas de la FD, consideradas zonas atravesadas por un conjunto de efectos discursivos

tematizados como efectos de ambigüedad ideológica, de división, de respuesta pronta y de réplica “estratégicas”; en el horizonte de esta problemática aparece la idea de una especie de vacilación discursiva que afecta dentro de una FD las secuencias situadas en sus fronteras,

³⁹³ Las itálicas pertenecen al autor.

³⁹⁴ Las itálicas pertenecen al autor.

³⁹⁵ En otras palabras, dos conjuntos no pueden distinguirse a través de ninguna cualidad, sino que la distinción entre lo mismo y lo otro queda reducida al estricto rigor de la cuenta (de la cantidad de sus elementos) (Badiou, 1988).

³⁹⁶ Nos referimos a que todos los fenómenos observados deben estar previstos por la estructura sin contradicción.

hasta el punto en que se torna imposible determinar por cual FD ellas son engendradas (ibid., p. 314).

En este segundo período de AD podemos observar la introducción de un punto de vista dinámico o productivo a la hora de describir el funcionamiento de las FDs. De hecho, ese aspecto constituiría una de las particularidades de todo conjunto: la de combinarse con otro/s (conjunción), ser sustituido por otro/s, ser separado de otro/s (disyunción), etc. para producir la aparición de nuevos conjuntos. Esto podemos observarlo a propósito de la noción de *interdiscurso*: si existe una instancia exterior a una FD (conjunto), necesariamente debería tratarse de una multiplicidad de FDs, funcionando cada una como una unidad idéntica a sí misma, pero con cierta permeabilidad que permitiría a ciertos elementos de otras FDs incidir en ella produciendo una modificación en su ordenamiento (al menos determinando su identidad), o sea, sobre los elementos que caen bajo su dominio. De esta forma, la identidad de cada FD ya no estaría dada en/por sí misma, sino por la relación que establece con el *interdiscurso*, es decir, con aquellos conjuntos (FDs) que no pertenecen a él.³⁹⁷

La noción de *interdiscurso* vendría a figurar el problema relativo al establecimiento de las *fronteras* entre FDs. Previamente señalábamos que, paradójicamente, la insistencia de la alteridad en la identidad discursiva tendía a reafirmar el *cierre* de una FD sobre sí misma, estableciendo un interior –constituido por el conjunto de los elementos del saber de dicha FD– separado de un exterior –conjunto de elementos no pertenecientes al saber de dicha FD. No obstante, según Courtine (1998), se trataría de una clausura fundamentalmente inestable, que “no consiste en un límite trazado de una vez y para siempre, sino que se inscribe entre diversas FD como una *frontera que se desplaza*” (ibid. § III), de acuerdo a las transformaciones ocurridas en una formación social dada en un momento histórico determinado.³⁹⁸ ¿Acaso el empleo de la noción de frontera móvil para establecer aquello que limita una FD de otra no sería similar al uso que hace Lacan de la noción de *litoral*? Así parece ser en tanto que en ambas concepciones se trataría de una frontera producida a partir de la *continuidad*, pero también a partir de la movilidad, tal como ocurre con el mar, en el cual, en un momento dado, el agua está aquí, y en otro, allá, haciendo del mar y de la arena dos espacios no discretos (Dunker, 2017).

³⁹⁷ Si bien el *interdiscurso* de una FD está constituido por otras FDs, lo cierto es que, dado que su definición es en función de una o varias FDs respecto de las cuales se presenta como su “exterior específico”, estamos impedidos de postular que el *interdiscurso* pudiese ser algo así como una metaformación discursiva, como un Todo capaz de subsumir a todas las FDs posibles. Dicho de otro modo, el *interdiscurso* –y toda FD en general– presenta un núcleo de inconsistencia, que es definido por Lecomte (2016) como “un cierto ‘inconsciente del discurso’: lo que no se puede ahí decir” (p. 153).

³⁹⁸ Según Courtine (1998) “El *interdiscurso* de una FD debe considerarse de este modo (...) como un proceso de *reconfiguración incesante* en el que se lleva al saber de una FD, en función de las posiciones ideológicas que esta FD representa en una coyuntura determinada, a incorporar elementos preconstruidos producidos en su exterior, a producir su redefinición o su inversión; a suscitar, igualmente, el recuerdo de sus propios elementos, a organizar su repetición, pero también a provocar su eventual desaparición, olvido o inclusive su negación. Puede considerarse el *interdiscurso* de una FD, como instancia de formación/repetición/transformación de los elementos del saber de esta FD, como lo que reglamenta el desplazamiento de sus fronteras” (§ III).

De esta forma, la noción de frontera móvil entre FDs podría ser entendida de acuerdo a una acepción matemática relativa a la topología de los *espacios abiertos*. Por esta vía, podríamos considerar que, mientras que en AD-1 las FDs constituirían conjuntos topológicos cerrados, en AD-2 se trataría de espacios abiertos que intuitivamente podríamos definir como conjuntos cuyos elementos no pertenecen a su frontera (Chamizo Lorente, 2004), siendo esta última establecida por un conjunto cerrado que le sirve de complemento y límite.³⁹⁹ En otras palabras, en AD-2 las FDs constituirían una topología en tanto que espacios abiertos y, desde un punto de vista axiomático, sabemos que (i) toda unión entre abiertos conforma también un espacio abierto y que (ii) toda intersección finita de abiertos constituye un abierto (Lecomte, 2016).⁴⁰⁰ De cualquier modo, no queda del todo claro si el *interdiscurso* constituiría un abierto –en tanto que constituido por otros abiertos– o bien si conformaría un espacio cerrado (complementario), en tanto que permitiría trazar, al menos puntualmente, la frontera entre una FD y su exterior. De acuerdo con Lecomte (ibid.), el *interdiscurso* constituiría un espacio abierto, puesto que la frontera entre dos enunciados exteriores uno al otro, que pueden pertenecer a FDs contradictorias sólo podrá ser aproximada en AD-2 mediante un tercer enunciado que participe de los dos. En otras palabras: un enunciado “de borde” es contradictorio, en tanto que contiene siempre algo de dos enunciados opuestos, aludiendo, simultáneamente, a su FD de origen y a su exterior. En términos conjuntistas, estaríamos ante una operación de intersección entre dos conjuntos, estableciendo una conexidad entre ambos. Sin embargo, según Pêcheux (1975/2016), la dependencia y contradicción de toda formación discursiva respecto del *interdiscurso* tiende a ser disimulada, en virtud de la transparencia de sentido que en ella se constituye.

7.3 El tercer período de AD

AD-3 constituye un período en el que parecen figurar más interrogantes que certezas. De hecho, este tercer período inicia, según Pêcheux (1983), a causa de una desestabilización de las garantías socio-históricas que parecían asegurar de forma apriorística la pertinencia teórica y de procedimientos alrededor de una construcción empírica del *corpus* que reflejase dichas garantías. Esto habría determinado que el AD dejase de ser un procedimiento que avanza de acuerdo a etapas prefijadas y se volviese uno que procede mediante una alternancia entre momentos de *análisis lingüístico* y de *análisis discursivo*, traduciendo en los procedimientos “la preocupación de tomar en cuenta la incesante desestabilización discursiva del ‘cuerpo’ de las

³⁹⁹ Un ejemplo típico de espacio abierto es el intervalo (0,1) en los números reales, en el que todos los números entre 0 y 1 pertenecen al conjunto, salvo ellos dos. Esto significa que, si tomamos cualquier número del intervalo, siempre podremos encontrar otros elementos entre él y la frontera. Por el contrario, en el conjunto cerrado [0, 1], entre 0 y la frontera del intervalo (también 0) no pueden encontrarse más elementos (lo mismo ocurre con 1), por esa razón se deduce que conforma un espacio “cerrado” (Chamizo Lorente, 2004).

⁴⁰⁰ Encontramos en Lecomte (2016) una concepción de la FD como espacio topológico muy próxima a la que hemos expuesto: “Caracterizamos (...) una formación discursiva como un modo de definición de abiertos topológicos sobre el lugar de los significantes, como existe *a priori* una infinidad de topologías posibles sobre un mismo conjunto, nos damos cuenta de que sólo se tiene la dificultad de la elección. (En cuanto al juego de relaciones que ellas establecen entre sí –recuperación, inclusión, exclusión– se podrá, en un primer abordaje, considerarlo regido por la *red* que ellas constituyen)” (pp.160-161; las itálicas pertenecen al autor).

reglas sintácticas y de las formas ‘evidentes’ de secuencialidad (por ejemplo, narrativo/descriptivo, argumentativo)” (ibíd., p. 316). Dicha interacción supondría que los trazos de estos análisis parciales sean reinscritos en el campo analizado en cuanto corpus, generando una reconfiguración de dicho campo, el cual se encontraría simultáneamente abierto a una nueva etapa de análisis lingüístico-discursivo: “la producción ‘en espiral’ de estas reconfiguraciones del *corpus* vienen a *escandir* el proceso, produciendo una sucesión de *interpretaciones* del campo analizado” (idem).⁴⁰¹

De acuerdo con Pêcheux (ibíd.), la transformación a nivel de los procedimientos de AD habría permitido –a diferencia de lo que ocurría en AD-1–⁴⁰² colocar en primer plano el abordaje de la *heterogeneidad enunciativa*, tematizada a través de formas lingüístico-discursivas que inscriben al *otro* en el discurso: ya sea mediante la puesta en escena del discurso de un otro por el sujeto o viceversa (formas de *heterogeneidad mostrada*); pero también, y sobre todo, mediante la insistencia de un “más allá” interdiscursivo (*heterogeneidad constitutiva*) que excedería a todo autocontrol funcional del “ego-yo”, desestabilizándolo en aquellos puntos de deriva en que se le escapa el control estratégico de su discurso.

A partir de esta esquemática descripción de las novedades introducidas por AD-3, podemos notar una creciente preocupación de Pêcheux por localizar la *posición de sujeto*, diferenciándola del registro funcional del “ego-yo” (sujeto de la intencionalidad) y por establecer su relación paradójica con la irrupción de la falla en el control. Si entendemos al sujeto en los mismos términos descritos en el *capítulo 2* de la presente tesis, podemos notar que su emergencia en el discurso, en tanto que irrupción de una diferencia radical, de un conjunto inconmensurable con otros por no poseer extensión (cualidades), amenazaría con desestabilizar la operación de conjunto,⁴⁰³ esto es, con romper con la ilusión de *un* discurso coherente por/en sí mismo, poniendo en entredicho la unicidad del sujeto enunciator y haciendo de él una dispersión de elementos heterogéneos e inconexos entre sí. Según parece, hacer foco en aquellas secuencias heterogéneas entre sí, es decir, aquellos trazos no agrupables bajo un conjunto en tanto que no poseen ningún elemento en común, es lo que determinaría que *Pêcheux no utilizase, en AD-3* –al menos no expresamente–, *la noción de formación discursiva*,

⁴⁰¹ Las itálicas pertenecen al autor.

⁴⁰² Según Pêcheux (1983), “en el nivel del AD-1, la disociación entre análisis lingüístico (de cada secuencia) y análisis discursivo intersecuencial (de un *corpus* de secuencias) tornaba vacía de sentidos la noción de análisis discursivo de una secuencia en su singularidad. Entretanto, el análisis lingüístico de tipo AD-1 suponía implícitamente la homogeneidad enunciativa de cada secuencia analizada en la medida en que el registro de la enunciación y de las restricciones de secuencialidad permanecía opaco” (p. 316)

⁴⁰³ En el sistema axiomático de Zermelo-Fraenkel el fundamento último de la teoría de conjuntos es el conjunto vacío, es decir, que todo conjunto procedería y se generaría a partir de él –cualquier elemento de la teoría de conjuntos sería completamente equivalente a un conjunto vacío, dado que el mismo puede funcionar como elemento. A partir de allí puede entenderse por qué Lacan concibe al Uno –aquella marca que define a todo conjunto o significativo, en tanto que hace que cuente por uno– como la primera forma en la que se manifiesta el vacío; el Uno se funda en el “lugar de Un faltante”, constituye la repetición de una falta. En suma, la falla, el vacío, la inconsistencia, constituye una propiedad inmanente a todo significativo o conjunto (Amigo et al, 2009).

empleando en su lugar expresiones como *cuerpo interdiscursivo de trazos*, figurado bajo la metáfora de la *red*.

El hecho de que AD-3 coloque en primer plano el abordaje de la irrupción del sujeto en el discurso determinaría, necesariamente, que el foco no sea describir agrupaciones de trazos en conjuntos sino su contracara, esto es, describir y analizar los elementos en su diferencia radical y en su dispersión. Sin embargo, es importante recordar que la irrupción de esta falla en el discurso amenazaría con deshacer toda operación de identificación,⁴⁰⁴ con lo cual se volvería necesario una nueva operación para restituir un orden inicial o, por lo menos, para poder trazar relaciones entre los trazos. El método de Pêcheux no es ajeno a esta preocupación por mantener la consistencia, sólo que en AD-3 no sería un punto de partida –como ocurría en AD-1 con las máquinas discursivas, o con las FDs en AD-2– sino un punto de llegada. La siguiente interrogación del autor parece respaldar nuestra hipótesis: “¿Cómo reconstruir, a través de esos entrecruzamientos, conjunciones y disociaciones [de textos y secuencias orales], el *espacio de memoria* de un cuerpo socio-histórico de trazos discursivos, atravesado de divisiones heterogéneas, de rupturas y de contradicciones?” (ibíd., p. 317).⁴⁰⁵

La noción de “el *espacio de memoria*” vendría a figurar aquí como ilusión retroactiva de un espacio en el que los trazos discursivos hayan estado efectivamente inscritos. No obstante, si bien Pêcheux alude a dicho espacio en términos de “[un] *cuerpo interdiscursivo de trazos*” (ídem), este “cuerpo” estaría lejos de constituir un espacio homogéneo. Por el contrario, ni siquiera podría afirmarse que de *uno* se tratase, sino, más bien, de una heterogeneidad de superficies discursivas que, de continuo, pueden entrecruzarse, segmentarse, intersectarse, reunirse, establecer nuevas rupturas, etc. La única homogeneidad que podría señalarse en AD-3 sería la de la lengua en/por la cual dicho cuerpo interdiscursivo de trazos se inscribiría (ibíd.). Pêcheux insiste en que se trataría de un proceso que procede “en espiral”, con escansiones, que producen efectos de interpretación y reanudamientos, conformando un espacio en el que conexidad e inconexidad, conjunciones y disyunciones, se sucederían constantemente, haciendo de este espacio continuamente *otro* que el que era previamente. Dicho de otra forma, cada vez que ese “significante imposible”⁴⁰⁶ (Lecomte, 2016) haga acto de presencia, existirá una interrupción en el espacio, pero también un intento por rechazarlo y fundar nuevas continuidades.

⁴⁰⁴ Entendamos por identificación a una operación por la cual se establece una relación de equivalencia entre dos elementos. A partir de allí puede decirse que ambos forman parte de un mismo conjunto de cosas.

⁴⁰⁵ Las itálicas pertenecen al autor.

⁴⁰⁶ En articulación con la teoría de conjuntos, el sujeto tal como es concebido por Lacan puede ser entendido como un elemento faltante (-1) o como un elemento en más (+1). También llamado “el error en la cuenta”, es decir, como aquel elemento que la ciencia debe excluir de su dominio para constituirse: el efecto del sujeto operando en la estructura; “justamente el cómputo del conjunto vacío, hace más uno, menos uno, en toda cuenta” (Amigo et al, 2009, p. 41). En consecuencia, el sujeto puede ser considerado un “significante imposible”, en tanto que funcionaría excluido del conjunto, delimitando su alcance y, aunque lograrse reintroducirse, inmediatamente se produciría una nueva disyunción para asegurar que el sistema permanezca estable.

Para culminar es importante señalar que la aseveración de que una topología se realiza en todo discurso no quiere decir, de ningún modo, que ella sea preexistente, sino que depende de una puesta en enunciación. Desde el momento en el que el sujeto es hablado por el lenguaje desde una posición enunciativa dada –la cual es producida por el atravesamiento que combina una multiplicidad de FDs contradictorias, de trazos heterogéneos entre sí, etc.–, lo sepa o no, está produciendo, con su decir, un espacio discursivo, que se conecta con otros espacios, es afectado por ellos, impidiendo o posibilitando su continuación –haciendo posible que eso sea, o no, dicho en un momento y lugar determinados–, constituyendo, a su vez, nuevas topologías. Por ejemplo, en una conversación entre dos personas, si ambos están de acuerdo en cierto tópico, podrá decirse que entre el espacio constituido por el decir de uno de ellos existe una intersección con el del otro, esto es, que existen elementos en común entre ambos conjuntos y que los dos conforman espacios topológicos abiertos, o sea, que pueden establecer una relación de conexidad. Pero, si de pronto, en otro tópico, mantienen opiniones radicalmente opuestas entre sí, diremos que, en ese momento, ambos decires constituyen agrupaciones cuya conjunción es vacía o que presentan una disyunción radical, conformando espacios que, aunque puedan ser considerados abiertos, no presentan ningún elemento en común con el cual relacionarse. Algo similar ocurriría con el procedimiento de análisis discursivo, sin embargo, la diferencia es que aquí se trataría de evidenciar aquello que para el hablante común tiende a permanecer opaco, disimulado, inadvertido. En otras palabras, el analista de discurso deberá estar atento al hecho de que el proceso de análisis discursivo apuntaría a construir el espacio discursivo que toma como objeto de estudio y que él, en tanto sujeto, necesariamente está implicado en él. De esta forma, el AD constituiría, en sí mismo, una disciplina que se esforzaría por reintroducir de continuo la diferencia radical de la cual provienen todas las supuestas identidades.

Referencias bibliográficas

- Allouch, J. (1984). *Letra por letra: transcribir, traducir, transliterar*. Buenos Aires: Editorial Edelp S.A.
- Amigo et al (2009). *Jacques Lacan y los matemáticos, los lógicos y los científicos*. Buenos Aires: Editorial Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Aristóteles (1994). *Metafísica*. Trad. de Tomás Calvo M. Madrid: Gredos
- Austin, J. (1971). *Como hacer cosas con palabras*. Buenos Aires: Paidós
- Authier-Revuz, J. (1990). *Heterogeneidade(s) enunciativa(s)*. En Pulcinelli, E. y Wanderley, J. (orgs.). *Cadernos de estudos lingvísticos 19. O discurso e suas análises*, pp. 25-42. Campinas
- Badiou, A. (1988). *L'êtr e l'événement*. Paris: Éditions du Seuil.
- Badiou, A. (2006). *Logique des mondes*. Paris: Éditions du Seuil
- Badiou, A. (2009). *El concepto de modelo. Introducción a una epistemología materialista de las matemáticas*. Buenos Aires: La Bestia Equilátera
- Bairráo, J.F.M.H. (2003). *O impossível sujeito: implicações da irreducibilidade do inconsciente*. San Pablo: Rosari.
- Bernardi, R. (2002). *Por qué Klein y por qué no Klein. Reflexiones sobre el desarrollo de las ideas psicoanalíticas en el Río de la Plata*. En *Revista de Psicoanálisis*, nº 2. Recuperado de: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000213&a=Por-queKlein-y-por-que-no-Klein-Reflexiones-sobre-el-desarrollo-de-las-ideaspsicoanaliticas-en-el-Rio-de-la-Plata>
- Bernardi, R. (2003). *La necesidad de verdaderas controversias en psicoanálisis. Los debates sobre M. Klein y J. Lacan en el Río de la plata*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*; 97: pp. 113-158. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Bernardi, R. (2006). *Fenómenos de cambio en las ideas psicoanalíticas en el Río de la Plata durante las décadas de 1960 y 1970*. Tesis de doctorado (inédita) realizada en la Universidad de Buenos Aires
- Bernardi, R. (2010). *Nota sobre la obra de G. Koolhaas. A propósito de la recepción de las ideas de Lacan en el Río de la Plata*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, nº 111, pp. 87-102. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

- Bollnow, O.F. (1969). *Hombre y espacio*. Barcelona: Labor.
- Bonoris, Bruno (2015). *La posición del psicoanálisis frente al proceso de interiorización en occidente*. En *Investigaciones en psicología*. 20 (2), pp. 7-22. Buenos Aires: Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Capo, J. C. (2010). *A propósito del trabajo de Ricardo Bernardi sobre Gilberto Koolhaas, (y la recepción de las ideas de Lacan en el Río de la Plata)*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, n° 111, pp. 106-124. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Chamizo Lorente, F. (2004). *Topología (La Topología de segundo no es tan difícil*. Recuperado de:
https://web.archive.org/web/20120315185025/http://www.uam.es/personal_pdi/ciencias/fchamizo/libreria/fich/APtopo98.pdf
- Courtine, J. -J. (1981). *Análise do discurso político: o discurso comunista endereçado aos cristãos*. São Carlos, SP: EDUFSCar, 2009
- Courtine, J-J. y Marandin, J-M. (2016). *Que objeto para a análise de discurso?* En Conein et al (2016). *Materialidades discursivas*, pp. 33-54. Campinas, SP: Editora da Unicamp
- Curtis, H., Barnes, N.S, Schnek, A y Massarini, A. (2008). *Curtis Biología*. Buenos Aires: Editorial Médica Panamericana
- Dancy, J. (1990). *Epistemologia contemporânea*. Traducción de Teresa Louro Pérez. Lisboa: Edições 70.
- Darmon, M. (2008). *Ensayos acerca de la topología lacaniana*. Buenos Aires: Letra Viva
- Derrida, J. (1971). *Firma, acontecimiento, contexto*. En *Márgenes de la filosofía*, pp. 347-372. Madrid: Cátedra, 1998.
- De León de Bernardi, B. (2008). *Introducción al trabajo de Madeleine y Willy Baranger: La situación analítica como campo dinámico*. En *International Journal of Psychoanalysis*, 89, pp. 773-784. Recuperado de:
<http://www.apuruguay.org/apurevista/2000/16887247200910810.pdf>
- Deleuze, G. (1968). *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu, 2002.
- Delgado, G. (2014). *Consideraciones acerca del lenguaje en las psicosis*. Trabajo final de grado para optar por el Título de Licenciado en Psicología. Recuperado de:

https://sifp.psico.edu.uy/sites/default/files/Trabajos%20finales/%20Archivos/Consideraciones%20acerca%20del%20lenguaje%20en%20las%20psicosis%20%281%29_0.pdf

De Saussure, F. (1961). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada.

Dor, J. (1987). *Introducción a la lectura de Lacan II. La estructura del sujeto*. Barcelona: Editorial Gedisa

Doumit, É. (1993). "Lógica". En Kaufmann, P. (Org.). *Dicionário Enciclopédico de Psicanálise*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1996.

Dunker, C. I. L. (2002). *A Questão do sujeito: Construção, Constituição e Formação*. Em Dunker, C. I. L. y Passos, M. C. (Org.). *Uma psicologia que se interroga*. 1ª Ed. V. 1, pp. 19-82. San Pablo: Edican.

Dunker, C. I. L. (2011). *Estrutura e constituição da clínica psicanalítica: uma arqueologia das práticas de cura, psicoterapia e tratamento*. San Pablo: Annablume.

Dunker, C.I.L. (2017). *Discurso e semblante. Leituras sobre Lacan – volumen 1*. San Pablo: nVersos

Dunker, C. I. L., Paulon, C. y Milán-Ramos, J. (2016). *Análises Psicanalítica de Discurso. Perspectivas Lacanianas*. San Pablo: Estação das Letras e Cores.

Eco, U. (2011). *La estructura ausente*. Barcelona: Debolsillo

Eidelsztein, A. (1995). *Modelos, esquemas y grafos en la enseñanza de Lacan*. Buenos Aires: Ed. Manantial

Eidelsztein, A. (2005). *El grafo del deseo*. Buenos Aires: Letra Viva

Eidelsztein, A. (2006). *La topología en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Letra Viva

Eidelsztein, A. (2012). *El origen del sujeto en psicoanálisis. Del 'Big Bang' del lenguaje y el discurso en la causación del sujeto* En *El Rey está desnudo. Revista para el psicoanálisis por venir*. Año 4, Nº5. Buenos Aires: Letra Viva

Fernández, S. (1999). *Epistemología y Psicoanálisis. ¿Ciencia, hermenéutica o ética?* En *Cinta moebio* 5, pp. 64-71. Recuperado de: <http://www.moebio.uchile.cl/05/psicoanalisis.html>

Fernández Díaz, A. (2017). *Actualidad y aplicaciones de la topología y el análisis funcional*. Madrid: Universidad Complutense. Recuperado de: <https://eprints.ucm.es/40910/1/1701.pdf>

- Fernández Fernández, J.M. y Puente Ferreras (2009). *La noción de campo en Kurt Lewin y Pierre Bourdieu: un análisis comparativo*. En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 127, pp. 33-53. Recuperado de: http://reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_127_JUL_SEP_2009_pp_33_531246429498222.pdf
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1969). *¿Qué es un autor?* Trad. de Corina Yturbe. En *Dialéctica*, Año IX, N° 16, 1984. Recuperado de: <http://www.bdigital.unal.edu.co/40410/1/11837-29541-1-PB.pdf>
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Frege, G. (1891). *Función y concepto*. En Frege, G. (1998). *Ensayos de semántica y filosofía de la lógica*. Madrid: Editorial Tecnos
- Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños (primera parte)*. En *Obras Completas, Vol. 4*. Argentina: Amorrortu Editores, 1991.
- Freud, S. (1900-01). *La interpretación de los sueños (segunda parte) sobre el sueño*. En *Obras Completas, Vol. 5*. Argentina: Amorrortu Editores, 1991.
- Freud, S. (1915). *Lo inconsciente*. En *Obras Completas, Vol XIV*, pp. 153-214. Argentina: Amorrortu Editores, 2013.
- Freud, S. (1919). *“Pegan a un niño”. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*. En *Obras Completas, Vol. XVII*, pp. 173-200. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1920). *Más allá del principio de placer*. En *Obras Completas, Vol XVIII*, pp. 1-62. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. En *Obras Completas, Vol XIX*, pp.1-66. Buenos Aires: Amorrortu. 1992.
- Freud, S. (1933 [1932]). *35ª conferencia. En torno de una cosmovisión*. En *Obras Completas, Vol 22*, pp. 146-168. Argentina: Amorrortu Editores, 1991.
- Freud, S. (1950[1895]). *Proyecto de psicología*. En: *Obras Completas, Vol. I*, pp. 323-446. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Gabbi Jr. O. F. (1994). *Freud: racionalidade, sentido e referência*. Campinas: UNICAMP, Centro de Lógica, Epistemologia e História da Ciência.

- Glynos, J. (2002). *Psychoanalysis operates upon the subject of science: Lacan between science and ethics*. En Glynos, J. ; Stavrakakis, Y. (Orgs.) (2002). *Lacan & Science*. London: Karnac.
- Goldschmidt, V. (1947). *A religião de Platão*. Trad. Ieda y Oswaldo Porchat Pereira. San Pablo: Difiel, 1963.
- Granger, G-G. (1960). *Pensée formelle et sciences de l'homme*. Paris: Éditions Montaigne.
- Granon-Lafont, J. (1990). *A topología de Jacques Lacan*. Traducción Luis Carlos Miranda y Evany Cardoso. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed.
- Grau Pérez, G. (2018). *Klein con Lacan. Un estudio discursivo de la recepción de las ideas lacanianas en Uruguay (1955-1982)*. Tesis para optar por el título de Magister en Psicología Clínica. Recuperado de: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/20045/1/Grau%20P%c3%a9rez%2c%20Gonzalo.pdf>
- Greco, P. (s.f.). *Análisis estructural y estudio del desarrollo*. Montevideo: Oficina del Libro.
- Greimas, A. (1966). *Semántica estructural*. Madrid; Gredos, 1973.
- Habermas, J. (1968). *Conocimiento e interés*. Barcelona: Taurus, 1982.
- Kant, I. (1783). *Prolegómenos a toda metafísica del porvenir*. Buenos Aires: Editorial Aguilar, 1959.
- Korman, V. (2004). *El espacio psicoanalítico: Freud – Lacan – Möbius*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Krutzen, H. (2018). *Para uma nova definição do espaço clínico: topología em expansão*. San Pablo: Annablume.
- Lacan, J. (1953-54). *El Seminario I: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1981.
- Lacan, J. (1954). *O Seminário livro II: o Eu na teoria de Freud e na técnica da psicanálise*. Trad. Marie Christine Laznik Penot y Antonio Luiz Quinet de Andrade. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1988.
- Lacan, J. (1955-56). *El Seminario III. Las Psicosis*. Argentina: Editorial Paidós, 1984
- Lacan, J. (1957). *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. En *Escritos I*. Buenos Aires: Sigo XXI editores, 2003.

- Lacan, J. (1957-58). *El Seminario V. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós, 2016.
- Lacan, J. (1958-59). *El Seminario VI. El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós, 2014.
- Lacan, J. (1961-62). *El Seminario IX. La identificación*. Versión crítica de Ricardo Rodríguez Ponte.
- Lacan, Jacques (1964-65). *Clase del 6 de enero de 1965*. En *El Seminario XII: Problemas cruciales para el psicoanálisis*. Versión crítica de Ricardo Rodríguez Ponte.
- Lacan, J. (1965-66). *Clase del 15 de diciembre de 1965*. En *El Seminario XIII: el objeto del psicoanálisis* (Inédito).
- Lacan, J. (1965-66) *La ciencia y la verdad*. En *Escritos II*, pp. 834-858. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2003.
- Lacan, J. (1966). *De nuestros antecedentes*. En *Escritos I*, pp. 59-66. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2003.
- Lacan, J. (1972). *El atolondradicho*. En: *Otros escritos*, pp.473-522. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1972-73). *El Seminario XX. Otra vez*. Versión crítica de Ricardo Rodríguez Ponte.
- Lacan, J. (1973). *Le Séminaire. Libro XI*. Paris: Ed. du Seuil.
- Lacan, J. (1975-76). *El Seminario XXIII. El sinthome*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1980). *Metaphors We Live By*. Chicago: Chicago University Press.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1967). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2004.
- Lecomte, A. (2016). *A frontera ausente*. En Conein et al (2016). *Materialidades discursivas*, pp. 151-166. Campinas, SP: Editora da Unicamp
- Lévi-Strauss, C. (1958). *Antropología estructural*. Barcelona: Editorial Paidós, 1995.
- Lewin, K. (1947). *Frontiers in group dynamics II. Social equilibria and social change*. En *Human Relations*, nº1, pp. 5.38.

- Lewin, K. (1951). *La teoría del campo y el aprendizaje*. En *La Teoría de Campo en la Ciencia Social*. Barcelona: Editorial Paidós, 1988.
- Macho Stadler, M. (2002). *Topología General*. Managua. Recuperado de: <http://www.ehu.eus/~mtwmastm/TopoGralMana.pdf>
- Maingueneau, D. (1993). *O contexto da obra literária*. Trad. Marina Appenzeller. San Pablo: Martin Fontes, 1995.
- Milan-Ramos, J. (2007). *Passar pelo escrito: Lacan, a psicanálise, a ciencia - Uma introdução ao trabalho teórico de Jacques Lacan*. Campinas: Mercado de Letras.
- Milán-Ramos, J. (2019). *Pêcheux, Frege, Lacan, a meio caminho entre teoria e objeto*. En Lara Junior, N., Dunker, C.I.L., Pavón-Cuellar, D. (orgs). (2019). *Análise lacaniana de discurso: subversão e pesquisa crítica*, pp. 153-172. Curitiba: Appris.
- Miller, J.-A (1987). *Matemas I*. Buenos Aires: Manantial.
- Miller, J.-A. (1988). *Matemas II*. Buenos Aires: Manantial.
- Milner, J-C. (1996). *La obra clara. Lacan, la ciencia, la filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Milner, J-C. (2003). *Lacan II. Tecnicidades del hiperestructuralismo*. En *El periplo estructural: figuras y paradigma*, pp. 155-170. Buenos Aires: Amorrortu.
- Morán, L. (2012). *La polifonía en los foros de formación online*. En *Onomázein*, vol 25, pp. 241-260. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3982906.pdf>.
- Munkres, J.R. (2000). *Topology*. Upper Saddle River: Prentice Hall.
- Nasio J.-D. (1988). *Topologería. Introducción a la topología de Jacques Lacan*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Neira, C. M. (2011) *Topología General*. Departamento de Matemáticas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Recuperado de: <https://es.scribd.com/document/133970709/Topologia-General-Clara-Neira-1-UN>.
- Parker, I. (2015). *Psychology after discourse analysis. Concepts, methods, critique*. Nueva York: Routledge.
- Pêcheux, M. (1978). *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Editorial Gredos.

- Pêcheux, M. (1979) *So há causa daquilo que falha ou o inverno político francês: início de uma retificação*. En *Semântica e discurso: uma crítica à afirmação do óbvio*, pp. 293-308. Campinas, SP: Editora da UNICAMP, 1997.
- Pêcheux, M. (1983). *O discurso: estrutura o acontecimento*. San Pablo: Pontes Editores, 2002.
- Pêcheux, M. (2015). *Metáfora e Interdiscurso*. En E. Puccinelli Orlandi (Ed.), *Análise de Discurso - Michel Pêcheux* (pp. 151–161). Campinas: Pontes. (Trabajo original publicado en 1984).
- Pêcheux, M. (1975). *Las verdades evidentes: Lingüística, semántica, filosofía*. Buenos Aires: Ediciones del CCC – Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2016
- Politzer, G. (1928). *Crítica dos fundamentos da psicologia: a psicologia e a psicanálise*. Traducción de Marcos Marcionilo e Yvone Maria de Campos Teixeira da Silva. Piracicaba: Editora UNIMEP, 1998.
- Popper, K. (1959). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Editorial Tecnos, 1980.
- Porge, E. (2007). *Transmitir la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Real Academia Española. (2010). *Nueva gramática de la lengua española. Manual*. Barcelona: Asociación de Academias de la Lengua Española.
- Ricoeur, P. (1965). *Técnica y antitécnica en el Psicoanálisis*. En *Anales de la Universidad de Chile*, abril-junio de 1966. Recuperado de: <https://revistas.uchile.cl/index.php/ANUC/article/view/22422/23741>.
- Ricoeur, P. (1970). *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI editores.
- Rifflet-Lemaire, A. (1971). *Lacan*. Barcelona: La Gaya Ciencia.
- Rona, P.M. (2012). *O significante, o conjunto e o número. A topología na psicanálise de Jacques Lacan*. San Pablo: Annablume.
- Rosental, M.M. y Iudin, P.F. (1965). *Diccionario filosófico*. Montevideo: Ediciones pueblos unidos.
- Santos Alexandre, B. (2018). *O ensino de filosofia entre a “história da filosofia” e a “filosofia”: uma questão não esgotada*. En *Educação e Filosofia, Uberlândia*, v. 32, nº 66, pp. 965-989. DOI: <https://doi.org/10.14393/REVEDFIL.issn.0102-6801.v32n66a2018-02>
- Schaff, A. (1972). *Le structuralisme en tant que courant intellectuel*. En *L’homme et la société*. París.

Sellés Martínez, A. (2006). *Reflexiones y preguntas sobre la teoría de campo. V Conferencia de escritores gestálticos en español*. Recuperado de: <https://gestaltnet.net/sites/default/files/teoria%20campo.pdf>.

Silva Junior, N. (1995). *Um estado de alma é uma paisagem. Explorações da espacialidade em Fernando Pessoa e Freud*. Em *Percurso Revista de Psicanálise*, n° 14, pp. 26-34. San Pablo.

Stavarakakis, Y. (2007). *Lacan y lo político*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Tarski, A. (1936). *A concepção semântica da verdade*. Traducción de Celso Braidá (et al.) San Pablo: Editora UNESP, 2007.

Wittgenstein, L. (1929-1930). *Conferencia sobre ética*. Barcelona, 1997.

Fuentes que componen el corpus de datos

Asociación Psicoanalítica del Uruguay (1972). *Visita de los Profs. Maud y Octave Mannoni de la Escuela Freudiana de París. Intercambio científico realizado en la Asociación Psicoanalítica Uruguaya. Abril 1972*. Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay (publicación interna).

Asociación Psicoanalítica del Uruguay (1972). *Serge Leclaire. Seminarios en Montevideo, 1972* (L Verissimo de Posadas, Ed.). Montevideo: Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis (APU), 2012.

Acevedo de Mendilaharsu, S. (1965). *La hipocondría. Algunas consideraciones a propósito del análisis de un paciente hipocondríaco*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 7 n° 4, pp. 307-324. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Acevedo de Mendilaharsu, S., Agorio, R. y Sopena, C. (1976). *Reconsideración (?) de Freud*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis: En torno a Lacan (I)*, Tomo XIV n°2, pp. 168-172. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Acevedo de Mendilaharsu, S. (1977). *El carácter obsesivo y la estructura perversa: un sistema de relaciones de la personalidad*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis: Trasgresiones – (Actuación, Psicopatía, Perversión)*, Nro. 56, pp. 31-50. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Acevedo de Mendilaharsu, S. y Mendilaharsu, C. (1978). *De los discursos y el lenguaje*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, N° 57, pp. 13-34. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

- Baranger, M. (1956). *Fantasía de enfermedad y desarrollo del insight en el análisis de un niño*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 1 nº2, pp. 143-182. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Baranger, M. (1960). *Significado de la obra de Klein en el pensamiento psicoanalítico*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 3 nº4, pp. 239-253. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Baranger, M. (1963). *Mala fe, identidad y omnipotencia*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 5 nº 2-3, pp. 199-229. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Baranger, M. y Baranger, W. (1961-62). *La situación analítica como campo dinámico*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 4 nº1, pp. 3-54. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Baranger, M. y Barranger, W. (1964). *El "insight" en la situación analítica*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. Tomo 6 nº1, pp. 19-38. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Baranger, M. et al (1964). *Mecanismos hipocondríacos "normales" en el desarrollo femenino*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 6 nº 1, pp. 5-18. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Baranger, W. (1956). *Fantasía, objetos y estructura psíquica*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 1 nº 3, pp. 303-338. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Baranger, W. (1959). *Métodos de objetivación en la investigación psicoanalítica*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 3 nº1, pp.26-41. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Baranger, W. (1961-62). *La noción de material y el aspecto temporal prospectivo de la interpretación*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 4 nº2, pp. 215-251. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Baranger, W. (1967). *Polémicas actuales acerca del enfoque económico*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 9 nº2, pp. 107-147. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

- Baranger, W. (1979). *“Proceso en espiral” y “Campo dinámico”*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, N° 59, pp. 17-32. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Casas de Pereda, M. (1968). *Regresión y embarazo de la analista*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis: Relatos oficiales sobre “Teoría de la técnica” presentados al VII Congreso Psicoanalítico Latinoamericano (Bogotá, 1969)*, Tomo 10 n°3-4, pp. 259-266. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- De Urtubey, L. (1968). *Hermetismo y apertura en el análisis de un perverso*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 10 n° 1-2, pp. 47-98. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- De Urtubey, L. (1971-72a). *Sobre el narcisismo y una de sus formas de expresiones: el autismo transferencial “frente al espejo”*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 13, n° 3, pp. 149-186. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- De Urtubey, L. (1971-72b). *El fetichismo como “solución” al Edipo temprano*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 13 n°4, pp. 385-432. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Elizaincín, A., Vázquez, A. y López Escudero, R. (1976). *Inconsciente, inconciente*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis: En torno a Lacan (II)*, Tomo 14 n° 3, pp. 272-277. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Freire de Garbarino, M. (1960). *La metamorfosis de Franz Kafka y el esquema corporal*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 3 n°4, pp. 254-275. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Freire de Garbarino, M. (1963). *Identidad y adolescencia*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 5 n° 2-3, pp. 230-250. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Galeano Muñoz, J. (1964). *Agorafobia y fantasías de nacimiento*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 6 n°4, pp. 399-428. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Galeano Muñoz, J. y Baranger, W. (1964). *Aparición de un “quiste” hipocondríaco en el curso de un análisis*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 6 n° 1, pp. 39-45. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

- Galeano Muñoz, J. (1968). *Apertura de discusión sobre el material clínico*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis: Relatos oficiales sobre "Teoría de la técnica" presentados al VII Congreso Psicoanalítico Latinoamericano (Bogotá, 1969)*, Tomo 10 n°3-4, pp. 211-227. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Garbarino, H. (1965). *Un núcleo confusional: el muerto vivo*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 7 n° 2-3, pp. 119-138. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Garbarino, H., M. de Prego, V., Rey, J.C. (1978). *Sobre "Actuar, hablar, identificar"*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis: Avances en lenguaje*, Nro. 57, pp. 8-10. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Hoffnung, P., Maggi de Macedo, I., Mieres de Pizzolanti, G. y Plosa, I. (1983). *Perspectiva del "yo" en "el relato del psicoanálisis de un niño"*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Nro. 60. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Koolhaas, G. (1961-62a). *La humanización del esquema corporal*. En *El cuerpo, el lenguaje, el inconsciente. Tomo II*, pp. 1-96. Montevideo: Ediciones Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis. A.P.U, 1987.
- Koolhaas, G. (1961-62b). *Las raíces de la conciencia*. En *El cuerpo, el lenguaje, el inconsciente. Tomo II*, pp. 97-158. Montevideo: Ediciones Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis. A.P.U, 1987.
- Koolhaas, G. (1971-72). *¿Quién es el Otro?* En *El cuerpo, el lenguaje, el inconsciente. Tomo II*, pp. 221-262. Montevideo: Ediciones Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis. A.P.U, 1987.
- Leclaire, S. (1975). *El sujeto del inconsciente*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis: En torno a Lacan (II)*, Tomo 14 n°3, pp. 281-292. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, 1976.
- Mendilaharsu, C. (1967) *Algunas reflexiones sobre los problemas de la teoría analítica y los orígenes de la personalidad*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 9 n° 1, pp. 3-28. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Nancy, J.-L. y Lacoue-Labarthe, P. (1976). *La ciencia de la letra* (traducido por Magdalena D. Steiner de Gulart). En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* Tomo 14 n°3, pp. 349-352. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. (Publicado originalmente en 1973).

- Nieto Grove, M. (1964a). *Fantasía de la cloaca y confusión*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 6 n° 1, pp.83-90. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Nieto Grove, M. (1964b). *Mecanismos obsesivos y defensa hipocondríaca*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 6 n°4, pp. 429-452. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Nieto Grove, M. (1970). *De la técnica analítica y las palabras*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 12 n°3, pp. 169-200. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Paciuk, S. (1975). *Reconsideración de Freud*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis: De los orígenes*, Tomo XIV n°1, pp. 115-146. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Paciuk, S. (1977). *Actuar, Hablar, Identificar*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis: Trasgresiones – (Actuación, Psicopatía, Perversión)*, Nro. 56 pp. 51-88. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Paciuk, S. (1983). *De relaciones y mediaciones*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis: Revista al tema Vigencia de Melanie Klein*, Nro. 62 pp.33-52. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Ramírez, F. (1960). *Tiempo ambiental, vivencia corporal y mundo interno*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 3 n° 2-3, pp.70-103. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Resnik, S. (1967). *La experiencia del espacio en el setting analítico*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 9 n° 3-4, pp. 293-308. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Rey, J.C. (1960). *Destructuración del esquema corporal y ácido lisérgico*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 3 n° 4, pp. 365-376. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Sopena, C. (1969). *Acerca del hablar y el interpretar*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 11 n°1, pp. 5-28. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Sopena, C. (1971-72). *La abertura en un grupo terapéutico*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Tomo 13 n° 4, pp. 475-483. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Sopena, C. (1976). *Nota sobre la noción de inconciente en Lacan*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis: En torno a Lacan (I)*, Tomo 14 n°2, pp. 225-234. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Szpilka, J. (1979). *Arqueología o mitología en el pensamiento psicoanalítico*. En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis: En torno a Lacan (II)*, Tomo 14 n°3, pp. 303-324. Montevideo: Publicación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.